



AL RESCATE DE
IRINA

ADRIÁN HENRÍQUEZ

Al rescate de Irina

Adrián Henríquez

Al rescate de Irina

Sobre la presente edición:

© Adrián Henríquez, 2018

© **Diseño de portada y maquetación:** Alden Ruíz

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibido, sin la autorización escrita de los autores del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendido la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquileres o préstamos públicos.

Impreso en Estados Unidos de América.

Para Lea

ÍNDICE

- [Capítulo 1: Necesidad de aliados](#)
- [Capítulo 2: La emboscada](#)
- [Capítulo 3: Los Kaibiles](#)
- [Capítulo 4: Protección](#)
- [Capítulo 5: Contraataque](#)
- [Capítulo 6: Irina](#)
- [Capítulo 7: La Llorona](#)
- [Capítulo 8: Respuestas](#)
- [Capítulo 9: La crisis](#)
- [Capítulo 10: ¿Quiénes quedaron fuera de la repartición?](#)
- [Capítulo 11: Bienvenida a México](#)
- [Capítulo 12: La Alianza](#)
- [Capítulo 13: El Búho y el Zorro](#)
- [Capítulo 14: La analista](#)
- [Capítulo 15: La Fortaleza](#)
- [Capítulo 16: El nuevo imperio romano](#)
- [Capítulo 17: El verdadero enemigo](#)
- [Capítulo 18: La mansión del placer](#)
- [Capítulo 19: ¿Qué sabes de Sodoma?](#)
- [Capítulo 20: La diosa cubana](#)
- [Capítulo 21: Imágenes encubiertas](#)
- [Capítulo 22: Estilo de combate](#)
- [Capítulo 23: La Tigresa y su cachorro](#)
- [Capítulo 24: ¿Quién es Sodoma?](#)
- [Capítulo 25: Nada es gratis](#)
- [Capítulo 26: Nada que ver](#)
- [Capítulo 27: Solo por conveniencia](#)
- [Capítulo 28: La entrenadora](#)
- [Capítulo 29: The Red Onion](#)
- [Capítulo 30: El primer recorrido](#)
- [Capítulo 31: Belleza Artificial](#)
- [Capítulo 32: El contrato](#)
- [Capítulo 33: ¿Qué es este lugar?](#)

[Capítulo 34: Los Intocables](#)
[Capítulo 35: ¿Quiénes son las Natashas?](#)
[Capítulo 36: Técnicas de reclutamiento](#)
[Capítulo 37: El nuevo cargamento](#)
[Capítulo 38: El regreso de la leyenda](#)
[Capítulo 39: Selección](#)
[Capítulo 40: Como romper a una mujer](#)
[Capítulo 41: Un invitado no deseado](#)
[Capítulo 42: Sin escape](#)
[Capítulo 43: Preparativos](#)
[Capítulo 44: ¿Quién da más?](#)
[Capítulo 45: Cambio de planes](#)
[Capítulo 46: La Crystal Room](#)
[Capítulo 47: El show y sus invitados](#)
[Capítulo 48: El show](#)
[Capítulo 49: El nuevo cliente](#)
[Capítulo 50: ¿Qué no haría una madre?](#)
[Capítulo 51: ¿Pedófilo o psicópata?](#)
[Capítulo 52: Tatuajes](#)
[Capítulo 53: MQ-9 Reaper](#)
[Capítulo 54: Piezas sobre el tablero](#)
[Capítulo 55: En posición](#)
[Capítulo 56: Hacia la salida](#)
[Capítulo 57: Extracción](#)
[Capítulo 58: ¿Estamos a salvo?](#)
[Capítulo 59: Comienza la tormenta](#)
[Capítulo 60: La pesadilla se hace realidad](#)
[Capítulo 61: Luna](#)
[Capítulo 62: La traición](#)
[Capítulo 63: La cita](#)
[Capítulo 64: Código Rojo](#)
[Capítulo 65: La trampa](#)
[Capítulo 66: El objetivo es la mujer](#)
[Capítulo 67: Consecuencias](#)
[Nota del autor](#)
[Agradecimientos:](#)
[Síntesis biográfica](#)

CAPÍTULO 1

NECESIDAD DE ALIADOS

Veracruz, México.

Tres autos Nissan Armada se desplazaban a toda velocidad por las calles menos transitadas de Veracruz. Sus conductores iban mirando constantemente los modernísimos Sistemas de Posicionamiento Global incorporados a los autos. Los GPS no cumplían la función de guiarlos por entre las calles (todos conocían perfectamente la zona), solo les servían para tener de antemano trazadas las rutas programadas como vías de escape en caso de algún contratiempo.

En este negocio, para sus tripulantes, contratiempo no significaba demoras por el tráfico, detenerse ante un autobús escolar o cosas por el estilo. No, contratiempo era una emboscada que debían evitar a toda costa..., para eso les pagaban. Tener una ruta segura (con cuatro vías de escape para ser más específicos), y un convoy que los protegiera, eran características que identificaba a Felipe Montero, el señor de la droga en Veracruz. Gracias a su excesiva precaución ni la DEA ni la Interpol, ni aun la CIA lograban atraparlo a pesar de las tantas emboscadas que le habían tendido.

Felipe Montero era uno de los más conocidos patrones del cártel del Golfo en Veracruz, *El Maestro del dinero*, como solían llamarlo. Dentro de la gigantesca organización, su función principal era la de lavar los millones de dólares que entraban anualmente. Otro miembro del cártel se encargaba del abastecimiento y transporte de la droga que llegaba desde Venezuela, Cuba, Guatemala y Colombia. La venta de drogas en los Estados Unidos es uno de los mejores negocios establecidos y más rentables en la historia de ese país, y Felipe, como cualquier narcotraficante, lo sabía demasiado bien. Los ingresos que reportan la venta de la bien llamada nieve latinoamericana superan cada año los treinta mil millones de dólares. De ahí que las ganancias se depositen en algún lugar.

Felipe, con un doctorado en economía otorgado por la universidad de Yale, era quizás el narcotraficante más cauteloso del momento. Estaba consciente de que para sobrevivir en ese negocio lo principal son los lucros que genera. Una de las frases tatuadas en la mente de cualquier económico es que el dinero

siempre debe moverse. Tener propiedades fáciles de vender para invertir constantemente, asimismo seducir a nuevos compradores. Por eso, para controlar además todos los mercados, se encargaba personalmente del tráfico humano.

Contaba con casas para hospedar a hermosísimas muchachas, que luego convertía en esclavas sexuales. Jóvenes traídas de todos los rincones latinoamericanos; sus “esclavas” ascendían a más de quince mil mujeres (solamente en México, pues las que vendía para Europa constituían cifras similares). Estas jóvenes eran distribuidas por todo el territorio donde operaba el cártel, desde Matamoros (cede del cártel del Golfo, o CDG como lo abreviaron los norteamericanos), pasando por Tamaulipas, Coahuila, Tabasco, Campeche, Quintana Roo y Veracruz.

Solo en Veracruz —su propio territorio—, contaba con más de tres mil mujeres sumidas en el negocio de la prostitución forzada. Ya nadie ponía en dudas que el segundo *business* que más dinero podía reportar después de la droga en México, era este, el de la explotación sexual. Montero, al igual que la legendaria Matilde Manukyan (la reconocida magnate de los prostíbulos turcos), invertía las millonarias ganancias de sus esclavas en el negocio de bienes raíces, al punto de lograr poseer ocho hoteles en Cancún; tres, en Punta Cana; e incluso, uno en Cuba. Tanto los hoteles, restaurantes, discotecas como los apartamentos de lujo que alquilaba formaban parte de una gigantesca red especializada en el lavado internacional de dinero. He ahí el problema de los grandes narcos, ¿cómo hacer para no ser descubiertas sus grandes sumas de dinero?

—Todo va bien, mejor de lo que habíamos pensado. —le dijo Hernández, lugarteniente de Montero, al capo—. El cargamento pasó la frontera sin problemas, esta misma noche comenzarán a moverlo. Esa es la buena noticia.

—¿Y las armas?

Montero abrió uno de los compartimientos del auto y sacó una caja de tabacos Cohibas Edición Limitada. Le prendió fuego a uno y se extasió por unos instantes su aroma.

—No, nada. Tenemos suficientes AK-47 como para declararle la guerra a todo México, además, los turcos nos pasaron buenos rifles pesados de infantería. Balas y municiones nos sobran, pero no conseguimos los RPG, quizás para el mes que viene, es solo cuestión de tiempo.

Hernández dio un puñetazo contra la ventana para tragarse exactamente lo

que estaba pensando.

—¡Debiste haber aceptado el trato con los cubanos!

—¡Y una chingada los cubanos! Si a esos hijos de puta le das un dedo te arrancan la mano. Simplemente no confié en ellos.

—Nos suministran buenos cargamentos de cubanas —se encogió de hombros su lugarteniente—, nos dejaron paso abierto para que nuestras lanchas pasen por sus costas sin ningún problema.

—Y por ello les estoy pagando una millonada, o se te olvida que mensualmente viene ese cabrón enviado de la embajada a recoger su parte.

De repente el convoy comenzó a disminuir la velocidad.

—¿Qué pasa? — Preguntó Felipe con recelo.

—Nada, patrón —respondió uno de los cuatro guardaespaldas que iba en los asientos delanteros—, un camión bajando su mercancía.

Felipe miró a través del cristal polarizado.

—Tranquilo, jefe, esta es una calle demasiado ancha para una emboscada. No tenemos edificios a los lados ni autos que nos puedan cerrar el paso.

Montero asintió, aunque no muy convencido.

—Relájate, hombre, estás dentro de un tanque de guerra disfrazado de carroza —bromeó Hernández—. ¿Quién va a tener *huevos* para dispararte en medio de la calle?

Felipe Montero sonrió nervioso mientras soltaba una boconada de humo.

Montero amaba muchas cosas de México, pero lo que más le gustaba era que con dinero se podía comprar desde una aspirina hasta un dron. De hecho, él estaba sentado en uno de esos autos blindados carísimos. Tres Nissan Armada camuflados, fabricados en Canadá y reestructurados por una compañía militar, que luego se los vendió al gobierno mexicano para ser usados por diplomáticos y personalidades del gobierno. Por una buena suma los tres autos habían pasado a su flota de autos de seguridad blindados.

A pesar de que Montero viajaba en los autos más seguros de la ciudad, cada vez que se desplazaba de un lugar a otro, su helicóptero privado estaba listo para socorrerlo.

—¡A la *chingada* con esto! Sácame de aquí.

—Patrón...

—¡Que salgan de aquí, güevones!

—Ruta dos, repito... avancen por la ruta dos—. Ordenó el guardaespaldas al resto de los autos.

—Confirmado, ruta dos.

Los tres Nissan Armada se movieron a la vez.

El chofer del camión continuó bajando la mercancía. Se detuvo solo por unos segundos para sostener con el cuello su teléfono móvil.

—El *Patrón* va para ustedes.

—Y Josefina.

Hernández enarcó las cejas antes de decir una sola palabra, pretendió abrir el mini bar en busca de una cerveza, pero a Montero no se le escapó que su lugarteniente solamente pretendía estaba ganar tiempo en la conversación.

—Corona, Corona... mierda, no tienes aquí otra cerveza. Oh, una Modelo, ummm, ni modo, pues me tomo una Corona.

—Te pregunté por Josefina —volvió a insistir.

Hernández abrió la cerveza usando la culata de su revólver.

—La Llorona...

—¡Te juro que si la vuelves a llamar así...!

—Ok, hombre, lo siento, sabes que para mí también es como una hija, si hasta me llama tío. —El lugarteniente prefirió, ante el mal humor de su jefe, bajarse de un trago la mitad de la cerveza. Al finalizar lanzó un prolongado eructo—. ¿Qué quieres que te diga?

—La verdad, aunque me duela.

—Bien... pues, ummm, Montero, sabes que la quiero, pero tu nena está de ingreso. Los hombres la llaman la “Llorona” en honor a la leyenda, y bien que lo sabes. ¿Qué más quieres que te diga? La *chava* no se lo piensa dos veces para volarle la tapa de los sesos a quien le lleve la contraria—. Hernández hizo una pausa para ver el efecto que causaban sus palabras, pero Montero solo movió la cabeza de un lado a otro, como si lo que le estuviera contando no fuera la gran cosa—. Los ataques últimamente han sido más prolongados y el médico quiere subirle la dosis de medicamentos, pero ella no se los toma.

Felipe continuó negando con la cabeza, sin creer del todo que su niña, ya convertida en una mujer de negocios, hubiera empeorado en tan poco tiempo. Quizás él tuviera parte de culpa, al no estar presente para ayudarla. ¿Pero qué otras opciones le quedaban? Había tenido que pasarse tres meses en Calabria, la mismísima punta de la bota italiana, cerrando un negocio con la ‘Ndrangheta. Era una misión en la que no se podía dar el lujo de confiársela a nadie. Esos negocios de envergadura en Europa los cerraba siempre él mismo,

por esas razones dejó a Hernández en México, con el propósito de que coordinara lo que él le fuera ordenando.

La ‘Ndrangheta calabresa, considerada una o la más poderosa mafia de Europa, se había puesto en contacto con él para solicitarle sus servicios. Servicios que como diría el abuelo Corleone, no podía rechazar, pues los calabreses controlaban el puerto de Gioia Tauro, por donde entraba más del ochenta por ciento de la droga que se distribuía y consumía a todo lo largo y ancho del viejo continente. Estos comepastas —como los llamó su hija en una ocasión—, obtenían ganancias anuales que superaban los cincuenta mil millones de dólares, nada menos que el 3,5 por ciento del producto interno bruto de Italia.

—Es que no debiste haber dado ese viaje —volvió a insistir Hernández, aún molesto por no haberlo invitado—. Si estuvieras más al tanto de tu hija a lo mejor, y digo, a lo mejor, las crisis no fueran tan fuertes, o por lo menos se tomaría los medicamentos.

Tal vez Hernández tenga razón, admitió Montero algo molesto por la confiancita que se había tomado su hombre de seguridad. Pero aquel negocio no lo podía posponer, no ahora que estaban en guerra abierta contra el cártel de los Zetas. Además, en el negocio de las drogas todo se resumía a números, y los números europeos eran infalibles. Un kilo de cocaína pura (de la mejor calidad elaborada en Colombia), se vendía por tres mil o cuatro mil dólares, en dependencia del vendedor..., ya que, ciertamente, podía conseguirse más barata, pero Felipe prefería mantener contentos a los colombianos. Ese mismo kilo podía venderse por dieciséis mil en México, y entre veinte y veinticinco mil en Estados Unidos. Pues bien, en Europa ese kilogramo se comercializa al doble de los Estados Unidos. No había que ser tan inteligente con los números; la respuesta era clara: necesitaban el mercado europeo.

—Pero la finca Bacanales...

—La finca es el prostíbulo más grande y famoso de Veracruz. No te voy a mentir, ni te lo voy a negar, la Lloro..., Josefina lo lleva con mano de hierro y hasta cierto punto, debido a eso la finca da buenos lucros. Pero a veces se le va la mano con las chicas —Hernández hizo una pausa para que Felipe cayera en cuenta—. Ese es el problema, ¿lo entiendes?

Montero sonrió con cierto orgullo.

—Es un negocio de putas más en este mundo demasiado promiscuo —le dijo a su viejo amigo—, con las putas a veces hay que dar castigos ejemplarizantes, tú lo sabes.

Hernández negó con la cabeza.

—Unos buenos fustazos de vez en cuando está bien, no te lo niego —el lugarteniente unió sus manos como si pidiera clemencia, lo que fuera con tal de que su amigo entendiera su punto—. Que las deje sin comer una semana, que les dé unos buenos latigazos, no sé, que se las preste a los hombres... ¡lo que sea! ¡Pero que no mate a las *pinches viejas*!

—¿Mate?!

—Ha matado, en lo que lleva de mes, a cuatro bellezas que intentaron escapar. —Por primera vez Hernández disfrutó con la reacción de su amigo. Cuando se trataba de negocios y números, Felipe dejaba sus sentimientos familiares a un lado—. Cuatro *chavas* que no pasaban de los diecisiete. Si se las hubiéramos vendido a los árabes, habrían sido más de cincuenta mil...

—... ya te entendí. —Cortó la conversación. El negocio de la droga y la prostitución dejaba buen lucro, pero había que invertir millones “comprando la rectitud” de policías, políticos, periodistas, guardias de seguridad y toda la maquinaria que permitía que los engranajes de la corrupción continuaran girando, por eso no podía botarse de una manera tan estúpida—. Hablaré con ella, no te preocupes.

Hernández levantó su cerveza a modo de rendición. No tenía caso discutir sobre la hija del Patrón; la maniática de Josefina continuaría haciendo lo que le viniera en gana por ser la consentida del jefe.

—Hay un cierre a dos cuadras —comunicaron del auto guía.

—Cambien a la ruta tres —ordenó el coordinador—, esta vez atentos.

A Montero le molestó que cambiaran por tercera vez, pero recordó que fue él mismo quien ordenó el primer cambio. A fin de cuentas, debió hacerle caso a su especialista en coordinación, ¿sino para qué carajos le estaba pagando?

—Felipe, los cubanos volvieron a llamar. Deberías entender que en nuestro negocio necesitamos aliados, más si son de este tipo.

¡Por Dios que lo entendiendo! Pero hay aliados y “aliados”. Créeme, Hernández, los cubanos no son la mejor opción.

—Hasta ahora nos ha ido bien sin ellos —prefirió responder.

Por fin a Hernández se le agotaron los argumentos y prefirió poner todas las cartas sobre la mesa.

—Ya las rutas no son tan seguras. Últimamente los prostíbulos dan tantos beneficios como el “polvo” y la venta de armas. —Su lugarteniente quería dejarle claro su punto de vista, y explicaciones le sobraban—. De cada cinco

envíos solo llegan tres y a veces dos. El mes pasado, solo uno.

Por lo visto las cosas están peor de lo que imaginé... ¡Maldito viaje a Europa!

—¡Y entonces para qué *chingadas* les pagamos una fortuna a esos hijos de puta de la DEA!

—No podemos comprar a todos los gringos. Aunque no son los gringos los que nos destruyen los túneles y los envíos.

—¡Esos cabrones de Los Zetas!

Se había ausentado tres meses y por lo visto, muchas cosas habían cambiado en tan poco tiempo. ¡Increíble! De cuántas cosas, a la vez, tenía que estar pendiente. Y después el tener que aguantarse con que los narcocorridos cantaran a toda voz como los señores de la droga se la pasaban de fiestas y mujeres... *¡Y una mierda!*

—Según mis informantes, ya los Zetas pactaron con el cártel de Juárez..., aunque tampoco les dieron muchas opciones —tuvo que admitir Hernández, o se unían a ellos o les arrancaban la cabeza, dicho literalmente—. Por otro lado, está lo de Guatemala, ya su presencia es demasiado fuerte. Controlan la mitad de la frontera y el ejército.

Aquella información no era nada nueva para Montero (durante su estancia en Italia sus contactos lo mantuvieron al día con respecto a esa situación), pero que su mano derecha se la confirmara, sí que lo convertía en un problema. Hasta ahora la lucha territorial entre los cárteles se basaba en eso, en una batalla a sangre y plomo por cada centímetro de territorio. Una unión entre cárteles era siempre el primer paso para una batalla realmente sangrienta... *bueno, más sangrienta no podría ponerse*. Lo que estaba sucediendo en Juárez era una aniquilación que permitía considerar a los miembros de Al Qaeda como simples soldaditos de plomo en el arte de descuartizar personas. Los Zetas tenían un maldito doctorado en torturas y un *marketing* en campañas de terror. Pero lo más alarmante era su dominio en la frontera con Guatemala.

Eso sí que es un problema gordo...

Durante años Guatemala había sido tomado como trampolín por los cárteles mexicanos. Más del setenta por ciento de la cocaína que ingresaba a México llegaba desde Guatemala. *Después de todo, quizás tenga que escuchar cuál es la propuesta del general cubano*, tuvo que admitir Montero.

Justo cuando doblaron por una esquina a toda velocidad, Felipe Montero escuchó un grito que le estremeció la espina dorsal.

—¡RPG! ¡RPG! —la voz del coordinador alertó al resto del convoy—. ¡Es una emboscada!

CAPÍTULO 2

LA EMBOSCADA

En una de calle de Veracruz

La primera barrera: dos camionetas chocaron sus defensas justo delante del convoy, el cual tuvo que aminorar la velocidad al advertir que, de una de las camionetas, salió un hombre con un RPG al hombro. La maniobra de evasión por parte de la caravana fue rápida, pero no lo suficiente porque un enorme camión de basura les cortó la retirada.

Montero comprendió rápidamente que estaban atrapados.

Una emboscada clásica y ridículamente simple, dos autos cerrando el paso, una simple calle con una sola entrada y salida, y un camión que les bloqueaba su única vía de escape.

—¡No es la policía! —le gritó Hernández, quien ya había sacado su enorme revólver—. ¡Son los Zetas!

Felipe Montero sacó su Glock 9mm con un cargador extra largo. La rapidez con que se estaba desarrollando la escena escapaba a su entendimiento. Había pagado setecientos mil dólares por cada uno de aquellos búnkeres rodantes, en unos segundos iba a comprobar si realmente había hecho una buena inversión.

—Los tenemos rodeados —informó el líder del grupo de los Zetas, quien encabezaba el ataque frontal—. Córtenles la retirada. ¡Arriba! ¡Échenles plomo!

Uno de los matones se montó el RPG al hombro y efectuó el primer disparo. Los sicarios contratados por los Zetas contaban con tres elementos a su favor: el factor sorpresa, con más de treinta asesinos divididos en dos bandos y tres RPG, era uno de ellos.

Pero, Felipe Montero no era una leyenda por gusto.

CAPÍTULO 3

LOS KAIBILES

Los Kaibiles o Escuadrones de la Muerte de Guatemala, son los comandos especiales más temidos de Latinoamérica, y considerados unos de los mejores del mundo. Con una formación equivalente a la de los legendarios SEALs. Estas tropas son famosas por su preparación. Expertos en combate cuerpo a cuerpo, maestros en técnicas de explosivos y conocedores de todo tipo de armas, son algunas de sus características, aunque lo que realmente los han convertido en famosos es el nivel de crueldad y sadismo que han demostrado con sus enemigos. Eso fue precisamente lo que atrajo la atención de Felipe Montero para contratar a una docena de ellos.

Una de las tantas historias que Felipe conocía de esta unidad de comandos fue la ocurrida en la aldea Dos Erres, en Petén, Guatemala.

En la madrugada del 6 de diciembre de 1982, entró a la aldea Dos Erres un comando de Kaibiles. Eran un total de 58. Los temidos soldados se infiltraron en la aldea disfrazados de campesinos, pero armados como si fueran para la tercera Guerra Mundial. Se metieron en las casas de los habitantes del pueblo y los fueron separando por grupos y edades. A los hombres los arrastraron hasta la escuela, donde fueron sometidos y amordazados; a las mujeres y los niños los encerraron en la iglesia. Tras revisar la aldea y no encontrar ninguna pista de los supuestos guerrilleros, los comandos dieron paso al proceso de *vacunación*, un término empleado por ellos.

Para ahorrar balas, fueron aplastando los cráneos de los hombres con mazas, martillos y las culatas de sus rifles. A los niños menores de cuatro años, como no pesaban tanto, los cogían por los tobillos y reventaban sus cabezas contra las paredes. Con las mujeres y niñas se lo tomaron un poco más personal. A las mujeres comenzaron a violarlas tomándose el tiempo necesario (dos días para ser exactos), a las embarazadas les sacaron los fetos usando pinzas y cuchillos, o simplemente saltándoles sobre la panza. Los cuerpos ya inertes, poco a poco, se fueron amontonando y decidieron tirarlos al interior de un pozo.

Que se haya podido confirmar, en la masacre de Dos Erres fueron asesinados 201 campesinos, de ellos 67 niños (la mayoría menores de 7 años);

muchos de estos cadáveres fueron encontrados años después aún dentro del mismo pozo.

Hasta donde Felipe sabía, de los 58 comandos que participaron, hasta la fecha ni la tercera parte había cumplido alguna condena. Parte de esos hombres, fieles como los perros, conformaban sus guardias. Los Kaibiles se habían convertido no solo en una leyenda por sus actos de guerra, sino en los mercenarios más cotizados por los cárteles. Irónicamente, los famosos comandos entrenados por instructores americanos eran ahora reclutados por los señores de la droga.

CAPÍTULO 4 PROTECCIÓN

En una calle de Veracruz

Los Kaibiles desplegaron los enormes autos con rapidez y precisión militar.

Los Nissan Armada eran copias basadas en el diseño interior del monstruoso Conquest Knight XV —auto de lujo, pero blindado, con la apariencia de un Hummer H2—. Montero comprendió que pasearse por las calles de Veracruz en un Conquest original llamaría demasiado la atención. Por eso los tres modelos fueron rediseñados con un único objetivo: pasar inadvertidos. Fabricados en acero endurecido con fibra de vidrio Kevlar y un motor V8 recubierto con láminas blindadas, le ofrecían la potencia para trasladarse a toda velocidad ante cualquier tipo de emboscada. Usaban llantas a pruebas de disparos. En caso de que fueran totalmente inmovilizados, contaban con suministro independiente de oxígeno; más un blindaje electrostático y cámaras con 360 grados de visión, que convertían a los Armadas en verdaderos búnkeres con ruedas.

Aun así, a pesar de los cristales blindados nivel 6, capaces de soportar el impacto de un buen número de proyectiles de armas automáticas, incluyendo varios modelos de minas y granadas, el impacto directo de un RPG podía ser su talón de Aquiles. Para ello, sobre los techos de los Hummers, sus diseñadores habían agregado un blindaje de rejas expandibles (semejantes a las usadas por los tanques de guerra), estas podían caer por los flancos como si fueran la cota de malla de los caballeros medievales. De esta manera los comandos usaron el Nissan guía como un gigantesco escudo. La reja expandible cayó del techo en el momento justo en que recibía el primer RPG. El estallido impulsó el auto varios metros hacia un costado, pero sus pasajeros sobrevivieron el impacto.

La misma operación se repitió con el auto escolta.

Durante esos breves segundos, el encargado de la radio usó su GPS para enviar una señal a uno de los cuarteles generales de Montero. Todo un ejército bajo las órdenes del Patrón se puso en movimiento.

—¡Un *Frankenstein* va en camino! —confirmó el operador de la radio.

Felipe Montero tenía más de doce camiones “*Frankenstein*” esparcidos

por toda Veracruz. Se trataba de camiones fabricados grotescamente y cubiertos con formidables láminas de acero reforzado, incluso, a varios de ellos se les incorporaron proas como la de los barcos, pero invertidas, para abrirse paso entre los autos.

Cuando uno de aquellos engendros salió de su garaje clandestino a toda velocidad, los ciudadanos reconocieron al instante sus características y lo que eso significaba: un estallido una guerra entre cárteles.

CAPÍTULO 5

CONTRAATAQUE

En una de calle de Veracruz

Armados con *cuernos de chivos* (el mundialmente conocido AK-47), AR-15, granadas, pistolas y diferentes clases de subametralladoras, dispararon todo un diluvio de balas sobre los Nissan Armada. Cada auto recibió, en cuestiones de segundos, miles de impactos sin que ninguno atravesara el blindaje... por el momento.

Recuperados de la sorpresa inicial, los Kaibiles procedieron al contraataque, la experiencia y el entrenamiento se impuso.

Cada miembro del comando llevaba puesto un chaleco Kevlar con cascos escondidos entre sus piernas. Los chalecos iban equipados con arneses militares repletos de granadas y cargadores. El primer equipo salió de su auto portando subametralladoras MP7 con silenciadores incorporados (la función de los silenciadores es lograr precisión y desconcierto en las filas enemigas al no poder localizar a los tiradores, aunque en este caso era de día, por lo que solo podrían aprovecharlos para mejorar su precisión), varios intercambios de ráfagas hicieron la diferencia al instante.

Un segundo equipo compuesto por dos hombres se desplegó cubriendo el frente y la retaguardia utilizando como escudos las pesadas puertas de los autos. Cada uno llevaba un poderoso rifle de francotirador semiautomático AS50 con el objetivo de eliminar al instante a los portadores de los RPG. En cuanto uno de los sicarios se abrió paso portando al hombro un RPG, sin tener siquiera la posibilidad de apuntar, la cabeza le estalló; peor aún para los suyos fue que antes de que el cuerpo se desplomara, apretó el gatillo. El cohete explotó contra el asfalto, lanzando por los aires a cuatro hombres, o más bien, fragmentos de sus cuerpos.

Por último, salió la infantería ligera.

Tres Kaibiles transportaban poderosas M249 Squad Automatic Weapon (SAW), —irónicamente, la traducción al español de esta arma es: Sierra (nombre ideal por sus características de combate)—. Las tres ametralladoras fueron ubicadas en la primera línea de fuego. El efecto fue instantáneo. Con una descomunal lluvia de proyectiles del calibre 5.56mm, las

“Sierras”, que superaban la cadencia de fuego de más de 800 repeticiones por minuto, despedazaron, dicho literalmente, todo a su paso.

—¡Grupo Tres, enfóquense en el frente!—. Les comunicó el líder del comando—. ¡Grupo Uno, los flancos!

En el fuego cruzado no se podía distinguir entre sicarios o simples ciudadanos que corrían despavoridos en busca de protección segura. Al menos cuatro Kaibiles estaban heridos, pero los chalecos y cascos los mantenían con vida; dos fueron acribillados bajo una treintena de disparos en cuanto abrieron una de las puertas.

Por la parte de los Zetas era imposible contar las víctimas. Más de una docena de sus miembros estaban fuera de combate: muertos o moribundos.

—Si avanzo, sígueme —gritaron a coro los Kaibiles que formaban la primera línea, apoyados por las tres ametralladoras y un francotirador, el comando emprendió un avance mortal contra sus enemigos—; si me detengo, aprémame; si retrocedo... mátame.

Coordinando cada desplazamiento mediante las radios que colgaban de sus orejas, el comando fue disparándole a todo lo que se cruzó en su camino, sin tener misericordia de mujeres, niños o algún anciano que no logró ponerse a buen resguardo. Desde la retaguardia se escuchó la poderosa bocina del camión monstruo. Al igual que un tren, el acorazado fue abriendo una vía de escape, si bien para ello tuvo que partir por el medio a varios autos y una camioneta.

En cuanto el camión se detuvo, desde su interior abrieron fuego más escoltas de Montero. Superados por hombres y poder de fuego, los Zetas comenzaron a replegarse sin dejar de disparar.

—¡Jefe, que se chinguen su madre! Estos pinches cabrones nos van a cocinar a plomo —gritó un sicario al líder de los Zetas—. La de hoy la perdimos.

—¡Vaya con el pinche cabrón de Montero! Ese güevón se desplaza con un puto ejército.

El líder del ataque tuvo que admitir que la batalla estaba perdida. Además, ya se escuchaban las bocinas de la policía, lo que significaría más hombres en apoyo de Montero, porque este controlaba a toda la policía en Veracruz.

—Otro día será —sonrió para sus adentros.

Una vez que se aseguró de estar en su auto de escape, dio la orden de

retirada.

Desplegado el primer Nissan que sirvió de escudo; el segundo, en el que se desplazaba Montero, salió rechinando las gomas por la ruta abierta momentos antes por el camión.

—Parece que hoy la vamos a contar —sonrió Hernández, a quien le sudaban las manos y la cara como si se hubiera dado un baño de vapor—. Tus carrozas y los Kaibiles han sido tu mejor inversión.

El Armada salió de la calle emboscada a toda velocidad mezclándose con el tráfico. Su apariencia no iba a pasar inadvertida, pues estaba cubierto por miles de agujeros y abolladuras debido al impacto de las granadas y proyectiles.

Atrás quedó un caos total.

Más de dieciocho muertos en la balacera. La calle convertida en un campo de batalla digno de cualquier ciudad del Oriente Medio por donde se hubiese desplazado una caravana militar en zafarrancho de combate. El tercer Nissan quedó totalmente inmovilizado: tuvieron que dejarlo en el sitio. Sus ocupantes huyeron a toda prisa en los SUV de apoyo que fueron llegando. En cuanto lograron avanzar algunos kilómetros, Montero y Hernández se cambiaron de autos. Un Range Rover (también blindado), les sirvió, a partir de entonces, como vía de escape.

—Pues sí, la vamos a contar —fueron las primeras palabras de Montero, a quien aún le temblaba la ceja derecha de manera incontrolable.

A medida que se iban insertando en el tráfico, en dirección contraria avanzaba a toda prisa un ejército de autos patrullas, camiones de bomberos y ambulancias. Con la mente fría del hombre de negocios, Felipe Montero comenzó a tomar las riendas de la situación.

—Pásame el teléfono satelital.

Hernández se lo pasó, mientras que él mismo buscaba un segundo teléfono.

—Quiero a toda mi gente en estado de alerta —fue su primera orden a uno de sus principales asesores—, llama a los del gobierno, que los medios no hagan tanta alharaca de lo que pasó. No quiero que ningún periodista vaya a escribir de más y a los familiares de las víctimas denles una buena suma, y corran con los gastos fúnebres —hizo una larga pausa para reorganizar sus ideas, lo más importante frente a cualquier situación, siempre era mantener la buena imagen ante la sociedad—, a los negocios afectados también regálenles un bono especial. A los periodistas, esos chupa tintas que se apuren

redactando la noticia: solo un pequeño tiroteo llevado a cabo por los Zetas, mientras intentaban sembrar el pánico en la bella Veracruz... ya saben.

A su lado, Hernández no paraba de dar órdenes por el otro teléfono.

—Directo a la casa Roja —le indico Montero a su chofer, quien se desplazó a toda velocidad hacia una de las mansiones más seguras del Patrón —, usa la radio y pide que envíen más personal de seguridad.

Sin quitar los ojos de la carretera, el chofer (un exmarine) se llevó la mano al bluetooth, que colgaba de su oreja, y repitió las instrucciones del jefe.

Dejando escapar un largo suspiro, Montero comprendió que era el momento de reestructurar su negocio si quería seguir con vida. Sabía que lo iba a lamentar de alguna manera, pero por ahora era indispensable contar con aliados poderosos.

—Hernández, llama al general cubano y pregúntale que cuándo nos podemos reunir.

La mano derecha del señor de la droga de Veracruz sonrió como muestra de que aprobaba la decisión de su jefe.

CAPÍTULO 6

IRINA

Varadero, Cuba

Salieron al amanecer desde un muelle reservado para embarcaciones de lujo. Catamaranes, lanchas rápidas y yates de más de cien pies formaban parte del decorado del embarcadero. Sin dudas, se hallaban en una zona solo para millonarios, con acceso restringido desde mar y tierra. Aquella ruta estaba prediseñada para quienes quisieran escapar de la isla comunista y contasen con el dinero suficiente, o sea, un viaje VIP (Very Important Person) por su elevado precio. Nada menos que 14 mil dólares por persona, en cash, (niños incluidos), el dinero era entregado en Cuba, México o Miami, según las posibilidades de los familiares.

Desde que llegaron al muelle, Irina se percató del profesionalismo con que se realizaba la operación. Un auto *Lada*, patrulla de la PNR (Policía Nacional Revolucionaria), escoltaba a los futuros emigrantes.

—¡Sin mucho jaleo! —Exclamó un primer teniente, quien se dirigió al grupo que acababa de formarse junto a una de las embarcaciones—. Vayan montando de uno en uno, No hagan ruidos, por favor. ¡Y muévanse, que tienen que estar en aguas internacionales antes de que amanezca!

Irina comprendió que aquella operación estaba montada por los bien llamados pejes gordos del gobierno, no en vano se trataba de la mejor ruta de las elaboradas por Shangó. El solo hecho de pensar en aquel nombre, la hizo estremecerse de asco.

Armando Morales fue uno de los traficantes de armas, mujeres y droga más célebres de Latinoamérica, conocido por todos como Shangó. Aunque irónicamente, el traficante no era más que un títere del general de la inteligencia cubana Julio Sandoval... *Ese sí que era un hombre con poder*, reflexionó Irina.

Shangó fue muchas cosas: encargado de representar a poderosas figuras del gobierno cubano en sus negocios de tráfico de armas y drogas, organizador de las rutas para emigrantes que querían escapar de la isla, “supuesto” dueño de la red más grande de prostíbulos y casas-estudio dedicadas a grabar películas pornográficas. Un negocio que ya se había expandido por toda la isla, ¡y,

además, el hijo de puta que me obligó a prostituirme por más de siete años!

La fama de Irina como una de las maestras de orfebrería más talentosas de la isla, no fue precisamente lo que la convirtió en una de las meretrices mejor pagadas de Cuba, no, sin dudas fue su metro ochenta de estatura, sus labios carnosos, sus caderas de mulata brasilera bailadora de samba, y unas nalgas de bailadora de striptease. En una ocasión alguien le dijo que la belleza era una maldición. De ser cierta esa advertencia, entonces ella estaría maldita por el resto de su vida. Y realmente su belleza solo la había metido, hasta hoy, en problemas. Desde que Shangó la vio por primera vez, supo que ella sería una de las putas mejor cotizada de su harén. Y no se equivocó.

Tras denunciarla por un robo que jamás cometió, había sufrido una sentencia de ocho años de prisión, junto a todas las calamidades que la misma acarrea. Su libertad y la devolución de su hijo los había comprado a cambio de que trabajara como una prostituta para el señor Shangó.

Después de aburrirse de ella, Shangó la puso a trabajar en varios de sus prostíbulos; su belleza pronto se destacó por encima de las demás mujeres; de ahí que pasara a formar parte de las “damas de compañía”; reservadas para importantes políticos y hombres de negocios que visitaban la isla. Así fue como participó en las orgías de generales, en tríos con mujeres y hombres de negocios que necesitaban satisfacer sus fantasías eróticas y en algún que otro video de importantes políticos a quienes los grababan sin que ellos mismos supieran que ya formarían parte de un futuro chantaje.

Shangó, como todo buen hombre de negocios, descubrió, al cabo del tiempo, que Irina representaba mucho más que dos tetas y un culo espectacular; la joven era un diamante muy pulido. El traficante tuvo que admitir que jamás había conocido a un negociante más agresivo que Irina. Poco a poco comenzó a prestarle más atención a sus opiniones y a seguir sus consejos, que lo ayudaron a ganar millones de dólares en billetes y propiedades. Pero, sobre todo, a sacarlo de apuros. Consciente de que le aportaba más como consejera y ayudante en sus negocios que como puta, decidió retirarla de la prostitución para que se dedicara por entero a las finanzas.

Con el tiempo, Irina llegó a conocer secretos de estado que jamás hubiera deseado saber. Las confesiones que le hizo Shangó en los momentos que la gozaba sexualmente eran alucinantes. Conoció de importantes contrabandistas de armas que visitaban la isla; los nombres y cuentas bancarias de generales y

comandantes cubanos, así como de la gigantesca red de lavado de dinero que tenían montada en Cuba los cárteles de la droga, tanto latinos como europeos.

Mientras más conocía, más riesgos corrían su vida y la de su hijo; pero ¿qué podía hacer?

El día que apareció en su vida el anciano Manuel, su mundo cambió para siempre.

Manuel Mendoza (si es que ese era realmente su nombre), era el asesino más peligroso que hubiera conocido, ¡y conocía unos cuantos! Delante de ella, encerrados en una oficina, Mendoza le voló la tapa de los sesos al Chino —uno de los principales hombres de confianza de Shangó—, antes de esto, le pegó un disparo en cada rodilla a su guardaespaldas, para rematarlo después con otro entre las cejas.

Luego, recordaba Irina, le dijo que no debía preocuparse más por el traficante; él también lo había matado. En la breve conversación que sostuvieron, comprendió que Mendoza era algún importante agente secreto que intentaban capturar, pero que muchos habían cometido el error de subestimarlos por tratarse de un anciano. Mendoza le pagó sus servicios con los diamantes más genuinos que ella jamás hubiera visto en toda su carrera profesional. A cambio de ese pago, solo debía decirle para quién trabajaba Shangó.

Al complicarse las cosas, Manuel le recomendó que se marchara de la isla con los diamantes (Cuba solo representaba una muerte segura para ella, en el mejor de los casos; en el peor, una condena de ocho años que nunca iba a cumplir, pues sabía demasiado...), por eso, en una carrera contra reloj, tomó el dinero de una de las cajas fuertes a las que tenía acceso, pagó el pasaje de su hijo y el de ella y escapó hacia México... o al menos lo estaba intentando.

Una brisa cargada de azufre, procedente de los pozos de petróleo de Varadero, hizo que volviera a la realidad. Su sexto sentido la alertó de que algo no iba bien. Mientras hombres, mujeres y niños iban abordando, un oficial bajo las órdenes del primer teniente los detenía para tirarles fotos con un teléfono de tipo celular.

—¿Y la foto, para qué? —preguntó con cierto recelo uno de los pasajeros.

—Las fotos se las enviamos a los familiares para demostrarles que acabaron de salir.

Irina no quedó muy convencida con la respuesta, aun así, tuvo que quitarse las gafas de sol que llevaba para mirar al frente.

—Siguiente —ordenó el oficial.

Una vez sobre cubierta y acomodada en el gigantesco yate, abrazó a su hijo y esperó ansiosa que encendieran los motores, olvidándose por completo del incidente. Jamás se imaginaría los problemas que le acarrearía aquella foto.

CAPÍTULO 7

LA LLORONA

Rancho Bacanales, México

Pedro Chiapas era el único hombre que había dentro de la lujosa habitación. Desde su enorme sillón acolchonado, observó las seis chicas pasándose la cubeta de helado como si fueran las mejores hermanas del mundo *¡Qué ironías de la vida!* Andaban en medias pantis y alguna microscópica tanga, por suerte, la cama era gigantesca. Entre aquel mar de piernas, tetas, nalgas y brazos, se movía también Josefina Montero, la hija de su Patrón.

Por mucho que Chiapas se lo advertía, Josefina tenía la pésima costumbre de encariñarse con las chicas del burdel, lo cual no estaba del todo mal, mientras no le diera uno de sus ataques histérico, pues cuando cambiaba de humor, las jóvenes debían desaparecer de su vista.

—¡Creo que lo va a matar! —exclamó una de las prostitutas que observaba el show.

El resto se llevó las manos al rostro tan dramáticamente como les fue posible. Por su parte, Pedro solo pudo dejar escapar un suspiro de aburrimiento mientras doblaba el cuello para ver que sucedía en la enorme pantalla plasma.

The Vampire Diaries... ¡No manches!

Josefina obligaba a las demás chicas a ver esos shows con ella, siempre en inglés, según le explicó en una ocasión a Chiapas, eso las ayudaba a dominar mejor el idioma, así podrán entender mejor a los clientes. Que las putas aprendieran idiomas era una de las reglas de la casa, pero de ahí a tener que tratarlas “tan bien”, había una gran diferencia. Tampoco es que Josefina las tratara como princesas, de eso a Pedro no le cabían dudas. La Patrona sabía colocarlas en su lugar. *Y de qué maneras...*

Con solo veintidós años, Josefina era la líder del rancho Bacanales, el prostíbulo más famoso de Veracruz. Un lugar extremadamente seguro para altos miembros del gobierno y del crimen organizado.

La Llorona (como la llamaban en secreto sus guardias), tenía una fantasía..., convertirse en la Heidi Fleiss latinoamericana. *La Fleiss*, una multimillonaria americana especializada en chicas VIP, como ella misma. La

Montero había imitado su propia forma de trabajar, convirtiendo a la mayoría de sus prostitutas en *escort girl*, (damas de compañía). Cada una era entrenada para hablar dos idiomas, se les impartían clases de etiqueta y eran sometidas a operaciones plásticas para aumentarles la masa muscular de los glúteos y de los senos. Aun así, por mucho que lo intentaba, no podía superar los precios y ganancias de Heidi, quien cobraba hasta 10,000 dólares la noche con una de sus chicas.

Al no poder superar ese tipo de ganancias con la simple venta de sexo, la Montero especializó su negocio en la venta de toda clase de fantasías. Si bien, el pilar más importante de su negocio consistía en la venta de seguridad. La Bacanales era una especie de retiro espiritual, algo inconcebible, pero cierto, para la esfera social en que se desarrollaba. Allí podían coincidir altos miembros del gobierno junto a los líderes más poderosos de los cárteles, incluso proxenetas de fama internacional especializados en la venta de niñas, con ilustres defensores de los derechos de la infancia. Los fines del Rancho no se basaba solo en el juego y el placer, también servía como un lugar seguro para cerrar negocios, hacer nuevas inversiones y, sobre todo, para la compra y venta de esclavas sexuales.

La verdad es que como administradora es un genio, pensó Chiapas mientras jugaba en su celular una partida de Angry Birds; sus aportes con la venta de fantasías sadomasoquistas, y la incorporación de los shows sexuales en vivo, habían provocado ganancias astronómicas. El único problema de la Patrona era que desde los ocho años fue diagnosticada como un caso severo de Asperger. La enfermedad, sin el tratamiento adecuado, la convertía en una especie de autista hiperactiva.

—Pásame el helado —pidió Josefina. Una de las chicas se apresuró a entregárselo, a sabiendas de lo que podía ocurrir si se demoraba—. Gracias, Carla. ¿Por qué te pintaste el pelo? El rojo te sentaba mejor.

—Es que esta semana voy a trabajar con las europeas.

—Ah, pues es verdad, ese te queda mejor.

Chiapas no dejaba de admirar a su Patrona casi al punto de idolatrarla; la chica era capaz de mantener una conversación superficial como si fuera lo más corriente y al mismo tiempo recitar de memoria las ganancias de la hacienda en los últimos doce meses, sin confundirse jamás en un cero.

Pero en ocasiones entraba en crisis. Cuando eso sucedía, si estaban de suerte por lo general se daba ella misma una golpiza, en ocasiones se golpeaba tan fuerte que varios de los guardias tenían que intervenir y sujetarla para

evitar que se hiciera un daño serio. La solución más simple era sedarla, así se dormía por unas doce horas y al despertar era como si nada hubiera pasado.

En otras ocasiones se ponía peor.

Cuando afloraban estos ataques más críticos, los guardias solían decir que era el espíritu de La Llorona que la poseía. Al igual que *La Catrina* (la figura femenina de una calavera vestida con las ropas de una dama), su físico se transformaba. Agarrar lo que tuviera a mano y estrellarlo en la cabeza de la persona más cercana, era la primera fase de una crisis agresiva. El botón que activaba su mecanismo histérico, por lo general, siempre era el mismo: solo que alguien le llevara la contraria, incluso en algo tan sencillo como no alcanzarle cualquier antojo que pidiera, por ejemplo.

—¡Chiapas! —La voz resonó urgente desde el diminuto walkie-talkie, sacándolo por completo de sus reflexiones. Pedro se apresuró en responder.

—Aquí Chiapas, ¿qué sucede?

—Eh, tenemos una situación —Chiapas comprendió que el hombre al otro lado de la radio (a pesar de ser un sicario despiadado), estaba titubeando al dar una respuesta más clara por la radio, temiendo que la Patrona estuviera a la escucha. Chiapas lo comprendió al instante, iba a responderle en privado, pero en ese momento la frágil mano le arrebató la radio. La Llorona, sin que él se hubiera percatado, se levantó de la cama al escuchar la llamada.

—¿Qué está pasando?

—Hola, Patrona —respondió el guardia, tras una breve pausa y varios carraspeos se apresuró a agregar—: es... una... una de las chicas nuevas se escapó.

Un breve temblor recorrió el cuerpo de Josefina Montero. Chiapas comprendió que era la primera ola de una enorme crisis que se avecinaba.

—No se preocupe, logramos capturarla, la muy tonta corrió directo a la policía. Nuestro contacto nos llamó para reportárnosla. Una hora después ya la traíamos de vuelta. Yo mismo...

—¿Dónde está?

—En la piscina de atrás, la que está en reparaciones.

—Quítenle la ropa, llama a cuatro “profesores” y que le den una buena clase antes de que yo llegue. Tienen veinte minutos, el tiempo que voy a demorar en vestirme.

Dos temblores más recorrieron su delgado cuerpo, el último fue tan fuerte que Chiapas tuvo que sujetarla por una mano para que no se derrumbara. Con

un fuerte tirón, se desprendió de su agarre.

—¡Así...! todas... como... como están vestidas quiero que vayan para la piscina —la voz comenzó a temblarle de manera incontrolable—. Tú, la rubia, búscame una bata... no, esa no, la china, la bata china de seda, la roja...

CAPÍTULO 8

RESPUESTAS

Cuba

El piso estaba cubierto por una fina capa de sangre, orina y algunas astillas de huesos. Varias moscas sobrevolaban las heridas de Ramírez como buitres sobre una presa moribunda. Desde su asiento, Manuel continuaba anotando palabras y números en su libreta. Por momentos se detenía para ajustarse los espejuelos (salpicados por gruesas gotas de sangre que corrían sobre el cristal, cosa que al parecer no le molestaba en lo absoluto). Los bordes de la libreta también estaban manchados y semejaba más al cuaderno de notas de un mecánico, salvo que las manchas no eran precisamente de grasa.

¿Qué más quiere saber?, gimió Esteban Ramírez para sí mismo. Todas las preguntas le surgían desde su mente, pues ya no se atrevía a ponerle sonido a los pensamientos. *Ya le dije todo... todo... ¿Qué más quiere?* Se sorprendió al escuchar su propia voz desde el interior; hacia horas que solo era capaz de articular palabras y frases que convencieran a aquel psicópata de que estaba diciendo la verdad... *pero ya se lo dije todo... ¿qué más, qué más...?*

Ramírez dejó escapar otro gemido.

Aquella microscópica habitación se había convertido en su purgatorio, un lugar donde estaba redimiendo todos sus pecados. El dolor era insoportable, agónico, en varias ocasiones le pidió que acabara de matarlo, pero su torturador continuaba haciéndole preguntas, lo cual solo acrecentaba más la sensación de impotencia ante el posible final de aquel acto de expiación. Un breve vistazo a lo que quedaba de su cuerpo, le permitió ver el horror de su realidad actual: había sido convertido en una marioneta humana. De sus rodillas, tobillos y codos se extendían tensos cables de acero atados a enormes clavos que atravesaban sus articulaciones. Al final de cada cable colgaba un contrapeso (en total, seis cubos de agua), cinco libras por cada cubo. Cuando las treinta libras combinadas aplicaban la fuerza de gravedad, el resultado era el desgarramiento interno de músculos y huesos.

—¿Así que no tienen idea de quién soy? —le volvió a preguntar Manuel Mendoza, más a manera de reafirmación que para ser escuchado por su prisionero.

Julio Sandoval, el temido general de la inteligencia cubana, andaba tras su pista. Por supuesto que conocía su identidad, o parte de ella: Manuel Mendoza o Heldrich, como era conocido por los servicios secretos que lo buscaban alrededor del mundo. Sandoval no era ningún ingenuo como para dejar cabos sueltos. De eso a Heldrich no le cabía ninguna duda, mucho menos creía que el general fuera a cometer ese tipo de errores. Si hasta ahora no habían aparecido frente a su casa las patrullas, para arrestarlo formalmente, era porque el general no lo consideraba un objetivo de tanta magnitud.

Una moneda de cambio, eso es lo que soy para él... Un favor a cobrar que le traerá muchos beneficios. Heldrich sonrió lacónicamente. Era la risa de respeto hacia un enemigo que lo superaba en todo. Aliados, fuerzas, dinero..., *no, dinero no, fuerzas sí...* todo estaba a favor de ellos, excepto el control absoluto de la información, si eso ocurría, pues fin del juego. *Julio Sandoval, tus aliados no han querido contarte toda la verdad. Por ahora solo piensas que soy un exespía buscado internacionalmente. Ummm, por lo de siempre, crímenes de guerra y todo lo demás, un Adolf Eichmann, solo que esta vez el caso se desarrollará en Cuba y no en Argentina.*

Los pensamientos de Heldrich fueron interrumpidos por los gemidos de su víctima.

Desde su trono de dolor, el coronel Esteban Ramírez intentó lanzar un grito de angustia (lo único que aún se le permitía hacer), pero solo logró que los cables se tensaran más, las punzadas de dolor lo hicieron retorcerse impotente como una rata de laboratorio ante la llegada del científico que le hará una disección.

Esteban Ramírez no podía comprender la situación en la que se encontraba, peor aún era el no poder recordar exactamente cómo fue llevado allí. Tras pasar cuatro horas de intensas torturas, con lapsos de descanso de tan solo diez minutos, ahora comprendía que para ceder al dolor su única opción era contestar cada una de las preguntas de aquel psicópata.

Eventualmente todos los hombres ceden a la tortura... algunos tardan más que otros, esos son los que más sufren, recordó Esteban, quien poco a poco comenzó a armar el rompecabezas de su secuestro. *¿También habrá matado a todos mis escoltas?*

Ramírez era un pez gordo en la política cubana. Nada menos que el encargado de las reservas militares de combustible para tiempos de guerra de

toda la provincia de Villa Clara. Como jefe principal de la organización, transporte y envío del petróleo recibido desde Venezuela (el cual una vez procesado y falsificados los números, era vendido en el mercado negro internacional), había logrado en solo dos décadas almacenar una pequeña fortuna de quince millones de dólares repartidos en diferentes cuentas en las islas Caimán. No se consideraba un oficial corrupto, ese término no existía en las Fuerzas Armadas Revolucionarias..., en la FAR todos defendían sus derechos individuales, el juego consistía en nunca robar... *robar no, nunca coger más que el jefe*. Aunque lo que realmente importaba, era pertenecer a un grupo de privilegiados, rodearse de contactos importantes que le cubrieran la espalda de igual manera que él se las cubría a ellos, eso era fundamental en el juego de la política interna de la isla.

Solamente dos de sus hijos tenían acceso a sus cuentas internacionales, el tercero, Duanys, había demostrado ser un inepto para los negocios familiares. Su único logro y aporte al clan de los Ramírez fue casarse con Isabel, la hija del coronel Orlando Ortega. Una vez que nació su nieta Isabela, el matrimonio de conveniencia dio sus frutos. Dos poderosos clanes dentro de la política militar cubana acababan de unirse en un lazo de sangre al estilo Medieval.

—¡Conque el gobierno está desesperado! —dijo el anciano torturador. La voz de aquel maniático sacó al coronel de sus reflexiones—. Así que dentro del propio gobierno existe un segundo gobierno a la sombra, uno que controla la verdadera economía. ¡No me sorprende! Realmente es un caso típico de cualquier sistema comunista. Un grupo dentro del grupo...

Y yo pertenezco a ese grupo tan selecto.

—Sabes, en la desaparecida Unión Soviética pasó lo mismo, mmm, ¡pero, claro que lo sabes! Los hijos y los nietos de los dinosaurios del Politburó fueron poco a poco controlando la economía rusa. Un segundo gobierno a las sombras, fueron ellos quienes crearon las modernas mafias rusas, las redes de mercado negro que suministraban todo lo que sus abuelos no dejaban entrar al país de forma legal, pero que consumían con mucho gusto en sus privilegiadas mansiones. —El anciano sonrió como si acabara de hacer un chiste que solo él entendía—. Mientras sus abuelos se preocupaban por hacer política internacional, la famosa “Guerra Fría”, intentando que un barco de carga, viejo y herrumbroso, tratara de competir contra los modernos buques mercantes, ¡ah! pues ellos se dedicaron a actualizarse. ¡Eso es lo que hicieron! Esa nueva generación de “hombres nuevos” de la “revolución rusa” mandó a sus hijos a estudiar a escuelas en el extranjero, que aprendieran de la

economía del enemigo. Luego compraron acciones y crearon compañías “extranjeras”, que realmente pertenecían a ellos para invertir en su propio país.

Heldrich dio varias palmadas como si acabara de leer un monólogo que perteneciera a otra persona. Ramírez asintió con la cabeza, comprendía cada palabra del anciano. Él, al igual que todos los demás coroneles, generales y comandantes, había hecho lo mismo.

—Por eso cuando el derrumbe del campo socialista afectó a todos, los hijos y los nietos de los “dirigentes del pueblo” fueron los más beneficiados, como pasará en Cuba o Venezuela —el anciano anotó varias palabras más en su libreta y miró fijamente a Ramírez (su expresión alegre desapareció por completo, como si pudiera cortarse quirúrgicamente aquella personalidad, para sustituirla por otra al instante). Cuando volvió a hablar, su tono era tan insensible que le hizo creer al coronel que había perdido su total interés por la raza humana. Para él, Ramírez no era más que un insecto—. ¡Lo tenían todo! La economía les pertenecía, nada cambió, sus abuelos se retiraron a sus *dachas* para terminar sus últimos días rodeados de placeres y lujos, ¿te suena familiar?

Sí, le sonaba demasiado familiar.

—La Rafin S.A le comprará el veintisiete por ciento de sus acciones a la compañía de Telecom Italia —gritó Ramírez en un arrebato de desesperación, lo contaría todo con tal de que el dolor desapareciera, ya no le importaba saber que cada una de sus palabras era anotada en aquella maldita libreta. Tras una breve pausa, continuó hablando, pasara lo que pasara no podía dejar de hablar, eso mantendría ocupado a aquel psicópata—. Pagarán aproximadamente entre 600 o 700 millones de dólares.

—No tiene sentido, ¿por qué sacar a sus socios del mercado? —le preguntó Heldrich—. A ustedes nunca les ha gustado la competencia. Umm, ¡no, falta algo! Los italianos les armaron todas las redes de comunicación y les enseñaron como usarlas... podrían haberlos utilizado un poco más.

Ramírez asintió, mientras sentía como un buche amargo proveniente de su estómago se mezclaba con su saliva. El dolor fue tan intenso que no pudo contener su intestino y se cagó, y por si fuera poco, también se vomitó dos veces seguidas. Cuando Mendoza aflojó la tensión de los cubos de agua, que se mantenían desgarrándole la piel y los huesos, el alivio fue instantáneo. Desde ese momento comprendió que no podía dejar de hablar.

—La Rafin S.A será la verdadera dueña de Etecsa (Empresa de Telecomunicaciones de Cuba), a fin de cuentas, esa empresa le pertenece al gobierno cubano.

—Querrás decir a las Fuerzas Armadas... ¿y quién controla a las Fuerzas Armadas? No, ¡esa será otra conversación! Lo que quiero saber es, ¿por qué?

—La respuesta es simple, porque el gobierno ha decidido que Cuba se abrirá al mundo, la noticia la harán pública en los siguientes meses. Primero quieren hacer algunas negociaciones con los americanos para restablecer las relaciones. ¡Una cortina de humo para el mundo! Abrir embajadas, intercambios de prisioneros, todo ese show mediático. —Esteban hizo una pausa para humedecerse los labios, fueron solo segundos, pero la mirada de Mendoza lo obligó a continuar hablando—. El verdadero cambio lo sentirá la economía de la isla. Comprende que al ser los dueños sublimes de la única empresa de comunicación, estamos hablando de una maldita mina de oro.

Heldrich valoró aquellas palabras. Ahora todo tenía más sentido. Desde que el gobierno dejó que los cubanos de a pie tuvieran un celular (aunque fuera con unos pocos minutos para poder hablar, aun a precios astronómicos), las comunicaciones sin dudas mejoraron en la isla. Pero el interés del gobierno jamás fue mejorar a su pueblo... no, se trataba de un megamonopolio estatal que acababa de surgir a escalas inimaginables con beneficio directo para algunos. El sector económico de la rama militar que controlaba el país, comprendió la necesidad de sacar a cualquier socio del negocio, con el único fin de ser los dueños únicos de un mercado virgen.

—¡Ahora entiendo! Significa que las ganancias...

—¡Son astronómicas! —por primera vez Ramírez interrumpió a su torturador para hablarle con cierto orgullo—, solamente en llamadas prepagadas desde del extranjero se han recibido más de 2000 millones de dólares. La compañía de Etecsa en estos momentos está valorada en el mercado internacional por más de tres mil millones de dólares.

Heldrich continuó anotando.

—¿Qué pinta en todo esto la GAESA?

Esteban Ramírez palideció al escuchar aquel nombre. Dejó escapar un suspiro y miró durante un largo minuto a su torturador. Todos, incluyendo al general Sandoval, subestimaron a aquel maldito psicópata. *Un hombre buscado por la KGB, por el MI6 y hasta por los malditos israelitas no es alguien para subestimar...*

Durante más de sesenta años Manuel Mendoza vivió oculto en Cuba, ¿qué secretos conocía para que ninguna de esas poderosas organizaciones dejase de buscarlo? Constituía un misterio que escapaba a su imaginación. Debieron arrestarlo desde el momento en que conocieron parte de su identidad. Ahora ya era demasiado tarde, al menos para él. Ramírez lo comprendió en ese momento, iba a morir. Ya no le quedaba dudas, prefirió sacudir la cabeza ante cualquier esperanza que hubiera llegado a albergar. No se trataba ya de toda la información que le dio (con el dinero que tenía fácilmente podría comprar un perdón militar), pero el asunto era peor de lo que se había supuesto... *de lo que todos habían imaginado*. Estaba frente a un analista “económico-político”, un torturador experto, que sabía de antemano qué preguntas hacer. Al final no le estaba dando ninguna nueva información a Mendoza, simplemente lo estaba ayudando al viejo “actualizar” su libreta de notas.

En algún recóndito lugar de su mente, Esteban Ramírez llegó a creer que Manuel Mendoza fue enviado a torturarlo para sacarle información. Ya fuera la CIA, o la propia inteligencia cubana, él valía más vivo que muerto. Ahora no estaba tan seguro.

La GAESA (Grupo de Administración Empresarial S.A), era el oligopolio más grande existente en la isla de Cuba. El CEO de la compañía era nada más y nada menos que el general de división Luis Alberto Rodríguez López Callejas, (yerno del presidente Raúl Castro). La gigantesca compañía (que también pertenecía a la FAR), controlaba entre el 70 y el 80 por ciento de la economía cubana. Al igual que un calamar gigante (con muchos tentáculos, pero con una sola cabeza), la GAESA era dueña de más de 57 empresas esparcidas y ramificadas a todo lo largo de la isla. Cadenas hoteleras, flotas de yates y autos de renta, aviones de pasajeros, restaurantes y gasolineras pertenecían al consorcio. Los ingresos eran multimillonarios al no tener que compartir ni las ganancias ni el enfrentamiento a la competencia de mercado. El consorcio era controlado por generales y coroneles, estos cuidaban con mano de hierro la seguridad de la empresa. Exclusivamente podían aspirar a posiciones elevadas dentro de la misma, los hijos o nietos bien cercanos a los ancianos que la controlaban.

—Al presidente Chávez le quedan pocos años de vida —aclaró Manuel, como si se tratara de un dato simple y común, y no de uno de los secretos mejores guardados dentro de la inteligencia cubana. Ramírez no dejaba de

sorprenderse ante la información tan confidencial que aquel anciano manejaba, y, sin embargo, todos se creyeron en su momento que solo se trataba de un viejo que no representaba peligro alguno—. Cuando el cáncer acabe con él, ¿cuál será el plan B de las FAR? Porque tienen un plan B. Desaparecido Chávez, habrá una lucha por el poder, ustedes los comunistas controlan la seguridad y los medios de información en Venezuela, no les será difícil instalar a algún presidente títere que puedan controlar desde aquí. Pero la crisis económica en que sumirán al país no podrán controlarla. ¡Ja! Es que me lo puedo imaginar, “Período Especial Venezolano”.

¿*¿Cómo demonios sabe toda esa información!?* Pensó Esteban, negarlo solo le causaría más dolor, así que prefirió hablar.

—Se harán nuevas reformas...

—¡Ya, ya, ya! La apertura de las relaciones con los enemigos imperialistas —Ironizó Manuel—. ¡Dime algo que no sepa ya!

—Entre la GAESA y la Rafin S.A, se apropiarán de todos los negocios a gran escala dentro de la isla en los próximos años. —Por el rostro de Mendoza, Esteban comprendió que su torturador no comprendía la magnitud de lo que acababa de decirle, y en caso de entenderlo, prefería que él se lo explicara mejor—. ¿No te das cuenta? Las “Empresas Estatales” ya no serán más propiedad del estado, sino que pasarán a formar parte de firmas privadas.

Esta vez la expresión de Manuel sí que cambió, *¡ahora comprendes, verdad!*

El anciano pareció muy interesado en escuchar más de lo que Esteban fuera capaz de decirle.

—Entonces el cambio será inminente. Como el derrumbe del campo socialista. ¡De la noche a la mañana!

—Así es —confirmó el coronel—, una vez que todo esté legalizado, darán luz verde para que empresas extranjeras inviertan en la isla.

Manuel sonrió incrédulo.

—Los gringos y los europeos no van a morder ese hueso. Ya tienen mucha experiencia, sobre todo los americanos, con el término “nacionalización de empresas”.

—Esta vez sí, todos correrán para invertir, créeme. —Por su tono, Heldrich comprendió que su víctima acababa de convertirse en una especie de aliado, el temor al dolor hacía que le confesara las cosas como si fueran camaradas de trincheras—. Les darán el control absoluto del ciento por ciento de sus propios negocios, no como antes, que solo era el 49 por ciento. Además, como

incentivo, no tendrán que pagar al menos durante ocho años ningún tipo de intereses a la isla.

—¡Es increíble! —exclamó Heldrich. Su propia voz le pareció distante y cansada, como un eco atrapado durante años en una cueva infinita. La historia se repetía una vez más—. Simplemente están nacionalizando sus propias empresas.

—No, cuando los hermanos Castro se hicieron con el poder, nacionalizaron las empresas extranjeras, expulsando de la isla a sus dueños. —El coronel continuó hablando como si su mente viajara al pasado, a veces tenía que detenerse para que una oleada de dolor pasara de largo por su cuerpo—. Está vez será diferente... ¡Ah...! Ya no soporto más el dolor... ¿Qué más quieres saber? Acaso no comprendes que han legalizado sus propias compañías. Así, cuando Cuba se “abra al mundo”, la GAESA será un monopolio nacional con nombres y apellidos. El equivalente a las cadenas hoteleras de Punta Cana o Cancún.

Una vez más, el anciano volvió a tomar notas en su libreta. Al finalizar, de improviso recordó algo:

—¿Y qué piensan hacer con el monopolio de Eusebio Leal?

CAPÍTULO 9

LA CRISIS

Rancho Bacanales, México

Cuando La Llorona llegó a la piscina, ya se había reunido una pequeña multitud. Alrededor de veinte chicas se mantenían apretujadas en una de las esquinas, llorando y gimiendo ante lo que sucedía frente a ellas. No les quedaba de otra; sus guardias les dejaron pocas opciones. Inicialmente, Josefina ordenó cuatro “profesores” para el castigo, pero en los veinte minutos que demoró en vestirse, seis hombres habían violado a la joven.

—¿De dónde es esta? —fue su primera pregunta.

—Venezolana —le respondió uno de los violadores mientras se subía el pantalón—, llegó hace dos meses.

Chiapas, como una sombra que protegiera cada movimiento compulsivo de su jefa, miró a uno de los guardias y acercándosele le murmuró al oído:

—Rápido, ve directo a la enfermería y dile al *Matasanos* que la Patrona tiene una crisis, que traiga la jeringa y un calmante... de los fuertes.

El guardia salió corriendo sin dejar de mirar hacia atrás. No quería perderse el show, pero las órdenes de Chiapas eran sagradas.

Josefina Montero miró a la hermosa venezolana que estaba tirada en el piso justo al borde de la piscina. No paraba de llorar y aún intentaba cubrirse los senos con las manos. A la joven aún le corría por los muslos, los senos y la cara, el semen de sus violadores como prueba evidente de su castigo.

—¿Es así cómo me pagan? —Estalló La Llorona, miró una vez más a la venezolana y luego al resto de mujeres—. ¿Qué más quieren de mí? ¡Putas de mierda!

Los temblores que la asaltaron fueron tan fuertes, que se cayó al piso. Uno de los guardias dio un solo paso para intentar ayudarla, pero Chiapas lo detuvo con la mirada.

—¡En sus países eran unas analfabetas campesinas, les doy casa, comida, lujos, juegos...! ¿A qué creen que se iban a dedicar en los Estados Unidos? ¡Iban a limpiar baños, malditas ignorantes!

Las jóvenes allí reunidas eran latinoamericanas que de una manera u otra habían intentado llegar a los Estados Unidos. Después de haber pagado

fortunas para llegar a México, terminaron secuestradas por los cárteles y vendidas como esclavas sexuales, un detalle que ninguna se atrevió a echarle en cara.

Tras una nueva ola de temblores, Josefina estalló en llanto. *¡Y así comienza la crisis!*, se resignó Chiapas. Los primeros gemidos fueron estremecedores, lágrimas, baba y mucosidad recorrieron todo su rostro impidiéndole que pudiera articular bien las palabras.

—Sí... tú... ¿Te escaparías después... de, de... después de las tetas que te pusimos? —le preguntó histéricamente a una de las jóvenes.

La chica se apresuró a negar con la cabeza sin atreverse a decir una palabra.

—¡No, no, no! Verdad que no, todas dicen lo mismo... ¡Mentirosas!

Más guardias se acercaron, al menos unos ocho miraban y sonreían por la escena, aunque ninguno se atrevió a entrar en el círculo. De repente, ante el asombro de los presentes, La Llorona fue directa hacia Chiapas. Le pegó su rostro hasta rosarle la barbilla.

—Dame tu cuchillo —le exigió.

—Ya está bien Josefina, de aquí en adelante me encargo yo. —De los allí reunidos, únicamente Chiapas era capaz de contradecirla, por lo que los hombres lo miraron con cierto recelo.

—¡Te dije que me des tu maldito puñal! —Sin esperar una respuesta, La Llorona hurgó tras su espalda y le sacó un cuchillo de pesca que Chiapas siempre llevaba consigo. Dirigiéndose a varios guardias les gritó—: ¡Aguántenme a esa puta!

A pesar de haber sido violada por varios hombres, la joven se retorció con las fuerzas que le quedaban e intentó escapar, pero ocho poderosos brazos la inmovilizaron al instante. Dos hombres le sujetaron las manos, un tercero y un cuarto que se unió para no perderse el show bien de cerca, terminaron sujetándole las piernas hacia atrás. De esta manera la venezolana quedó en posición de arco con su pelvis y muslos contra el piso, su espalda arqueada y sus senos y rostro hacia adelante.

Sin una palabra de advertencia La Llorona le agarró un seno enterrándole las uñas, con la mano del cuchillo desgarró de varios tajos la fina carne. Los gritos fueron aterradores, tanto los de la víctima al ser mutilada, como el de las jóvenes que vieron horrorizadas como aquella maniática le arrancaba ambos senos y se los lanzaba a ellas.

—¡Yo las quiero! ¡Yo las he ayudado! —les gritó—. ¿Ustedes creen que

esto me gusta? ¿Por qué me obligan a hacerlo?

Sin detenerse continuó picando y arrancando trozos de carne, que fue tirando a las asustadizas prostitutas mientras se volvían un ovillo contra la pared como único mecanismo de defensa. Orejas, labios, pedazos de cachetes, fueron lanzados por el aire... la sangre era tanta que constantemente Josefina se resbalaba sobre las losas. En más de una ocasión tuvo que agarrarse del cuerpo de la víctima, que ya había perdido su forma humana. En uno de sus incontrolables cuchillazos le propinó un tajo en la mano a uno de los torturadores, este gritó y soltó lo que quedaba de la venezolana. Los demás hicieron lo mismo dejando a la maniática lanzarse en su frenesí de sangre sobre el resto del cuerpo.

La Llorona, sentada a horcajadas sobre aquel pedazo de carne irreconocible, no paró de apuñalarlo. A su espalda varias prostitutas se habían desmayado, otro grupo vomitaba incontrolablemente.

—Ya es suficiente— Dentro del caos y los gemidos, la voz autoritaria de Chiapas intentó retomar el control de la situación—. ¡Te dije que ya es suficiente...! ¡Josefina, dame ese maldito cuchillo!

La joven miró durante varios segundos a su guardaespaldas. El silencio fue total. Josefina Montero no estaba allí. Sus ojos inyectados de sangre, odio y muerte, lucían desproporcionados en su diminuta figura; esos ojos ya se habían vaciado de cualquier sentimiento humano. Incluso, hasta para los sicarios reunidos alrededor de la piscina, torturadores experimentados que no se impresionaban con casi nada, aquello era demasiado. Comprendieron que su Patrona en ese momento estaba poseída por el espíritu de La Llorona. Algunos eran fanáticos adoradores del *La Dama Flaquita*, por lo que se santiguaron y susurraron alguna plegaria por el alma de su jefa.

—¡Josefina Montero, dame ahora mismo ese cuchillo!

Chiapas no era tan inculto como el resto de sus hombres. Intentar explicarles que aquella chiquilla solo padecía de un trastorno mental, sería malgastar palabras, además, que temieran de esa forma a la Patrona siempre podía ser bueno para el negocio.

—Te dije que me des...

Con la rapidez de un felino La Llorona se abalanzó sobre su guardaespaldas, lanzándole tajos directos al cuello. Chiapas, excomando de la marina mexicana, reaccionó con simplicidad ante el ataque descoordinado de su jefa. Los presentes, en especial los sicarios, sabían que el temido Pedro Chiapas era un experimentado maestro de Aikido. Para Chiapas, era sumo

importante inmovilizar a sus enemigos más que eliminarlos o humillarlos. Esto no significaba que dudara en aplicar técnicas mortales ante situaciones extremas.

Dos simples desplazamientos a derecha e izquierda hicieron que La Llorona descoordinada sus pasos, momento que usó para agarrarle la muñeca, barrerle su pie delantero y lanzarla suavemente contra el piso. Su mano, como una tenaza, apretó un nervio de la muñeca obligándola a soltar el cuchillo. El dolor momentáneo hizo que Josefina reaccionara y comenzara a gritar y pedirle disculpas.

—¡Los siento Chiapitas, lo siento! ¡No me hagas daño! —Gimió como una pequeña bebé—. ¡Yo no... yo no quería atacarte, no sé qué...!

—Sss, silencio, muñequita, ya todo pasó. —Pedro advirtió que en ese momento llegaba el doctor, este ya tenía preparado un sedante y se lo suministró de inmediato—. Ahora a dormir, mañana será otro día.

Le dio un beso en la frente y le limpió las salpicaduras de sangre que le corrían por la cara.

—Gracias... Pedr... Pedro. Seguro que aprendieron, tenía que enseñarles... —La lengua se le enredó al instante, sumiéndola en susurros y frases incoherentes.

Pedro le acarició los cabellos, el rostro que sostenía entre sus manos, solo para él, era el de una joven hermosa e inocente, una chica que amaba con todas sus fuerzas. Con la punta de los dedos le recogió algunos mechones ensangrentados y pedazos de carne cortada que aún le cubrían su cuerpo.

—Recojan todo este desastre —les ordenó a sus hombres—, llévense a todas estas putas a que se den una ducha, huelen a mierda...

Cargando el cuerpo de su Patrona, giró para dirigirse nuevamente a las prostitutas.

—¿Vieron lo que es capaz de hacer a quien la desobedezca? —Les dijo a las demás mujeres— ¿No comprenden que de aquí no saldrán si no es como esta, un pedazo de carne irreconocible? La policía trabaja para nosotros, los taxistas, los bomberos y los dueños de hoteles. No pueden ir a la policía, no pueden hospedarse ni huir en un taxi... ¿qué les queda entonces? O se vuelven las mejores putas de Veracruz o la próxima vez las va a tirar viva a los cocodrilos.

Las mujeres se miraron aterradas. Chiapas volvió a repetir sus palabras mientras se alejaba.

—Vivas a los cocodrilos, no será la primera vez.

CAPÍTULO 10

¿QUIÉNES QUEDARON FUERA DE LA REPARTICIÓN?

Cuba

Eusebio Leal, el célebre Historiador de Cuba, es una de las personas más conocida a nivel mundial por su destacada lucha en el rescate y restauración de varias ciudades históricas cubanas. También es uno de los hombres más ricos de la isla.

La Habaguanex S.A, es un consorcio empresarial que contaba con 37 restaurantes y 21 hoteles, bares, cafeterías y tiendas; hostales, museos y salas de conciertos. Toda una multitud de negocios creados y dirigidos por el historiador. Los logros de más de dos décadas de trabajo arduo dieron los resultados esperados. Las Oficinas del Historiador, junto con su magistral equipo especializado en restauraciones históricas, consiguieron rescatar el casco histórico de La Habana (toda una ciudad en ruinas), sitio declarado por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad.

Una vez más, Ramírez miró con asombro y miedo al viejo psicópata que tenía frente a él.

¿Con cuántos espías cuentas en las altas esferas del poder? Este hijo de puta sabe hasta de planes que aún ni se han plasmado en papeles.

—Leal y su equipo no tienen ni idea de lo que les va a pasar —ya no valía la pena negar o intentar tergiversar la información, ¿para qué? — Dentro de tres o cuatro años (según los intereses), la GAESA planea quitarle la compañía al Historiador. La Habaguanex pasará a formar parte del consorcio militar.

Eso era todo lo que necesitaba saber; reflexionó Manuel, más bien confirmar.

El tiempo de permanecer en las sombras había acabado. Al igual que los generales y coroneles que comenzaban a salir de sus madrigueras, o más bien escondiéndose en ellas para dejarle paso a sus hijos y nietos, él también pensaba dejar su legado.

Ya no le quedaba muy claro cómo sucedió.

Esteban Ramírez solo recordaba el momento en que entró a su habitación, la luz se encendió y ante él estaba aquel anciano: Manuel Mendoza.

Mendoza sostenía una pistola con silenciador y lo obligó a abrir la caja fuerte. Ramírez no creyó de momento en lo que le estaba pasando. Era increíble que aquel imbécil osara entrar a su casa, ¿acaso no sabía quién era? Por eso, en la primera oportunidad que tuvo, se lanzó sobre la pistola, pero con movimientos bien entrenados, Mendoza lo sometió en cuestiones de segundos. Ramírez comprendió que aquel anciano estaba en muy buena forma física, peor aún, era algún experto en artes marciales. Su labio partido, y posiblemente su clavícula dislocada, eran pruebas más que suficientes para dejarle claro que por la fuerza no lo podría someter.

Como coronel de las Fuerzas Armadas, Ramírez siempre tuvo dos escoltas a su disposición, pero ninguno de ellos acudió en su ayuda. ¿Los habría matado? Ese pensamiento no lo asustó tanto como lo que sucedió una vez que la caja fuerte estuvo abierta. El anciano tomó todos los papeles importantes y dejó el dinero a un lado, sin prestarle mucha atención.

—¿No eres un ladrón común? —Rugió el coronel—. ¿Quiénes te enviaron? No he traicionado a nadie.

Su captor inclinó la cabeza hacia un lado, cual si estuviese valorando su respuesta, pero solo tardó dos segundos antes de clavarle una aguja en el cuello. Todo alrededor de Ramírez comenzó a cubrirse de sombras mientras un líquido caliente recorría sus venas, antes de perder enteramente el conocimiento recordó una simple frase:

—Creo que vamos a tener una larga conversación.

CAPÍTULO 11

BIENVENIDA A MÉXICO

Coatzacoalcos, puerto de Veracruz en México

Seis poderosos motores Yamaha fuera de borda, con 350 caballos de fuerza cada uno, iban dejando una estela espumosa a su paso. Recién acababan de pasar por la costa de Tabasco; de eso hacia un par de horas, o minutos... nadie estaba seguro. Dentro de la embarcación no se escuchaba ni una sola palabra, breves murmullos, nada más. Solo el capitán y sus dos ayudantes, como si estuvieran de excursión, tomaban cervezas y se hacían chistes acerca de su anterior viaje. Veintiocho personas, amontonadas unas sobre otras, parecían hallarse en estado de trance.

Sin poderlo evitar, Irina había analizado los rostros temerosos de los emigrantes. Todos, tantos los hombres con el aspecto más fiero, hasta las mujeres más decididas, habían perdido sus expresiones de humanidad, cubrían sus caras con una máscara de miedo ante lo desconocido.

Es demasiado dinero... pensó Irina al recorrer con la mirada a los pasajeros y hacer los cálculos. Nada menos que 392 mil dólares en un solo viaje. Se preguntó cuántos de esos miles irían a parar a las cuentas de coroneles y generales cubanos. Los 14 mil dólares por persona garantizaban una embarcación segura hasta México, a partir de allí, un autobús los llevaría hasta el paso fronterizo de Matamoros, en donde se entregarían en la frontera pidiendo asilo político. Veinticuatro horas después, el gobierno americano los acogería aplicándoles la ley *Pies secos pies mojados*, les darían la bienvenida en Brownsville, Texas; esa fue la frontera adonde les aseguraron que los iban a entregar.

—¡Eh, chavos! —todo el grupo miró hacia el capitán con el miedo reflejado en los ojos—. ¿Alguien quiere un agua, un refresco?

Algunas manos se levantaron, otros preguntaron cuánto faltaba.

—Un refresco, por favor —le dijo Irina al joven que pasó repartiendo las bebidas.

El chico no debía de exceder los dieciocho años, pero no tuvo pudor en repararla al detalle.

—Para ti, lo que pidas, mamacita.

Irina le sonrió y tomó el refresco. Contra su pecho, dormido y ajeno a toda

clase de preocupaciones, descansaba su hijo.

—Yotuel, despiértate... toma, solo un poquito.

El niño abrió los ojos legañosos y bebió el refresco. Durante varios segundos miró a su mamá después volvió a caer en el sueño de los inocentes. *Seis años y una conciencia limpia, quién como tú, cariño...* Irina besó en la frente a su “bebé”, aunque ya apenas si lo podía cargar.

—Estén atentos —informó el capitán—, esas son las luces del estado de Veracruz. Estamos llegando al puerto de Coatzacoalcos.

Un breve suspiro se escapó del pecho de algunos y, sin embargo, para Irina aquello solo era el principio de su travesía.

En su pequeña mochila llevaba más de diez mil dólares, el resto del dinero que robó de la caja fuerte del Chino lo guardó en la casa de una buena amiga, junto con los diamantes que Manuel le proporcionó. Excepto por dos, gracias a su talento en la orfebrería, diseñó dos argollas plateadas con un diamante en el interior de cada una. El plástico y el metal, mezclados magistralmente, cubrían la roca de los ojos inexpertos, mientras creaban la ilusión de que solo eran parte del decorado. También llevaba un pequeño revólver calibre .22 sujeto a su cadera.

Un leve empujón hacia adelante le indicó que la lancha empezaba a reducir la velocidad. Varios minutos después los ayudantes saltaron al muelle guiados por el capitán, sujetaron las amarras y corrieron a ayudar a los pasajeros. Todo comenzó a efectuarse con rapidez y profesionalismo. Aquellos hombres eran expertos en el tráfico humano.

Irina miró a todos lados como esperando que algo pasara; no estaba segura exactamente de qué era lo que le preocupaba, pero aquella sensación de peligro nunca le había fallado.

El grupo fue guiado hacia un complejo de almacenes, donde los hicieron esperar durante una hora. Cuando la oscuridad de la noche fue absoluta y el gigantesco puerto estaba iluminado solo por algunas luces, un autobús salió de entre las sombras, cuatro sujetos se bajaron rápidamente y comenzaron a leer una lista. A medida que pronunciaban sus nombres, los pasajeros subían al autobús; el miedo y la expectativa a lo desconocido, iban creando sus trastornos en el grupo.

—Yamila Piedra —leyó el chofer del autobús, una hermosa joven salió del grupo y avanzó hacia la puerta—, un momento.

Un segundo hombre salió de entre las sombras y miró a la chica durante

varios segundos, no convencido aún, buscó su celular y la comparó con alguna misteriosa foto.

—Puedes subir —le dijo.

Un breve murmullo estalló en el grupo.

—Tranquilos, señores, mi nombre es Martín —se anunció el traficante—, tengo que comparar a cada una de las mujeres pues sus parientes en el Norte me enviaron fotos, solo estoy haciendo mi trabajo para que todos estén más seguros. ¡Que somos profesionales!

Al instante, tanto hombres como mujeres asintieron con gestos de aprobación. La inocencia del grupo, y la manera sumisa en que se comportaban permitía a los traficantes hacerles chistes y bromas pesadas. Aun así, nadie se atrevía a protestar.

¡Esto no pinta nada bien!

Horrorizada por aquella obediencia colectiva, Irina comprendió que estaban a merced de los traficantes, no quería caer en un estado de pánico, pero muchas cosas empezaron a alertarla. Una vez más, su sexto sentido le advirtió de que algo no iba bien, pero ¿qué podía hacer? La fuerte brisa proveniente del Golfo opacaba cualquier sonido, incluyendo los posibles gritos en caso de que alguien quisiera llamar la atención. A favor de ellos también estaba la mala iluminación del puerto, un lugar perfecto para evitar las miradas de curiosos. Demasiados elementos en contra.

Sí, ¡estos cabrones son profesionales!

—Carmen —anunció el chofer.

Irina tomó al pequeño Yotuel de la mano y se abrió paso a través del grupo. Había decidido viajar con un nombre falso para ser más precavida. Ya junto a la puerta, Martín la detuvo y la comparó con la supuesta imagen de su celular.

Achaparrado, de rasgos aindiados y piel oscura, una sonrisa cruzó por sus labios mostrando una dentadura amarillenta y cubierta con casquillos de oro.

—Es esta —fue su única frase.

De entre las sombras salieron dos hombres más y se abalanzaron sobre ella.

Ambos mexicanos actuaron con rapidez, pero Irina los estaba esperando.

Al que tuvo más cerca le propinó un puñetazo en la nariz, dándole tiempo para sacar el pequeño revólver. El segundo fue más inteligente y cambió de objetivo. Sin que ella pudiera hacer nada le arrebató de las manos a su pequeño. Yotuel, sorprendido y asustado comenzó a llorar, pero su captor le

cubrió la boca y la nariz con la mano. El niño empezó a patalear ante la falta de oxígeno.

—¡Suéltalo o te pego un tiro, hijo de puta! —amenazó Irina.

El grupo de cubanos retrocedió entre gemidos y gritos dejando sola a Irina, quien fue rodeada por varios mexicanos más que salieron como hienas de entre las sombras.

—Cubanita —le dijo con voz calmada Martín, aunque ocultándose tras el hombre que sostenía al niño como un doble escudo humano—, todos aquí hemos sido apuntados con un revólver alguna vez. Y créeme que no dudo que le arranques la cabeza a este, pero esta historia va a tener un solo final. ¡O bajas la pistola, o vamos a picar en pedazos a tu *chavito*!

Terminando su frase sacó una navaja y se la puso encima de la oreja al niño. Aquel hombre no bromeaba. Impotente, Irina miró al grupo de cubanos, hombres y mujeres bajaron la cabeza.

—¡Ayúdenme por favor! Somos más que ellos... si no nos...

—Cubanita —la interrumpió Martín—, ¡dame la chingada pistola y déjate de pendejadas! ¡Quieres hacer una laguna de sangre! Crees que no tenemos güevos para chingarnos a todo este grupo.

La navaja comenzó a rasgar la oreja del niño, los gritos obligaron a Irina a soltar la pistola y salió corriendo en pos de su hijo.

Varias manos se abalanzaron sobre ella. Fue separada del grupo al instante y llevada a una camioneta sin ventanillas. Martín supervisó la carga por unos minutos más para después regresar junto a ella. El autobús desapareció minutos después entre las sombras del puerto de Veracruz, dejando solo el murmullo del oleaje como único testigo de lo ocurrido.

—Sí que eres peleonera, —le respondió con orgullo Martín—, pero a partir de ahora vas a olvidarte de las camorras si de veras quieres salir de esta con vida.

Martín le habló como si lo ocurrido fuera lo más común y cotidiano que le hubiera pasado. Eso le demostró que el traficante debía estar habituado a ese tipo de situaciones.

—¿A dónde me llevan?

Unas sonrisas picaras surgieron entre los traficantes.

—Vas a conocer a La Llorona —le anunció Martín mientras le guiñaba un ojo—, por lo visto alguien muy importante en Cuba no quería que llegaras al Norte.

CAPÍTULO 12

LA ALIANZA

Cuba

—¿Una alianza?

—Crearé la red de cárteles más poderosa de todos los tiempos... —por un instante el coronel creyó que las preguntas estaban llegando a su fin, pero no fue más que otro error por su parte. Comprendió que cada respuesta conducía a otra pregunta, si tardaba un segundo en responderlas, Mendoza se aseguraba de que el cable se tensara sobre sus huesos arrancándole temblores compulsivos—. Sandoval ha citado a todos en una de sus fincas para cerrar las negociaciones.

Una alianza entre los cárteles más poderosos latinoamericanos y algunos europeos, las palabras hicieron eco en la mente de Heldrich. Vislumbró el peligro de semejante alianza. Ramírez comenzó a darle detalles más precisos sobre toda la gigantesca operación que se iba a montar, y a medida que el coronel fue hablando, Manuel comenzó a elaborar desde ya un plan de contraataque. Los detalles continuaron llegando como una represa que se desborda por la presión del agua.

Una vez que comienzan a hablar ya nada los puede detener.

Desde Colombia se procesarían grandes cargamentos de droga (bajo el experto ojo de la FARC, la pureza de la cocaína sería única dadas las condiciones inigualables de los campamentos en el centro de la selva). Los guerrilleros transportarían los cargamentos hasta las fronteras venezolanas para entregárselos a las tropas militares chavistas (el famoso cártel de los Soles, nombre muy original, de eso a Manuel no le quedaron dudas. Los bautizaron así en honor a las insignias en forma de soles que portaban los generales venezolanos), esta fuerza militar era prácticamente dirigida y controlada desde la Habana.

O sea, tendrán dos frentes de acción, y ambos dirigidos por Sandoval, Manuel estaba al tanto de que la FARC, dirigida por el temido Timochenko, era entrenada y financiada desde La Habana. Los cargamentos serían trasladados sin problemas hasta la mismísima Caracas, de donde los enviarían a Cuba a través de las naves de Cubana de Aviación (las cuales iban y venían cargados de médicos en apoyo a las misiones de colaboración). Una vez en

Cuba, lanchas rápidas desde México se encargarían del siguiente paso, es decir, llegar a aguas internacionales, porque dentro de Cuba estarían protegidas por la Guardia Costera. Al cártel del Golfo le venía de maravillas, ya que sus enemigos estaban controlando la frontera de Guatemala, por donde entraba la mayor cantidad de la droga que luego distribuían en el Norte.

—Quien dice drogas dice armas, tráfico humano, el mercado no tendría límites —murmuró Manuel, más para sí que para su víctima—, en toda la operación veo un único problema. Cuba puede crear la network, el entrenamiento y una base de operaciones estratégicas desde donde se controle la coordinación entre todos los cárteles, ¡nada mal, una mafia monopolizada! Pero, ¿quién pondrá el abastecimiento de armas y tecnología?

La respuesta no se hizo esperar.

—¡El ruso!

—¿Quién?

—No lo sé, de veras que no lo sé. Un ruso muy poderoso. Sandoval jamás lo menciona, es algún tipo de jefe de la mafia rusa que controla parte de la prostitución en Turquía.

Alguien muy rico y poderoso contrató los servicios de mercenarios que enviaron por mí hace unos meses. Manuel recordó las caras de los hombres que tuvo que eliminar. Se trataban de guerreros profesionales, verdaderos comandos. ¡Alguien desde Europa sabe quién soy! ¿Será pura coincidencia? En este tipo de negocios las coincidencias no existen.

—¿Qué saben de mí?

—Poco, o casi nada. El general es quien tiene toda tú información, tienes puesto un operativo de vigilancia.

—Eso ya lo sé. Pero ¿por qué no acaban de arrestarme? ¿Qué están esperando?

Por primera vez desde que comenzara el interrogatorio, Ramírez sintió placer en sus palabras.

—A que llegue la prostituta.

—¿De quién estás hablando? —pero Manuel conocía esa respuesta a la perfección.

—De Irina, la puta de Shangó.

—En estos momentos esa joven ha de estar en los Estados Unidos.

Ramírez le sonrió con satisfacción.

—No, a la puta la capturamos en México.

—¡Ah! Que mala suerte, eso me alterará un poco los planes.

Una vez más, Manuel tuvo un cambio de personalidad, dándole paso a Heldrich, quien miró durante un par de largos minutos al coronel Esteban. Este se encogió más aún en su silla ante el peso de aquella mirada, pudo sentir como esa mente perturbada analizaba cuál sería su próximo paso, sin embargo, lo que sucedió a continuación no se lo esperó.

Heldrich le sonrió como si fueran viejos amigos (Ramírez se relajó un poco, consiguió advertir que toda la información que le había dado hizo que el exagente cambiara de táctica. Seguiría suministrándole cualquier información que le pidiera, con tal de evitar el dolor). Heldrich caminó hasta uno de los cables que sujetaba la puntilla que atravesaba la rótula del coronel. Con un rápido e inesperado movimiento haló tan fuerte el cable que el clavo se salió. El tirón repentino terminó por desgarrar los tendones, la piel y la rodilla.

El grito de dolor fue tan fuerte, que el eco rebotó de un lado a otro por un buen rato.

Ramírez quedó inconsciente por varios minutos, u horas, ya nada lo tenía claro, solo que el dolor era tan intenso que no podía controlar las convulsiones de su cuerpo.

—¿Dónde tienen a Irina?

Ramírez tuvo que luchar para proferir una respuesta coherente, por momentos, su mente se cubría de lagunas. Muy despacio, vio como el anciano se acercaba hacia el otro cable, comprendió que debía responder cuanto antes.

—En el Rancho... la llevarán al Rancho Bacanales.

Heldrich anotó en su libreta.

—¿Quién es el dueño de la hacienda?

—Montero... Felipe Montero. El inmueble es de su hija.

—¿Quién es Felipe Montero? —Manuel sabía perfectamente quién era Montero.

—Un señor de la droga, un capo mexicano, que controla también la prostitución y el tráfico humano en Veracruz.

—¿Qué es la finca Bacanales? ¿Una mansión, una casa de huéspedes?

—Un enorme prostíbulo, el mejor y más caro...

Heldrich fue hasta la mesa, anotó la información y luego agarró un martillo y un enorme clavo. Caminó hasta ponerse a la espalda de Ramírez, este sintió la punta del clavo en su coronilla.

—Espera un momento, tengo mucha más información, te seré más útil vivo que muerto.

—Lo sé, no te lo tomes a mal, para mí fue un placer esta conversación, pero

es que no tengo tiempo, necesito hacer una llamada.

Chack... en la habitación se escuchó un sonido macabro, como la tos de un anciano tuberculoso: la puntilla penetró el cráneo con toda facilidad provocando una hemorragia cerebral instantánea. Aunque la muerte del coronel tardó varios minutos en llegar.

CAPÍTULO 13

EL BÚHO Y EL ZORRO

Cuba

No le quedaron más opciones que sacar de bajo la manga una de sus mejores cartas. Depender de otras personas nunca fue su mejor estrategia, Manuel era consciente de que, en el mundo del espionaje, cada favor se cobraba. Había llegado la hora de cobrar algunos de esos favores. Ahora todo se había convertido en una cuestión de tiempo y aliados. Cada día el círculo de seguridad comenzaba a estrecharse a su alrededor; un simple error pondría miles de vidas en peligro. Era tiempo de atar los cabos sueltos, contratar nuevos aliados y reestructurar su estrategia. Julio Sandoval contaba con muchos recursos, iluso que Manuel se lo negara, pero él también contaba con los suyos.

Escondido en el centro del cafetal que daba a la parte de atrás de su casa, Manuel se aseguró primero de que ninguno de los muchachos que constantemente entraban a robarle mangos y guayabas estuviera cerca. Aclarado el perímetro, sacó de su mochila un modernísimo teléfono satelital.

Marcó un número directo.

Langley, Virginia (Cuarteles Generales de la CIA)

Jimmy Scott se sorprendió al recibir una llamada tan temprano, pero más aún al ver en su laptop como el sistema de seguridad había rastreado la llamada hasta Cuba. Solo una persona en la isla conocía su número directo.

—Pero, ¿qué demonios...?

Scott, a pesar de sus sesenta y ocho años, seguía trabajando como Jefe de la Sección Económica Latinoamericana de la CIA, un ala del departamento especializada en seguimiento de dinero. Planeaba su retiro para ese mismo año, pero antes necesitaba entrenar a sus futuros discípulos. Aunque ya tenía en la mira a una joven talentosa. Aun así, debía de someterla a una serie de pruebas que tanteara la dureza de su conciencia.

Antes de contestar el teléfono rellenó su tasa de café descafeinado, uno de

sus rituales mañaneros.

Quien lo viera por primera vez, podría llegarse a creer que rondaba los cincuenta años, pues para el exmarine, durante los últimos cuarenta años, se había vuelto una especie de religión (o rituales mañaneros, como él mismo solía llamarlos) correr sus tres millas diarias. Físicamente estaba en excelentes condiciones, pero su rostro surcado de arrugas delataba el estrés diario al que su trabajo lo sometía.

Tras el primer sorbo de café, tomó el teléfono, consciente de que aquella llamada solo podía significar un verdadero dolor de cabeza.

—Hola...

—¿Cómo estás *Old Owl*?

Old Owl... (Viejo Búho) un chiste privado que solo Manuel entendía.

—¿Alguna otra pista para saber con quién tengo el placer? —había comenzado el juego.

—Angola, 1980...

A Jimmy le faltó poco para que se le cayera el teléfono de sus manos, comprendió que la llamada no era para lanzarse elogios o ponerse al día. Ni el mismo presidente de los Estados Unidos (con quien se reunía una vez al mes para entregarle personalmente sus reportes), era capaz de ponerlo tan nervioso.

—Mendoza, viejo amigo, ¿qué quieres? —se acabaron las cortesías.

—Sí, Jimmy Scott, ¿o debo llamarte *Old Owl*?

—Tú puedes llamarme como te dé la gana, ¿a qué debo el placer de esta llamada?

—No te llamaría si no necesitara realmente tu ayuda.

—Lo que sea *Old Fox*, ¿de qué se trata? —al instante se arrepintió de sus palabras.

Jimmy comprendió, un segundo más tarde, que Manuel Mendoza no lo llamaría a menos que el asunto requiriera de una “ayuda letal”.

Jimmy Scott, el *Old Owl* (el Viejo Búho de la CIA), era uno de los analistas más viejos y experimentados de la agencia. Su fama se la debía a la Guerra de Angola, donde creó su leyenda. Durante la operación Carlota, llevada a cabo por el gobierno cubano, Jimmy fue enviado como analista de campo para investigar desde el propio escenario la situación de la guerra, pero, en especial, para crear futuros expedientes de varios coroneles y generales cubanos que se estaban haciendo millonarios a costa de la contienda.

A su regreso Scott trajo suficiente información como para crear todo un gabinete especializado en robo y tráfico a nivel internacional. Varios líderes de las tropas cubanas que intervenían en el conflicto militar por la liberación de Angola, habían resultado ser zares de los negocios comunistas. Mientras Jonas Savimbi se enfrentaba al MPLA (estos últimos apoyados por el gobierno cubano), la mayoría de esos militares montaron una operación de tráfico con maderas preciosas, marfil y diamantes, creando así una red de mercado negro a escalas inimaginables hasta el día de hoy. Durante años la fama de Scott progresó gracias a aquellos expedientes, los cuales ayudaron a crear perfiles social-psicológicos sobre poderosas figuras dentro del Partido Comunista cubano.

Solamente una persona conocía que la fama del “Búho” estaba basada sobre una mentira.

Jimmy Scott era en 1980 un joven analista con mucho talento (un futuro niño prodigio enviado por la CIA con la esperanza de esclarecer cientos de interrogantes), a pesar de tratarse de un “fenómeno” en el arte del espionaje, no impidió que los agentes de la seguridad cubana lo capturaran literalmente con las manos en la masa. Tras varias secciones de “interrogatorios”, Scott comprendió que terminaría en un pelotón de fusilamiento. Pero los hechos se desarrollaron en contra de todos los pronósticos, y a la mañana siguiente, cuando se suponía que una bala debería estar incrustada en su cráneo, el joven Jimmy se encontró a más de cinco kilómetros del campamento cubano.

Durante la noche los dos torturadores que estaban a cargo de su interrogatorio fueron degollados bajo la luz de un farol, de la nada había aparecido un soldado armado hasta los dientes; entró en el campamento cubano y lo rescató. Durante todo el tiempo que permanecieron ocultos, en espera del momento idóneo para una fuga, a Jimmy no le cupieron dudas de que su salvador debía ser algún especialista en misiones de rescate enviado por la CIA. Mayor sería su sorpresa al darse cuenta de que el supuesto comando se llamaba Manuel Mendoza, que pertenecía a un escuadrón de infantería cubana, y que estaba cumpliendo aquella misión totalmente por su cuenta.

En un principio Scott supuso lo peor, que debía de tratarse de alguna maniobra macabra (pero la muerte de los guardias lo convenció), también influyeron en su opinión los expedientes que Mendoza le entregó.

—¿Por qué me rescataste? ¿Por qué correr tantos riesgos por mí? —fueron

las únicas preguntas que le hizo en aquel entonces. La respuesta fue sencilla.

—Porque tienes mucho talento, pero, sobre todo, para ganarme tú confianza, espero que recuerdes que en Cuba también tienes a un amigo.

Por segunda vez Scott creyó que se trataba de una trampa.

Su opinión cambió radicalmente al estudiar los archivos. Aquel misterioso rescatista le entregó oro molido, literalmente, algo mucho más valioso que todos los ascensos que pudieran entregarle; en el mundo del espionaje la información a veces se compraba con descomunales sumas de dólares. Si fuera a vender aquellos expedientes, los mismos estarían valorados en números de ocho cifras.

—¡Acabo de ganarme la lotería! —fue la única frase que logró articular cuando comprendió la magnitud de lo que tenía entre sus manos.

Desde aquel entonces mantuvieron breves conversaciones, Jimmy siempre le prometió un futuro para los nietos de su viejo amigo, o lo que estuviera a su alcance, sin embargo, Mendoza jamás le pidió un favor, excepto por el teléfono satelital que todos los años le enviaba actualizado. Si capturaban a Manuel con semejante teléfono dentro de la isla, la condena no bajaría de veinte años por ser espía del imperio.

—No puedo llevar a cabo lo que me pides —Jimmy intentó ganar tiempo mientras elaboraba algún plan de escape—, simplemente no tengo los recursos. Además, tanto trabajo por una prostituta, ¿cómo fue que me dijiste que se llamaba?

Jimmy ya había anotado el nombre de la joven en su agenda, sin dejar de hablar salió de su despacho y fue directo hasta la mesa de uno de sus asistentes. Max, un hacker prodigio reclutado por Jimmy, leyó el nombre seguido por tres palabras:

Irina... inteligencia cubana... prostituta...

—*Old Owl* —la voz de su antiguo rescatista sonó algo irónica—, creo que has entendido mal. Solo necesitas levantar tú teléfono y activar uno de tus SOG.

¡Maldito cabrón!

Los SOG (Grupo de Operaciones Especiales), eran unidades formadas por Navy Seals, Delta Force o Green Berets, la crema de los comandos americanos. Por lo visto Manuel conocía estas unidades, cosa que no sorprendió a Scott. Los SOG eran uno de los secretos peores guardados de la CIA. Estos equipos estaban distribuidos por todo el mundo con el único

objetivo de ser activados ante una situación que requiriera profesionalismo y fuerza bruta: una combinación letal.

En menos de treinta segundos Jimmy tuvo ante sí un breve perfil de la prostituta.

—No, creo que eres tú el que no me has hablado claro. ¿Por qué tendría que enviar un equipo de extracción a México para sacar a la amante de Shangó? A fin de cuentas, es solo una puta, o estás enamorado de ella..., a tu edad ya la viagra no es saludable.

Un silencio repentino hizo que Scott sonriera de satisfacción. Había tocado alguna fibra.

—Jimmy, yo te lo estoy pidiendo por cortesía, pero comprende que si en menos de setenta y dos horas Irina no está fuera de México...

¿Quieres probar fuerzas?

—¿Qué vas a hacer? —lo retó Jimmy. Él no era el viejo Búho de la CIA por gusto. Nadie podía llamar y ponerlo en esa situación, ni siquiera Mendoza, a pesar de todo lo que le debía. Además, había un punto que aún no terminaba de confesar el viejo Zorro—. Algo no acaba de cuadrarme en tu historia.

—Tienes setenta y dos horas para sacar a la cubana, o podrían ocurrir cosas muy terribles, te lo digo por tu bien.

¡Ah, el chantaje!

Por fin su viejo amigo llegaba hasta esos extremos. Lo que Manuel no sabía es que él se estuvo preparando para ese momento durante años, pues puede que Mendoza lo hubiera ayudado en el pasado, de hecho, le debía su carrera, eso no significaba que podía llamar y pedir que montara una operación de esa magnitud en tan poco tiempo.

—Hablemos claro, ¿por qué quieres a la prostituta?

—Porque fui quien la puso en esa situación, y porque le prometí que la ayudaría a escapar, y por tu propio bien, te lo repito.

Una vez más, Manuel volvía con la amenaza, aunque su tono era más bien irónico. De hecho, se percató Jimmy, ambos estaban manteniendo una conversación con tonos de superioridad, como dos viejos lobos orgullosos que se muestran los dientes abiertamente, pero al final ninguno se atrevía a invadir el territorio del otro.

—De nuevo te lo repito, es una buena causa, pero no acabas de darme un motivo real para desplegar una operación que ya de por sí es casi imposible. ¿Qué tiene de importante esa prostituta, aparte de ser la amante de Shangó?

Desde el otro lado de la línea se escuchó una breve risa, Jimmy

comprendió que Manuel se la estaba pasando en grande, fue así como dedujo que el viejo Zorro era quien llevaba el control de la conversación.

—Irina era la encargada de llevar la contabilidad del extraticante. Eso la pone en una situación única para tus intereses, así que monta tu maldita operación antes de que pierdas esa oportunidad. La “puta”, como insistes en llamarla, conoce dónde están las cuentas más importantes de los “pejes gordos” de mi bello país.

—¿Extraticante?

—Tómalo como una cortesía de la casa, actualiza tu base de datos, ya Shangó no está más en el juego.

Aquello si era nuevo; *Shangó eliminado*, ni sus mejores agentes cubanos habían dado aún el reporte. *Ok*, se dijo para sus adentros, puede que la puta en verdad tuviera en su haber muy buena información, aun así, escapaba a sus medios.

—Es una prostituta, Mendoza, no puedo...

—Tienes setenta y dos horas para sacarla, de lo contrario la van a regresar a Cuba. Si eso pasara, ambos lo vamos a lamentar, pero más tú que yo. Irina me va a relacionar con la desaparición de Shangó, entiendes.

—Tranquilo, viejo Zorro, te sacaré del país si es eso lo que quieres.

—Gracias viejo Búho, pero ya estoy demasiado rancio para emigrar, también estoy demasiado fofo para soportar un interrogatorio, en los primeros diez minutos se me irán los nombres apenas con una mirada torva. Nombres como Mauro García...

Por primera vez desde el comienzo mismo de la conversación, Jimmy sintió miedo de verdad, algo se removió en sus entrañas como si algún insecto gigante acabara de despertar e intentara abrirse paso por entre sus tripas. La mención de ese nombre ponía en peligro más de doce años de trabajo y sacrificio, que muchas veces había terminado en derramamientos de sangre.

—Mauro García, mmm, ¡ya lo recuerdo! creo que es el jefe de la sección de espionaje de la CIA en Villa Clara —Jimmy miró desesperado a sus ayudantes, todos ajenos a la situación a que se enfrentaba su jefe—, un coronel con un expediente intachable.

—Mendoza, ten cuidado con...

—Es que de solo imaginarme las pinzas... ¡se me van a seguir escapando nombres! Nombres como Román de la Luz, el director de la empresa de Construcciones Lax. SA, es el encargado de lavarle el dinero a varios generales... oh, cierto, también está en tu nómina.

Hubo una breve pausa cargada de tensión.

—Sería terrible que devolvieran a la bella Irina, quizás tú le pudieras conseguir uno de esos puestos, ya sabes, ponerla en algún programa de protección de testigos. La verdad, mi viejo amigo, es que no quisiera enfrentarme a un interrogatorio.

—Sin dudas eso sería lamentable para todos —gruñó Scott.

El viejo Búho tuvo que controlar sus nervios y el impulso de lanzar algo contra la pared. Si alguno de esos dos nombres llegaba a los oídos de los servicios de la inteligencia cubana, años de entrenamiento y esfuerzos serían lanzados por la borda, sin descartar el golpe mortífero que recibiría su carrera. Los dos hombres serían pilares de la inteligencia americana dentro de la isla, ¡pilares necesarios para los cambios que se avecinaban!

Cómo Manuel Mendoza conocía de aquellos nombres, escapaba a su intelecto. Pero no le fue difícil recordar los voluminosos expedientes que en una ocasión le entregó. Por lo visto el inocente “viejo pescador” nunca estuvo desactualizado en materia de inteligencia.

—Setenta y dos horas, créeme que no será fácil, pero veremos que se puede hacer. —Por un instante el viejo Búho pareció recordar algo—: Si accedo a lo que me estás pidiendo, ¿cómo estaré seguro que no recibiré otro chantaje cómo este?

—No podrás estar seguro, pero confía en mí, ¿acaso alguna vez te puse en esta situación? Además, puede que en un futuro necesites más mi ayuda de lo que crees. —Tras una breve pausa, Manuel agregó—: Cuando tus hombres encuentren a Irina, llámenla a modo de código Mata Hari, así se ganarán su confianza.

Con esa enigmática respuesta la llamada finalizó.

Jimmy no pudo contener una risa de orgullo y de rabia. Dos sentimientos mezclados, que parecían quererlo explotar. Después de tantos años, Manuel Mendoza no dejaba de sorprenderlo, puede que, incluso, tras pensárselo dos veces más, la tal Irina fuera el equivalente a aquellos viejos expedientes que le habían dado su fama.

Jimmy Scott tomó el gameboy y presionó el botón de *START*.

Las figuras del *Tetris* comenzaron a descender a velocidad de nivel 5, (nivel profesional), automáticamente el juego cargaba directo a ese nivel. Dos años atrás, cuando su departamento de investigación supo de la adicción de su jefe al juego, encomendaron a Max y su equipo de programadores que crearan

una versión única de *Tetris*, ese fue el mejor regalo de cumpleaños hecho por sus asistentes. Inicialmente todos estaban convencidos de que la adicción de Scott por el juego se debía a cosas de viejos. La verdad era totalmente diferente. Ni el propio Búho tenía una explicación sencilla, pero al ponerse a jugar, conectar las figuras que ajustaran en espacios perfectos, preparar la siguiente jugada visualizando a veces hasta dos figuras por delante del movimiento, como una especie de ajedrez digital, le permitía desconectarse de la realidad. Verlo todo desde muchos puntos de vista, analizar las situaciones como si él fuera parte de un público en una escena gigantesca de teatro, en donde los actores solían ser multimillonarias instituciones, sangrientos cárteles, asesinos psicópatas. Actores únicos en una escena única: una palabra fuera de lugar, una luz atrasada, un cambio escenográfico adelantado podían convertirse en una guerra entre fronteras, entre cárteles y muchas veces hasta entre gobiernos.

Rescatar a la prostituta, un movimiento arriesgado contra el cártel del Golfo. Ya su equipo en México había localizado a la mujer. La pregunta ahora era; *¿valdrían la pena los riesgos?*

Nivel 9...

La información representaba poder, dinero y conexiones; la prostituta contaba con todas. Nombres de los generales, sus cuentas y negocios. Nombres de traficantes, la lista podía crecer y ramificarse hasta proporciones fuera de su alcance.

Nivel 12...

Enviar un comando de extracción era una misión suicida, jamás lo lograrían. Primeramente, porque Felipe Montero tenía en su plantilla a la mitad de los políticos más influyentes de Veracruz. La cadena continuaba hasta la policía y la guardia costera, eso sin contar a su propio ejército de sicarios. No... un comando no era la solución.

Nivel 16...

Los dedos de Jimmy se movían a toda velocidad, pero no tan rápidos como sus pensamientos. Una idea germinó en se mente, creció tan deprisa que supo por instinto que aquella era la solución, aunque si se ponía a pensarlo más con pelos y señales, quizás no fuera la correcta.

Nivel 19... dos movimientos más y apareció en la pantalla: *Game Over...*

Sin detenerse a medir las consecuencias, Jimmy comprendió que era el momento de actuar, y para ello iba a necesitar de su mejor infantería, de

momento lo principal era pasar a la logística. Apretó uno de los botones de su teléfono y dio la orden de llamar a Rosa Davidson, su aprendiz y futuro relevo.

CAPÍTULO 14

LA ANALISTA

Langley, Virginia (Cuarteles Generales de la CIA)

Rosa Davidson era el fruto de un matrimonio mixto entre su hermosa madre mexicana y un padre gringo. Graduada como la mejor analista de Quántico (de esos talentos que solo se encuentran cada diez años), la joven se había ganado la reputación de ser una mujer de un “fuerte” temperamento. *Le debe de venir por la parte de madre*, pensó Jimmy en cuanto leyó su expediente, *sí, sin dudas esos ojos y esas curvas, definitivamente por parte de madre.*

En cuanto Rosa puso el primer tacón dentro de aquella oficina, la evaluó como si fuera una trampa, peor aún, era consciente de que se trataba de una trampa y con mucho gusto se estaba adentrando en ella. Trabajar para la CIA era entrar en una ratonera, sin saber nunca en qué momento podían invertirse los papeles entre gato y ratón.

—¿Me llamó, señor?

Jimmy solo asintió con la cabeza sin decir una sola palabra. Estaba valorándola como si fuera un experto que examina una pepita de oro recién hallada. Siempre era un inmenso riesgo contratar a personal nuevo (aunque se hubiese hecho un excelente trabajo de investigación sobre la persona), nunca, pero nunca dejaba de ser un riesgo, aunque este caso en particular, era uno de esos negocios que bien invertido, podría reportar millones en ganancias.

Jimmy Scott (el Búho de la CIA), no se había convertido en la leyenda viviente que era sin haberse arriesgado con sus analistas y agentes de campo. Por lo general, nunca se equivocaba, y este riesgo —le decía sus instintos—, valdría la pena.

He invertido tres años en ti, y no, no creo que seas tiempo perdido.

A Rosa Davidson, la mejor analista graduada del FBI en las últimas décadas, se le consideraba (a pesar de su juventud) experta en la elaboración de perfiles psicológicos. En tiempo récord, diseñó un mapa de perfiles basados en datos que, en su momento, parecían simples números y fotos imposibles de conectar. Su mapa de datos permitió dismantelar una organización especializada en tráfico de autos de lujo, tarjetas de crédito y lavado de dinero. También ayudó en la captura de dos asesinos en serie, uno de ellos era un violador de menores (por desgracia el último caso presentó

resistencia al arresto, por lo que la policía tuvo que abatirlo con veintitrés disparos). Jimmy no pudo evitar una sonrisa; *el maldito debió haber opuesto mucha resistencia.*

La gota que derramó el vaso fue la conexión que logró establecer entre una de las Triadas de New York con la temida mafia rusa, la famosa Izmailovskaya. El Búho la quiso al instante en su equipo, y aunque a algunos pejes gordos del FBI no les gustó para nada que le robaran a su agente estrella, pocos en las altas esferas se atrevían a negarle algo.

Rosa le sostuvo aquella mirada maquiavélica, por un instante fantaseó con la idea de clavarle los dedos en los ojos, *¡y con qué gusto se los sacaría!* En los últimos cuatro meses había sido torturada física y mentalmente por aquel maldito viejo. Catorce horas seguidas en aquella oficina eran como para volverse loca. Extrañaba a su hija y a su esposo. Pero no podía dejar escapar esta oportunidad. Estaba consciente de que todo aquello solo era parte de una prueba más.

—¿Usted dirá? —volvió a insistir.

La mirada de Scott fue transparente en esa ocasión, la prueba había terminado y lo presentía. Sin embargo, sus dudas aún no estaban del todo claras. *¿Exactamente cuál era la prueba?* Rosa sintió la tensión; todavía él no confiaba en ella. Sin apartarse de su escritorio, el anciano comenzó a girar suavemente la cabeza con un gesto inconsciente, una especie de manía, su *tic*, pero semejante gesto le hizo recordar a Rosa el cuello emplumado de un búho, que observa todo a su alrededor sin obviar un simple detalle.

El Búho, ¡el apodo le queda perfecto!, aunque Rosa bien sabía que el alias no era precisamente por su parecido con el ave, *de seguro que no...*

Ella, al igual que todo el departamento del FBI, había escuchado las leyendas del viejo Búho. Aquella mente privilegiada que la miraba con insistencia era considerada una de las más peligrosas del mundo. El Búho (si parte de las leyendas eran reales, y Rosa se las creía todas), era portador de secretos capaces de desestabilizar países, conocedor de datos, fechas y nombres que cambiarían los libros de historia. *Por eso todos te temen, te odian y te necesitan.* Lo peor fue que admitió, desde el primer día en que lo tuvo delante, su absoluta fascinación por él. Se sentía como una adolescente atraída morbosamente por una súper estrella de rock. Solo que en este caso no era nada físico; era su mente, la información que esta guardaba.

Rosa no era estúpida, había sido reclutada y comprendía perfectamente que

aquel anciano necesitaba sus habilidades como analista... *y no tienes idea de cuánto quiero demostrarte por lo que has apostado.* Era una mujer ambiciosa que amaba su trabajo y estaba decidida a ganarse esa oportunidad. Por eso, cuando la llamaron para la oficina creyó que su momento había llegado. Pero las primeras palabras de Jimmy no eran precisamente las que esperaba...

—Nuestro gobierno, o el imperio americano, como lo quieras llamar. ¿Qué somos, los buenos o los malos?

Aquella pregunta tenía miles de respuestas implícitas, y a ella la filosofía no se le daba muy bien. Así que optó por la más lógica, la que pensó que el Búho quería escuchar. Acababa de entrar en el juego de su jefe.

—Los buenos.

—¡Paaaaam! —Jimmy hizo un efecto de sonido con la boca imitando la bocina de un concurso de respuestas—. Error. Esa es la respuesta que creíste que yo quería escuchar. No te he pedido que me hagas un análisis psicológico, quiero que seas franca conmigo.

Maldito egocéntrico.

—No somos los buenos, princesa, simplemente porque en la política internacional, nacional, como quieras llamarla, no existen gobiernos buenos. —Jimmy miró su gameboy y estuvo tentado a encenderlo, pero terminó agregando—: Somos los malos, y créeme: ¡muy malos! Ahora, presta atención; entre los malos somos los más justos, pero nunca los más buenos. Eso no existe.

Rosa se encogió de hombros sin saber exactamente a dónde iba a parar la conversación.

—¿Y su punto es?

—Mi punto es que si no tienes estómago para asimilar lo que te voy a decir, las puertas de esta oficina están abiertas para que te marches. Sin remordimientos.

—Creo que he visto bastante sangre correr...

—... la has visto, pero nunca has tomado decisiones que provoquen el derrame.

—¡Ponme a prueba!

El Búho sonrió.

CAPÍTULO 15

LA FORTALEZA

Rancho Bacanales, México

—¡Bienvenida al mejor Rancho de Veracruz!

La voz del tal Martin parecía atravesada por papel de lija. Por suerte, Yotuel —después de haber llorado durante una hora por la herida de su oreja—, terminó por quedarse dormido, *al menos algo bueno*, se alegró Irina, así el niño no tendría que ver el espectáculo que se desarrollaba a su alrededor.

Por mucho que intentó mantener la calma, no podía evitar las oleadas constantes de pánico que recorrían cada centímetro de su cuerpo. Tenía miedo, no pensaba negárselo a sí misma, pero no se lo iba a demostrar a esos hijos de puta. Durante todo el trayecto no dijo una sola palabra (como si su silencio representara su única arma), pero escuchó atentamente las conversaciones de sus secuestradores. Estaban excitados y contentos con la oportunidad de poder visitar el Rancho. Al salir de la ciudad, entraron en una especie de zona montañosa, y supo que dondequiera que estuviese su destino final, sería sin dudas un sitio bien apartado de la geografía mexicana.

Por los pocos detalles que lograba sacar en claro de la conversación, fue armando un pequeño rompecabezas. Supo que se trataba de alguna especie de finca o estancia como suele llamarse en Cuba, por esa razón mencionaban la palabra rancho, aunque nada de lo que pudo haber imaginado la preparó para semejante espectáculo.

Bacanales, definitivamente no querían un nombre que pasara inadvertido, pensó con cierta ironía. El auto se detuvo frente a una reja corrediza.

¡Mierda! ¡Qué puerta!

Solo de advertir el grosor de los barrotes, a Irina no le quedaron dudas de que la seguridad era un factor clave en aquel lugar. Tras la reja había un portón blindado (una segunda capa de seguridad), *como si los barrotes no fueran capaces de detener un tanque de guerra*. Irina no era especialista en arquitectura militar, pero un simple vistazo le bastó al lugar bastaba para comprender que se hallaba en una especie de base militar, pero con

finalidades turísticas. Al rancho lo rodeaba una pared de tres metros de alto coronada con alambres de púas y, por si fuera poco, en cada esquina tenía instaladas sendas torres con nidos de ametralladoras.

Gigantescos focos iluminaban el interior, esparcidos por todos lados, asimismo que una treintena de cámaras de seguridad. Un guardia, armado con una AK-47 plegable, se acercó al auto, reconoció a Martin y dio varias órdenes por la radio que tenía al hombro. La reja se abrió y entraron.

Si para cruzar el portón, contaban con aquel despliegue de seguridad, Irina siquiera pensó en la posibilidad de una fuga. Hasta el momento no había hecho ni una sola pregunta, lo menos que le interesaba era mantener una conversación con aquellos mercenarios durante todo el trayecto no le pasaron inadvertidas las miradas y las risas. No tuvo la menor duda de que la violarían sin ninguna contemplación, de no haber sido porque alguien muy poderoso les dio la orden de no tocarla. De momento desconocía quién era ese “alguien”, o lo que querría de ella. Mas sospechaba que el Servicio de Inteligencia cubano estaba de alguna manera relacionado con su captura. Ella representaba un peligro para muchos coroneles y generales, ella significaba un gran nudo que no pudieron desatar; sabía demasiado, y eso la convertía en un objetivo de máxima prioridad. Con lágrimas y suplicas jamás los iba a convencer de que su boca estaría sellada, por eso, la única opción que le dejaron fue la de escapar.

Empero en su situación actual, bastante delicada además, si quería mantenerse enfocada y no desesperar, debía preocuparse por un problema a la vez.

El auto se detuvo y un guardia la obligó a bajarse. Ella abrazó a su hijo y lo cargó en brazos mientras dos escoltas le indicaron que avanzara por un pasillo. Mientras caminaba por la mega mansión, observó más guardias aún y otros sistemas de seguridad.

¡Oh Dios! ¿Qué es esta fortaleza?

CAPÍTULO 16

EL NUEVO IMPERIO ROMANO

Langley, Virginia (Cuarteles Generales de la CIA)

—Allá afuera hay más de trescientos millones de habitantes. Más del noventa por ciento que no forman la élite de este gobierno, se levantan cada mañana, pasan por un McDonald's y piden un descafeinado —Jimmy hizo un gesto irónico con la boca—, una hash browns y un biscuit. Después dejan a sus hijos en las escuelas y marchan obedientes a sus trabajos rutinarios. —Otra larga pausa, como si escogiera las palabras para finalizar con otra sentencia —: Nueve, doce y hasta catorce horas pasan en sus trabajos... y todo por un salario de mierda que no les alcanza para pagar la renta pero que no les impide salir a comer los viernes por la noche, aunque terminen pagando con una tarjeta de crédito.

Me lo dices a mí, que poco me falta para venir a dormir en esta oficina...

—Viven estresados, cargados de deudas..., pero felices. Ninguno de ellos dejaría de hacer lo que hace para marcharse a otro lado; ¿y sabes por qué?

Se suponía que era una pregunta retórica, así que Rosa optó por callarse.

—Porque se sienten seguros, viven en el “país de las oportunidades”. De cuando en cuando algún loco impotente entra en una escuela o un cine y mata a unos cuantos —Jimmy dejó escapar otra risa irónica—. Que son unos cuantos comparados con la seguridad del resto. ¡Por Dios! Hace menos de una semana un grupo de Zetas entraron a una fiesta de adolescentes en Juárez, mataron a una docena, a nadie le importó y mucho menos salió en las noticias internacionales de la prensa.

Pues sí, en eso sí que tienes razón.

—Necesito que te quede claro, o mejor aún, que aceptes que nuestro gobierno es el nuevo imperio romano, y el resto del mundo, nuestro Coliseo. —Rosa estuvo a punto de decir algo, pero Jimmy la contuvo con un gesto de su mano—. A los ciudadanos norteamericanos no les importa de dónde proceden los productos que se desbordan en sus tiendas, ¡siempre y cuando no escaseen! No me mires así, te lo dije desde el principio, aquí no estamos para ser justos, estamos para seguir manteniendo ese balance. Mientras tengamos emigrantes que corten nuestro césped por un mísero salario, pues les seguiremos negando los preciados permisos de trabajo. Es pura lógica, no hay nada perverso en

ello, ¿por qué pagar más cuando puedes ahorrarte toda esa fortuna? ¿Por qué cosechar cuando tenemos quienes nos hagan ese trabajo? Así nuestros hijos pueden enfocarse en las escuelas, creamos la nueva generación de líderes. Siempre que haya mujeres que limpien las casas de las americanas y cuiden a sus hijos, el orden universal estará bien.

Rosa comenzó a sentirse molesta con aquella estúpida conversación, sobre todo porque en el fondo entendía perfectamente los puntos de vista del Búho, también lo que este intentaba decirle. Pero cuando la conversación pasó a un plano personal no podía creer lo que escuchaba.

—Tu madre era una indocumentada cuando se casó con tu padre, ¿crees que realmente lo hizo por amor? ¿O solo para conseguir sus papeles y poder traer a sus padres?

—A mi familia la dejas...

—¿Dije alguna mentira?

No, no has dicho ninguna mentira... y sí, lo hizo por los malditos papeles.

Rosa amaba a sus padres, llevaban casados más de veintiocho años, pero su padre se casó con su madre cuando esta solo tenía diecinueve años, él le llevaba quince. Por muy bien que lo disimulara, a veces su madre miraba viejas fotos de un “amigo” que dejó en México, y lo hacía con demasiado cariño.

Es solo una prueba más, no te dejes provocar.

Jimmy Scott dejó escapar un largo suspiro, estaba cansado de repetir aquel mismo discurso, Rosa pudo percibirlo. Pero, Jimmy tenía que continuar, estaba reclutando a un miembro, fundamental para sus planes futuros.

—No te ofendas ni te lo tomes a mal. Y si lo haces, bueno, es tú problema. Mi punto es claro y quiero que lo entiendas. Para mantener esa clase *social* que representa el pueblo norteamericano, por encima del resto de los demás países, existimos “nosotros”. —Scott se acercó a un gigantesco mapa que colgaba de la pared—. No somos justos ni perfectos, pero este gobierno protege a sus ciudadanos más que cualquier otro país del mundo. Eso sí, al igual que el antiguo imperio romano, nosotros aplicamos su misma frase: “Dadle al pueblo circo y pan y serán felices”. El Búho volvió a señalar el mapa.

—Los comunistas fallaron en eso, ellos se lo tomaron literal y solo les ofrecieron a sus ciudadanos, “fiestas, alcohol y comida racionada”. No les dieron la posibilidad de soñar, y eso es muy importante, sobre todo si algunos pueden lograr sus sueños. Eso es lo que mantiene este sistema. Nosotros les

damos la oportunidad de superarse, de trabajar fuerte, muy fuerte (aunque se les vaya la vida en ello), pero al final podrán tener un automóvil, una casa y a sus hijos no les faltará comida, ropa y oportunidades de repetir el ciclo. Al resto del mundo —Jimmy señaló con su dedo las antiguas repúblicas comunistas—, solo les queda ser más pobres, envejecer en los portales de sus rústicas casas y ver como las nuevas generaciones se prostituyen o intentan escapar hacia “la tierra de las oportunidades”.

Rosa decidió que ya era suficiente.

—Muy bien, ya me quedó clara la imagen. ¡Somos los Sheriff del mundo! No somos los buenos, pero entre los malos somos los más justos. Nada de esto es nuevo para mí, ¿a dónde quieres llegar?

El Búho afirmó con su gesto característico, *basta de rodeos y adoctrinamiento, pasemos a la acción*.

—Bien, es simple; para que nuestros ciudadanos continúen con ese status mundial se necesitan dos cosas —cerró el puño y levantó dos de sus largos dedos—: lo primero es que continúen en la ignorancia. Al igual que el imperio romano, el pueblo americano vive protegido tras sus murallas. Ajenos a lo que sucede en sus fronteras, y para que continúen en esa feliz ignorancia...

—...estamos nosotros —Rosa finalizó la sentencia—: ¿y la segunda?

—Un enemigo, siempre necesitamos enseñarles un enemigo a quien culpar y un pueblo que debemos rescatar. ¡Nunca falla!

—Los terroristas.

—¡Exacto! Ayer fueron los comunistas, hoy Al Qaeda, mañana ISIS, después vendrán los rusos o los norcoreanos. El punto es que necesitamos exponerle a la opinión pública en qué gastamos sus impuestos. Para eso se les explica que gastamos un billón de dólares construyendo un avión capaz de bombardear campesinos afganos armados con AK-47 que se ocultan entre las rocas.

El cinismo no se le escapó a Rosa, pero una vez más, prefirió callarse, le gustaba esa parte de la personalidad de su jefe.

—Lo que no podemos decirles bajo ninguna circunstancia, es que el verdadero enemigo no se oculta en cuevas de Afganistán o se enrola en el ejército de ISIS. —Para acentuar más sus palabras, negó con la cabeza y señaló el mapa, esta vez sobre el territorio americano—. El verdadero enemigo de este gobierno es el don Dinero y quienes lo controlan.

CAPÍTULO 17

EL VERDADERO ENEMIGO

Langley, Virginia (Cuarteles Generales de la CIA)

—El verdadero enemigo de nuestro gobierno es el dinero, ¡así de simple! —pero no tan simple desde el punto de vista de Rosa, quien comenzó a sospechar que el departamento del Búho era algo más que una sección destinada a seguir agentes encubiertos en Latinoamérica—. Quienes controlan los dólares controlan la economía, la economía depende del mercado, sin ese famoso mercado todo se va a la mierda, lo cual nos lleva a una cuestión muy peligrosa; para destruir al “imperio americano” solo tienes que desestabilizar su economía, no atacarnos con bombas, tumbar edificios o dispararles a niños en las escuelas.

Muy bien, a este lugar le preocupa más el dinero que un ataque terrorista, ¡creo que ya estoy entendiendo el juego!

Rosa pensó en ese grupo de personas que estaban ubicadas entre los cubículos y pasillos de aquella oficina, corriendo, no, más bien volando como moscas sobre un pastel que alguien se llevará muy pronto de la mesa. *Todos quieren una porción de ese pastel, para eso estoy aquí, para tratar de coger mi trozo.*

—Este departamento fue creado con un solo objetivo, seguir el dinero. —*Por fin las cartas sobre la mesa*—. Todos trabajamos para la CIA, aunque en verdad, lo único que usamos de la Agencia son sus recursos, su tecnología y sus agentes. Somos tan independientes como lo es el FBI de la policía. Trabajamos con ellos, pero no para ellos.

Claro como el agua.

—Una vez al mes me reúno con el presidente y le doy un reporte.

—¿Un reporte de qué? —la pregunta le salió antes de poder contenerse.

—Ya te lo dije, reportamos de dónde viene, cómo llega y hacia dónde va el dinero del mercado negro. —El Búho tomó un marcador y dividió el mapa que colgaba de la pared en tres sectores—. En total somos tres departamentos, nosotros nos encargamos de Latinoamérica, los otros de Europa y Asia.

—Hacen lo mismo, ¿seguir el dinero de la droga y la venta de armas?

—Es mucho más complicado. —Jimmy volvió a señalarle el mapa. Usando el marcador creó cuatro líneas que salían desde los Estados Unidos,

Latinoamérica, Europa y Asia, todas se unieron en un punto del Océano Atlántico—. Si a algo le teme nuestro gobierno, es a las *alianzas* entre el crimen organizado.

Como a la RCO (Organización Criminal Rusa) —recordó Rosa—, ella ayudó a encontrar y reconocer vínculos entre las mafias rusas y las Triadas chinas. Ahora comprendía exactamente el porqué de estar en esa oficina.

—Nuestro “departamento”, en conjunto con los otros dos, logramos establecer la conexión entre las cuatro organizaciones criminales más poderosas del mundo.

Por fin daban inicio los verdaderos detalles que iban a cambiar su carrera. Al mirar fijamente al Búho, Rosa pudo sentir la tensión que emanaba de aquel anciano maquiavélico.

—De momento están en la lista los cárteles mexicanos (específicamente el cártel de Sinaloa, el cártel de Golfo, los Zetas y todos sus aliados) —*o sea, Sinaloa y Colombia*, dedujo Rosa, *peor de lo que parece*—. La mafia italiana, Los Yakuzas japoneses y las malditas Triadas chinas. Y por supuesto las rusas, aunque esas en sí son un tema aparte.

Rosa miró el mapa y siguió con cierta fascinación las rayas dejadas por el marcador. El Búho continuó:

—Por separado, cada una de estas organizaciones representa un gobierno a la sombra de sus propios países —Rosa lo comprendía perfectamente, solo tuvo que recordar los datos que estuvieron en sus manos a la par que analizaba varios casos. En aquel entonces le pareció increíble que mafias como las Triadas chinas contaran con tanto poder dentro de un país—. Juntos nos es imposible determinar sus ganancias. Estamos hablando de billones de dólares. Control absoluto de mercados internacionales. Poder suficiente para desvalorar cualquier moneda que represente un peligro potencial para sus economías.

Jimmy hizo una breve pausa para que sus palabras calaran en la mente de su nueva aprendiz. Por la mirada de la analista, ya iba entendiendo la magnitud de aquel departamento, también los peligros a los que se enfrentaban.

—Solamente con las redes de tráfico humano y esclavas sexuales que han montado estas organizaciones alrededor del mundo, obtienen ganancias anuales por más de 32 billones de dólares.

Rosa sacó cuentas rápidamente y agregó:

—Eso es el doble de las ganancias que produce el PIB de Honduras.

—¡Exacto! Ya entiendes parte del juego, mi punto es simple, decirte que

estas organizaciones ganan más que varios países del mundo. Y tanto dinero...

—...representa un enemigo real para nuestro país.

El Búho volvió a sonreír.

—Si algo me ha quedado claro en todos estos años que llevo trabajando para la CIA, es que no nos importa embarrarnos las manos de mierda —Scott señaló varias fotos de presidentes de los Estados Unidos que colgaban en su pared, en todas estaba él saludándolos, abrazándolos o simplemente compartiendo un trago—. A ninguno de ellos les importó embarrarse en cuanto tuvieron la oportunidad.

Rosa miró las caras de aquellas figuras de talla mundial. Richard Nixon, George Bush, padre e hijo, Bill Clinton y otros, famosos todos por sus negocios y relaciones. Desde Nixon hasta Clinton, de una manera u otra mantuvieron vínculos con las mafias, traficaron toneladas de droga, vendieron armas y desfalcaron millones al gobierno. Verdaderos mafiosos con trajes de Armani. Aunque el punto de Jimmy no era lo corrupto que llegaron a ser cualquiera de aquellos presidentes, sino los aportes que hicieron al país, robaron y despilfarraron... sí, pero también ayudaron a convertir a la nación en la potencia que es.

—Para combatir al crimen, tienes que convertirte en parte de ese crimen. Lo mismo se aplica con los traficantes de armas y drogas. Tenemos que ser parte de sus grupos, incluso superarlos.

Hasta ahí lo tenía claro, el gobierno no dudaría en venderles armas a los terroristas (lo habían hecho cientos de veces), o droga a quienes la solicitaran si eso les permitía formar parte de las redes de contrabando. La idea iba a ser siempre crear un virus dentro de estas organizaciones. El problema de todo, y la pregunta que le golpeaba la mente es: *¿Hasta qué punto somos capaces de llegar?* La respuesta la sorprendió más de lo que hubiera querido.

—¿Sabes quién es Sodoma?

¡Dios mío! Por supuesto que lo sé. Nadie graduado de Quántico olvidaría ese nombre.

CAPÍTULO 18

LA MANSIÓN DEL PLACER

Rancho Bacanales, México

Escortada por dos guardias, fueron guiando a Irina por un laberinto de pasillos y terrazas. *Este lugar es inmenso...*, comprendió la muchacha a medida que transitaba la gigantesca mansión, que a su vez estaba conectada a una red de casas. Atrás habían quedado Martin y sus hombres, estos se reunieron con otro grupo que sin dudas pertenecían a una escala inferior en el servicio de seguridad. Quienes la escoltaban ahora eran profesionales de su oficio. Exmilitares o agentes especiales de protección. Llevaban guayaberas blancas y cada uno portaba ametralladora pequeña.

Durante todo el camino solo se encontró con más guardias, hasta que llegaron a un inmenso patio que funcionaba como estacionamiento. Y fue precisamente ese lugar el que más miedo le impregnó. En un acto involuntario, apretó tanto a Yotuel contra su pecho, que el niño empezó a moverse incómodo. Un ejército de hombres armados hasta los dientes no la había impresionado tanto como una treintena de vehículos de lujo. La escena que se desarrollaba antes sus ojos era un cliché, la había visto miles de veces en las películas, pero una cosa es la ficción y otra muy distinta vivir la realidad.

Frente a ella había una colección de Ferraris naranjas, rojos, amarillo canario; Lamborghinis negros como un *Batmovil*; modelos de Mercedes y Audis (estos últimos solo los reconoció por los cuatro círculos unidos), pues sus diseños parecían más bien naves espaciales sin alas. En otra sección vio toda una flota de limusinas que contaban con sus propios autos escoltas. Por la variedad comprendió que no pertenecían a los mismos grupos de personas; esos autos de lujo eran la representación de un grupo selecto de la sociedad, y tratándose de México solo podían ser narcotraficantes o políticos (que para el caso era lo mismo), o simplemente los hijos de los primeros y los segundos.

—Aquí traigo el “paquete” —indicó uno de los guardias a través de la radio oculta en su camisa—. También llevaba su bolsa con todo su contenido, unos diez mil dólares.

Hasta ese momento, a Irina ni por la mente le cruzó que el tal Martin le había quitado su bolsa con el dinero, ¡que no se lo quedara era lo más sorprendente de todo! *¡Increíble! Así ha de ser el miedo que les tiene a estas*

personas. De hecho, ella también debía de temerles. Pero, sobre todo, aprender de ellos, en algún momento se le iba a presentar una oportunidad para escapar de allí, solo debía continuar el juego y esperar.

El guardia la miró de arriba abajo y le sonrió.

—Te esperan, muñeca.

Sí, están esperando el “paquete”, por lo visto en eso me he convertido.

Al doblar por un pasillo se toparon de frente con tres chicas que iban con toallas en los hombros, cremas antisolares y completamente desnudas. Escoger cuál de las tres era más hermosa era todo un reto. Por un instante sus miradas se cruzaron, Irina comprendió que aquellas bellezas que se disponían a tomar el sol en alguna piscina, eran prostitutas forzadas, lo cual comenzaba a darle un poco más de sentido a aquel sitio. Aquellas hermosas jóvenes, al igual que ella en Cuba, estaban obligadas por miles de razones a acostarse con hombres por el simple hecho de que estos eran poderosos. Ahora entendía por qué tanta seguridad, los autos de lujo, la mansión fortificada, el despliegue de guardias y las mujeres desnudas caminando por los pasillos...

¡Hello, Irina! ¡Despierta guapa! Acabas de entrar a un maldito burdel de lujo.

De repente, sin previa advertencia, uno de los guardias la sujetó por los brazos mientras el otro le arrebató a su hijo. Yotuel, asustado por el fuerte tirón, comenzó a dar gritos y a llamar a su madre. Irina intentó resistirse, mas fue solo por un instante, pues de forma que la sujetaba, le dejó bien claro que a esos mercenarios no les importarían usar métodos más bruscos, así que optó por el papel de la sumisión total. De todas maneras, no había nada que pudiera hacer. Estaba a merced de aquellos hombres, quienes podían hacer con ella o su hijo lo que les viniera en gana. Lo mejor sería no enojarlos.

—¡Cariño! —Le gritó a su hijo—. Pórtate bien, mami va a regresar en un momento.

El niño siguió sollozando, confundido por el tono de su mamá. Miró al guardia y luego a su madre. Esta le lanzó un beso antes de ser empujada hacia el interior de otro pasillo.

CAPÍTULO 19

¿QUÉ SABES DE SODOMA?

Langley, Virginia (Cuarteles Generales de la CIA)

Jimmy Scott era uno de esos hombres que podía tardar hasta una hora en hacer una pregunta, pero cuando necesitaba una respuesta, dejaba bien claro que la rapidez era el factor clave. Y este era el caso. Rosa lo comprendió desde el momento que aceptó la memoria flash con el expediente de Sodoma. *Esto es otra prueba*, se repitió mentalmente. Una prueba en la que necesitaba demostrar sus teorías. Mientras conectaba la memoria a su tableta y creaba un link con la pantalla plasma que colgaba de la pared, recordó todos los detalles de aquel expediente. Comprendió de inmediato que de alguna manera (nada difícil para el Búho), este debió de leer algunas de sus notas con referencia al caso. Tecleó varios nombres y al instante aparecieron los videos y fotos.

¡Que comience el show!

—Su nombre real no se conoce, solo sabemos que lo llaman Sodoma, y es el homicida mejor pagado por los cárteles en estos momentos. Hasta el 2004, se pensó en una organización de sicarios profesionales —Rosa tocó delicadamente la pantalla táctil y en el plasma de la pared aparecieron algunas fotos de perfil, pero con pésima calidad, supuestamente aquel rostro pertenecía al famoso “Sodoma”; junto con las fotos había un video—. Hubiéramos continuado creyendo esa leyenda urbana, de no haber sido capturado por una cámara. El caso de la masacre de Dallas demostró que estábamos equivocados, el hombre era real, demasiado real.

—Háblame de la masacre de Dallas —pidió Scott.

Allá vamos.

—El Coyote Rojo es un bar junto a la interestatal 45, cerca de la salida 279. Se trata de un antro que sirve comida y cervezas a rastreros, motoristas y algún que otro traficante de poca monta. —En la pantalla aparecieron las imágenes, clásicas de ese tipo de bares. Rastras al fondo y una fila de Harleys Davidson parqueadas al frente—. En la mañana del 6 de enero del 2004, Sodoma entró al bar y mató a machetazos, frente a los clientes, a cuatro agentes de la DEA.

Jimmy levantó la mano para detenerla antes de que la joven tuviese la oportunidad de darle play al video.

—Eso es lo que dice el informe de la policía. Yo te pedí que me hablaras de la masacre, pero desde tu punto de vista.

Crear un perfil psicológico del asesino basado en el video, ¡ya la capté!

Rosa presionó el botón y la pantalla cobró vida. Un gigante de dos metros de estatura entró en el bar (el video, a pesar de su pésima calidad, permitía ver todo lo que sucedió), sin muchos rodeos, el tal Sodoma fue hasta la barra y en menos de treinta segundos descuartizó a los agentes. Ninguno de los clientes se atrevió a moverse de sus asientos. Tan campante como entró, el asesino volvió a salir. Diez minutos después llegó la policía. Los cuatro agentes que fueron asesinados, dos semanas antes, habían decomisado un cargamento de cocaína valorado en más de cinco millones, también capturaron a tres importantes miembros del cártel de Sinaloa.

—Solo dos semanas tardó el cártel para identificar a estos agentes, ¡dos malditas semanas! —por mucho que lo intentó, Rosa no pudo evitar que la voz le temblara por la ira—. El mensaje fue más que claro.

Lo realmente significativo de este suceso no fue la muerte de los agentes, sino la salida de las sombras de un hombre que hasta el momento se le asignaban una treintena de asesinatos (cuál de ellos más espectaculares), y caracterizados no precisamente por la limpieza de la escena del crimen. En la lista de Sodoma, hasta donde se ha podido confirmar, hay una docena de importantes miembros del gobierno mexicano, junto a otro grupo de altos capos de las drogas. Rosa tenía muchos más datos, pero Scott prefirió interrumpirla.

—Toda esa información la conozco, la controla la policía y la DEA, lo que verdaderamente necesito saber es tu opinión de este sicario.

Bien, llegó el momento... aquí te va mi respuesta.

—Creo que Sodoma, o como quiera que sea su nombre, no es un *sicario*, sino un *hitman* —Rosa acentuó la última palabra, dejándole claro al Búho que el termino *sicario* es usado solo por los asesinos que usan los cárteles, un *hitman* es el mismo asesino, pero en este caso, contratado por los americanos. Por la expresión de su jefe, supo que había dado en la diana, así que repitió el disparo, pero esta vez mucho más directo—. Sodoma trabaja para nosotros.

El Búho dejó escapar su característico gesto, recorrió la habitación con su cuello hasta que su mirada de ave rapaz se posó finalmente sobre la analista.

—Demuéstramelo.

CAPÍTULO 20

LA DIOSA CUBANA

Rancho Bacanales, México

A Josefina le encanta este momento —pensó Chiapas al ver como su Patrona se acomodaba en el sillón de cuero—, le hechiza sentir que las mujeres le teman desde un principio, sepan cuan poderosa es.

Y no era para menos.

La oficina de la Patrona era inmensa, repleta de guardias y técnicos que operaban toda la red de cámaras que cubrían cada centímetro, tanto fuera como dentro de la mansión. Muchas de esas cámaras eran secretas, y estaban instaladas en los cuartos de los clientes. Dentro de la propia oficina, pero tras cristales blindados, se encontraban seis contadores de billetes. Las montañas de dólares y euros se iban amontonando sobre las mesas, *a pesar de que el rancho cuenta con servicio online para pagos con tarjeta, los güeros continúan pagando en cash... aunque con toda la razón del mundo. Las transacciones bancarias se pueden seguir, el cash no.*

La puerta de la oficina se abrió y uno de los guardias entró arrastrando a la cubana. Al verla, Pedro Chiapas levantó una ceja, aquel gesto no le pasó inadvertido a su Patrona.

Irina solo precisó de un segundo para intuir que estaba frente a una psicópata. La mirada de aquella chica, *apenas ha de haber cumplido sus veinte*, era la de una esquizofrénica dominante.

Una Calígula con vagina.

Otro vistazo a su alrededor fue más que suficiente para entender que la estaban poniendo a prueba. Aquella joven, con gestos hiperactivos y manos huesudas por la desnutrición (producida de seguro por algún tipo de enfermedad nerviosa), quería demostrarle cuan poderosa era, pero, sobre todo, que podía hacer de ella lo que le viniera en ganas.

Muy bien cariño, dos pueden jugar este juego... lástima que a mí me tocó la parte de aparentar sumisión.

Josefina Montero miró impresionada a la cubana. Su rostro era perfecto, a pesar de su intención de disimularlo con el pelo recogido y usando unas ropas

más anchas. Pudo imaginarse sin ningún problema las curvas que debía de tener bajo aquel vestuario. Aunque no fue su belleza lo que la impresionó, fue su mirada. *No me tienes miedo... ¡deberías!*

Podría mandarla a la “Escuela” —*allí sí aprendería a tenerme miedo*—, pero su padre fue bien claro con sus órdenes, aquella mujer era intocable. *La puta cubana...* La prostituta de Shangó, la que comenzó como puta y terminó de administradora. Una mujer muy peligrosa que sabía demasiado y por eso la querían de vuelta.

Si al menos una parte de lo que su padre le contó fuera verdad, la tal Irina conocía a muchos generales y coroneles cubanos, a sus hijos y sus nietos; a poderosos empresarios extranjeros, muchos de ellos clientes de su Rancho. Conocía estados de cuentas y cómo se llevaban a cabo las transacciones y los lavados de dinero.

Sí, esta puta es muy peligrosa —reflexionó Josefina—, *papá me dijo que no le pusiera un dedo encima, y yo soy una “buena nena”. Pero papá también enfatizó que era una puta, y como tal la voy a tratar.*

—Así que tú eres la famosa Irina.

La cubana se limitó a confirmarlo en silencio.

—Te hice una pregunta, y cuando pregunto me gusta que me respondan.

Todos en la oficina empezaron a dejar de lado sus ocupaciones y se dispusieron a ver el espectáculo.

—Sí.

—Sí, ¿y qué más?

—Sí, me llamo Irina.

—Tengo entendido que eres una de las prostitutas más famosas de Cuba —Josefina se emocionó al ver como la mirada de todos los hombres se posaban sobre la cubana—. ¿Es correcta esa información?

—Así es, trabajaba para Shangó.

Trabajarías para Shangó, pero sigues siendo una puta, ¡que ni te pase por lo mente que no sé cómo te ganabas el pan!

—Quítate la ropa.

Todos en la sala se pusieron tensos, en especial los guardias, quienes veían próximo el momento de lanzarse sobre la víctima y desnudarla para que la Patrona valorara la mercancía... pero en esa ocasión se quedaron con las ganas.

Nadie te va a golpear mientras te consideren una inversión... ¡usa tus

armas! Haz lo que sea por Yotuel.

Irina se apresuró a desabotonarse la blusa, pero no se quitó el sujetador... *aún no, créales expectativas, ponlos calientes y que te deseen.* El truco jamás fallaba con ningún hombre, quitarse la ropa por piezas, dejando siempre las prendas interiores de último, era un ritual al que nadie se podía resistir, incluyendo a las mujeres.

La blusa cayó a un lado, demoró unos segundos el momento, solo lo suficiente para captar más aún la atención de todos los *caballeros*, pero no demasiado como para impacientarlos. Se bajó el pantalón de una manera tan sensual que alguien lanzó un suspiro. Para hombres que se pasaban el día viendo mujeres desnudas por todos los rincones, captar su atención de aquella manera no era un reto en sí mismo. Todos sabían que era famosa. *¡A todos les gustan las famosas! No importa si son actrices o prostitutas...* Esa era su carta de triunfo, y debía jugarla lo mejor posible. Cuando todos creyeron que iba a desabrocharse el sujetador, se soltó el pelo y lo sacudió de un lado a otro. Una melena repleta de tirabuzones se deslizó hasta sus caderas. Sin hacer una sola pausa se desabrochó el sujetador, enseñando unos senos grandes, redondos y firmes. No tenía los globos de silicona de una actriz porno, pero tampoco las tetitas de una adolescente. Eran senos hermosos, rotundos y de pezones rosados, que despertaban la lujuria, y ella lo sabía.

Por último, se bajó la fina tanga, inclinándose hacia adelante sin flexionar las rodillas, suavemente, con suma delicadeza para que la tela recorriera sus muslos y cayera al piso solo con el movimiento de sus nalgas, para concluir cruzó su mano sobre su cadera y descargó todo el peso de su cuerpo hacia un lado, creando una pose sensual y erótica a la vez.

Josefina se mordió el labio superior ante la ira, la impotencia y la excitación. No sabía exactamente por qué de repente odió tanto a aquella mujer. Había esperado que se resistiera, que le implorara y que llegaran a un arreglo. Pensaba, incluso, dársela a los “profesores” para que le dieran algunas clases. Pero todo le salió mal. Y lo peor es que no sabía exactamente qué hacer.

Entendía perfectamente el juego de la cubana, pero romper voluntades, y lograr la sumisión absoluta de las mujeres era su especialidad. Aquella mujer terminaría temiéndole... *¡sí que lo harás!* Por otro lado, los negocios siempre eran lo primero. Después de todo su padre no le prohibió que la usara.

Josefina miró con ojo profesional a aquella Venus. No podía negarlo:

estaba ante una de las mujeres más hermosas que hubiera visto. Tenía un hijo pequeño, o algo así, le comunicó uno de sus guardias. *Debió haberlo tenido muy joven, porque su cuerpo no muestra rastros de un embarazo.* La firmeza de los senos, la redondez de sus nalgas y su abdomen plano le hicieron recordar al instante a la multimillonaria actriz porno Tera Patrick. La americana con rasgos tailandeses, fundadora de Teravision, una compañía que producía más de diez películas porno al año y que estaba valorada en más de 30 millones de dólares, si vieran a la cubana no dudarían ni un segundo en proponerle un contrato.

Por suerte para Josefina, Irina iba a trabajar para ella.

—Llévense a esta puta de aquí —cuando Irina hizo el intento de recoger su ropa, Josefina la detuvo con un gesto. Sacó de una gaveta de su escritorio una bata china transparente, y se la tiró a los pies—. A partir de ahora, el tiempo que estés en mi Rancho debes usar esa bata.

Luego, dirigiéndose a uno de los guardias le ordenó que se la llevaran para una de las habitaciones “especiales”.

Irina se apresuró a cubrirse con la bata, aunque sin su ropa interior, y con una tela de seda transparente que revelaba cada curva de su cuerpo se sintió tan desnuda como las chicas que minutos antes vio caminado hacia la piscina. Ni jugó a imaginarse que quiso decir aquella esquizofrénica con lo de “habitación especial”. *Tú tranquila, preocúpate por cruzar ese puente cuando llegues a él.* Mientras un guardia la guiaba por otro laberinto de pasillos recordó algo que dijo la mujer: *el tiempo que estés en mi Rancho... o sea, estaré temporalmente en este lugar. Pero después, ¿a dónde me llevarán? ¿Qué planes tienen para mí?*

Mientras las preguntas se agolpaban en su mente, el guardia la llevó hasta la puerta de una habitación. Allí la estaba esperando otro guardia con Yotuel sentado en el piso. El niño no dejaba de llorar. Ella se apresuró y cargó a su bebé, que una vez en brazos de su madre, dejó de gemir.

—Entra —le ordenó el guardia.

Irina obedeció de inmediato.

CAPÍTULO 21

IMÁGENES ENCUBIERTAS

Langley, Virginia (Cuarteles Generales de la CIA)

—Tengo entendido que fuiste uno de los miembros enviados por el FBI para participar en el caso —Rosa tuvo que contenerse para no soltarle en su cara la primera respuesta que le cruzó por la mente, aún no era el momento—. Y bien, aclárame tu teoría.

Para Rosa no fue difícil recordar los sucesos. Estaba finalizando un caso cardinal cuando de repente, sin muchas explicaciones, fue enviada de inmediato a Dallas como líder del grupo investigativo que se hizo cargo por parte del FBI de la masacre del bar. Sus preguntas no sirvieron de nada, ¿por qué ella? ¿no había a nadie más para enviar? Por respuesta solo obtuvo la típica frase: “Es una orden de arriba”.

Ahora todo encaja, ya sé quién de “arriba” dio la orden.

También comprendió la otra parte del juego, solo que nunca pensó que fuera a tanta escala. Jimmy Scott la había reclutado desde su salida de Quántico, lo que significaba que todos sus logros no eran más que una prueba de calificación; y justo ahora estaba ante el examen final.

—Desde que llegué a la escena de la masacre, demasiadas cosas no encajaban. Lo primero fue el video captado por las cámaras de seguridad del bar, era evidente que fue manipulado. —Scott solamente levantó una ceja a modo de incredulidad, pero no la interrumpió, estaba representando su papel de profesor que escucha la tesis de su estudiante ejemplar—. Mi equipo llegó a la escena solo tres horas después de lo ocurrido, y lo primero que pedí fue ver el video.

Rosa comenzó a relatarle paso a paso los datos que fue recopilando, y como estos se iban amontonando de manera sospechosa. Era evidente que todo aquel asunto se trataba de algo mucho más complicado, en especial, por las continuas evasivas del dueño del bar, quien tras presionarlo un poco terminó dándoles la segunda parte del video de seguridad... *¡dos minutos de imágenes!* Esta segunda parte del video mostraba a Sodoma entrando al local. El asesino estudió el sitio y fue directo hacia una mesa en la que desayunaban una joven camarera junto con su hijo, un chico de unos nueve años. Le entregó

cien dólares (como confirmaría luego la mujer), y le ordenó que saliera de aquel antro al instante.

—¿Y tú punto es...?

—Que no se trata de un simple asesino, ni que fue a ese lugar solamente a matar a estos agentes. —Una vez más Scott aparentó no estar sorprendido, sino más bien aburrido, como esperando algo que cambiara sus propias conclusiones—. Había más mujeres y hombres en el bar, unos diez testigos para ser exactos, pero solo un niño. El asesino le pagó a la madre para que sacara a su hijo de allí, no quería provocarle un trauma permanente. ¿Por qué lo hizo?

Scott se encogió de hombros, entonces Rosa procedió a su primera teoría.

—Le gustan los niños, los protege y no quiere causarles traumas. No podría definir si es un pedófilo o un sobreprotector, pero definitivamente esa no es la lógica conducta de un asesino que solo quiere cobrar su cheque.

—Era evidente que alguien se tomó demasiadas molestias por dejarnos pistas falsas, pero pistas, al fin y al cabo. El FBI solo tardó tres horas en llegar, los policías locales diez minutos, y los agentes de la DEA unos veinte. O sea, en menos de cinco minutos alguien modificó el video de seguridad.

Esta vez el Búho dejó escapar un suspiro de incredulidad.

—No lo tomes a mal, pero creo que has visto demasiadas temporadas de Prison Break.

A Rosa el chiste no le hizo ninguna gracia, por lo que optó por pagarle con su propia medicina.

—Conmigo fue el mejor hacker del FBI —Jimmy cortó su sonrisa al instante, cosa que le provocó cierto sabor a victoria—, es un gran amigo mío, no sé si te lo había comentado, los más cercanos a él lo llamamos Neo.

Claro que conozco a Neo, ¡el muy imbécil rechazó un contrato de tres millones de dólares por no querer dejar a sus colegas del FBI!

Aunque realmente Neo no necesitaba el dinero, ni el FBI ni la CIA podrían pagarle al famoso programador lo que le pagaban la Ubisoft o la Microsoft por diseñarles los gráficos de sus videojuegos. El problema con el chiquillo (quien solo tenía veintidós años) eran sus extravagancias, cosa común entre todos los genios programadores y hackers —una especie de cliché que se ha puesto de moda— mientras más talentosos, más extravagantes sus apodos. “Neo” ¡de veras!

Aunque la realidad es que el apodo le viene de maravillas, el pequeño genio se mueve dentro de las redes como si fuera realmente el propio Neo dentro de la Matrix... ¡en fin, no se puede tener todo en esta vida!

A Scott no le pasó inadvertido el mensaje. Rosa estaba dejándole más que claro las cartas sobre la mesa, ella también sabía jugar y contaba con buenos movimientos.

—Neo solo tardó un minuto en descubrir que el video fue pasado por alguna clase de filtro para hacer irreconocibles las caras. —Para enfatizar aún más sus palabras, Rosa señaló el video, en donde era evidente que las imágenes de los cuerpos se definían perfectamente, pero a los rostros era imposible reconocerlos.

—Lo que estás planteando, ¡uff!, es demasiado fuerte. Incluso, creo que...

—... el bar era un antro, pero contaba con un sistema de cámaras de circuito cerrado de alta definición. Quien haya editado ese video, no era un simple programador contratado por los cárteles. —Rosa miró directamente a los ojos del Búho, se aseguró de que sus palabras fueran bien claras—. Un genio del FBI no pudo limpiar esas imágenes, y créeme que fue muy específico en su veredicto. Neo reconoció los patrones usados, los únicos que cuentan con esa tecnología son los hackers del gobierno.

—En pocas palabras, nuestro gobierno está protegiendo a un asesino de los cárteles.

—Yo nunca dije que trabajara para los cárteles.

El segundo video mostraba la imagen de un gigante entrando al bar, miraba a cada lado y luego se dirigía directo a la barra. A solo dos pasos del primer agente, sacó desde su espalda un pequeño machete y comenzó el ataque. Rosa detuvo la imagen justo cuando la primera víctima iba a recibir el golpe mortal.

—No es un machete —tomó un lapicero del escritorio y señaló la pantalla—, es un hacha, un tomahawk, para ser exactos.

—¡Un tomahawk! ¡Ya! Entonces nuestro asesino es Mel Gibson, o un estudiante del último de los mohicanos.

El tono de burla era evidente, pero Rosa detectó una sombra de dudas en la mirada de su jefe. ¡Estaba sobre la pista y lo sabía!

—Ni lo uno ni lo otro, es un miembro de las Fuerzas Especiales —esta vez la expresión burlona de Jimmy desapareció por completo—, y el hacha es un modelo específico, es un Comanche, una de las armas blancas más usadas por

los comandos en combates a espacios cerrados.

—Lo que me estás diciendo no prueba nada. Estoy seguro de que ese modelo en “específico” puede comprarse en Amazon.

—Comprarla sí, saberla usar no...

CAPÍTULO 22

ESTILO DE COMBATE

Langley, Virginia (Cuarteles Generales de la CIA)

—A pesar de la mala calidad del video, un versado confirmó que se trataba de un hacha —Rosa señaló el video, era evidente que después de observar por varios segundos el segmento de los “machetazos”, se podía definir el extremo del hacha—, lo extraño es que reporté este detalle a mis superiores, sin embargo, en el expediente continúa apareciendo que el arma usada en la masacre fue un machete.

Scott simplemente se encogió de hombros.

—¿Por qué hacerlo tan personal? Eso no tiene ninguna lógica —Rosa esperaba ser interrumpida, pero el Búho simplemente giró su cabeza en espera del resto de los datos—. Quien sea este hombre tenía demasiadas opciones para matar a los agentes. Podía meramente haberlos esperado a la salida y acribillarlos a balazos, o ir a sus casas; es evidente que conocía sus rutinas. Recursos le sobraban.

—Ok, entonces ¿por qué uso un método tan primitivo si se supone que es un profesional?

—¡Es evidente! A los cárteles nunca les han importado los daños colaterales. En más de una ocasión han hecho rodar granadas por el piso de una discoteca solo para eliminar a un enemigo, ¿por qué crees que en esta ocasión les iba a importar? —Jimmy solo extendió las manos en señal de rendición—. Una vez más, a nuestro asesino sí le importaban los daños colaterales, no estaba trabajando para los cárteles, sino para nuestro gobierno. Y al gobierno sí que le importan los “daños colaterales”. ¿Qué pasaría si una bala se escapa terminando en un cráneo equivocado? O peor aún, ¿en el de un niño? ¿Tienes idea de la tormenta que se iba a desatar? Los medios nos comerían como hienas exigiéndonos una explicación.

La teoría no estaba mal, pero no era suficiente.

—Tú hipótesis no está del todo incorrecta, pero nada de lo que has dicho nos da una pista de quién es este hombre.

—Es que aún no he terminado.

—El video muestra como este salvaje mató a cuatro agentes entrenados sin que tuvieran oportunidad de sacar sus pistolas. —Rosa volvió a darle play al video, mientras las imágenes comenzaban una vez más desde el principio. La analista agregó—: reuní a los cuatro mejores expertos de artes marciales del FBI y todos coincidieron en lo mismo. El estilo de combate usado por Sodoma fue el Krav Maga... en “apariencia”, este simple detalle es lo que marca la diferencia.

El Krav Maga, una de las artes marciales más letales del mundo (inventado por los israelitas y usado por sus cuerpos élites), también era uno de los estilos de defensa personal con que entrenaban los comandos americanos, quizás el más efectivo. La prueba del dominio de este arte de matar por parte de Sodoma, fue el despliegue de brutalidad que usó para eliminar a los agentes en cuestión de segundos. Según los expertos, aquello confirma varias de las hipótesis de que Sodoma debía de pertenecer a un grupo élite de soldados instruidos para matar a corta distancia.

Rosa presionó play y las imágenes cobraron movimiento otra vez.

Sodoma se dirigió a la barra, sacó el hacha a solo unos pasos de la primera víctima y le lanzó un mandoble seccionándole la espina dorsal. El cuerpo se desplomó sin vida, sus tres compañeros quedaron tan atónitos que cuando el más cercano reaccionó ya el hacha había vuelto a caer sobre su cabeza. Solo por pura casualidad, el tomahawk se trabó entre los huesos del cráneo. Los otros dos se levantaron, pero ya Sodoma estaba encima de ellos.

Usando el fundamento principal del Krav Maga de que todo a tu alrededor es un arma, el gigante tomó una jarra de cerveza y se la incrustó en el pecho al primero, el segundo llegó a tocar la pistola en su cadera, pero Sodoma le lanzó un golpe con la palma abierta directo a la garganta, desgarrándole la tráquea; el agente se llevó las manos al cuello mientras luchaba por respirar. Su compañero no fue de mucha ayuda, cuando pudo llevar algo de aire a sus pulmones ya el gigante se le había lanzado encima.

Usando un combo de golpes dirigidos a las articulaciones, literalmente lo fue desmembrando. Un puntapié directo a la rodilla le dislocó la rótula; un rodillazo le partió varias costillas y antes de que cayera le sostuvo su cabeza por el cuello y le explotó el cráneo con golpes repetidos contra la barra. La última víctima, a pesar de tener la garganta desgarrada mientras escupía

coágulos de sangre, logró sacar fuerzas para lanzarse sobre él. Sodoma simplemente giró, destrabó el hacha de la cabeza y con toda su fuerza, esquivó un puñetazo y lo devolvió con un tajo que le abrió la cara en desde la frente hasta la mandíbula.

Los cuerpos aún se movían cuando Sodoma, tomando una servilleta de la barra, limpió los bordes del hacha, luego salió del local como si nada acabara de ocurrir.

El Búho miró de un lado a otro con su gesto característico sin atreverse a debatir los argumentos de Rosa, escuetamente prefirió hacerle otra de sus preguntas.

—Digamos que tienes razón, ¿cómo procederías para intentar atrapar a este hombre?

—Lo primero sería llevarle toda esta información a la DEA, ellos solicitarían una búsqueda en conjunto con el FBI en las bases de datos de las Fuerzas Especiales. Un hombre de esa estatura, experto en Krav Maga y que usa como sello personal un tomahawk, no será difícil de localizar.

—Y ¿por qué no lo hiciste?

Esta vez fue Rosa quien miró de un lado a otro.

—Porque si mi teoría era cierta, iba a comenzar una guerra entre agencias. Y cuando eso pasa, por lo general un avión termina estrellándose contra algún edificio.

El Búho tuvo que admitir lo cierto de su argumento, y recordó como la CIA tuvo pruebas más que suficientes acerca del atentado contra las torres gemelas, pero prefirieron no compartirlo con el resto de las agencias de seguridad nacional. *¡Gran error!*

—De todas maneras, no habrían encontrado nada —Rosa levantó ambas cejas, incrédula por lo que acababa de escuchar, *¡mierda, estaba en lo cierto!* —. No descubrirían nada simplemente porque Sodoma no existe. Yo personalmente me he encargado de que no exista.

—¡Fue usted! —por primera vez, Rosa se sintió atrapada en aquella oficina junto a aquel Joseph Fouché—. ¡Usted dio la orden de asesinar a esos agentes!

—Esos “agentes” eran corruptos, estaban en la nómina de los Zetas.

—Eran ciudadanos americanos, se merecían un juicio.

—Un juicio que alertaría a sus jefes, y eliminándolos ganábamos más. Además, ellos traicionaron a más de diez agentes mexicanos que se habían infiltrado entre los Zetas. Todos murieron bajo tortura ¿No se merecían ellos

un juicio?

Rosa no supo cómo responder, pero estaba segura de algo; ¡estaba mal, muy mal lo que habían hecho!

—Aun así...

—¿Aún quieres conocer a Sodoma? Te dije que te ibas a embarrar las manos de mierda. La puerta aún continúa abierta por si te quieres ir; pero recuerda que esta oficina solo le rinde cuentas al presidente de the United States of America. Rosa captó el mensaje... *¡Estas son las verdaderas grandes ligas!*

—No —su respuesta fue tajante, justo lo que el Búho esperaba—. Antes de conocerlo, primero quiero saber quién es Sodoma.

CAPÍTULO 23

LA TIGRESA Y SU CACHORRO

Rancho Bacanales, México

Las condiciones de la habitación eran mucho mejores de lo que había esperado. *¿Qué digo? Esto esta excelente,* —recorrió de un vistazo el pequeño cuarto e intuyó que algo no podía marchar del todo bien—; *muy hermoso para ser real.*

Irina podía ser todo menos estúpida. Con el tiempo, había aprendido una de las lecciones más antigua de la raza humana, *nada es gratis.* Una cama con sábanas blancas y almohadas de plumas, TV plasma colgada en la pared, una pequeña nevera en una de las esquinas y ducha con inodoro independiente; un lavamanos, una repisa repleta de champú y cremas para depilarse (no había máquinas de afeitar), *de seguro no quieren que intente córtame las venas.*

Entonces lo percibió.

Este lugar es un horno.

—Mami, tengo calor.

Yotuel tenía razón, había demasiado calor en la habitación. Tras una breve búsqueda descubrió que el aire acondicionado era externo, y por supuesto, estaba apagado. La pantalla del termostato marcaba una temperatura de treinta y cuatro grados Celsius. *¡Hijos de puta!* Sus sospechas comenzaron a cobrar forma en su mente. Se acercó a la ducha y la abrió, aunque solo fuera para confirmar lo que ya sabía: *un calor insoportable, sin agua, y sin bebidas...*

Fue hasta la nevera, estaba vacía..., y por supuesto que la TV no iba a encender.

—Mami, tengo mucho calor.

—Espera solo un ratico, es que nos van a traer un ventilador.

Yotuel comenzó a llorar, por lo visto no se creyó la mentira. Irina se apresuró a abrazarlo y trató de susurrarle algún consuelo, en vano.

—Pero, ¿qué te pasa? Los niños grandes no lloran.

—Es que tengo hambre y hay mucho calor.

Irina sintió como los ojos se le humedecían, pero no por compasión, sino de pura rabia. Aquella psicópata la estaba torturando a través de su hijo.

—¿Cuánto crees que resistirá? —le preguntó Chiapas. Josefina se encogió

de hombros. No quería admitir que la cubana le resultaba una interrogante—. Yo estimo que hasta mañana.

Ambos estaban mirando uno de los monitores que mostraba la habitación de Irina desde tres ángulos diferentes. De repente, la cubana se dirigió a la puerta y la abrió. El guardia que esperaba afuera quedó tan sorprendido como ellos. No habían pasado ni cinco minutos y la cubana estaba coqueteando con el guardia.

—¡Bueno, esta es más rápida que las anteriores! —Chiapas dejó escapar una carcajada mientras Josefina disimuló como pudo el nuevo ataque que estaba a punto de aflorar. Subió el volumen a la cámara del pasillo para poder escuchar de qué hablaban.

Irina vio al guardia, pero antes de que este dijera una sola palabra salió de la habitación y se abrió la parte superior de la bata, mostrando parcialmente sus senos.

—¡Ay, disculpa! —se abrió más la bata y comenzó a soplar los senos. El ángulo que escogió le permitía al guardia recorrer con sus ojos ávidos desde el cuello hasta su pelvis, y a punto estaba de abrirla completamente cuando se volvió a tapar rápidamente, como si acabara de darse cuenta de que estaba semidesnuda ante aquel desconocido—. Discúlpame de nuevo, ¡es que se siente un calor allá dentro!

El guardia recobró apenas la concentración, y volvió a asumir su papel.

—Ese es tu problema, vuelve a entrar.

—Pero, qué agresivo —*mala elección de palabras, no puedes volver a repetir términos violentos*—, yo siempre he oído que los mexicanos son muy románticos.

—No soy mexicano, soy guatemalteco. ¡Y te ordené que entraras!

—Eres latino, y hombre... —hizo una pausa para mojarse los labios—, acaso todos los latinos no son calientes, ¿o tú eres la excepción?

Rétalo, pero no lo insultes...

El guatemalteco no estaba seguro de cómo responder a la insinuación de la mujerona. Iba a repetirle que entrara cuando la cubana lo interrumpió.

—Adentro no hay aire ni agua, y mucho menos algo de comer... —aquel guatemalteco simplemente podía darle una paliza y obligarla a entrar, pero Irina recordó la habitación repleta de cámaras y las montañas de dinero. La mansión era un negocio, y las ganancias subían por la venta de sexo, no por golpear o desfigurar a las mujeres. *La psicópata cometió un error al*

mostrarme su negocio, ya sé cómo funciona este lugar, o al menos en parte, ahora solo necesito que me “contraten”—. ¿Por qué me estás haciendo esto?

No dijo *están*, sino *estás*, para hacérselo más personal al guardia.

—Porque aquí todas tienen que ganarse la comida, el agua y las mejores...

—...yo no te estoy pidiendo que me regales nada —Irina se abrió totalmente la bata, mostrando todo su cuerpo. Los ojos del guardia (acostumbrado a ver a cientos de mujeres desnudas, pero inalcanzables para un hombre como él), no podía desviar la mirada de sus ojos de las voluptuosas tetas. Sintió la libido torturándolo donde más le dolía. Y ese era detalle que necesitaba confirmar Irina—. Te estoy pidiendo que me digas qué hacer para ganarme lo que se ganan las mejores.

Sin previo aviso, estiró la mano y le agarró el pene. El guardia se sorprendió, incluso retrocedió, pero sin quitarle la mano. Irina lo sintió duro y firme; el hombre estaba explotando de deseos. Pero aun así, no se atrevió a tocarla, al contrario, miró a la cámara que colgaba del techo y esperó alguna orden por la radio que llevaba en su cintura. Como la orden no llegó, Irina supo que acababan de aprobarle una paja.

Manos a la obra... o más bien, boca a la obra.

—¿No sé por qué te preocupas tanto? —Le preguntó Chiapas, sin terminar de comprender la nueva rabieta de su jefa. En el video se veía claramente cómo Irina le sacaba el pene y se arrodillaba ante el guardia —. No ves que es una puta...

—¡No! No lo es —Chiapas conocía aquel tono, Josefina estaba a punto de saltar chispas—, es una tigresa que está defendiendo a su cachorro. No lo comprendes, está jugando con nosotros; para ella, sus tetas y sus nalgas no son más que herramientas de trabajo.

—Y ¿qué tiene de malo que las use? ¿No era eso lo que querías, que se prostituyera? A esta no tuviste ni que mandarla a la Escuela.

—No entiendes nada, mi querido Chiapitas —Pedro dejó escapar una sonrisa, le encantaba cuando ella le hablaba así, queriéndole explicar lo que era obvio—, puedes matar a un hombre de ochenta maneras diferentes, pero aún te falta mucho por aprender del negocio de las putas.

CAPÍTULO 24

¿QUIÉN ES SODOMA?

Langley, Virginia (Cuarteles Generales de la CIA)

—Es un antiguo miembro de los Delta Force. Uno de los mejores... — orgullo y nostalgia se mezclaron en la voz del viejo Búho. Era evidente que tanto el analista como el asesino se conocían demasiado bien—. Como te dije, su expediente no existe, pocos conocen su conexión con el gobierno. Eso sí, está en la lista secreta de la CIA como uno de los ejecutores más activos de todos los tiempos. Lo irónico es que la brutalidad con que lleva a cabo cada uno de sus trabajos, le ha ganado su fama; sobre todo, entre los cárteles y mafias europeas. Ellos le temen y lo respetan, y muchos creen que es parte de una organización u de otra.

—¡Y lo es!

—Sí, en eso tienes toda la razón. Efectivamente, trabaja para ambos bandos.

A Rosa no le sorprendió que la CIA contratara asesinos como si fueran alumnos de Jason Bourne, lo que si le asombró es que un hombre de fama internacional fuera un doble agente de esa magnitud. Y por si la idea aún no se había acomodado en su cerebro, Jimmy le esclareció:

—Pretendo que entiendas que este hombre es un experto en demolición. Era miembro de una unidad de comandos especializada en “Búsqueda y Destrucción”, nada de rescates. Imagínate que los Avengers trabajaran para la CIA, ¿quién crees que sería Sodoma?

Todos menos el Capitán América.

—¿Qué tal Iron Man?

El Búho dejó escapar una sonrisa medio con sorna.

—Experto en Demolición... ¿te suena?

—¡Ya! La CIA contrató a Hulk para que les haga el trabajo sucio.

—¡Exacto!

¡Tenía que ser un maldito Delta Force! No un Navy Seals o un Green Beret, sino un hijo de puta Delta Force.

Los Delta Force eran conocidos mundialmente por su riguroso entrenamiento, lo cual les ganó la fama de ser una de las mejores unidades

antiterroristas del mundo. Peor aún, entre los altos miembros del gobierno americano todos conocían que los Delta Force eran la fuerza de contraataque del mismísimo presidente de los Estados Unidos, en pocas palabras: eran su ejército privado, o el equivalente *the boss's untouchable boys*.

La voz de Scott volvió a sacarla de sus reflexiones.

—Se llama Julian Hunter, y es uno de esos tantos experimentos fallidos de la CIA. —El Búho dejó escapar otro de sus melancólicos suspiros, para luego agregar—: Es un políglota por naturaleza que se nos fue escapando de entre los dedos.

Jimmy Scott miró directamente a los ojos de Rosa y comenzó a explicarle la necesidad que tenía la CIA de contar con sus propios verdugos. No contratar a segundas y terceras personas, sino contar con sus propios agentes calificados para esta clase de trabajos de infiltración en las organizaciones del crimen organizado. ¡Y lo lograron! ¡*Cómo no íbamos a lograrlo!*

A Sodoma le abrieron cuentas en varios bancos del mundo con fondos ilimitados, junto con una treintena de identidades, tecnología de punta y armas de última generación para llevar a cabo cualquier tipo de trabajo que le encargaran sus contratistas. Agentes secretos e información clasificada le llovían desde todas las agencias; el plan resultó mejor de lo que esperaron, pero sobre todo, porque Julian sobrevivió, cosa que pocos creían posible. Su fama creció al igual que su lista de víctimas. Cada vez que la CIA necesitaba eliminar a alguien, principalmente si se trataba de una figura pública (corrupta, pero mimada por las masas), acudían a Sodoma; su trabajo era impecable, el crimen siempre se le atribuía a una guerra entre cárteles o a las mafias.

En la medida que su fama fue creciendo, también crecieron sus conexiones.

Es así como comenzó a expandirse. Compró varios clubs de strippers, montó sus propias agencias de prostíbulos (o chicas escoltas VIP, como él las llamaba) y emprendió su propio *business* de pornografía. De esta manera pasó a formar parte de un grupo exclusivo de empresarios en el Valle de San Fernando.

—Dame un segundo para ponerme al día con nuestro muchacho —Rosa necesitaba una pausa para organizar sus pensamientos—. San Fernando, el valle donde se filman miles de películas porno al año, ¿correcto?

—Correcto.

—¿Qué hace un asesino profesional, excomando y agente infiltrado de la CIA, invirtiendo en porno?

—Eso pensamos todos al principio, pero resultó que donde más crimen organizado existe en este país, es en las industrias del entretenimiento.

Jimmy comenzó a darle datos y nombres de importantes empresarios a quienes pudieron relacionar con los cárteles, las mafias italianas y rusas, todo gracias a los informes de Sodoma.

—La mayoría creyó que se trataba de un paso único y excepcional; una vez más, le

brindamos acceso a nuestra network de espías y todo lo que necesitó... ¡excepto dinero!

—¿No necesitaba dinero?

—No, y esa fue la primera señal de alarma, ¡todos necesitan dinero!

Una investigación a fondo demostró que Julian era ya un multimillonario con tantas acciones y empresas fantasmas que escapaban a la comprensión del mejor contador. Peor aún, lo tenía justificado.

—¿Volví a perderme?

El Búho se llevó los dedos a la sien, un gesto típico en él, ya Rosa lo iba conociendo, ese gesto significaba que le daría datos que había repetido a otros colegas cientos de veces.

—Este departamento se especializa en contabilidad, eso es lo que hacemos. Seguir el dinero, sus orígenes y sus inversiones. Sodoma lo sabe, con las conexiones que le ofrecimos pudo haber establecido mercados ilegales en la venta de armas o drogas, los dos negocios del crimen organizado que más lucro producen al año. Pero no, escogió la pornografía porque es legal, ¡pero ojo! ¡Cuidado con los ingresos de ese negocio!

Ok, la porno da ganancias y crea vicios, y si no pregúntale a mi esposo, pero ¿qué tanto son sus regalías?

El Búho leyó la pregunta colgada en sus ojos.

—La industria de la pornografía genera anualmente más de sesenta billones de dólares alrededor del mundo. De entre catorce a quince billones solamente en los Estados Unidos —Rosa fue levantando una ceja de manera inconsciente sin poder articular una palabra, aquellas cifras, poco a poco, le resultaban demasiado grande, pero Jimmy aún no había acabado su discurso—, para que te hagas una mejor idea: los ingresos de las ligas profesionales como el fútbol, el béisbol y el baloncesto, unidos, no superan los dividendos de la industria del entretenimiento para adultos. Es más, en un análisis que hicimos en el 2008, comprendimos que ni las cadenas de televisión como NBC, ABC y CBS (todas juntas), ganaban tanto como la pornografía.

—Bien, Sodoma se unió de repente a un grupo de chicos con tragos en cada mano y closets repletos de dinero, ¿y el punto en que todo se fue a la mierda, fue...?

—...cuando comprendió que ya no le éramos necesarios.

—Todo iba bien hasta que Sodoma decidió hacer un trabajo por su propia cuenta.

Todo iba bien... ¿Qué hiciste Sodoma? —pensó Rosa, quien ya comenzaba a percibir una parte de la mentalidad del asesino.

—Ulises Ordoñez, ¿lo recuerdas? —Rosa asintió con la vista. *El gordo Ordoñez, el patrón de las carreras de caballos y peleas de gallos en Veracruz, claro que lo recuerdo, incluso lo conocí en una ocasión, ¡pero, por supuesto que ya lo sabes!* —. Ordoñez le pagó un millón de dólares para que eliminara a Ángel Cruz y rescatara a su hija.

¡Madre mía! Ahora todo cobra sentido.

El asesinato de Cruz fue uno de los más horribles con que se tropezó en su carrera, desde el principio se lo atribuyeron a Sodoma, por aquello del “modus operandi”. Pero el nuevo detalle de un secuestro, y nada menos que la hija de Ulises, era algo totalmente nuevo para ella.

—En el FBI nunca descubrimos los motivos del asesinato.

Rosa recordó las imágenes que le proporcionó el forense. En esa ocasión Sodoma se había pasado. El psicópata asesino amarró a Ángel a una silla, con el pecho pegado al espaldar y las manos y pies de la víctima en forma de crucetas. Le introdujo una manguera por el recto y le bombeo gasolina hacia sus intestinos. Después le prendió fuego, quemándolo, literalmente, de adentro hacia afuera.

—Ángel Cruz secuestró a la hija de Ordoñez, una chica de once años. ¿Sabían que Cruz era un pedófilo?

Rosa negó con la cabeza, sintiendo como su cuello comenzaba a tensarse.

—Cruz no solo secuestró a la chica, sino que la violó repetidas veces, esos sí, solo él..., al principio. Después se la dio a sus hombres. En cada ocasión le grabaron un video y se lo mandaron al padre, todo para coaccionarlo a cerrar un negocio.

Ahora Rosa no sentía mucha lástima por Cruz, todo lo contrario, aun así... *¡Sí que te pasas, Sodoma!*

Aunque después de pensárselo por unos instantes, Rosa terminó por aprobar el método de tortura usado contra un violador de niñas. Si el sistema

de justicia contratara a Sodoma para aplicar algunas de sus medidas a los violadores infantiles, sin dudas ese delito sería erradicado de los libros de justicia.

—Cuando Sodoma nos comentó sus planes, la CIA se lo negó rotundamente.

—¿Cómo dices?

—Ángel Cruz era un doble agente, trabajaba para la DEA, por lo que necesitaban que Ordoñez acudiera a la cita para recoger a su hija, y así poderle echar el guante.

Ahora Rosa no daba crédito a lo que acababa de escuchar.

—¿Me estás diciendo que la CIA y la DEA sabían que Cruz estaba violando a una niña para poder atrapar a su padre, y aun así lo permitieron?

El Búho no se inmutó, simplemente afirmó con su largo cuello.

—Te lo advertí desde el principio, esta agencia se embarra de mierda al igual que sus trabajadores. ¡Aquí no existen cargos por conciencia! —Jimmy elevó un poco más la voz de lo que hubiera querido, pero Rosa comprendió que el anciano quería dejar claro su punto—. ¡Si padeces de remordimientos, ahí está la puerta!

Rosa tuvo que tragarse su orgullo. Jimmy no la estaba ofendiendo ni echándola a patadas, simplemente le estaba dejando bien claro las cartas sobre la mesa. Ahora iba a trabajar para la CIA, mejor saber a lo que se enfrentaba.

—¿Qué sucedió entonces?

Jimmy se permitió una pausa para mirar detenidamente la pantalla.

—Nuestro chico prodigio se rebeló.

Sodoma tenía la tecnología, el entrenamiento, el dinero y los hombres.

Fue una masacre. —Recordó Scott, con el típico orgullo del padre que ve crecer a su hijo y convertirse en un héroe de guerra, aunque en esos casos nunca les iban a dar medallas.

—Sodoma entró a la mansión seguido por cuatro de sus mejores hombres, todos excomandos bajo sus órdenes. La limpieza fue general, no dejaron vivos ni a los perros de Cruz, incluyendo un gato persa valorado en mil dólares. Los detalles de la tortura los conoces mejor que yo —el Búho continuó explicándole sin detenerse en los pormenores—, la chica fue devuelta a su padre. No solo eso, Sodoma no cobró ni un centavo del dinero del rescate, les pagó a sus hombres de su propio bolsillo. Por su parte, Ulises Ordoñez es un narcotraficante, pero muy famoso por pagar sus deudas, y a Sodoma le iba a

deber una muy buena en lo adelante.

—¿Qué pasó entonces con Sodoma?

—Lo inevitable, la CIA comprendió que nuestro chico se nos escapó de las manos. Él tenía su propia agenda, algo que no encajaba con nuestros planes.

—¿Y entonces decidieron...?

—...hasta yo tengo superiores, Rosa —por el tono de voz, la analista comprendió que Scott no estaba muy de acuerdo con las medidas tomadas por sus jefes, pero su punto era válido, él se debía a una cadena de mando—. A pesar de mis advertencias, decidieron capturar a Sodoma y llevarlo a una sala de interrogatorios: ¡a big mistake!

CAPÍTULO 25

NADA ES GRATIS

Rancho Bacanales, México

Josefina observó boquiabierta cómo la cubana ponía en práctica todo su “arsenal seductor”. El *poder* de saberse dueña de aquella mujer era realmente adictivo, no pensaba mentirse a sí misma, lo estaba disfrutando al máximo. Apenas podía apartar su vista del monitor... *¡no me tiene miedo!*

Se suponía que todo ocurriera al revés, que la cubana desesperara...

Chiapas tampoco pudo apartar los ojos del monitor, de hecho, con cierta envidia siguió cada movimiento del guardia, vio como este arqueaba la espalda, empinaba el pecho y se agarraba de la melena de la cubana. *A ese cabrón le están dando la mejor chupada de su vida.* En la pantalla se veía claramente como los primeros temblores de placer recorrían el cuerpo del guatemalteco. Chiapas supo que estaba a punto de eyacular. Entonces, para sorpresa de ambos, la cubana arqueó la cabeza hacia atrás, se sacudió el pelo de una manera sensual y provocadora a la vez, para luego mirar directamente a la cámara. En ese momento recibió en su rostro, el cuello y sus tetas, el chorro de semen... un final al estilo clásico pornográfico.

—¡Será hija de puta! —Gritó Josefina—. Sabe que la estamos mirando.

Pedro se limitó a aplaudir.

—Pues yo creo que nos ha regalado un show magistral —la respuesta de Chiapas solo hizo que Josefina golpeará con el puño uno de los monitores. Por su parte, Pedro agregó—: yo que tú la contrataba de inmediato.

Josefina se llevó dos dedos a la frente para calmar el ataque de ira que le roía las entrañas.

Todos los hombres son iguales, solo piensan con los cojones.

Irina le dio un cariñoso beso en el pene, para luego mirarlo fijamente desde la posición sumisa en la que se encontraba. Arqueó una ceja y puso su mejor cara de chica traviesa, pero enojada, le hizo un mohín con sus labios carnosos y se señaló los senos embarrados de semen.

—Espero haberme ganado, aunque sea una ducha, pues mira como me dejaste —culparlo por el estado en que se encontraba solo lo excitaría más. Ese guardia guatemalteco, chaparro y de piel india no solo era un peón más en

aquel inmenso tablero, para Irina podría convertirse en un posible aliado, todo era cuestión de un poco más de “contacto”. Si lo rotaban entonces tendría que evaluar un próximo plan de escape. De momento prefirió levantarse, cubrirse el cuerpo con la bata para continuar con el guion que aquella enana psicópata quería que ella interpretara—. Por lo menos no me digas que no te gustó.

El guardia se la limpió con la mano, le sonrió satisfecho y volvió a guardársela.

—La verdad es que sí te has ganado algo, pues —hizo una pausa para guiñarle un ojo—, vamos a ver que te puedo conseguir.

Irina se despidió coqueta lanzándole un beso y volvió a entrar a la habitación.

...

La mirada hambrienta y triste de su hijo hizo que se le oprimiera el pecho, pero no podía llorar. *¡No, hijos de puta! No les voy a permitir que me vean llorando.*

Lo peor de todo era no poder abrazar a Yotuel. Olía a semen y se sentía pegajosa. Nunca antes se había sentido tan asqueada de los hombres, y de las mujeres con poder. Lo que su cuerpo le pedía en ese instante era gritar con todas sus fuerzas, consolarse a sí misma, dejarse caer contra la pared y llorar por horas, sin embargo, dejó escapar su mejor sonrisa y le sacó la lengua a su hijo.

La mueca hizo que el niño sonriera.

—Un pajarito me dijo que nos van a poner agua —Yotuel la miró incrédulo y sin previo aviso comenzó a sollozar—. ¡Ah, qué mala noticia! También me dijo que si llorabas no te iba a dejar jugar todo el rato que quisieras en la bañera.

Como cualquier niño, ante la idea de chapaletear por tiempo indefinido en una bañera, el llanto desapareció como por arte de magia.

—¡Es que no lo entiendes!

—La verdad es que no —Chiapas no era estúpido, pero a veces le costaba entender cómo tratar a prostitutas forzadas, eso podía tornarse algo complicado para él—. ¿No querías que siguiera tus órdenes? ¿Acaso no se la chupó a uno de los guardias solo con la esperanza de ganarse una ducha?

En la oficina todos aparentaron estar más ocupados que nunca. Los especialistas que chequean las cámaras constantemente tomaban notas para confirmar a cada cliente, sus entradas y salidas, y las mujeres que usaban (por

lo general, muchos de los clientes siempre preferían chicas parecidas a las anteriores, aunque nuevas, eso sí. Eso los ayudaba a crear patrones de conducta). Otro equipo iba tomando los datos de las prostitutas que entraban o salían de diferentes secciones de la mansión, a pesar del trabajo, los nombres y los números, todos seguían el hilo de la conversación. Por lo visto la cubana le estaba causando muchos dolores de cabeza a la Patrona. Josefina tenía miles de defectos, pero nadie podía negarle su sexto sentido para visualizar a las chicas problemáticas.

—Ella no es como el resto de las putas —Josefina miró una vez más el monitor, Irina no se había apartado de la puerta, sin dudas estaba esperando que le acabaran de poner el agua. Esto la ponía en una situación con pocas opciones. De no hacerlo la cubana podía rebelarse, y darle problemas; al final aquella mujer solo iba a estar unos días hasta que su padre se la llevara de vuelta a los cubanos, como regalo de amistad por la futura Alianza. Pero en el fondo, Josefina supo que necesitaba encontrar una estrategia para conseguir que la cubanita sintiera un miedo absoluto ante su presencia. Después de pensarlo por unos minutos, algunas ideas comenzaron a tomar forma en su cerebro—. Es una sobreviviente.

—Josefina, todas las putas en esta casa son sobrevivientes. Acaba de dar la orden y no le des más vuelta al asunto.

—Muy bien, pónganle todo de vuelta en la habitación —le ordenó a uno de los guardias, después se dirigió a Chiapas. Fue muy cuidadosa al escoger sus palabras, quería que sus órdenes se siguieran al pie de la letra, no iba a cometer errores—. Esa mujer no es sumisa, y mucho menos está haciendo lo que nosotros queremos. Lo sé por su mirada, créeme, no valora su cuerpo, simplemente lo usa como una herramienta. En la primera oportunidad que tenga va a intentar la fuga. Mientras tanto hará lo que sea por sobrevivir y darle de comer a su hijo.

Chiapas volvió a mirar el monitor (la cubana no se había movido de la puerta), se sintió algo molesto de solo pensar que Josefina tuviera razón. La Patrona jamás se equivocaba en cuestiones de mujeres. Era toda una profesional a la hora de estudiar el carácter de las personas, sobre todo el de las putas. Con una sola mirada podía determinar cuáles serían sumisas tras recibir cuatro cachetadas, y a cuáles había que mandar para la Escuela.

Uno de los guardias entró a la oficina y les informó que para la mañana siguiente se esperaba un nuevo cargamento de mujeres. Josefina dejó escapar al fin una sonrisa de satisfacción. Chiapas también se obligó a sonreír, pues

conocía a la perfección cada uno de los gestos de su patrona, y supo que alguna idea morbosa ya había cobrado forma en aquella mente privilegiada.

—Perfecto, dile a la Doctora que se prepare, quiero que mañana le dé un tour a nuestra invitada, que le enseñe la mansión y lo que hacemos con las chicas nuevas —hizo una breve pausa como si recordara un detalle fundamental—, que le explique claramente por qué no sería buena idea escaparse.

La habitación cobró vida de repente, como un carrusel repleto de figuras fantásticas que arranca en medio del carnaval. La TV plasma se prendió de súbito e hizo que Irina se sobresaltara. Una brisa fría la acarició desde un costado (acababan de encender el aire). Al mismo tiempo, la ducha, el lavamanos y la pila de la bañera se estremecieron con el ruido de los chorros de agua. Yotuel dejó escapar un grito de alegría y en dos segundos estaba desnudo y metido en la tina. Ella aprovechó el momento y fue llamada hasta la ducha independiente que había en una de las esquinas. Dejó que la bata china se deslizara por sus hombros hasta caer en el piso. *¡Ha sido un largo día!*

El agua, como si fueran millones de agujas, se deslizó por su piel y limpió sus senos, su rostro, su pelvis; lavó asimismo toda la suciedad de su alma. Una nueva vida iba penetrando por sus poros límpidos.

Pero es solo una sensación agradable, porque ni toda el agua caliente del mundo podrá limpiarte. Estás sucia, te desean sucia, es eso lo que les gusta. Pues es eso lo que les tienes que dar. —Se enjabonó las manos y comenzó a frotarse la piel suavemente, a limpiarse todo lo que aquel cerdo le echó encima—. *Es solo semen, sucio como su dueño, nada más.*

Se enjuagó varias veces la boca y agarró uno de los pomos de champú. Dejo caer un largo chorro en su cabello. Quería que su pelo y su piel destilaran aromas. Todo era parte del juego, y lo sabía. *Debes lucir hermosa para que sigan su juego.* Recordó las reglas y la expresión de aquella psicópata. Mientras se frotaba el cabello, intentó estudiar más la personalidad de aquella mujer: Josefina. Era inteligente, dominante y demasiado predecible. La tal Josefina necesitaba demostrarle de alguna manera que ella tendría muchas razones para temerle, *es lo que Shangó siempre hizo...*

Ideas no le iban a faltar.

¿Qué se le podrá ocurrir para demostrarme que es ella quien tiene el mando?

Lo que fuera, supo de antemano que no le iba a gustar en lo absoluto.

Escuchó reír a Yotuel en la bañera; aquella carcajada inocente fue como una sobredosis de adrenalina pura. Justo lo que necesitaba. Fuerzas renovadas para seguir adelante y proteger a su hijo, por escuchar aquella risa haría lo que fuera. *Eres mi cachorro, por ti lo que sea, cariño. A fin de cuentas, esto solo son tetas y nalgas, pueden hacer con ellas lo que les dé la gana.*

Ese don convertido en poder, de visualizar su cuerpo como un simple trozo de carne, la había ayudado a sobrevivir tantas adversidades. Recordó los miles de instantes en que se vio reflejada en los espejos, dentro de las mansiones de coroneles y generales cubanos. Al final todo era lo mismo: soltar dentro de ella sus ganas contenidas, sus aberraciones y deseos más oscuros, a un espasmo final, a un alarido de placer que duraba apenas unos segundos.

No, realmente nunca dentro de mí.

Siempre dentro de aquella otra mujer, alguien totalmente diferente, alguien a la que nunca acababa de reconocer frente al espejo. No, esa no era ella...

Nada ha cambiado, y será esa otra mujer, ese cuerpo hermoso que los hombres desean, quien te ayudará, otra vez, a salir de este lugar.

CAPÍTULO 26

NADA QUE VER

Langley, Virginia (Cuarteles Generales de la CIA)

—Enviamos un escuadrón élite con la misión de capturarlo en una de sus mansiones; y todos, incluido yo, pensábamos que cada una de sus mansiones estaba resguardada con un ejército privado al menos, eso sin contar que él mismo opusiera resistencia al arresto. A decir verdad, esperábamos una carnicería.

—¡Pero una vez más nos equivocamos..., supongo! —Se le escaparon las palabras a Rosa.

—Cuando el comando entró finalmente, lo encontraron relajado en un sofá, saboreando un vino exclusivo y viendo una película. Encima, les recriminó a los chicos que habían tardado mucho. Aunque eso sí, primero los invitó a unos tragos, por supuesto que el comando se negó. Entonces le regaló a cada uno de ellos una botella de vino tinto valorada en tres mil dólares. El escuadrón terminó regresando a la furgoneta de extracción nada menos que haciendo chistes y evocando bromas del pasado, a fin de cuentas, todos habían participado en alguna misión con él. Sodoma fue llevado a la sala de “interrogatorios”. Una vez dentro y esposado a la mesa, pidió verme personalmente.

—No tengo nada que ver con esto... —fueron las primeras palabras que dije en cuanto estuve frente a Sodoma.

Recordaba perfectamente la conversación, y así se lo fue contando a Rosa, esta seguía cada palabra y gesto como si estuviera en estado hipnótico.

—...pero no vayas a negar que te lo buscaste. ¿En qué demonios pensabas? ¿Quién te creíste que eres? Eliminar al informante principal de la DEA en Juárez, ¿de veras no valoraste las consecuencias! ¿Acaso olvidaste que fuimos nosotros quienes te creamos? Como mismo te creamos, así de sencillo te podemos desaparecer.

El Búho chasqueó los dedos.

—Se estaba violando a una niña...

—...no iba a ser ni la primera ni la última —rugió Scott—, además, fuiste entrenado para seguir órdenes, no para crearte tu propia agenda.

—Para Ángel Cruz sí fue la última... —Sodoma dejó escapar una breve sonrisa—, con respecto a lo de seguir órdenes, tienes dos horas para sacarme de aquí.

—¡Es una broma!

—Me estoy riendo.

Jimmy pudo sentir el poder que emanaba de la mirada de Sodoma, era la confianza de quien sabe que controla todas las cartas del juego. Para Scott era una nueva sensación, algo muy peligroso ocultaba su muchacho prodigio.

—Sabes que no vas a salir de aquí a menos que...

—...dos horas Jimmy Scott, solo tienes dos horas para sacarme de aquí. Las cartas han cambiado y ustedes deciden si quieren seguir con el trato, yo no tengo nada que perder. Si me quieren pegar un tiro háganlo de una vez, pero ahórrense toda la propaganda de los chicos duros que me tienen cogido por los cojones. Porque la realidad es distinta, soy yo quien les tiene cogidas las pelotas. ¿Y sabes qué es lo peor? ¡Que son pelotas burocráticas!

—¿Qué juego estás planeando?

—Uno bien sencillo, desde ahora somos socios. Yo no les debo nada, de hecho, ustedes me deben más, pero déjalo correr. Tengo fuentes alrededor del mundo con más información de la que jamás se hayan imaginado, pero ya sabes, no puedo controlarlo todo. Así que hagamos un trato, de ahora en adelante, cada vez que me quieran utilizar, no vengan con las manos vacías. Cuando necesiten mis servicios, denme algo a cambio, algo que no pueda rechazar, ¡por si te suena la frase! Pero no traten de probar fuerzas.

—¿O si no qué?

—En dos horas lo sabrás, ¿quieres correr el riesgo?

Jimmy Scott era demasiado inteligente, sabía discernir entre un bluffing y una amenaza real, Sodoma no estaba bromeando. Él mismo no quería correr el riesgo, pero sus superiores no lo vieron de esa manera. ¡Otro error! Dos horas después se convencieron de que habían creado un monstruo.

CAPÍTULO 27

SOLO POR CONVENIENCIA

Langley, Virginia (Cuarteles Generales de la CIA)

Dos horas después estalló el escándalo.

—¿Recuerdas al gobernador Eliot Spitzer?

Por la expresión de los ojos de Rosa, el Búho supo que había dado en el clavo.

¡Por supuesto que recuerdo al gobernador!

Eliot Spitzer fue gobernador de New York y una de las personalidades en el mundo de la política más respetadas en los Estados Unidos. Hasta el 2008 su conducta era intachable, enemigo declarado de las mafias, la prostitución, la esclavitud sexual y defensor de los derechos de los homosexuales. Para la comunidad judía era la oportunidad de tener por primera vez en la historia un presidente judío. Su fama, su dinero, y las importantes conexiones que tenía en el mundo de la política no le sirvieron de nada cuando estalló el escándalo.

Fotos y videos fueron filtrados a El New York Times, que sin perder oportunidad publicó la noticia del año. Splitzer, quien hasta el momento tenía una esposa y tres hijos, una carrera política envidiada por colegas y enemigos, quedó destruido cuando se supo que mantenía relaciones sexuales con prostitutas VIP (chicas modelos especializadas en placeres sexuales que cobraban nada menos que 4,300 dólares la hora). A medida que el escándalo fue creciendo, se supo que el “gobernador” era uno de los mejores clientes del Emperors Club VIP (una de las empresas de New York especializadas en “chicas escoltas”) —*¡venga ya, prostitutas de lujo!* El célebre gobernador había pagado nada menos que unos 80,000 dólares por recibir servicios sexuales.

—Me quieres decir que Sodoma fue quien filtró toda esa información.

—No lo confirmó nunca, pero tampoco lo negó.

El mensaje de Sodoma fue más que claro, tenía videos de importantes políticos y generales participando en orgias, ya fuera en yates privados o en fiestas exclusivas. Pastores de fama internacional, manteniendo relaciones sexuales con menores de edad. Varios obispos y hasta un cardenal habían caído en su red de “chicas VIP”. Sodoma no quería chantajear al gobierno y

mucho menos enfrentarse a los políticos, esa guerra nunca la iba a ganar, todo lo contrario, quería aliarse a la CIA.

—¡Ayúdame para ayudarte! —exclamó Rosa sin poder contenerse de nuevo.

—Correcto, si necesitábamos información de alguna personalidad en el ámbito sexual, Sodoma siempre era el hombre adecuado. Digámoslo de otra manera, conocía perfectamente “las fantasías sexuales” de nuestros líderes y de varios más en el extranjero.

—Tranquilo, estoy bien familiarizada con el término.

—Pues bien, debido al escándalo causado el 12 de marzo del 2008, Eliot Splitzer anunció al mundo su renuncia —Jimmy señaló la pantalla, la imagen congelada de Sodoma parecía mirarlos como quien escucha la conversación, pero a la vez no le interesa formar parte de ella—. Nuestro muchacho probó su punto. ¡Créeme que desde ese día nadie más intentó desafiarlo!

Por supuesto que no —Rosa contuvo una sonrisa al deducir el plan magistral orquestado por el asesino—, *nadie quería que sus aventuras sexuales fueran expuestas.*

Lo irónico de todo —pensó Rosa—, es que Estados Unidos es el país que más pornografía y prostitutas consume, sin embargo, sus ciudadanos tienen una doble moral, se escandalizan por cualquier tema de índole sexual que involucre a sus líderes, como si estos fueran alguna especie de santos... y si no, que vayan a preguntarle a Clinton o a Splitzer.

Tras el caso de Splitzer, la agencia comprendió la magnitud de lo que había pasado. Pero en especial, del monstruo que ayudaron a crear. Sodoma se convirtió en un arma de doble filo, arma que todos necesitaban, y temían. Peor aún, se había independizado a un ritmo alarmante. Sus ganancias con los clubes, sus chicas VIP, y la fuerte participación que tenía en los estudios pornográficos, le aportaban lo que la CIA jamás le podría pagar. También estaban los contactos con personalidades, tanto políticos como famosos empresarios. A todos les gustaban las actrices porno, y que mejor manera de presentarse en una fiesta que con cuatro de las despampanantes estrellas de la industria, solo para demostrar a sus amigos lo que podían perderse si no lo invitaban. Y siempre conseguía invitaciones. Aquello jugaba a favor de la CIA, quienes vieron el otro lado de la moneda. Les convenía hacer tratos con Sodoma.

—Desde entonces tenemos un acuerdo que solo proporciona ventajas para todos; le damos algo a cambio para que haga el trabajo que necesitamos.

Muy bien, ya entendí.

—Y en esta ocasión, ¿qué es lo que necesitamos de él?

Jimmy dejó escapar una sonrisa de satisfacción.

—Algo simple diría yo... Que vaya a México, al Rancho Bacanales. Que rescate a una prostituta cubana que conoce todos los nombres de los generales cubanos y los señores de los cárteles que formarán muy pronto una alianza con amplias posibilidades de superar al mismísimo cártel de Sinaloa y sus aliados.

Rosa dejó escapar un suspiro. Si entendió bien las reglas del juego de Sodoma, no tenía ni la más remota idea de qué cosa podrían darle a cambio por aquel “pequeño favor”.

—Un detalle más, la prostituta se llama Irina, era una de las amantes de Shangó —Rosa recordó aquellos datos de los expedientes que había leído en los últimos días—. Intentó llegar a nuestra frontera para reclamar asilo político, ya sabes, lo de la ley pies secos pies mojados. Por desgracia, el cártel del Golfo la atrapó antes. Ahora la mantienen secuestrada en el rancho.

Rosa por fin comprendió las razones de entrevista. Los detalles y puntos de vista fueron justo para llegar a este punto.

—Si lo que necesitas es que Sodoma rescate a la cubana, ¿qué quieres entonces de mí?

—Quiero que lo reclutes, que le propongamos un trato que..., ya sabes, no pueda rechazar —Rosa dejó escapar otro suspiro junto con una sonrisa, por lo visto Scott amaba esa frase—. Tendrás bajo tu mando un equipo que estará dispuesto por las próximas catorce horas. Tu misión será simple, consígueme una propuesta. Tienes todos los archivos relacionados con los negocios de Sodoma. ¡Usa tus encantos!

Aquello podría resultarle demasiado grande, y Rosa lo sabía, no podía contar con un equipo de desconocidos que la ayudasen a encontrar una propuesta “decorosa” en tan poco tiempo, y mucho más para satisfacer a un asesino multimillonario.

—Solo quiero pedirte una cosa.

—¿Tú dirás?

—Quiero trabajar con Neo, si lo llamo y tú le pones un helicóptero, en dos horas máximo estará en mi oficina.

El Búho tuvo que contener una sonrisa, después de todo el tal Neo

trabajaría para él, y, quizás, hasta mucho más barato.
—Dalo por hecho.

CAPÍTULO 28

LA ENTRENADORA

Rancho Bacanales, México

Apenas pudo pegar un ojo durante toda la noche. Cada vez que escuchaba un ruido, disimulaba dormir. El miedo a lo desconocido, por muy irracional que fuera, no la dejaría conciliar el sueño. *No tiene sentido que te sigas preocupando por una situación que no puedes controlar —se repitió un millón de veces—, si te quisieran hacer daño no lo podrías evitar... no tiene lógica que esperen a que te duermas.*

Los razonamientos lógicos estaban bien, pero intentar convencer a su cuerpo era otra cosa. Yotuel se durmió como solo podía hacerlo un niño que aún no tiene percepción de los peligros que los rodeaban. Y habría seguido durmiendo, de no ser por aquellos tres toques a la puerta. En cada golpe Irina sintió como su corazón se estremecía. Una vez más, obligó a su cuerpo a relajarse, siempre buscándole la lógica a la situación. Si hubieran querido hacerle algo, no tocarían en la puerta.

Intentando aparentar una seguridad que no tenía, giró el picaporte.

Ante ella estaba una de las mujeres más hermosas que hubiera visto en su vida. Aunque su belleza no la sorprendió tanto como era de esperar, por lo visto en aquel sitio las mujeres eran seleccionadas con esmero, y encontrarse en su puerta a una joven tan bella, significaba otra prostituta que corría su misma suerte o tal vez era peor.

—¿Tú eres Irina, la cubana? —el acento de su voz era inconfundible, *una paisana*—. Me mandaron a servirte el desayuno.

La joven portaba una enorme bandeja llena de jugos, leche, panqués, huevos revueltos y bacón. Desprendían un aroma delicioso. Desde la cama, Yotuel reclamó su pomo de leche. Pero en esta esa ocasión, tendría que tomársela, en contra de su costumbre, en el vaso.

—¿Tú también eres cubana? —preguntó mientras tomaba la bandeja y comenzaba a repartir el desayuno. La joven afirmó, pero no dijo ni una palabra más.

Los tres desayunaron en la habitación, escuchando de fondo las voces de Cartoon Network y la risa de Yotuel. Gracias a esa risa, al menos durante unos minutos, ambas olvidaron el lugar donde estaban.

—Vine a recogerte para que lleves el niño a la guardería.

Irina no pudo creer lo que acababa de escuchar. *Tienen una guardería en este lugar.*

—¿Cómo te llamas?

—Leticia, pero me dicen Lety, o la Doctora, como prefieras.

¿Doctora? Mejor cambiar el tema por el momento.

—¿De qué parte de Cuba eras?

Lety la miró con cara de pocos amigos, abrió una gaveta del único mueble de la habitación y agarró una bata china. Era de un verde transparente, como la de la noche anterior. Ella llevaba puesta una roja, que mostraba la forma perfecta de sus generosos senos.

—Bata verde, para las nuevas.

Irina se la puso al instante, pues a juzgar por la expresión de la Doctora, comprendió que esta no quería perder un segundo. Comenzó a tener vaga idea de lo que podría pasar con ella. Le habían enviado una entrenadora, y eso significaba que estaría por varios días en la mansión.

Caminaron por uno de los tantos pasillos, seguidos por la mirada atenta del guardia que las escoltaba (el guatemalteco de la noche anterior había desaparecido). El escolta les dio unos metros de diferencia para que tuvieran cierta intimidad. Fueron directamente al ala de la mansión dedicada al cuidado de los niños. Irina no pudo creer lo que estaba viendo.

—¿Qué es este lugar?

Yotuel no escuchó la respuesta, se lanzó corriendo hacia un patio repleto de toda clase juguetes. En el centro había un pequeño parque infantil con un tobogán, una canal conectada, varias hamacas y unos aros colgados de una barra en la que tres niños se mecían. Otros chicos corrían de un lado a otro lanzándose pelotas de espuma. Irina calculó que debía de haber al menos más de una docena de niños de diferentes edades. Otro guardia y dos señoras con aspecto de indias bonachonas cuidaban del orden.

—Aquí lo van a alimentar, bañar, e incluso les darán clases.

Irina miró a Leticia y sintió ganas de abofetearla, pero de inmediato recordó que aquella mujer era tan víctima como ella. Yotuel ya estaba haciendo amigos y se había olvidado por completo de su madre. *La felicidad de los niños, siempre ajenos a la realidad.* Que su hijo riera y jugara con otros niños no la hizo sentirse ni remotamente mejor. Aquel parque era una

pesadilla, aquellos pasamanos, juguetes y canales eran los pilares que sostenían el dolor de muchas madres. Irina no necesitó que su “entrenadora” le confirmara quiénes eran las madres de aquellos niños.

Leticia le leyó la mente, aun así, se lo dijo:

—Madres latinoamericanas, al igual que tú, intentaban llegar a los Estados Unidos, la “tierra de las oportunidades”. —Leticia hizo otra de sus largas pausas (un gesto que Irina notó demasiado repetitivo, como si atravesara algún estado de shock), de repente, como si recordara la idea que no había finalizado, agregó—: La mejor manera de controlar a una madre es amenazándola con sus hijos. Créeme que no vas a querer escapar si sabes lo que podrían someter a tu bebé.

Irina comprendió que era una amenaza, a pesar de que Leticia solo era la portavoz.

—Creo que entendí el mensaje.

—Más te vale —por primera vez la cubana dejó escapar algo parecido a una sonrisa—. Soy de Camagüey, y ya te dije que me dicen Lety, o la Doctora.

—¿Por qué la Doctora?

—Porque soy doctora.

Salieron de la guardería después que le propinara una lluvia de besos a Yotuel.

Mientras caminaba hacia otro lugar de la mansión, a Irina no se le iba de la mente la nueva revelación. Su entrenadora era una doctora cubana, una bella mujer obligada por las razones que fueran a prostituirse. Quizás tuviera en ella a una aliada. O al menos eso quería creer, ya que al guatemalteco de la noche anterior lo habían sustituido por un nuevo guardia, cosa que alteró sus planes de ir creando alianzas. Usar a su nueva guía como trampolín para escapar de allí, no acababa de convencerla del todo. Había un miedo en su mirada que no podía disimular. Sin dudas, la psicópata poseía sus métodos de amenaza.

CAPÍTULO 29

THE RED ONION

Nashville, Tennessee

El auto BMW blindado se detuvo en las dos líneas que señalaban el reservado. Iba protegido por un enorme GMC repleto de escoltas. Ambos autos quedaron a pocos metros de la entrada de una tienda especializada en artículos sexuales.

Creo que esto es demasiada seguridad... ¡bueno, quizás no!

Para Rosa, semejante despliegue de protección dentro de un territorio en los Estados Unidos, era un poco exagerado, pero no negó que se sentía más relajada teniendo cerca a la caballería. Esos guardaespaldas estaban listos para entrar en acción apenas algo les parecía sospechoso. Además, ser precavido era una de las virtudes de Scott, quien hubo sobrevivido por los pelos durante una emboscada en Ciudad Juárez gracias a la rapidez de sus escoltas y al blindaje de sus autos, y a pesar de ello no pudieron evitar que murieran dos de sus mejores hombres, y todo por no llevar más guardias. Rosa no precisaba leer la mente de su jefe para comprender que jamás se perdonó semejante desliz. Scott no volvería a cometer ese error.

El Búho aprendió muy bien la lección; incluso dentro de los Estados Unidos, los tentáculos de los cárteles eran demasiado largos.

—Aún hay algo que no entiendo —se apresuró a decir Rosa antes de que se bajaran del auto.

—¿Tú dirás?

—Entiendo la importancia de rescatar a la prostituta: sabe nombres, fechas y todo lo relacionado con la alianza que se está preparando, ¿pero lo que no entiendo es ¿cómo demonios la vamos a sacar de ese prostíbulo? Según tengo entendido, es uno de los ranchos mejores protegidos por Felipe Montero. Custodiado incluso por la policía de Veracruz.

Rosa había hecho su tarea, o más bien, Neo la ayudó a encontrar las respuestas.

—Lo de enviar a un SOG de extracción tiene su lógica si estuvieran un poco más cerca de la frontera. Pero en Veracruz solo tenemos cinco casas de seguridad, dos de ellas pertenecen a la DEA en conjunto con nosotros.

Además, Montero conoce demasiados gobernadores y altos mandos en el gobierno como para hacer que cierren las calles, créeme, no podríamos avanzar mucho.

—Estoy de acuerdo contigo, ¿es por eso que hemos venido a este lugar?

Jimmy le sonrió mientras le señalaba, enarcando una ceja, en dirección a la tienda de artículos sexuales.

—*The Red Onion*, es una broma..., “¡La Cebolla Roja!”.

—La Cebolla Roja —repitió Scott en español, su pronunciación era terrible, la R perdía su fuerza de pronunciación en su ridículo acento.

—Las vaginas plásticas y consoladores no es lo mío, pero gracias. — Jimmy estalló en una carcajada que duró varios segundos. Pasado el momento de chiste, Rosa supo que ya era tiempo de trabajar—. Muy bien viejo Búho, ¿qué hacemos aquí?

—Ya te dije, necesitamos sacar a la joven de ese prostíbulo —comenzó a explicarle Jimmy, mientras lo hacía encendió un cigarrillo, uno de sus rituales de la tarde—, y el hombre indicado para ese trabajo está allá adentro.

Rosa se quedó de una pieza, pero sus reflejos innatos respondieron por ella, atenta a cada movimiento en derredor, como si esperara de un momento a otro que el famoso asesino se abalanzara sobre ellos desde un ángulo no visible, sorprendiéndolos sin remedio y llevando en alto, a punto de asestar el golpe mortal, el famoso tomahawk. Muy rápido comprendió que eso no iba a ocurrir de ninguna manera lógica, pero la impresión que le causaba Sodoma le estaba jugando una mala pasada a su psiquis.

Por mucho que lo intentó la noche anterior, la idea de que Julian (o cualquiera que fuera su verdadero nombre) trabajara para ellos, no acababa de convencerla. Aunque, ¡trabajar, trabajar! *Ese término es un poco complicado en esta profesión.*

—Pensé que visitaríamos a Sodoma en su casa.

—Esta es una de sus casas.

—¡Mierda! Este tipo está enfermo.

Rosa no tardaría mucho en confirmar esa frase.

Caminaron hacia la tienda, a una señal de Scott los guardaespaldas hicieron un perímetro, dos de ellos los siguieron de cerca, un tercero entró de primero a la tienda para despejar cualquier contratiempo.

—Si mi esposo me viera entrar a esta tienda..., no tengo ni idea de qué excusa le podría dar.

The Red Onion, como su nombre indicaba, tenía una enorme cebolla formada por tubos de neón de color verde y rojo. En las vidrieras estaban expuestos los clásicos disfraces sexuales: de enfermeras, estudiantes en sayas cortas y a cuadros, *¡todo un cliché!* criadas —*mi preferido*—, pensó con cierta picardía Rosa al recordar los juegos eróticos con su esposo. Los vestidos eran todo lo que se podía apreciar desde las vidrieras, una vez dentro, el espectáculo era totalmente distinto.

Rosa comprendió que la *sex shop* del famoso asesino de los cárteles, por el momento sería lo que menos llamaría su atención.

—Ok, ¿dónde demonios estamos?

Jimmy le sonrió mientras la tomaba de la mano. Se adentraron en el mar de erotismo que colgaba de las paredes y los techos.

La *Red Onion*, en efecto era una “tienda de objetos sexuales”, solo que desde fuera parecía otro más de los tantos locales ubicados en el downtown de Nashville. La imagen preelaborada que Rosa se había hecho fue la de un lugar dedicado a la venta de penes de goma y vaginas plásticas. Pero en el interior, toda su perspectiva cambió.

La tienda contaba con dos pisos, una escalera subterránea decorada con madera preciosa conducía al piso inferior. De las paredes colgaban colecciones de juguetes sexuales dedicados a los heteros, homos y bisexuales (algunas imágenes podían ayudar al cliente a definir su preferencia sexual, aunque la idea primigenia en ese campo era que todo valía), así como otra sección enfocada en una colección de ropas de cuero, látigos y guantes con puntas y casquillos metálicos.

—Tú, ¿de qué vas? —le preguntó Jimmy—. ¿Sádica o masoquista?

—¡Ja, ja, Ja! Viejo verde. Lo mío más bien son las orgías.

Por mucho que la analista intentó parecer ecuánime dentro de aquellas paredes, supo desde el inicio que estaba muy fuera de lugar.

Demasiadas cosas no encajan.

Y efectivamente, muchas cosas estaban “fuera de lugar”.

El ambiente amistoso del local fue lo primero que captó su atención.

En ese tipo de tiendas los clientes eran pocos, ninguno se miraba a la cara por temor a revelar sus verdaderas fantasías y siempre se movían entre estantes lo más separados posibles. De hecho, hasta a la hora de pagar preferían que el cajero estuviera vacío. En cada ocasión que las había visitado

para comprarse algún vestido sexy y sorprender a su esposo, el comportamiento humano era similar, casi una constante.

Pero en aquel local todo era diferente.

Los clientes más que individuos, parecían formar parte de algún tipo de club, muchos incluso se saludaban o pedían consejos a los expertos en equipos sexuales que se movían por entre los estantes.

—¿Necesitan ayuda?

Una joven con aspecto de vampira gótica se les acercó para ofrecerles sus servicios.

—Necesitamos hablar con el dueño del local.

—Yo soy la supervisora del segundo piso, si tienen alguna duda o pedido en especial, pueden tramitarlo conmigo.

¿Pedido en especial?

Rosa no logró entender la pregunta.

—No, gracias —le respondió Jimmy, acto seguido tomó a Rosa por el brazo como para demostrar que se sentía satisfecho—, pero necesitamos hablar con Julian Hunter.

Solo con la mención del nombre, desapareció la expresión cándida que la empleada les regalara hacía apenas un segundo.

—Pasen al primer piso.

Sin más palabras, les señaló los escalones.

Mientras bajaban las escaleras, Rosa le preguntó a Jimmy que significaba: “pedido especial”.

—Ya sabes, lo que las clases altas piden en estos lugares. Algunas chicas para llevar, o chicos. —Rosa asintió una vez más, comenzaba a hacerse una idea de qué iba el local—. Metanfetaminas, coca, marihuana... un elefante azul; tú pides, que el dueño te garantiza la calidad del producto.

—Me imagino que eso también incluya contratar a un asesino.

—Por supuesto, y si nos ponemos de suerte, a lo mejor hoy nos dan un diez por ciento de descuento.

A Rosa no le quedó muy claro si Jimmy bromeaba o hablaba en serio.

El primer piso significaba un salto a otra *clase social sexual*, por llamarlo de alguna manera.

Se trataba de una tienda totalmente independiente. También con estantes de artículos para juegos sexuales, pero estos tenían precios muy diferentes. De las paredes colgaban afiches autografiados por estrellas porno.

—*Para Julian, con cariño de Lucy Diamond* —la espectacular rubia de la foto mostraba sus senos de silicona como si se trataran de medallas olímpicas. Rosa rio con ironía, sin dudas aquellas tetas debían de proporcionarle más ganancias que los músculos a un jugador olímpico—. Kayden Kross, Silvia Saint, Bree Olson. Todas, estrellas multimillonarias. Ahora entiendo en parte a lo qué te referías con aquello de que había invertido en la industria del entretenimiento para adultos. De paso hizo muy buenas amistades.

Las fotos autografiadas continuaban a lo largo de las paredes hasta llegar al final, donde había una barra con una docena de mesas, casi todas ocupadas. Sobre la última pared colgaba una foto de Jenna Jameson, la multimillonaria estrella porno. Rosa había leído el día antes, en una edición especial de la Forbes, dedicada a las ganancias astronómicas de la industria pornográfica, el nombre de la famosa actriz. Jameson era considerada la actriz mejor pagada de todos los tiempos, sus ganancias anuales superaban los 30 millones de dólares.

—¡Que maldita profesión escogí! —murmuró para sí misma.

Prefirieron no acercarse a la barra, por lo que comenzaron a dar un breve recorrido por entre los estantes, como una clásica pareja que no acababa de decidirse ante la infinidad de opciones.

—Lo de un asesino a sueldo lo entiendo —le murmuró Rosa a Jimmy—. Pero, cuál es el punto de este sitio. Como tapadera no tiene sentido común, está demasiado expuesto, ¿y quiénes son los clientes de la barra?, porque adictos sexuales no son.

—Solo tienes que mirar a los hombres y luego a las chicas —le sugirió Jimmy—. Son unos *pimp*, proxenetas, chulos, representantes de la venta y compra de sexo, llámalos como prefieras.

Esta vez Rosa miró con más atención hacia las mesas.

La imagen que vio le resultó gastada (extremadamente cliché), como si estuvieran dentro de una película de gánsteres de bajo presupuesto. Uno o dos hombres en cada mesa, rodeados por cuatro o seis chicas. Cada una de ellas haciendo todo lo posible por estar más cerca de su jefe, y de no llegar a él, al menos le tocaban un muslo o un brazo con sus manos. Parecía surrealista por momentos, como si del proxeneta emanaran cordones umbilicales que las mantuvieran con vida. El aspecto de cada una de aquellas jóvenes no era el típico de esas prostitutas gastadas por las drogas, las malas noches, y los maltratos de cientos de clientes. No, bastaba mirar sus poderosas piernas para comprender que se trataban de modelos habitadas al gimnasio. La mayoría

con implantes, pero sin ninguna señal de maltratos físicos.

—¿Son prostitutas?

—Mejor que eso. Son “damas de compañía”, las chicas VIP de Nashville. La mayoría estudian enfermería o alguna carrera universitaria, así es como se costean los estudios. Aunque otras solo aguardan para convertirse en esposas trofeos o amantes de algún senador; en el peor de los casos, pues en estrellas porno. Sodoma es el puente, la catapulta que las puede lanzar hasta dimensiones que ninguna de ellas podría imaginarse.

—¿El puente entre qué?

—Entre continuar siendo una prostituta de dos mil dólares la noche, a convertirte en una estrella porno con un contrato de dos años con la Bang Bross o la Brazzers.

Rosa escuchó una voz a su espalda. Comprendió al instante que aquella voz pertenecía a Sodoma. Lentamente se giró para quedar frente al mítico asesino, lo que vio no fue precisamente la imagen preconcebida que se había fabricado. Una vez más, volvía a equivocarse en cuanto a las apariencias.

CAPÍTULO 30

EL PRIMER RECORRIDO

Rancho Bacanales, México

No había una forma única de describir la mansión: monumental, un castillo, gigantesca.

Es como una ciudad en miniatura: repleta de salas, pasillos y terrazas. ¡Maldita sea! Aunque tal vez el tamaño pueda ser su punto débil. Demasiadas personas trabajando en un lugar así. A medida que se adentraba más y más en los pasillos, chicas de diferentes edades y razas caminaban de un lado a otro, todas con batas chinas transparentes. Ninguna sobrepasaba los treinta, *no, en que estoy pensando, aquí las hay hasta de catorce años.*

—Josefina, la Patrona (mejor que la llames así), me envió para explicarte las reglas de la casa.

La voz de Lety parecía distante y carente de emociones, lo que llenó de dudas a Irina.

—¿Trabajas para ella?

Por primera vez Lety la miró con cierto grado de complicidad, y a pesar de no tener a nadie cerca, no quiso correr riesgos, así que bajó su tono de voz casi hasta el susurro.

—Todos trabajamos para La Llorona —Irina arqueó una ceja—, Josefina, le dicen así por las crisis que le dan. Es una psicópata que padece de Asperger, muy inteligente y agresiva a la vez.

—¿Pero..?

—Pero más te vale que nunca la contradigas.

—Tú también eres... —con la mirada le señaló la bata china.

—Soy una doctora especializada en pediatría, o lo era. Por la mañana atiendo algunos niños y adultos, casos leves. Por la noche me prostituyen —en esta ocasión Irina detectó un matiz de resentimiento en la voz de la doctora, lo que en otro tiempo hubiera despertado sus deseos de venganza, desapareció para darle paso a una mirada de resignación. Esto hizo que Irina se estremeciera de solo pensar en qué técnica usó aquella enferma para hacerle perder cualquier esperanza, sumiéndola en ese estado de resignación absoluta—. Soy una inversión con ganancias al ciento por ciento. Doctora por el día, puta por la noche.

Irina no supo qué responder, *¿qué le pasó a esta mujer? Lo que haya sido, también me lo harán a mí..., es así como me quiere ver, con esa mirada de sumisión. Pues bien, adelante.*

Llegaron a una puerta de cristal custodiada por dos guardias, desde fuera les llegaba, apagada, una música de reggaetón.

—Bienvenida al gimnasio.

Uno de los guardias le abrió la puerta.

CAPÍTULO 31

BELLEZA ARTIFICIAL

Rancho Bacanales, México

Leticia la tomó de la mano, como si fueran dos viejas amigas, y la condujo hasta el salón.

Dos filas repletas de bicicletas estáticas, máquinas con cintas de correr y elípticas estaban siendo usadas por una veintena de chicas. Un entrenador personal, usando un micrófono inalámbrico conectado a su oreja, las animaba. Él, montado en una bicicleta, les exigía que aumentaran la velocidad al ritmo de la música. Las muchachas pedaleaban empapadas en sudor; muchas vestidas con fajas y monos deportivos pegados a sus curvas como si fueran parte de su piel. Algunas agotadas por la sección paraban la bicicleta o dejaban de correr, al instante el entrenador les gritaba que volvieran a aumentar el ritmo.

¡Hijos de puta! Esto es un campo militar de belleza.

La segunda parte del gimnasio era dedicada a los aeróbicos y a la zumba. Aunque también contaba con máquinas especiales para partes muy específicas del cuerpo. En las paredes, los estantes permanecían repletos de pesas, separadas por tamaño y kilogramos. Barras fijas, paralelas y anillos eran un martirio para otro grupo de mujeres, quienes a fuerza de regaños y gritos subían y bajaban de la barra fija.

—Las están...

—... entrenando para que tengan mejor rendimiento.

... como una escuela de gladiadoras sexuales.

Una entrenadora personal, con un cuerpo tallado en músculos, no paraba de gritarle a una joven que, a juzgar por su rostro, Irina le calculó unos diecisiete años. La mujer le exigió otra tanda de abdominales dignas de una acróbata. La chiquilla comenzó a llorar y como castigo le puso una pesa de diez libras en el pecho.

—¡Aquí no se viene a llorar, se viene a entrenar! —le gritó—. ¡Ahora quiero que me hagas doce seguidas!

Bastó una mirada de la entrenadora a uno de los guardias, y fue suficiente para que la joven comenzara a retorcerse y aumentar la cuenta de la tanda.

—Cinco veces a la semana, por tres horas diarias —le explicó Lety—, nos

obligan a venir a este lugar. Es un maldito salón de torturas.

—A esa entrenadora la he visto antes en algún lugar.

—Es actriz y modelo de Univisión. De seguro la has visto en cientos de telenovelas. —Lety hizo un gesto irónico y recorrió con su mirada todo el gimnasio—. Nos entrenan los mejores, para dar el mejor servicio. No nos podemos quejar.

Irina miró con más detenimiento a aquel ejército de máquinas sexuales, pues eso es lo que eran (un ejército del cual ella ahora también formaba parte). Las jóvenes resoplaban, repetían las tandas que les exigían sus entrenadores y cubiertas de sudor se limpiaban la cara para seguir con la próxima sección. Sus músculos estaban más que torneados por tantas horas de pesas y abdominales extremos, el resultado era bellas modelos para satisfacer a un público deseoso de tetas y nalgas sin celulitis.

—Pero todas son tan... hermosas, ¡demasiado diría yo!

Lety dejó escapar una breve sonrisa y señaló hacia sus propios senos.

—A más de la mitad nos han sometido a cirugías estéticas —pasaron por entre otro grupo de jóvenes. Irina observó aquellos cuerpos estilizados, con nalgas y tetas de silicona, pero con miradas tristes y traumadas, miradas que las cirugías no pudieron moldear. Lety la llevó hasta el final de la habitación y de ahí salieron a otro pasillo que comunicaba con una gigantesca terraza—. Dos veces al mes viene un especialista en dietética: nos pesan, nos miden las caderas, los muslos, los antebrazos y, por último, nos regulan la dieta... como animales para una venta...

CAPÍTULO 32

EL CONTRATO

Nashville, Tennessee

—¡Así que tú eres Sodoma!

—Preferiría que aquí me llamaras Julian, Sodoma es para los amigos de confianza. Y, por cierto, Rosa, todavía no eres uno de ellos.

Lo primero que sintió fue una ola de pánico que estremeció su columna vertebral. Rosa intentó disimular, lo mejor que pudo, esa sensación de riesgo que subyacía tras la voz sensual y cargada de peligro que de aquel hombre emanaba hasta de sus gestos más simples. Después la idea de estar ante uno de los asesinos más buscados en los Estados Unidos no la abandonó por un buen rato... *¡que mierda estoy pensando!* No, uno de los asesinos más buscados en el mundo. El detalle de que la llamara por su nombre no le pasó inadvertido, el mensaje era más que claro.

¡Sé quién eres agente, así que no me jodas, porque puedo hacerte una visita!

Rosa hizo acopio de todos sus sentidos, trató de sobreponerse e intentó crear un perfil en tiempo récord. Por desgracia, comprendió con rapidez que estaba frente al hombre más enigmático que jamás hubiera visto... *¡y mira que me he topado con cada sujeto, dignos de novelas!* Durante los años que estuvo en el FBI, fue entrenada para llevar a cabo análisis del comportamiento humano basado en sus características físicas y sociales. Lo que tenía delante (no estaba segura de poderlo llamar un “hombre racional”) sería capaz de echar por tierra todos aquellos años de experiencia.

—No era lo que esperabas —la voz de Sodoma pareció surgir de su propia mente.

—La verdad es que no.

Jimmy lanzó una carcajada que atrapó la mirada de varios clientes.

Rosa tardó un minuto exacto en apartar sus ojos del aspecto hipnótico de Sodoma, y no precisamente porque fuera hermoso, aunque tenía su encanto. Su mente viajó tres meses atrás, cuando pidió, más bien suplicó, un fin de semana completo para pasarlo con su esposo. Los niños se fueron con sus abuelos y la

pareja por fin tuvo cuarenta y ocho horas solo para ellos. Esos dos días eran puras vacaciones, porque su apretada agenda casi nunca le dejaba tiempo para alimentar su vida marital como era debido. Pasaron todo el fin de semana viendo las tres temporadas de la serie True Blood.

Ahora, frente a Sodoma y su estatura de dos metros, sumado a su aspecto de “vikingo-italiano-musculoso”, no le quedaron dudas de que la mejor manera para describírselo a una amiga cualquiera, sería: *¡Ah, tampoco es para tanto, es simplemente una mezcla entre Eric Northman y el hombre lobo Alcide Herveaux!*

Sodoma medía 6’8, pesaba 260 libras, según el expediente. Sin embargo, a vista de ojo Rosa le calculó más. Era no menos que una mole. Iba vestido completamente de negro, cosa que no lo ayudaría a pasar omitido. Una larga y oscura melena caía sobre su gigantesca espalda dándole el aspecto de un Conan del siglo XXI. El suéter de mangas cortas que cubría sus enormes hombros, parecía a punto de deshilarse bajo la presión de sus músculos pectorales. A primera vista se podía llegar a una conclusión muy simple: nada, absolutamente nada irradiaba pasividad en aquel cuerpo.

Sodoma le sonrió a Scott, como viejos amigos que llevaran una larga temporada sin verse. El abrazo entre los dos hombres no evitó que Rosa se sobrecogiera al imaginar en dónde tendría escondida su pistola, o en el peor de los casos, su hacha. Si el aspecto y la estatura desproporcional no eran suficientes para intimidar, lo haría su rostro. El asesino llevaba definido con un marcador azul, las líneas de agua de los ojos, dándole la apariencia de un dios egipcio.

—¿A qué debo el placer de esta visita? —dijo mientras se masajeara los largos dedos con la crema que extrajo de un pomo microscópico.

Un asesino que se da masajes en las manos con crema de bebés... ¡Ahora si lo he visto todo!

Rosa también apreció el cuidado excesivo de sus uñas, cubiertas por una capa de barniz.

—Vinimos a visitar a un viejo amigo, y de paso proponerte un contrato —dijo Jimmy como quien pide una orden en un McDonald’s—, se trata de una extracción en México.

El gigante miró detenidamente a Scott como si estuviera valorando la propuesta, al final decidió que se trataba de una broma.

—¡Esa es nueva! —una sonrisa perfecta afloró en su boca—. ¿Una

extracción? Buena, muy buena... ¡Pensé que tenían coyotes para ese tipo de cosas!

Jimmy también le devolvió la sonrisa. Fueron negociando entre risas y chacotas. Por momentos dejaron a Rosa fuera de lugar, como si hablaran un idioma convenido. Sodoma dejó escapar un largo suspiro de resignación, el gigante permanecía totalmente ajeno a los pensamientos de la agente.

—Setenta y cinco ahora y el resto después, como siempre, pero sabes bien que no me dedico a extracciones. Ah, lo olvidaba, también necesito un rifle nuevo de francotirador. Algo sencillo, que quizás les sobre, un Barrett M107 o algo así.

—Esta extracción sí que la vas a hacer —la seriedad en el tono de Scott puso en guardia a Rosa.

Déjate de putas y ponte a trabajar.

Mientras ellos renegociaban y ponían a prueba su “macho-bravo”, ella tecleó en su tableta los datos que había preparado la noche anterior.

—Doscientos cincuenta mil ahora y el resto después, incluyendo el rifle —Sodoma lanzó un chiflido—. ¡Eso es demasiado por una puta! Aun así, no vale la pena.

—Lo vale por esta.

La conversación llegó a punto muerto, era el momento idóneo para que Rosa jugara sus cartas. De momento ella solo se aventuró a probar algunas de sus teorías.

—Pero se supone que eres uno de los mejores ejecutores...

—El mejor.

—No sabía que era como para sentir orgullo.

—Sí eres el mejor en algo, no importa el oficio.

—Ok, ¿entonces ¿por qué no aceptas el contrato?

—Sí que las entrenan bien en estos días —le dijo Sodoma a Scott, y por primera vez miró fijamente a Rosa, luego les dio la espalda y fue hasta uno de los estantes, la pareja de agentes lo siguió—. Cariño, mi oficio es simple, por eso he sobrevivido tanto en esta línea de trabajo. Él me trae unas fotos y los datos del *target*, el *blanco*, el *objetivo* —dijo en un perfecto español, no tenía ni una sola palabra pronunciada con acento—, me paga un adelanto, yo voy, lo elimino y luego me paga el resto. Todos contentos, así de simple... ¿entiendes?

—Entiendo.

—Una extracción no es simple, pues tengo que penetrar en el lugar y mi

apariciencia, como habrás notado, no pasa muy inadvertida... ¿en este caso, el lugar sería...?

—El Rancho Bacanales, ¿lo conoces?

Rosa solo le estaba dando la información necesaria para atrapar su curiosidad, y tanto Sodoma como Scott, comprendieron el juego de la mujer, pero ninguno se dio por aludido.

—Claro que lo conozco, lo he visitado en ocasiones, pero no desde que la hija de Montero se hizo cargo del local. Escuché que tienen los mejores shows sexuales de todo Veracruz.

—El *blanco* en este caso se llama Irina —sin hacer una pausa le mostró varias fotos de la joven, que traía en su tableta digital—, tiene un hijo, Yotuel. Debes sacar a los dos, de lo contrario, después la mujer se negaría a darnos información.

—¿Quién me dijiste que era esta joven? —esta vez Rosa prefirió mirar a su jefe antes de responder. Sodoma tomó una bolsa de compras y comenzó a llenarla de artículos sexuales, mientras lo hacía, no apartó los ojos de la tableta—. Sí que es guapa, tiene un futuro garantizado como estrella porno.

—Irina ha sido amante de varios generales y altos funcionarios del gobierno cubano. También era la encargada de la contabilidad de Shangó, un traficante de armas, cubano también. —Scott prefirió darle de antemano todos los detalles necesarios, Sodoma los averiguaría de todas formas, mejor ahorrarle tiempo—. A esta chica piensan regresarla a Cuba en los próximos días si no hacemos nada por evitarlo.

Rosa le mostró varias fotos más y le dio toda la información que Sodoma le iba solicitando. Para el asesino quedó claro que la joven era una fuente inagotable de información, alguien capaz de colmar cientos de archivos. Hoy en día, la información es más valiosa que las bombas atómicas, y para un viejo búho como Scott, aquella joven era el equivalente a todo un arsenal. Sodoma conocía demasiado bien a Scott como para no relacionar las cosas, seguro que la prostituta poseía una información vital sobre ellos, y si la inteligencia cubana lograba obtener esos datos, provocaría un efecto dominó sobre los servicios de inteligencia sembrados por Scott en la isla. Ese era el verdadero motivo para enviar a su mejor hombre a una misión de tamaño magnitud.

Por su parte, Rosa se cansó de tantos rodeos y juegos de preguntas, decidió pasar a la acción, supo que ya era hora de tomar el control de la conversación.

Bien Scott, ya jugaste tus cartas, ahora me toca a mí. Después de todo,

aquello no era más que otra de las ridículas pruebas de su jefe: ella debía cerrar el trato con su mejor asesino. Mientras su mente se preparaba para lidiar con la situación, Sodoma fue al estante de los consoladores y tomó uno con la cabeza de un pene por cada extremo, lo observó durante unos segundos. Rosa no quiso ni imaginar qué pasaría por su mente. Satisfecho por la elección, Sodoma guardó el artefacto en la bolsa.

—El Rancho Bacanales es intocable —comenzó a explicarle Sodoma; su tono seductor había desaparecido para ceder paso al de asesino profesional—. No puedo entrar así de simple y sacar a una de las putas, porque en cualquiera de los pasillos podría toparme con un gobernador del estado de México, o con algún político americano.

La ironía de la situación no le pasó por alto a Rosa. *¿Cómo competir contra la corrupción si los más corruptos son los más poderosos?*

—Otro pequeño factor es la seguridad del local, la finca esta mejor protegida que la Casa Blanca.

—Ok, ya lo entendí, no es dinero lo que quieres ¿Qué necesitas?

Sodoma intercambió una breve mirada con Scott, esperando que este mandara a callar a su asistente, y al no hacerlo, comprendió que Rosa sí estaba en condiciones de negociar a lo grande. Aun así, prefirió darle una visión más realista de lo que ellos se proponían.

—La única manera de sacar a esa joven será a *puro plomo* —Rosa se sorprendió por el término mexicano y por la manera en que Sodoma acababa de llamar a Irina, ya no era la puta, o prostituta, había pasado a ser la “joven”, significaba que estaba valorando el trabajo, ahora todo dependía de su propuesta—. Bacanales pertenece al cártel del Golfo. Como has de saber ya, hace menos de una semana los Zetas emboscaron a Montero. Con esto te digo que la seguridad se reforzó en todos los negocios que involucren al cártel del Golfo.

Rosa tuvo que admitir sus argumentos. No tenía ni la más remota idea de cómo Sodoma podría rescatar a la mujer y a su hijo: fácil no se la iban a poner. Prefirió mantenerse callada por el momento.

—Los Zetas atacaron a Montero en la calle, eso en sí no es un acto de guerra entre cárteles, simplemente es una oportunidad que ninguno puede desperdiciar. Ya sabes, eliminar a una de las cabezas grandes, “los pejes gordos”. —Sodoma hizo comillas con sus dedos—. Otra cosa muy diferente es atacar abiertamente a uno de sus locales.

—¿Y tú punto es...?

—Que, si entro a ese burdel y saco a Irina, y de paso dejo algunos muertos en el camino, los del Golfo van a creer que estaba actuando bajo las órdenes de los Zetas. —Esta vez Sodoma miró fijamente a Scott—. El cártel del Golfo no va a quedarse de manos cruzadas, van a contraatacar, ¿están dispuestos a encender la primera chispa que genere una gigantesca explosión? El resultado será una guerra entre cárteles, y causada por la CIA. No es que sea la primera vez, pero atacar a uno de sus inmuebles, por más insignificante que sea, es como atacar todo el territorio, y ese no es el caso, porque el Rancho está bajo las órdenes de la misma hija de Montero.

—¿Te preocupan los daños colaterales? —le preguntó Rosa con cierta ironía.

—A mí no, pero a este gobierno sí. —Sodoma sonrió ante la expresión de Scott, quien sin dudas ya había valorado la situación, como siempre, adelantándose a los acontecimientos como todo un experto en Tetris. Jimmy Scott podía ver la figura que entraría a continuación en la pantalla, cambiarla de ángulo de manera que encajara perfectamente con el resto de las demás y enfocarse a toda prisa en la próxima jugada—. ¡A menos que ya tengas un plan B! Pero de nuevo regresamos al principio, ¿por qué tendría que hacer este trabajo?

Si Scott no puso ningún “pero”, significaba que podía usar todas las cartas que tenía en su mano. Leyó una vez más los detalles fundamentales de la propuesta que Neo le ayudó a preparar, basada principalmente en los negocios de Sodoma.

—Podemos llamar a los muchachos de la DEA para que hagan una redada y cierren los clubes de strippers Last Night y Cat Girls. —Tanto Scott como Sodoma miraron sorprendidos a Rosa. Esta continuó imperturbable la exposición de su plan—. También sabemos que ambos clubs venden pornografía infantil y tienen esclavas sexuales escondidas en sus sótanos.

Sodoma se llevó la mano a la barbilla, primer signo de avaricia que Rosa detectaba en el gigante.

—¿Por qué me convendría? No tengo...

—¡Déjate de *mamadas*! —el acento mexicano de Rosa hizo que Sodoma la mirara diferente, sobre todo por lo agresivo de su expresión—. Julian Hunter, que no estén a tu nombre no significa que no sepamos que controlas los clubes privados más famosos y caros de *lap dance*. Tus clubes de Nashville,

Knoxville, Memphis y Chattanooga están teniendo pérdidas por culpa de “esa” competencia.

—La competencia conlleva al desarrollo, cariño.

—Claro, ve y explícaselo a los comunistas. ¡Ya déjate de pendejadas! ¿Quieres hacer negocios?

Recuerda que no solo es asesino, también es rico. Controla un monopolio y necesita mantener sus fronteras despejadas.

—Cerrar esos clubes eliminaría tu competencia —murmuró Rosa—, eso sin mencionar que muchas bailarinas quedarían sin trabajo...

—Y serán bienvenidas en mis clubes —sentenció Sodoma para completar la frase.

—También comprendes que quienes visitan esos clubes son hombres muy poderosos —por fin Rosa guió la conversación hacia el terreno que deseaba pisar—, montar una operación de esta magnitud costará mucho dinero, sin embargo, vas a recibir tu pago por el trabajo, más el cierre de la competencia.

—Solo un pequeño detalle que quizás se te haya pasado. Mis “clubes” son filtros —comenzó a explicarle Sodoma, aunque su mirada iba dirigida a Scott—, entre muchas cosas, ayudan a controlar el tráfico sexual de las mafias rusas y ucranianas. Mis bailarinas son prostitutas, y muchas están bajo la nómina de los mafiosos europeos. Desde esos negocios controlan a muchas chicas destinadas a la pornografía ilegal, a prostituirse con senadores, gobernadores, altos políticos y varios millonarios de poca monta. Yo ayudo a la mayoría de ellas a escapar de esos círculos. Pero los clubes que mencionas son diferentes.

La revelación no sorprendió tanto a Rosa como el tono cómplice con que Sodoma lo decía.

—Cerrar los clubes que dices es cortar una entrada gigantesca de dinero a algunos “políticos”. Son enemigos muy... mmm, ¿fuertes? no, más bien digamos que son hombres que viven en una clase muy alta en la esfera del poder. Por mí está bien, haré el trabajo, a mi regreso quiero esos clubes cerrados. Pero sabes que habrá muchas consecuencias. Tanto necesitan a... Irina, ¿correcto?

Rosa comprendió que había muchas más cosas acerca de Sodoma que aún permanecían detrás del telón; supuso que Scott le contaría más adelante, de momento, acababan de cerrar el negocio. Esperó que no tuviera que lamentarlo.

—Tienes que salir hoy para México, puedo conseguirte un vuelo directo a través de la agencia —era una simple formalidad, Scott sabía que Sodoma

nunca acataba ordenes, quizás por eso es que todavía seguía con vida. La mirada del asesino se lo dijo todo. Por su parte, Rosa comprendió que Sodoma no confiaba en la agencia, prefería hacer las cosas a su manera. Antes de retirarse, Sodoma los retuvo.

—Como oferta especial de la casa —le entregó a cada uno una bolsa, sin más despedidas les dio la espalda y se dirigió hacia la barra—, paguen a la salida, y no se preocupen, el dinero será donado a un hospital de ancianos.

Una vez en el auto, Rosa no pudo contenerse y abrió su bolsa.

—Pero ¿qué...? —sobre sus muslos calló un largo consolador coronado por la cabeza de un pene en cada extremo. Rosa leyó las indicaciones: —*Preferiblemente usarlo entre lesbianas*. Ese hijo de puta me vio cara de qué.

Jimmy no pudo contener la carcajada, pero también él tenía una bolsa.

—Se cree gracioso —aclaró Rosa al tomar la bolsa de su jefe—. Y a ti ¿qué te tocó?

Sobre sus piernas cayó otro consolador. Pero este era de proporciones gigantescas. Se trataba de un pene de goma negro... *The Black Fury*.

Esta vez fue Rosa la que no pudo contener la risa.

—El favorito de los *gay*...

—¡Sí! —Exclamó Scott—. Ese cabrón realmente conoce mis fantasías.

Rosa le sonrió a su jefe, la bromita estuvo buena, pero no apartó el consolador de dos puntas.

CAPÍTULO 33

¿QUÉ ES ESTE LUGAR?

Rancho Bacanales, México

Pasaron junto a una fuente repleta de ángeles que orinaban agua. La imagen la hizo sonreír por un instante, pues las figuras parecían competir a quien lanzaba el chorro más lejos, *es la fuente perfecta para este lugar, todos queriendo conquistar el mundo con sus penes.*

Lety había cambiado mucho desde aquella primera vez que se vieron, ahora se mostraba más conversadora, e Irina intuyó que ese cambio de actitud le brindaba una nueva oportunidad. Creía que la doctora formaba parte de la mansión (bueno, de hecho, así era). Los celos de Leticia hacia ella solo estaban fundados por la precaución (como era lógico); la doctora le temía, cosa que Irina asumió como una reacción muy natural. *Ha de haber pensado que la estaban poniendo a prueba, ahora sabe que estoy en el mismo bote que ella, ambas nos podemos ahogar en cualquier instante y nadie nos va a socorrer.*

Con ese nuevo giro en la personalidad de la doctora, Irina supo que era el momento idóneo para conocer el verdadero rostro de la mansión.

—Lety, ¿qué se supone que sea este lugar?

Leticia la miró extrañada, y supo que Irina quería saber cosas de las cuales, *se suponía*, no debían hablar. Tras una larga pausa, le respondió con una evasiva.

—Un rancho, una finca, una mansión. Aunque los clientes prefieren llamarlo Rancho Bacanales, otros simplemente le dicen el “prostíbulo de las putas caras”.

—Ya sé que es un prostíbulo —Irina insistió, no iba a dejar escapar aquella oportunidad—, me refiero al dueño, o la dueña. ¿Quiénes controlan este lugar?

Irina sintió la mala vibra en el aire, Lety comenzaba a sentirse incómoda, aun así, asintió con la cabeza, pues comprendió que Irina necesitaba aclarar esas preguntas tanto como ella misma sacarse del pecho algunas de las respuestas.

—El Rancho Bacanales pertenece a Felipe Montero, el padre de Josefina, La Llorona. —Terminaron de subir una escalera que daba a un segundo piso coronado por una gigantesca terraza. Sin dejar de caminar, la doctora le señaló

el final del pasillo, donde Josefina tenía su departamento, en donde la desnudaron el día anterior. Sí, recordaba perfectamente ese pasillo—. Felipe es...

—El Señor del Dinero, Felipe Montero, el Patrón de Veracruz.

—¿Lo conoces? —preguntó sorprendida la doctora.

—En dos ocasiones visitó Cuba para cerrar unos contratos con unos generales. —Irina lo recordaba perfectamente, el hombre es una máquina de hacer dinero, solo hablaba de porcentos, de descuentos, de inversiones y ganancias—. Solo pude conversar con él de temas triviales, pero seguramente se acuerda de mí.

Tiene que acordarse, en aquella fiesta no me quitó los ojos de encima. De no haber ido acompañada por un general habría terminado en su cama..., lo que no quiere decir que esta vez, de tener esa oportunidad de nuevo, vaya a desaprovechar la ocasión.

—Entonces, ¿todo esto pertenece a Montero?

Lety negó con la cabeza, lanzó un suspiro y le confesó entre dientes.

—El rancho pertenece a Felipe, pero lo administra Josefina, aunque es mucho más complicado de lo que crees.

—No lo creo, pero inténtalo.

El Rancho Bacanales, como su nombre indicaba, es un lugar destinado a los placeres. Sus prostitutas están valoradas en diferentes precios, estilos y nacionalidades. Las más baratas cuestan tres mil dólares la noche, aunque las hay de ocho mil. Como Leticia le explicó, el lugar es más complejo de lo que aparentaba ser. Al rancho lo controlan el gobierno y los cárteles, es una zona neutral en el cual todos se pueden reunir y arreglar contratos, celebrar alianzas y tratados de paz, o la repartición de Plazas y Pisos. El lugar constituye una fortaleza impenetrable, custodiada las veinticuatro horas por más de cien guardias armados como para una guerra. Cuentan con tecnología de punta, cámaras infrarrojas y sensores de movimiento en todas las esquinas. No esperan un ataque directo de la policía (ellos controlan todo el departamento de policías de Veracruz), en todo caso, los únicos que podrían acercarse al lugar sería la FES, los comandos de la marina mexicana, los únicos que los cárteles no han podido corromper. Pero hasta ellos saben dónde atacar, y aquella zona está fuera del alcance incluso de los Pinos, ya que, en caso de que intenten hacer una redada, podrían encontrarse a altos miembros del gobierno gozando en sus habitaciones. Eso no le conviene a nadie, podría

generar un escándalo que comprometería demasiado hasta la política del país. Por tanto, el Rancho es intocable.

—La mansión suma más de siete salas —Lety le señaló con la mano algunas que se veían desde la terraza—, sala de juegos, sala de masajes, aquella de allí es la sala de yacuis y baños de vapor. Y esta, la del frente, es la de los shows sexuales.

—¿Shows sexuales?

—Ojalá que nunca tengas que pasar por esa experiencia —en la frente de Lety aparecieron las arrugas de un mal recuerdo—, tenemos que practicar sexo delante de todos, a veces con mujeres, con hombres, con varios a la vez. Pero lo peor que te podría ocurrir es que te toque la “Crystal Room”.

—La “habitación de cristal” —tradujo Irina.

—Un cuarto lleno de espejos donde te vez reflejada desde todos los ángulos, pero tras los cristales, hay una multitud que observa todo lo que te hacen. Ellos se pasean, toma sus tragos, hacen chistes y cierran negocios mientras a ti te rompen el culo dentro de esas paredes.

A juzgar por la ira cargada en sus palabras, Irina comprendió que Leticia tuvo que haber participado en uno o varios de esos shows. Es un acto degradante en donde tienes que gritar de placer y fingir, en todo momento, que la estás pasando genial, mientras todos se excitaban a tu alrededor entre risas y bromas... *no suena muy agradable*.

—Aquí todas estamos medio traumadas; eso es un hecho, pero quien entra a la Crystal Room, jamás vuelve a ser la misma.

CAPÍTULO 34

LOS INTOCABLES

Rancho Bacanales, México

—Es una zona neutral, ya te lo dije —insistió Lety sin comprender la insistencia de Irina por conocer todo con lujo de detalles—, te puedes encontrar al portavoz oficial de los Pinos junto a un señor de la droga en cualquiera de estos pasillos como si nada.

Los Pinos, el equivalente mexicano a la Casa Blanca. Si la corrupción de aquel lugar está a esos niveles, le sería imposible buscarse un aliado que la ayudara a escapar, simplemente porque todos eran enemigos. A nadie le conviene que ella hable más de lo necesario. Pero, además, ¿a quién le va contar?

—En una ocasión me tocó trabajar de camarera —dijo Lety de repente, como si recordara un detalle importante que por alguna razón se le pasó por alto—, fui a una mesa con una botella de vino especial, una cosecha de los ‘90 (la botella costaba siete mil dólares), por eso lo recuerdo. Yo era nueva y aún me llamaban la atención aquellos precios exorbitantes. Fue un regalo de un traficante de blancas a un defensor de los derechos de la mujer, quien, por cierto, ahora que lo recuerdo, me dijo que trataba de hacer todo lo que estaba a su alcance para que bellezas como nosotras no pasáramos penurias en nuestras vidas. ¿Qué cojones pensaría él que estábamos haciendo aquí?

Por primera vez en la charla, ambas compartieron una risa cómplice.

—Todos forman parte del crimen organizado, comenzó a explicarle Lety—. Bacanales es el lugar perfecto para reunirse y planear cómo comportarse ante el resto de la sociedad y el mundo, les importa mucho su imagen pública. Sobre todo, los derramamientos de sangre, no es que les duelan en lo personal los daños colaterales, pero sí los daños a sus economías. Por eso la importancia de cuidar este lugar.

—Aquí es donde se llega a un acuerdo sobre el por ciento que deben de pagar por los Pisos y las Plazas...

—¿Pagar el Piso? —aquellos términos eran nuevos para Irina.

—Yo no soy una experta en economía ni entiendo cómo funcionan sus estructuras, es solo lo que he escuchado.

—Bueno, ¿y qué has escuchado? ¿Qué son los Pisos?

—Los cárteles se dividen los territorios por Plazas, por ejemplo —trató de explicarle Lety, quién por lo visto, al igual que ella, nunca había salido del rancho, así que los datos que sabía eran basados en lo que escuchaba decir a los narcotraficantes y sus abogados—, el cártel de Sinaloa, dirigido por el Chapo, es el más poderoso. Contralan más de cincuenta ciudades, de ellas las más importantes son Juárez, Chihuahua, Quintana Roo y Durango... ¿se me olvidaba! Tijuana y Baja California les ha costado muchos sacrificios, pero también las controlan.

Lo más irónico de todo es que los líderes de estos cárteles muchas veces ni siquiera ven la droga. El verdadero negocio radica en cobrar un interés por quienes usen sus Plazas, ese interés se llama Piso. Solamente por Ciudad Juárez y el Golfo, entra más del setenta por ciento de la cocaína y las metanfetaminas que se distribuyen en los Estados Unidos. Ese setenta por ciento es un equivalente a veintiún mil millones de dólares, de los cuales, el cártel de Sinaloa cobra su Piso (o por ciento), y este equivale a mil millones de dólares... anuales.

Irina sintió la presión de las cifras, aquello representaba una corrupción a niveles tan inimaginables que lo ilegal, simplemente por la fuerza del dinero, se convertía en legal. Leticia, una doctora con una mente privilegiada al igual que ella, llevaba años acumulando aquella información sin tener a quien contársela. Irina acababa de convertirse en una especie de “confidente temporal”, con la que podría hablar de todo lo que sabía sin temor a recibir un castigo por ello.

—¿Tienes idea de cuánto dinero estamos hablando? —preguntó, aunque no estaba muy segura de querer escuchar la respuesta.

—Por supuesto, he oído las cifras miles de veces. —Pero Irina no, y aunque no quisiera, necesitaba saberlo—. Para que tengas una idea, las ganancias del cártel de Sinaloa superan cada año los mil millones de dólares, y según escuché, es más o menos lo mismo que gana Facebook.

—¿Cómo es que sabes toda esa información?

—Aquí nos enseñan a mostrar las tetas y abrir las piernas —Lety miró a uno de los guardias que custodiaba la entrada de una puerta. Ambas fueron hacia él— ¿Sabes?, cuando una se la está chupando a un abogado que le lleva los libros de contabilidad a los cárteles, pues escucha cosas que ni te imaginas. No todas somos una máquina entrenada para brindar placer, algunas tenemos cerebro.

Las palabras y los datos ya estaban de más, la idea le había quedado clara. Comparado con los negocios que ella conocía, en relación a México, Cuba era el equivalente a una humilde casa de hospedaje que intentaba competir contra las cadenas hoteleras de Varadero.

Leticia colocó una mano en su cadera, con un gesto tan sensual como provocador. Era el resultado del adiestramiento a una prostituta profesional. La doctora estaba tan entrenada como ella, quizás mucho más. Movi6 su melena de un lado a otro y mir6 provocadora al guardia.

—Este es Armando, pero todos le dicen Mando —el guardia les hizo una reverencia con la cabeza y su rostro se cubrió con la sonrisa típica de quien está acostumbrado a los juegos de mujeres hermosas, pero que sabe inalcanzables—. Aunque de “mando” no tiene nada, no puede ni mandar a su propia mujer. Esta es Irina, la nueva, saludos, besitos, abrazos, ya... ¡ahora dame un cigarro!

El guardia negó con la cabeza, pero rebuscó de todas formas entre sus bolsillos. La confianza desplegada por la doctora, le confirmó a Irina el largo tiempo que de seguro llevaba en aquel lugar. Como cualquier mujer que se dedique a la prostitución, una va creando técnicas de supervivencia, una de ellas es tutear a los chulos y guardias, hacerlos creer que son especiales y amigos.

—Doctora, usted no ha oído que fumar daña la salud.

—¡Por Dios, Mando! Solo me fumo cinco cigarros al día.

—Por ahí se empieza —sacó una cajetilla y le ofreció un cigarrillo mentolado—, recuerde que todo en exceso hace daño.

Lety lanzó una carcajada tan sobreactuada que hizo que otro de los guardias se volteara a ver lo que estaba pasando.

—Mando, ¿tienes idea de cuántas mamadas tengo que dar en una noche?

Esta vez el guardia sonrió algo incómodo.

—Siempre pudiera ser peor...

—Sí, cuando me cogen el culo cuatro veces a la semana.

Esta vez Mando se desternilló de la risa, al punto que se le salieron las lágrimas. Lety no pudo contenerse y también comenzó a reírse de su propio chiste; al mirar a Irina, esta también se unió al chiste con una tímida sonrisa y un gusto amargo en la boca. El guardia le ofreció fuego y Lety le dio una larga calada al cigarrillo.

Por fin Mando pudo hablar:

—Esa sí que está buena —dijo dando por perdida la breve discusión.

—¿Qué tal sigue tu hijo de las alergias?

—Era justo lo que usted dijo, doctora —el cambio fue radical. Irina comprendió que el guardia necesitaba prestar atención a esta parte de la conversación—, es alérgico a la leche. Pero con los medicamentos que le recetó ya está mucho mejor.

—Mando, ¡cojones, presta atención! —asombrosamente, el guardia asintió con la cabeza, manso como un cachorro. Irina supo al instante que el tal Mando no debía de superar el tercer grado. Esto no lo convertía en alguien bruto e incapaz por naturaleza. A juzgar por la anchura de sus hombros y la facilidad con que agarraba su metralleta, era un soldado profesional, un dato muy importante a tener en cuenta—. Tu hijo no es alérgico solamente a la leche, es alérgico a los lácteos. Leche, queso, yogurt, mantequilla, todos los productos derivados de la leche, sobre todo el helado, ¡no más helado! ¿Ok?

—Ok, lo que usted diga, para eso es la doctora.

Lety le guiñó un ojo y se despidieron con una sonrisa. Ambas volvieron a reanudar el recorrido, esta vez hacia la piscina.

CAPÍTULO 35

¿QUIÉNES SON LAS NATASHAS?

Rancho Bacanales, México

Desde el balcón el espectáculo era alucinante. Llegaron a una de las tantas terrazas que tenía la mansión, solo que esta era diferente. Contaba con una vista preciosa hacia una gigantesca piscina con bar en el centro, yacuis a los lados y varias canastas de baloncesto acuático. Los lujos no eran nada comparados con las mujeres que se paseaban a su alrededor. Más de una docena, todas desnudas o con microscópicos bikinis. De momento solo estaban los guardias, por lo visto, aún aguardaban por los clientes.

Las prostitutas somos trabajadoras nocturnas, a menos que nos inviten a una fiesta —pensó Irina—, aunque este lugar tiene pinta de celebrar varias a la semana y durante el día.

—¿Por qué tanto silencio? —quiso saber Irina al ver como las mujeres, sentadas o acostadas en sus sillas junto a la piscina, disfrutaban de sus tragos. Algunas leían revistas o libros, otras simplemente aparentaban dormir.

—El rancho por la noche es un caos, la música en las salas de juegos es enloquecedora, lo menos que queremos en las mañanas es continuar escuchando rancheras o disco.

Buen punto.

Entre todas aquellas mujeres, cinco jóvenes llamaron su atención al instante.

—¿Quiénes son esas chicas? —señaló con el dedo al grupo.

Lety las miró y tuvo que dejar escapar una de sus cínicas sonrisas.

—Son bellas, ¿verdad?

Sí, lo son...

Cuatro rubias y una trigueña. Ninguna debía de medir menos de uno ochenta, con piernas torneadas y nalgas firmes, sus cuerpos eran la prueba contable de una fuerte rutina de ejercicios. Pero sus caras y senos eran sacados de revistas de moda. Aquellas mujeres parecían ángeles tallados en marfil. Bellas y jóvenes, ninguna pasaba de los veinte.

—Son Natashas —le aclaró Lety.

Natashas... el nombre le trajo un mal recuerdo.

Las mujeres llamadas Natashas eran prostitutas europeas, específicamente

de las antiguas colonias soviéticas. Natashas era el equivalente a Jineteras en Cuba.

—Pero, ¿cómo llegaron aquí?

En vez de responderle, Lety le señaló a la trigueña.

—Son buenas chicas, muy inteligentes. Cada una de ellas habla al menos cinco idiomas. Esa de allí se llama Anastasia —Irina observó a la hermosa trigueña, estaba desnuda tomando el sol de espaldas, con la clara intención de ponerle un bronceado a su piel, aunque no lo necesitaba, su piel era fresca y joven—, son muy calladas. Ellas han pasado por un infierno mucho peor que el nuestro.

Irina las miró otra vez, pero en esta ocasión, poniendo en práctica toda la experiencia que había adquirido en leer a las personas. *Sí, estas chiquillas han visto mucha crueldad en sus pocos años. Son jóvenes con almas viejas.* A solo varios metros de distancia, Irina las observaba perfectamente, al igual que las cicatrices de quemaduras de cigarros en la planta de sus pies.

—Esa es Nina, originaria de Moldova —una rubia de ojos verdes, rasgos sensuales y una sonrisa perfecta las saludó con la mano—, la secuestró la policía de su propio país cuando tenía catorce años. Se la vendieron a unos traficantes de Serbia.

Irina saludó a la chica.

—Aquella es Katia, y la otra Oksana —Irina volvió a repetir el saludo—, a Katia unos amigos la ayudaron a conseguir un trabajo de mesera en Alemania, ella era de Ucrania y la situación económica de su familia era pésima, por lo que decidió que era una oportunidad única. Pero al llegar a Alemania...

—...no había tal trabajo.

—No, de hecho, en Alemania la prostitución es legal, así que sus “amigos” la vendieron a un burdel.

Irina no supo qué decir.

—Oksana es de Polonia, y la otra... ¿cómo se llama? Siempre se me olvida el nombre —Lety miró a la chica y le apuntó con el dedo, la joven le respondió con una sonrisa—, sé que es de Uzbequistán.

—Svetla —le murmuró la chica.

—Svetla, ¡nombre más enredado! —Lety le tiró un beso y la chica le respondió con un guiño de ojo—. A las dos se las vendieron a los serbios. Espero que nunca tengas oportunidad de escuchar sus historias.

Eran bellas, originarias de países que pertenecieron a la Unión Soviética, países que ahora vendían a sus mujeres. ¿Acaso Cuba no hacía lo mismo? ¿Era

ese el legado de los comunistas? Irina prefirió no seguir pensando en ello.

—Pero hay algo que no entiendo, si son prostitutas europeas, ¿qué hacen aquí?

—Bueno, esas en específico vinieron por intercambio —Irina arqueó una ceja, pero no lanzó la pregunta—, cada semana llegan nuevos cargamentos. Josefina las compra en las subastas online. Pero estas cinco las intercambié por diez latinas. ¡Sí, no me lo digas!

Irina realmente no iba a decir nada.

—Las latinas estamos desvaloradas en comparación con las europeas, dos por una. ¡Que se le va a hacer! Las mujeres latinas son más baratas. Por lo general La Llorona compra unas diez Natashas al mes.

—¿Cuánto cuesta una Natasha?

Lety se llevó los dedos a la barbilla mientras recordaba algunos números.

—Por tres mil dólares las consigues rápido en Serbia, Italia, Alemania, Francia o España —*ok, esto es demasiada información para asimilar*—, pero si las quieres hermosas y entrenadas como estas, pues te pueden salir hasta en diez mil dólares. Aunque la inversión siempre es segura, el dinero lo recuperas en menos de dos semanas. ...

—¿Tantas mujeres hay en Europa?

—Uno de los contadores del cártel del Golfo, Raúl se llama, un abogado hijo de puta que le encanta que se la mamen entre dos chicas —Lety hizo una breve pausa solo para asegurarse de que nadie más escuchaba—, en una ocasión, después que se la terminé, fui a prepararle un trago, y el tal Raúl se quedó hablando con uno de sus socios franceses. Una a veces no quiere escuchar los datos, pero qué le vas a hacer, se te graban en el subconsciente de todas formas. El francés le explicó a Raúl que de las antiguas repúblicas soviéticas están exportando más de 175 mil mujeres al año para venderlas a distintos burdeles alrededor del mundo.

Irina miró una vez más a las Natashas, irradiaban un poder sexual que superaba a muchas de sus compañeras, pero sus ojos ya no eran de adolescentes. Podrían tener diecisiete o veinte años, pero sus miradas habían envejecido (*la crueldad de la explotación sexual*), ser vendidas como esclavas, en pleno siglo XXI, era algo a lo que nadie podría sobrevivir sin dejar unas profundas cicatrices en el alma.

—¿Y el resto? —alrededor de la piscina había todo un ejército de hermosas modelos, chicas que nunca iban a poder participar en un concurso de

belleza, sus posibles talentos en una pasarela no le interesaban a nadie, en especial a su dueña; aquellas “bellezas latinas” ya tenían fraguado su destino —. La de allí, la nalgona, esa es colombiana, su acento es inconfundible; y esta otra es brasileña. Todas latinas, ¿cómo llegaron aquí...?

CAPÍTULO 36

TÉCNICAS DE RECLUTAMIENTO

Rancho Bacanales, México

—Son reclutadas por toda Latinoamérica —le explicó Lety. De la terraza fueron a un bar y pidieron unas margaritas, después comenzaron a saludar a las chicas que pasaban de un lado a otro, algunas para el gimnasio, otras para el comedor, la mayoría, al igual que ellas, simplemente estaban ganando tiempo, en espera de que llegara la noche para comenzar sus turnos de trabajo—. Más de la mitad participaron en castings de bellezas, sin sospechar que terminarían aquí.

Una joven despampanante, con unas tetas que parecían globos a punto de estallar y lanzar sus pezones como petardos, se acercó a ellas.

—Buenos días, doctora —dijo la recién llegada. Por el acento Irina supo que era otra colombiana—. ¡Me están matando!

Con un gesto se indicó las tetas. Lety se acercó y le tocó suavemente los pezones. La manera en que la acarició fue tierna y sensual, pero el profesionalismo de sus gestos no se le escapó a Irina. La doctora le estaba haciendo un reconocimiento. Sostuvo las enormes tetas en sus manos como quien valora el peso de unos melones. Un instante después negó con la cabeza y dejó escapar un suspiro, por un instante su rostro se cubrió de una sombra que no pudo disimular, se sentía frustrada e impotente al no poderle brindar el tratamiento adecuado que esa joven requería.

—Están demasiado hinchadas, debes ir de inmediato a la enfermería y enseñárselas de nuevo al doctor, dile que no te ponga a trabajar hoy. —La joven pareció a punto de echarse a llorar—. También dile que te den un relajante muscular, pero algo fuerte, no uno de esos ibuprofenos de mierda.

—Me duelen mucho, doctora, pero La Llorona me dijo que hoy atendiera al menos a cinco clientes, después me puedo ir a descansar.

Lety solo pudo asentir con la cabeza sin poder hacer nada más. Volvió a tomarle el peso a los senos.

—Trata de descansar todo lo que puedas, ¡y ni se te ocurra ir al gimnasio! Dentro de un rato voy a hablar con el doctor. Dale, vete a descansar.

La joven le dio un beso en un cachete y se fue con una mano en la cadera.

—El dolor de espalda la está matando —le explicó Lety, aunque no

necesitaba darle muchos detalles a Irina, quien entendió la situación al instante —. Esa es Carolina la colombiana, apenas acaba de cumplir los dieciocho y en lo que va de año le han hecho dos aumentos de senos. Este último fue una locura, esas tetas rellenas de silicona pesan demasiado para su propio peso. Puedes estirar la piel hasta un punto, lo permite, pero el peso le está trozando su columna. Esa frase de que para lucir hay que sufrir, es más que cierta, pero en el caso de esa niña, es una tortura.

—El negocio de la prostitución se ha ido globalizando a escalas inimaginables, las ganancias son astronómicas —le fue explicando Lety—, los cárteles, como cualquier organización del crimen organizado, invierten donde está el dinero, en este caso en nosotras, las mujeres. Como mismo hizo en su tiempo la mafia en Estados Unidos, que compró casinos en Las Vegas, pues sus amigos del sur los imitaron. El tercer negocio que más dinero le proporciona a los cárteles en México son los burdeles y el ejército de prostitutas que controlan por todas las calles.

—Hace tan solo tres semanas fui testigo del montaje y cierre de una red para atrapar a nuevas prostitutas.

Lety hizo una pausa para señalarle a un hombre de traje y corbata que en ese momento iba cruzando por el pasillo.

—Hablando del rey de roma —el recién llegado la saludó como si fueran amigos de toda la vida, después desapareció tras una de las puertas que custodiaban dos guardias—. Ese es Raúl, uno de los contadores principales del cártel, y del que te hablé hace un instante.

—¿El contador que montó la red para reclutar mujeres?

—El mismo. —Lety comenzó a susurrarle a medida que más jóvenes pasaban por su lado. Irina comprendió de inmediato que Leticia continuaba dándole muestras de camaradería. Aquello podía tener varias explicaciones, aunque la más sólida, era el hecho de ser coterráneas. Como fuera, a la doctora, al igual que a ella, se le daba perfectamente el arte de leer a las personas. Supo que en ella tenía a una aliada, aunque de momento no pudiera ayudarla mucho más—. Raúl organizó una reunión entre varios miembros del crimen organizado, ¡métetelo en la cabeza! “Crimen organizado”, cárteles, gobierno o mafia son lo mismo. Ningún cártel puede funcionar sin aliados, y por lo general unos se prestan sus contactos políticos mientras que los otros los ayudan ofreciéndoles protección policial. Así funciona.

Irina también miró en derredor al sentir el peso de miradas indiscretas.

Lety le estaba dando algo más que una breve introducción sobre el funcionamiento de aquel lugar.

—Los recursos y contactos del cártel de Sinaloa son ilimitados, por eso son los mejores aliados de Felipe Montero —el guardia que las seguía se detuvo para encender un cigarro, momento que Lety aprovechó para agregar —: por su parte el cártel del Golfo controla miles de policías en ciudades y pequeños pueblos costeros. Los agentes municipales de Nuevo Laredo, Matamoros y Reynosa están en sus nóminas, eso sin agregar a los agentes estatales de Tamaulipas.

¡Madre de Dios! ¿Cómo me voy a escapar de este lugar?

—Nosotras éramos seis, ellos cuatro —recordó Lety—, teníamos que tocarnos y besarnos mientras ellos se excitaban, compartían tragos, cocaína y negocios. Como siempre, nosotras solo representamos para ellos unas bocas para chupárselas y culos para templar cuando cerraran finalmente sus negocios.

Claro que sé de lo que estás hablando... una escucha cosas, a veces demasiado importantes.

—El negocio es simple y se actualiza todos los años —volvió a explicar Lety—, se crean miles de páginas webs (los mejores diseñadores y programadores a todo lo largo de Latinoamérica trabajan para los cárteles), este tipo de páginas se especializan en la búsqueda de modelos para trajes de baño y ropa interior. Lo interesante de estas páginas es que son reales, con fotógrafos de renombre, desfiles de modas, campañas de marketing y modelos que han salido en portadas internacionales. Miles de chicas se apuntan cada los año en estas agencias cazatalentos. Incluso pasan noches enteras durmiendo en los portales para poder participar en las audiciones a la mañana siguiente.

¡Increíble!, fue lo único que le vino a la mente.

—Por supuesto que solo escogen a las más hermosas. —Continuó explicándole Lety—. Las ingenuas creen que acaban de encontrar la oportunidad de sus vidas, pero siempre las hay profesionales y cultas, con medios para chequear estas agencias y sus contratos, ¿y sabes lo que descubren? ¡Sorpresa! Los contratos son legítimos al igual que las agencias, nada de qué preocuparse. Hasta que ponen un pie en México y comienzan sus pesadillas.

—Mucho antes de que se bajen de los aviones son separadas en tres grupos, los oficiales de emigración (que por supuesto trabajan para los cárteles), simplemente ayudan a organizarlas. Policías y agentes especiales las recogen y las llevan a pisos francos. Les quitan sus celulares y pasaportes. Con este simple truco las convierten en indocumentadas..., ilegales, pues sus contratos de trabajo desaparecen de los archivos. Luego las llevan a los clubes de strippers y les explican que ese será su nuevo trabajo. Que sus contratos fueron rotos y que ahora les deben a las compañías miles de dólares como paga por los pasajes, transporte, hospedaje y “seguros médicos”, pero que ese no es el fin de la carrera, solo un paso difícil por unas semanas o meses, e incluso pueden hacer dinero rápido y fácil para pagar sus deudas y ayudar a sus familiares en sus países de origen. Todo es tan legal, tan profesional, los policías y abogados las amenazan y les explican que no tienen otra salida para amortizar sus deudas, que esa misma, noche la mitad del grupo acepta el trabajo.

—¿Y se lo creen? —la pregunta le salió sin pensarlo. *Claro que se lo creen.*

—Por supuesto, muchas de ellas apenas saben leer o escribir, además de que son chiquillas sin calle, ingenuas, que soñaban con ser modelos y actrices. Y terminan siéndolo, pero de películas porno. En menos tiempo de lo que crees acaban desnudándose en los bares, y la deuda solo aumenta. Sus nuevos dueños comienzan a exigirles más y pagarles menos, poco a poco la única salida que les dejan es acostarse con los clientes. Estas forman parte del grupo A.

—El grupo B son las renegadas. Por lo general modelos profesionales o chicas con algún nivel de estudio, que comprenden al instante que son víctimas de un chantaje, solo que no tienen ni la más remota idea de qué tan grande es la conspiración para meterlas en el mundo de la prostitución. En cuanto les piden que se desnuden debido al incumplimiento del contrato, se niegan en redondo, reclaman a la policía y llaman abogados.

Sobre estas mujeres cae el peso de la ley, pero nunca a su favor.

Abogados y jueces les explican que han incumplido sus contratos, son arrestadas y llevadas a prisión. Con una sola noche entre las rejas es suficiente. Son violadas por otras reclusas, o en ocasiones (más de lo que te puedas imaginar), los propios guardias terminan violándolas o vendiéndolas a otros reclusos.

A la mañana siguiente, bailar desnudas en un club de strippers ya no parece una mala opción.

No, no la es... por sobrevivir a veces es la única opción.

Irina comprendía perfectamente al grupo B. A ella le hicieron lo mismo, la técnica nunca fallaba.

—El grupo C somos nosotras: mujeres demasiado bellas como para desperdiciarlas en el protocolo de iniciación, prostituirse en los bares o las calles. No, nosotras somos especiales, chicas escogidas para vendernos, cuando mínimo, a unos tres mil dólares por cliente. A hombres que pueden permitirse pagar esa fortuna por una mujer; y de preferencia, que oscilen entre los doce y veinte años.

—¡Culitos vírgenes! —ironizó Lety—, sus apetitos solo son aplacados con menores de veinte, aunque ellos sobrepasen los sesenta. En fin, nada nuevo que no sepas ya, el dinero da el poder, y el poder hace la justicia.

A las del grupo C las traen a lugares como este —continuó explicándole—, burdeles diseñados con un único fin: brindar seguridad y confort a sus clientes.

Con esa sonrisa cínica, que ya tantas veces aparecía en su cara, Lety agregó:

—Y por último queda los grupos D, E, F y todo el maldito alfabeto.

Latinoamérica tiene tantos secuestros de mujeres y niñas como cualquiera de las antiguas repúblicas soviéticas. Solamente el cártel de los Zetas secuestra todos los días al menos una mujer en Guatemala, aunque tienen días de atrapar hasta diez... que sean documentadas. Miles de jóvenes tratan de llegar todos los meses a los Estados Unidos, para terminar atrapadas en las redes de los cárteles. En el caso de la ola gigantesca de mujeres que vienen desde Brasil, los cárteles mexicanos, apoyados por el gobierno, solo aguardan para escogerlas. No existe ley que las proteja —Lety le señaló con la vista a un grupo de jóvenes que acababan de meterse en un yacusi—, nadie nos protege.

Tras otra de sus breves pausas, Lety continuó:

—¿Sabes lo que hacen las mujeres desde que cruzan la frontera de Guatemala?

Irina movió la cabeza de un lado a otro, ya no quería escuchar el resto, pero Leticia no le iba a dar esa opción.

—Para llegar a la “tierra de las oportunidades”, ya sabes, “el sueño americano”, a muchas se les olvida que primero tienen que despertar en la pesadilla latinoamericana. —Esta vez Lety hizo una larga pausa. Irina supo que aún le faltaba algo por decir—: desde que cruzan la frontera comienzan a tomar pastillas anticonceptivas. Si las madres y abuelas guatemaltecas se enteran que sus hijas quieren vivir el “sueño americano”, no pueden hacer nada para impedirselo, excepto apoyarlas en su viaje. No les dan dinero porque no lo tienen, sino que buscan pastillas, cientos y cientos de pastillas. Saben que desde el comienzo del viaje serán violadas tantas veces que lo único que pueden hacer para defenderse es evitar salir embarazadas, aunque no todas lo logran. —Tras otra de sus pausas, la doctora apuntó algo que era evidente—. Las farmacias en Guatemala no dan abasto vendiendo pastillas anticonceptivas. ¡Sus dueños se han forrado!

CAPÍTULO 37

EL NUEVO CARGAMENTO

Rancho Bacanales, México

Irina sospechó que algo no andaba bien desde el momento que vio como varios guardias corrían de un lado a otro e intercambiaban señales a través de sus radios.

—Se acabó el paseo —dijo con tono de pocos amigos el guardia que las venía siguiendo—. Lety, la Patrona quiere que lleves a la nueva a la plaza. Acaba de llegar un nuevo cargamento.

Cuando los ojos de Irina se chocaron con los de Lety, comprendió que su “guía” había quedado en shock ante aquellas simples palabras. La doctora se transformó rápidamente en una temblorosa y suplicante mujer, su estado solo podía compararse con el de una adicta a las drogas, pero mucho peor, ya que tartamudeaba y no podía coordinar siquiera sus palabras.

¡Dios mío! ¿Qué te han hecho?

—¡Te... te lo suplico! No me lleves, esta noche haré lo que la Patrona pida, ¡llévatela a ella! —Irina sintió miedo en cada palabra de Lety. Advirtió que la doctora la traicionaría sin pensárselo dos segundos con tal de evitar ser testigo del “nuevo cargamento”—. ¡Por favor! Podemos ir al baño y te hago lo que me pidas...

El guardia pareció dudar, pero solo por un instante. Luego las tomó a ambas por los brazos y a empujones les ordenó que avanzaran. Irina solo atinó a agarrarle la mano a Lety, como el único consuelo que podía ofrecerle en aquel momento. La cubana sintió la mano de su compatriota sudada y temblorosa.

¿Qué será el nuevo cargamento?

Por desgracia, muy pronto lo iba a saber.

A empujones fueron llevadas hasta uno de los patios (aunque este no tenía nada que ver con el patio destinado a los autos y limusinas de lujo). Aquel era diferente en todo sentido. Cuando llegaron ya habían reunidas unas diez chicas, que al igual que Lety, permanecían temblorosas y asustadas. Una docena de guardias armados con sus metralletas y perros pastores alemanes custodiaban la zona, creando un perímetro de seguridad para la llegada del “cargamento”. Un guardia hizo una señal desde una de las torres de seguridad

y la formidable puerta de entrada se abrió para darle paso a un camión militar de catorce ruedas, cubierto por una lona camuflada. Todos se pusieron manos a la obra. Extendieron una especie de rampla y abrieron la lona. Desde el interior del camión fue bajando una fila de mujeres. Ahora Irina entendió de qué se trataba el “cargamento”.

Son mujeres secuestradas... no, ¡son niñas!

Puede que algunas superaran los veinte años, pero por las miradas de terror de las más adultas y el llanto desconsolado de las más pequeñas, Irina calculó que debían de rondar entre los doce y catorce años. Las jóvenes fueron formadas en líneas de a seis, entre los gritos de los guardias y los ladridos de los perros, la mayoría solo atinó a llorar, algunas aún rebeldes, intentaron correr hacia la puerta que comenzaba a cerrarse. Los guardias, expertos en este tipo de operaciones, soltaron a sus pastores alemanes. La jauría (unos ocho), estaban entrenados para acorralar a sus presas sin morderlas, más bien tácticas de intimidación. Sin ninguna vía de escape, arrastradas por los pelos, cada una fue devuelta a la línea. En total eran unas treinta y seis mujeres.

—¿Ven a estas de aquí? —Gritó uno de los hombres. Por sus gestos y aspecto, Irina pudo reconocer al hombre más cruel que se hubiera cruzado en su vida. Hablaba con acento extranjero, ruso o algo así. No medía más de uno cuarenta, pero la maldad que aquel monstruo irradiaba creó una ola de miedo genuino entre su público de féminas—. ¡Chicas buenas! Mansas, dóciles... nada les haremos.

Sin dudas esas somos nosotras, para eso nos trajeron aquí, para ser el ejemplo.

—Pero ustedes —se dirigió al nuevo grupo señalando a las primeras con su dedo índice—, son malas chicas. No hacen lo que yo les pida. Por eso tienen que aprender.

El extranjero, ruso o de dónde fuera aquel enano demoniaco, caminó hasta el grupo de las veteranas y agarró por el pelo a la primera que tuvo delante.

—¿Tú te portas mal?

—No, no, no... ¡Yo me porto bien! —Gimió la chiquilla—. ¡Yo soy gatica traviesa, yo hago lo que tú me pidas!

Irina sintió ganas de vomitar, por desgracia solo estaba viendo el principio de la pesadilla que se avecinaba. El ruso miró al resto y todas bajaron la cabeza, incluyéndola a ella.

—Ven, así es como tienen que portarse. —Aquel demente con instintos criminales regresó al grupo de las recién llegadas—. ¡Pero yo les voy a

enseñar a portarse bien!

Con una simple mirada le ordenó al resto de los guardias que movieran el “cargamento”.

—¿A dónde nos llevan? —se atrevió a preguntarle una de ellas a Lety.

La doctora no dejaba de temblar y las palabras salieron de su boca en susurro, como si fueran automáticas:

—A la Escuela, les van a dar clases.

Los guardias volvieron a formarlas en filas de dos en dos y fueron conducidas hacia un edificio de dos plantas separado del resto del rancho. A las veteranas también las obligaron a ir. Las recién llegadas presintieron lo que iba a pasar dentro de aquellas paredes, y para evitar cualquier otro intento de escape, los guardias formaron filas a cada lado de las jóvenes y las escoltaron con los pastores como si se trataran de condenadas en un campo de concentración.

—¿Quién era ese hombre?

—Todas lo llamamos el Serbio —le susurró Lety—, Josefina lo contrató solo para que ejerciera su profesión. Lo trajo desde Serbia.

¿Su profesión?

—¿A qué se dedica?

Lety miró a cada lado antes de atreverse a contestar.

—Es un *broken girls*... Serbia es considerada la capital de las escuelas especializadas en domar mujeres. *Broken girls*, le llaman ellos. Son lugares que se especializan en eso, “romper mujeres”. Les arrancan su voluntad de escapar, las convierten en esclavas sexuales, sumisas y obedientes. Las mujeres que han pasado por las escuelas serbias son de las más cotizadas en el mercado.

Irina no pudo creer lo que estaba escuchando. Que un país en específico tuviera escuelas especializadas en torturar y violar mujeres para venderlas al mercado de explotación sexual le sonaba irreal. Y, aun así, a pesar de que todo le parecía el efecto de una pesadilla, comprendió la nueva realidad a la que se estaba enfrentando. Entre empujones y gritos entraron al edificio. Una vez más, las veteranas fueron separadas y colocadas a un lado contra una de las paredes, a las nuevas las formaron en una línea a todo lo largo de la otra pared. El serbio dio un paso al frente y se dirigió a todo el grupo:

—Voy a decirlo una sola vez: ¡quítense la ropa!

Ninguna de las nuevas se movió, todo lo contrario, apretaron sus manos contra sus blusas y vestidos.

—Muy mal, muy malo, y no me gusta repetir —gruñó con su acento ronco, una sonrisa de serpiente cruzó sus labios de lado a lado, dirigiéndose al grupo de las veteranas señaló a una y le ordenó que diera un paso al frente—, tú, si... tú misma. Quítate la ropa.

La joven abrió su bata de seda al instante dejándola caer al piso.

—Ven, no problema, nadie grita, nadie dolor... —dijo dirigiéndose al segundo grupo—, ahora, por segunda vez: ¡quítense la ropa!

Las jóvenes comenzaron a llorar, pero ninguna se atrevió a desnudarse.

El serbio afirmó con la cabeza sin dejar de reírse. Con un gesto de su mano, alguien trajo una mesa y la puso en el centro de la habitación. Irina observó que la mesa tenía grilletes en las patas y una de las esquinas. Luego, como si estuviera escogiendo a un animal al azar, el serbio recorrió con su mirada a todo el grupo. Sus ojos se clavaron en una hermosa trigueña que no debía de sobrepasar los dieciocho años.

—¡Esa de allí!

Tres guardias se lanzaron sobre la joven, quien, aturdida, intentó echar a correr hacia la puerta de salida. Apenas pudo avanzar unos metros, ya que el propio serbio la agarró por el pelo y la tiró contra el piso. Entre gritos y contorsiones, los otros guardias la arrastraron hasta la mesa, esposaron sus manos a los bordes de la misma y los tobillos a las patas. Luego el serbio sacó un cuchillo con el filo de un bisturí, desgarró su vestido y su ropa interior con varios cortes, dejándola completamente desnuda y de espaldas, acostada boca abajo sobre la mesa y con sus nalgas expuestas a cualquiera de aquellos enfermos.

—Voy a repetirlo una vez más: ¡quítense la ropa!

Nadie obedeció.

La joven, impotente sobre la mesa, pidió a gritos que se desnudaran, pero el resto del grupo prefirió no mirarle a la cara. Para sorpresa de todas las recién llegadas (pues las veteranas ya sabían lo que iba a pasar), una puerta se abrió y entraron diez hombres, todos completamente desnudos y con una regla de madera en sus manos, en la otra traían un colchón personal de espuma. Tiraron los colchones frente al grupo de mujeres y se formaron en línea tras la joven de la mesa. Luego esperaron ansiosos la orden del serbio.

CAPÍTULO 38

EL REGRESO DE LA LEYENDA

Hacienda Los Tres Santos, Veracruz

“Los Tres Santos”, considerada la hacienda más grande de toda la región, fue bautizada con ese singular nombre por estar ubicada justamente en el centro de San José Chiltepec, el Valle Nacional San Juan Bautista, y la pequeña ciudad de San Felipe Usila, los tres santos pertenecían al estado de Oaxaca. La hacienda, por su parte, era una de las tantas que controlaba el cártel del Golfo.

Los Tres Santos contaban con más de cuatro mil acres dedicados a una vetusta variedad de juegos. Cuatro mansiones fueron construidas con el propósito de servir como casas de visitas. La diversión podía comenzar desde el amanecer y acabar dos días después. Esparcidos por doquier se encontraban diferentes tipos de entretenimiento, cada uno separado del otro por palenques, hipódromos, vallas y cuadriláteros recubiertos de malla peerlle; había incluso hasta una pista para carreras de galgos. Toda una variedad de contiendas podían hallar en la finca (literalmente), desde peleas de perros, de gallos finos, de ratas y otros —los platos fuertes—, como las carreras de caballos. De todos los juegos, el boxeo solía ser el más popular, aunque últimamente la versión mexicana de la “UFC” estaba ganando notoriedad, ya que en ese “deporte” vale todo.

Al frente del monopolio clandestino de juegos estaba Ulises Ordoñez; “el Patrón de las apuestas”.

Ordoñez era uno de los miembros más importantes del cártel del Golfo, aunque funcionaba (hasta cierto punto) de manera independiente. Al dedicarse más al juego que a la transportación o elaboración de drogas, creó un nuevo mercado que producía ganancias “limpias de impuestos”. En las listas de la DEA era considerado un miembro poco destacado del narcotráfico, más enfocado en el lavado de dinero del cártel. El Patrón de las apuestas hacía mucho que había aprendido que la mejor manera de ganar una apuesta es no apostando, sino buscar la manera para que el ganador comparta algo de su ganancia, de ese modo nunca perdería. En su dominio se apostaban millones todos los fines de semana. La función de Ulises era proporcionar el local, las mujeres, las bebidas, y los juegos. Quienes ganaran debían darle el diez por

ciento de las ganancias. Así, al final de la jornada, solo de ganancias por las apuestas, su monopolio era capaz de recoger hasta cinco millones de dólares en un solo día.

Esa ganancia jamás iba completa a su bolsillo. No, Ulises Ordoñez no era simplemente un narcotraficante especializado en apuestas, para muchos era “San Ulises” o el “Patrón de los Milagros”, como era conocido en las montañas de Palatlan y Arroyo de Banco. Allí existían comunidades olvidadas por los gobiernos. Uno de estos lugares era el pueblito San Juan, el que contaba con una comunidad de más de veinticinco mil almas. Desde 1985, tras el famoso terremoto del 19 de septiembre que causó la muerte de más de 10 mil mexicanos, el gobierno le prometió al San Juan un acueducto.

Jamás cumplió con dicha promesa.

Fue Ulises Ordoñez, quien, usando su propio dinero, no solo contrató dos compañías americanas que hicieron el acueducto en tres meses, sino que construyó escuelas, dos policlínicos y un hospital con tecnología de punta. Cada año regalaba seis becas universitarias para estudiar en los Estados Unidos, a los escolares más destacados, y una vez cada tres meses visitaba la comunidad. Allí lo esperaban una docena de padres para que aceptara ser el padrino de sus hijos. El cura Rojas (a quien Ordoñez le construyó una iglesia), iba puntualmente todos los meses a dar misa a la finca, al despedirse, el sacerdote se llevaba una maleta con cinco mil dólares. El dinero era destinado a ayudar a la parroquia, en compra de comida para los pobres y ancianos, el resto era para el pequeño orfanato que ya contaba con doscientos niños.

Esos niños eran huérfanos que perdieron a sus padres por las guerras entre los cárteles.

Esa mañana el Patrón de las apuestas estaba organizando la fiesta de su hija Berta. La joven iba a cumplir los quince años dentro de dos semanas, una edad sagrada para el culto mexicano en donde la niña se convierte en mujer. Berta iba a tener la mejor fiesta de quinceañera que se hubiera visto en toda la región. Ulises contrataría a varias bandas nortenas y algún invitado especial; quizás Maná o Enrique Iglesias, eso se lo dejaba al gusto personal de Berta, que ella decidiera.

A pesar de que la joven fue violada repetidas veces cuando tenía once años, Ordoñez se propuso borrarle aquel trauma, y contrató a los psicólogos más famosos del país. En la finca, hablar de ese tema estaba prohibido, nadie lo mencionaba ni en susurros, y quien lo hiciera podía ganarse gratis un

plomazo entre las cejas. La violación a la que fue sometida la chica era un tabú entre el cártel, por eso, cuando esa misma mañana le anunciaron que había llegado a la puerta de la hacienda un Range Rover, y que acababa de bajarse un gigante con aspecto de vikingo, todas las imágenes del secuestro de su hija regresaron con demasiada nitidez.

—Maldito Sodoma —murmuró—, tenías que aparecer precisamente ahora.

¿Pero qué chingada querrá este cabrón?, pensó Ulises junto al palenque.

Alrededor de Ordoñez había una docena de hombres que servían de guardaespaldas y de “amigos”. Ellos se mantenían diseminados por la arena y las gradas, pero lo suficientemente cerca como para ser muy efectivos en su trabajo. De igual manera, por cada rincón de la hacienda se paseaba un hombre mostrando orgulloso su “cuerno de chivo estilizado”, una AK-47 con cargadores rediseñados para ponerles más balas. Dentro del enorme palenque estaba Rufino, un hombre famoso por ser el entrenador personal de los gallos finos del Patrón.

Rufino era incansable. Iba de una jaula a otra revisando los gallos recién afeitados, con los ojos expertos de un profesional que ha dedicado toda su vida a las peleas de gallos, daba su veredicto sobre los posibles campeones.

A pesar de la importancia que representaban para la finca las peleas de gallos finos, los más jóvenes de los guardias de Ulises se habían hecho adictos a las peleas de artes marciales mixtas. Pero Ordoñez y sus amigos realmente cercanos, un verdadero grupo de la vieja escuela, seguían fieles a los tequilas y las rancheras. Pero, sobre todo, al boxeo, el arte de entrar, golpear y retirarse sin recibir un puñetazo, y si lo recibías, pues aguantarlo como todo un hombre.

Eso es un deporte de “machos”, no la carnicería esa de la UFC. Solía decirles a sus jóvenes escoltas.

En cuanto Sodoma entró en el palenque, el ambiente amistoso y campesino desapareció, se hizo un breve e incómodo silencio. Todos los presentes conocían la leyenda del “sicario”. Ramos, el guardaespaldas principal de Ulises, se interpuso antes de que Sodoma llegara hasta su jefe.

—Hola güey, ya sabes, la rutina —bromeó Ramos—, levanta las manos como crucificado.

Ramos hizo el intento de tocar a Sodoma, pero este lo paralizó con la mirada. Al instante el guardaespaldas retrocedió confundido. La tensión creció en las gradas y más de uno se llevó las manos a la cintura. Ordoñez se

apresuró a bajarle la temperatura al palenque.

—Ramos, ¡déjate de pendejadas, hombre! —le dijo el Patrón, aunque Ramos permaneció en guardia y con la mano demasiado cerca de su pistola—, si este hijo de puta me quisiera muerto ya me hubiera pegado un plomo en la oreja y ninguno de ustedes hubieran podido impedirlo.

Sodoma apartó al guardaespaldas y fue directo a Ordoñez. Para asombro de todos los escoltas, los dos hombres se abrazaron con fuertes palmadas en la espalda, como si fueran dos hermanos que llevaran una larga temporada sin verse.

A Ordoñez no se le pasó el detalle de que Sodoma le sacaba dos cabezas a cada uno de sus hombres. Mientras caminaban alrededor del palenque, encendió un Habano y le entregó otro a su invitado.

—Montecristo, traídos directamente desde La Habana —el gigante se inclinó para encender el tabaco desde las manos de su anfitrión—, al igual que aquellos tres gallos. Esos, el pinto y el rojo son de la cría de Raúl Castro.

Sodoma dio una larga bocanada, ajeno a los detalles que le contaba el orgulloso Patrón sobre su cría de puras sangres con alas. Realmente estaba enfocado en Ramos, el guardaespaldas no se había apartado ni un segundo de ellos. Se mantenía a dos metros de distancia para guardar las apariencias, pero lo suficientemente cerca como para escuchar todo lo que ellos hablaban y seguir con la vista cada uno de sus movimientos. El mensaje era claro, Ordoñez lo respetaba, pero no era tan estúpido como para quedarse a solas con él.

—¿Cómo está Berta?

Ulises Ordoñez sintió que algo terminaba por zafarse en el interior de su estómago. Desde el rescate de su hija hasta esa misma mañana, nadie en su sano juicio se hubiera atrevido a preguntar por ella, el único hombre con el poco sentido común para hacer semejante pregunta, era precisamente quien la había rescatado. Los guardias más próximos, los que alcanzaron a escucharlo, se apresuraron a disimular lo mejor que les fue posible, y Ramos, quien estaba más cerca del dúo, de repente encontró algo *interesantísimo* en el techo, pues desvió la mirada hacia las luces de las gradas en un intento por pasar inadvertido. Y ese fue su error.

Ordoñez conocía de la rapidez del sicario, precisamente por su leyenda fue que lo contrató para que rescatara a su hija, pero hasta el momento nunca lo

había visto en acción.

Como un jaguar que espera el momento preciso para lanzarse sobre su presa, Sodoma pasó frente a Ulises sin que este tuviera la más mínima oportunidad de llegar a su revólver. Tan sorprendido como él, quedó Ramos, quien sí logró sacar su pistola, aunque para ese entonces una garra con la presión de una tenaza le había inmovilizado su muñeca. Sodoma siempre usaba una chaqueta de cuero negro de manga corta y muy ancha, de esta manera, nadie percibía si su hacha estaba en una de las axilas o escondida de forma horizontal a su espalda (como era el caso). El tomahawk que resplandeció en el aire era una versión diseñada especialmente para él, un *Comanche* de cabo corto, usado por los comandos para combates cuerpo a cuerpo.

La pequeña y mortífera hacha dio dos cortes mortales sobre su víctima. Con el primer hachazo hubiera sido suficiente, ya que le despedazó parte del cuello y la clavícula, el segundo le rajó el cráneo desde la frente hasta la mandíbula.

—Pero, ¿qué mierda...? —gritó Ulises al ser salpicado con astillas de dientes, sangre y sesos.

En la palanquera estalló el caos.

Los hombres corrieron desde todos los ángulos para cubrir a su jefe. Rifles, pistolas y ametralladoras ligeras aparecieron de la nada apuntando directamente a Sodoma. Cada uno de los guardias gritaba o pedía órdenes para rociar de plomo a aquel cabrón, pero Ulises, quien aún estaba blanco como la palma de sus manos (ya fuera por el shock o el miedo), no se atrevió a dar la orden, pasados unos segundos levantó el dedo índice. Ese gesto era bien famoso entre los conocidos del Patrón, significaba que quién se atreviera a apretar un gatillo lo pagaría bien caro.

—Pero ¿qué has hecho, cabrón? —le exigió al sicario.

Sodoma se llevó los dedos a la boca e imitó el movimiento de un zíper. Se paró sobre el cuerpo de Ramos y usando el hacha le rasgó la camisa. Para sorpresa de cada uno de los presentes, sobre el chaleco antibalas del guardaespaldas había varios micrófonos sujetos con cinta adhesiva.

La boca del sicario dibujó tres letras, todos asintieron:

DEA.

A tres kilómetros de la hacienda, dentro del GMC de los agentes federales, también estalló el caos.

El agente de la DEA encargado del operativo les indicó, a gritos, que se callaran. Los modernísimos equipos de sistemas de escucha, que colgaban de las paredes del auto, habían quedado repentinamente en silencio.

—¿Qué pudo haber pasado? —preguntó el más novato del grupo.

—Que, ¿qué ha pasado? ¡Pues que el psicópata de Sodoma regresó! —sin apartar los oídos de los micrófonos, el agente marcó un número directo a Dallas. Solo dos timbres, y el líder de la operación contestó la llamada—. En este momento es muy posible que nuestro soplón ya no tenga dedos ni lengua.

Hubo una breve pausa.

—¡Sí!, ¿pero qué demonios pasó? —desde Texas la voz podía escucharse claramente, la frustración viajó a través de la línea telefónica, envolviendo a los presentes. Todo un maldito año de infiltración se fue por el desagüe en unos pocos segundos.

—Sodoma ha regresado —un incómodo silencio atestó cada rincón de la GMC—. A esta hora ya Ramos ha de estar muerto. No creo...

—...no dejen de monitorear la hacienda, si Sodoma regresó es porque algo grande va a pasar en los próximos días. —Tras otra pausa, el superior comprendió el peligro que corrían sus hombres—. Aléjense de ese puesto cuanto antes, no quiero que los localicen. Manténganme al tanto.

La GMC hizo patinar sus cuatro poderosas gomas sobre la tierra seca. La camioneta salió disparada... y justo a tiempo, como sus miembros se darían cuenta horas después, cuando vieron por las imágenes satelitales como desde el sur llegaba un convoy de tres autos enviados desde la hacienda.

Quienes no hubiesen conocido bien a Ulises Ordoñez, quizás pensarían que por su aspecto se trataba de algún campesino mexicano “adinerado”. No rico, quizás dueño de un pequeño rancho, o un taller de mecánica, pero nunca el multimillonario que se ocultaba bajo aquella enorme panza. Poco lujo tenía para ostentar. Unas botas hechas a la medida de piel de avestruz y unos pantalones comunes. Un simple reloj Casio, una medallita de oro de la virgen de Guadalupe y un sombrero de paño. Común, esa era la palabra que lo definía.

Frente al espejo y sin camisa, con su enorme panza al aire, se limpiaba la sangre de la cara y las orejas. A su espalda, Sodoma se preparó un trago.

—¡Pudiste haberme avisado, cabrón de mierda! —le reclamó a Sodoma.

El gigante no paraba de reírse. Cada vez que Ulises decía algo se retorció a carcajadas como si el Patrón de las Apuestas fuera un clon de Gabriel

Iglesias.

—¿Y perderme la cara que pusiste? Hombre, ¡casi te cagas encima!

—Chinga a tú madre, hijo de puta. ¡Te has mirado en un espejo! ¡Que un cavernícola de siete pies de altura te pase por el lado con un hacha no es cosa de juegos! —hasta Ordoñez empezó a reírse de su propio comentario. Cuando el momento de risas pasó, hizo la pregunta que lo estaba atormentando desde la llegada de Sodoma—: ¿A qué has venido?

Las risas llegaron a su fin; *que comiencen los negocios*.

Ulises estaba consciente del peligro que representaba mantener a Sodoma bajo su techo, cada minuto contaba, por eso lo mejor era ir directo al grano. Aunque tampoco iba a insultarlo, eso sí que sería un suicidio. Tanto él como el resto de los narcos, sabían que ofender a Sodoma, incluso eliminarlo, era como ponerse una diana en la cabeza. Si de algo podía alardear el asesino era de la red de sicarios profesionales que controlaba a todo lo largo de México. Era una leyenda viviente, eliminarlo no sería tan difícil como sobrevivir después a la cacería de los “vengadores” fanáticos al culto de la muerte. Muchos de ellos se tatuarían en su honor para demostrar que fueron ellos quienes lo vengaron. No, eliminarlo nunca iba a ser la salida más inteligente. Además, Ulises era un hombre de palabra y honor. Estaba en deuda con él. Puede que fuera un narcotraficante, pero no iba a romper su fama como buen pagador.

—Necesito tu ayuda.

Solo tres palabras, tres palabras que iban a cambiarle el destino. Ulises asintió sin preguntar aún de qué iba la ayuda. *Tiempo de pagar*. La imagen de su princesa, de regreso hasta la puerta de su casa, cargada en brazos por aquel gigante, no se apartó de su mente. Sodoma se dio el lujo de torturar al cabrón que le arrebató la inocencia a su pequeña, por eso siempre le estaría agradecido. El sicario no le cobró un centavo ese día ..., y, justo ahora, había llegado el momento de pagar su deuda.

—¿Qué necesitas?

Treinta minutos después Ulises comprendió la magnitud del plan y de los riesgos.

Infiltrarse dentro de la finca Bacanales, *esa parte no es difícil*, él solo necesitaba preparar una cita con uno de sus contactos en la hacienda para que simulara que Sodoma realmente iba hasta allí para hacer negocios. Todo el montaje con un simple objetivo: que Sodoma lograra localizar a una puta para

luego rescatarla. De ahí en adelante él se lavaría las manos como Poncio Pilatos, excepto por los dos hombres que debía prestarle. Por desgracia, no serían dos guardaespaldas cualesquiera.

¡Cabrón! Me quieres llevar a los mejores.

—Entrar y salir, y de paso que alguien te cubra la espalda, ¿correcto?

—Correcto.

¿Pero tanto vale esa puta?, reflexionó Ordoñez. Algo no pintaba bien en toda aquella ecuación, aun así, prefirió no preguntar. Por mucho que se estrujó el cerebro no pudo imaginarse qué sabría esa prostituta como para que el mismísimo Sodoma decidiera intervenir. *¡Algo bien grande! Un puto video chupándosela al Papa Benedicto, o una orgía con Hillary Clinton... ¡tiene que ser algo bien grande! ¿O de qué más podría tratarse?*

—¡Vaya desmadre que vas a dejar! ¿Quiénes de mis hombres?

La pregunta era más bien una formalidad, en verdad, Ulises no necesitaba escuchar la respuesta.

—Ya lo sabes, quiero a Colombia y al Turco.

Ulises ni se molestó en parecer amable. *Claro que quieres a esos dos.*

Juan Miguel, alias Colombia, un exfrancotirador colombiano miembro élite de la AFEUR (Agrupación de Fuerzas Especiales Antiterroristas Urbanas), y el Turco, un experto en explosivos (que realmente era ciudadano canadiense), aunque Ulises nunca supo exactamente de dónde carajo le salió el apodo.

Ha de ser porque todos los terroristas que ponen bombas son de por allá.

El verdadero peligro de estos dos hombres radicaba en sus *skills*, como dirían los gringos. El Turco y Colombia eran capaces de crear una pequeña guerra si se les suministraban las armas necesarias. Y ese era el problema principal, Sodoma contaba con acceso a un tipo de armamento que solo podía disfrutar la crema del ejército americano. Armas y tecnologías imposibles de conseguir en el mercado negro, de ahí que muchas veces Ordoñez se preguntara si realmente el sicario no era realmente alguna especie de espía americano. De ser así, los gringos estaban más locos que los narcos.

—Me la vas a cobrar caro, y sabes que estoy en deuda contigo, pero lo que me pides es demasiado.

Se hizo un silencio incómodo dentro de la habitación.

Sodoma miró fijamente al Patrón de las Apuestas, la fuerza de su mirada fue suficiente como para que Ulises comprendiera que las palabras que dijera a continuación podrían costarle la cabeza o ganarse al mejor asesino de las últimas décadas. Lo peor de todo (y se dio cuenta demasiado tarde), fue el

movimiento estúpido que hizo al entrar solo a su habitación sin escoltas.

—Nadie sabrá que fuiste tú quien me prestó los hombres, y como un extra, puedo encargarme de borrar los archivos que haya grabado Ramos sobre ti. — Con esas palabras captó su atención. Ulises mejor que nadie sabía que entre narcos, los soplones eran más odiados que un traidor. A pesar de ser prácticamente lo mismo, su significado era muy diferente—. Tengo gente dentro de la DEA que pueden hacer que las copias desaparezcan, incluso enviártelas, si es eso lo que quieres. ¡Tú decides!

¡Maldita seas, pinche cabrón! Me tienes atrapado por los güevos.

A la mente de Ulises acudieron imágenes de conversaciones importantes que mantuvo frente a Ramos. Cierres de negocios, transportación de mercancía y rutas establecidas para la llegada de diferentes narcos de otros cárteles que visitaron la finca. Da nada le valió que en todas esas conversaciones hubiese usado los modernísimos teléfonos satelitales encriptados por los hackers del Golfo. Cada palabra estaba grabada. ¿Qué de bueno tenía esa tecnología si justo a sus espaldas estaba el soplón de Ramos con un micrófono oculto en su pecho? La DEA debía de tener cientos de grabaciones archivadas con su nombre. Ordoñez era de todo menos estúpido, conocía demasiado bien a los americanos (y estos tampoco tenían nada de estúpidos). Si todavía un Black Hawk no había aterrizado en su hacienda con una docena de comandos, era porque hasta el momento, lo que habían estado escuchando aún no era suficiente para joderlo a lo grande.

—Van a creer que fueron los Zetas —intentó explicarle al sicario.

—Que crean lo que les dé la gana.

—Es que no lo entiendes, o lo entiendes y no te importa. Va a correr mucha sangre inocente.

—Desde cuando te importan los daños colaterales. ¿Cuándo secuestraron a Berta no enviaste a tus hombres a un supermercado para que te trajeran a la familia de Ángel Cruz?

Un movimiento estúpido y precipitado... ¡una gran metida de pata!

Ordoñez se quedó sin palabras. Supo que no tenía una respuesta convincente para ese argumento. No después de lo que hizo. Era un narcotraficante especializado en apuestas, pero también tenía conciencia. Recordó en un arranque de nostalgia el error de haber enviado a sus hombres a aquel supermercado. Eso era justo lo que Cruz estaba esperando. El pensamiento le volvió a traer los malos recuerdos, ocho muertos y una treintena de heridos... *¿Y para qué? La familia de Ángel no estaba allí, los*

que sí estaban eran sus sicarios esperando a mis hombres. Una balacera con bajas inocentes, nada más.

—Muy bien, probaste tu punto. Tendrás a mis hombres. Ahora vete, no quiero que Berta te vea de nuevo.

Cuando Sodoma cerró la puerta, a su espalda quedó Ulises Ordoñez preguntándose si no acababa de cometer el gran error de su carrera. Todos los narcos siempre cometían un error que les costaba la vida o una condena perpetua, quizás este acababa de ser el suyo. Atacar a su propio cártel era una sentencia de muerte, aunque en el futuro nada lo pudiera vincular con Sodoma, esto no significaba que estuviera a salvo, a menos que contara con planes secundarios. Por otro lado, si de alguna manera los miembros del Golfo escuchaban que su guardaespaldas personal era un agente de la DEA, aquello podría costarle mucho más que el rescate de una puta.

—A la chingada, solo espero que este cabrón no deje muchos muertos — murmuró el Patrón de las Apuestas, aunque si de apostar iba la cosa, apostaría a nunca menos de diez.

CAPÍTULO 39

SELECCIÓN

Rancho Bacanales, México

La regla de madera estalló contra la nalga de la joven como si fuera el látigo de un domador.

Los dedos de la muchacha se retorcieron, pero lo que hizo en verdad que todas quedaran paralizadas, fue su grito. Irina no pudo ni imaginarse el dolor que debió de sentir. Al instante, la nalga le quedó cruzada por una franja de sangre molida. Sin darle siquiera una pausa para reponerse de las convulsiones, su torturador procedió a penetrarla como si fuera lo más común del día. No se vino dentro de ella, aún no, sino que se corrió a un lado para que el siguiente en la línea repitiera lo mismo. Otro reglazo, otro grito y seguidamente la violación. Antes de que el tercero la penetrara las veteranas se abrieron sus batas y quedaron completamente desnudas, Irina las imitó. A su lado, Lety no le soltaba la mano.

—Miren, chicas —dijo el serbio señalándolas con su sonrisa de serpiente complacida—, ¡ellas si saben cómo evitar el dolor! ¿No se van a desnudar?

El tercer hombre levantó la mano, en ese momento una de las más jóvenes del grupo dio un paso al frente y comenzó a desabrocharse su blusa. La regla volvió a estallar contra la nalga de la prisionera, y una vez más, el grito estremeció las paredes, seguido por las súplicas. Apenas podía sostenerse, pues resbalaba constantemente en su propio orine. Antes de que la regla volviera a tocarla, las nuevas reclutas comenzaron a desnudarse.

—Las que nunca han tenido relaciones sexuales con un hombre, por favor, den un paso al frente. De todas maneras, un doctor las va a examinar, así que ahórrenme el tiempo.

Las miradas de las reclutas cruzaron. Se tapaban los pezones con una mano y la pelvis con la otra, en un arranque de pudor. Como ninguna dijo nada, o se movió de lugar, la regla volvió a estallar y otra vez la joven fue violada.

Dentro del grupo comenzaron a salir chiquillas que no superaban los quince años. En total eran cinco.

—¿Qué les van a hacer? —le preguntó a Lety.

—Ahora las llevan a la enfermería para comprobar que sean vírgenes de

verdad —le respondió en un susurro—, a las más bonitas las van a vender en la subasta de esta noche, las que están un poco gordas irán a parar a los burdeles locales.

Uno de los guardias les ordenó que se movieran. Entre gemidos y llantos, las vírgenes fueron sacadas del edificio. Mientras caminaban, una de ellas, sin dudas la más hermosa, cruzó su mirada con Irina (esta luego lo lamentaría), la joven era una ninfa latina, trigueña y de ojos azules, no más de quince años; aquella niña no podía tener ni la más remota idea de cuál sería su futuro. De alguna manera inexplicable Irina se vio reflejada a sí misma en la mirada de la adolescente.

¿Cómo terminará este día?

El grupo se redujo. El Serbio miró a las restantes y las fue revisando una a una. A las primeras les dio un manotazo para que apartara sus manos de los senos y de la pelvis; el resto obedeció sin chistar. Lo que sucedió a continuación, a Irina le pareció una escena como sacada de una película: lo peor, era real. En pleno siglo XXI estaba presenciando como un explotador de esclavas blancas escogía las más fuertes para el trabajo, nalgas y senos firmes, cinturas estrechas y caras hermosas. Les introdujo los dedos en la boca con la experiencia de años de trabajo, buscaba dentaduras perfectas y cuerpos carentes de cicatrices. A las que no clasificaban, simplemente les daba un empujón para sacarlas de la fila.

Ellas entendieron lo que estaba pasando, e irónicamente, el ser rechazadas del resto del grupo, lo consideraban el acto más cruel porque, no solo las humillaban por ser feas o tener alguna cicatriz, les estaba dejando claro que sus destinos serían mucho más brutales.

—¡Llévenselas! —Ordenó a otro de los guardias.

Una vez más las excluidas formaron un grupo aparte, fueron sacadas a empujones.

—¿Y a estas para dónde las llevan?

Lety dejó escapar un gemido y a duras penas contuvo el llanto cuando las mujeres les pasaron por delante.

—Tienen el peor destino que pueda existir —le dijo sin poder apartar su mirada del grupo—, las van a vender a proxenetas para que las prostituyan en las calles. Veinte o treinta clientes por noche, siete días a la semana, no importa que tengan la regla o salgan embarazadas. De hecho, a algunas van a embarazar con toda intención, hay algunos enfermos que pagan el doble por

penetrar a una mujer preñada.

Irina se estremeció de pies a cabeza y apretó más la mano de Lety, tan fuerte como esta se la estaba apretando a ella. Ahora entendía el miedo obsesivo que la doctora sentía por aquel edificio. Si no hacían lo que el serbio les exigiera, podían terminar sus destinos como aquellas mujeres, relegadas a la esquina de una calle, obligadas a acostarse con cientos de hombres a la semana... *¿y el resto?*

—Las demás serán vendidas a los cárteles de las fronteras. Sobre todo, el distrito de las “Red Light” de Tijuana. —Lety le respondió al intuir la pregunta que ya afloraba en la mirada de su compañera—. Reynosa, Nuevo Laredo y Tijuana, son famosos porque todas las noches los gringos cruzan la frontera para coger *panochas* baratas.

En el último grupo solo quedaron doce muchachas. Bellezas latinas escogidas por los ojos profesionales del serbio.

—Muy bien —gruñó el enano con sonrisa de serpiente—, ustedes son alumnas, este lugar es la escuela, y ellos son sus profesores. Cuando terminemos con ustedes, serán putas VIP, les quedó claro. ¡Como ellas!

Señaló a las veteranas.

—Comencemos la clase.

CAPÍTULO 40

COMO ROMPER A UNA MUJER

Rancho Bacanales, México

Uno de los “maestros” agarró a una veterana y la llevó al centro del grupo. Se acostó sobre el colchón, con el pene erguido como si fuera una pica. La prostituta escogida para la demostración no precisó de una orden —*sabe lo que tiene que hacer sin que se lo digan, debe de haberlo hecho cientos de veces*—, se sentó sobre él, penetrándose suavemente. Luego comenzó a cabalgarlo, cambió de posición, subiendo y bajando, marcando ella misma un ritmo mientras se tocaba los senos y la pelvis. Comenzó a fingir gritos de placer hasta llegar a sentir un orgasmo increíblemente real.

—¡Dame más, papi, dame más! —gritaba mientras su cuerpo era sacudido por “orgásmicos temblores”.

Sí, es una profesional.

Un segundo maestro se acostó sobre otro colchón y le exigió a una de las nuevas que imitara a la veterana. La joven, sin poder controlar los temblores de miedo, negó con la cabeza.

—¡Yo estoy casada, por Dios! ¡Por favor! —Murmuró entre gimoteos—. Mi esposo me está esperando al otro lado de la frontera.

El serbio no se lo pensó dos veces, la agarró con brusquedad por el pelo y la tiró contra el colchón junto al “maestro”, después tomó una de las reglas de madera y comenzó a golpear a la joven que estaba amordazada a la mesa con toda la furia que había reprimido hasta el momento. Los estallidos y los gritos se unieron en una combinación terrible, y era imposible distinguir uno del otro. La regla de madera fue desgarrándole la piel, la sangre empezó a correr por sus muslos, formando un charco entre sus pies, mientras que el resto de las mujeres no paraban de chillar. Mierda, orine y sangre se mezclaron en el piso.

—¡La voy a matar! ¡Me escuchas...! —le gritó a la recluta. Sin darle una pausa al cuerpo moribundo de la prisionera continuó golpeándole las nalgas, los muslos y la espalda. La joven apenas podía gritar, unos gemidos entrecortados y lastimosos se escapaba de su boca— ¡O te subes arriba de él o voy a matar a esta puta de mierda! ¡Después sigue una de ustedes!

El resto de las mujeres se miraron con el miedo tatuado en sus almas. Todas pensaban lo mismo, ¿Quién será la siguiente? ¿Sí me tocara a mí, se dejarán

violar para que no me den con la regla?

Nada mal, serbio, nada mal... una técnica infalible. Irina tuvo que admitir que aquel monstruo era un genio en torturas psicológicas y físicas. El serbio no estaba torturándolas a todas (porque eran mercancía valiosa y él lo sabía), en cambio escogió a una para que sirviera de ejemplo, el mensaje era claro; *hagan lo que les digo, o les pasará esto mismo...* El plan resultó a la perfección. La nueva recluta olvidó que estaba casada (*la supervivencia no tiene conciencia*), se subió sobre el maestro y comenzó a cabalgarlo según este le fuera exigiendo. Uno a uno se fueron extendiendo los colchones y minutos después, cada una de las nuevas reclutas estaba participando en una orgía, donde se intercambiaban de parejas a una orden del serbio: unas diez veces en pocos minutos.

La clase duró unas dos horas más.

En una ocasión el serbio les exigió que practicasen sexo anal y, aunque a esas alturas pareciera increíble, una de ellas se atrevió a negarse y fue arrastrada hasta una silla de patas altas. La amordazaron de frente, con sus senos apretados contra el espaldar. Luego, diez hombres la violaron analmente hasta que la hemorragia fue tal que la dejaron por muerta. Irina supo unas horas después que, en efecto, se había desangrado. Después de aquello, el resto de las jóvenes practicó sexo anal y doble penetración sin volver a oponer resistencia. Cuando los maestros ya no tuvieron una sola gota más de semen, gracias a la maravillosa *Doña Viagra*, la clase terminó. Las nuevas reclutas fueron encerradas en una habitación, había una ducha al final y varias literas. Dos guardias las vigilarían toda la noche para asegurarse de que ninguna intentara suicidarse..., pero siempre alguna lo conseguía. Pérdidas lamentables para el negocio, por eso los cuidados. La clase iba a continuar al día siguiente, y luego, por el resto del mes. Al finalizar, las que sobrevivieran, se graduarían como prostitutas sumisas y entendidas en el arte de “vender placer”.

Las veteranas fueron llevadas de vuelta a la mansión. Un guardia las condujo hasta un baño colectivo. En cuanto entraron, corrieron a los inodoros, a vomitar semen, sangre y lágrimas. El baño siempre duraba varias horas, por lo que el guardia les dio la espalda para fumarse un cigarrillo. Ya en una ducha, Irina se dejó caer por la pared de mármol, Lety la imitó. Ambas se abrazaron como niñas pequeñas y lloraron bajo el chorro caliente del grifo.

CAPÍTULO 41

UN INVITADO NO DESEADO

Rancho Bacanales, México

El portón se abrió para darle paso al Jeep Wrangler (una monstruosidad repleta de focos, parachoques, cables de tensión a cada lado y dos Winch instalados uno al frente y otro detrás). los guardias giraron inconscientemente hacia el vehículo, y tuvieron que admitir que aquel coche estaba fuera de lugar. Acostumbrados a ver Ferraris y BMW deportivos, el Jeep se parecía más a uno de esos vehículos todoterrenos que se usan para operaciones de salvamento de las brigadas especiales, y, sin embargo, quien fuera el misterioso cliente, pronunció las palabras claves para acceder al Rancho, no como un mensajero o algo por el estilo, sino como uno de los millonarios que esa noche venían a comprar mujeres o a participar en la fiesta.

Algún extravagante, pensó la mayoría. Pero las sorpresas apenas comenzaban. Desde la habitación de control las cámaras giraron hacia el Jeep. La puerta se abrió y una mole de dos metros de estatura, cabello sobre los hombros y mirada de pocos amigos, descendió con la calma de quien se sabe observado desde cada ángulo posible.

—¡Mierda! ¡Mierda! —Uno de los guardias se apresuró a confirmar la identidad del recién llegado—. ¡Es Sodoma! ¡Repito, Sodoma está en el Rancho!

Pedro Chiapas acababa de servirse un plato de leche con serial y tuvo que dejarlo para correr hacia la pantalla, tanto Josefina como él se dieron codazos al llegar al monitor.

—¡No lo puedo creer! —exclamó Pedro Chiapas—. El mismísimo Sodoma acaba de hacer su entrada.

La habitación de “Los Mirones” (como La Llorona había bautizado a la sala de controles que monitoreaban por circuito cerrado las doscientas cámaras que habían instaladas por toda la mansión), quedó literalmente en silencio. Josefina tampoco creyó lo que estaba viendo, comenzó a dar salticos como una niña que pide caramelos a su abuelo, sin poder contener la emoción, aunque en ese caso particular, era pidiéndole al técnico que le hiciera un zoom a la cámara.

—¿Es él? —le preguntó a Chiapas.

—Por desgracia sí, es él. Me pregunto qué rayos hace aquí.

Incluso, si el famoso sicario hubiera ido solo a disfrutar de las mujeres (cosa que Chiapas no creía posible), continuaba siendo un problema. Pedro reflexionó con rapidez sobre la situación que acababa de plantearsele, pues Sodoma era el clásico invitado non grato. Era en sí la persona que llega a la fiesta de los *Osos y las Osas*... “hombres poderosos, pero no hermosos, mujeres hermosas, pero no poderosas” (juntos, todos los bellos, cultos y ricos de la sociedad), y como siempre ocurre en estos casos, ese clan lo rechazaba, por el simple hecho de decirles las verdades a la cara; además por ser inculto, vestir mal... Para Sodoma, ese mundo era simple basura snob; eso sí, nadie en su sano juicio se atrevería a rechazarlo de frente porque cuando había problemas y la mierda chocaba contra el ventilador (ensuciando a todos los *Osos y Osas*), entonces Sodoma era el hombre que todos querían en su bando.

Chiapas tuvo que contener la risa ante la imagen que le vino a la mente; *es el Luca Brasi de los cárteles*.

Él era un fan de la película *El Padrino*, se conocía de memoria los diálogos y las escenas, había leído los libros una docena de veces; la película... la había visto un trillón. Aunque la ficción y la realidad eran muy diferentes, y el mejor ejemplo de esa diferencia lo estaba observando en ese momento. Sodoma era la pesadilla que podría intimidar al propio Luca Brasi, pero, sobre todo, porque este jamás caería en una trampa tan estúpida como le había sucedido al legendario mafioso. Y precisamente era eso lo que lo hacía tan peligroso. *A Brasi le tendieron la mano, ¡y el muy confiado la dio! Resultado: le clavaron esa misma mano a la mesa y le cortaron el cuello con un garrote*.

Con Sodoma pasaría todo lo contrario, le extenderías la mano, y con buena suerte (mucha buena suerte), solo te quedarías manco.

—Había escuchado sobre él —murmuró Josefina, en un vano intento por disimular su excitación—, pero jamás pensé que fuera tan alto.

—Su estatura no me preocupa, sino lo que traiga debajo de la chaqueta.

Josefina señaló el Jeep.

—También esperaba de él un auto mejor... no sé, algo con más estilo.

—No te gués por las apariencias, lucir bien no te salvará la vida. — Chiapas tocó con su dedo índice la pantalla, señalando al Jeep de Sodoma—: ese “auto” tiene más blindaje que la Bestia de Obama.

Sodoma miró a cada lado repetidas veces. Sus ojos recorrían el Rancho y lo separaba mentalmente por secciones de acuerdo a su importancia militar. Su entrenamiento entrenó en él una especie de memoria fotográfica para atrapar los detalles que podrían salvarle la vida. El problema, según sus entrenadores, era la manera en que los enfocaba.

¿Dónde estoy? ¿Cómo entro? ¿A qué me enfrento? ¿Cómo salgo?

Cuatro preguntas clásicas que todo comando debía hacerse, de ello dependía la misión.

La primera...

El Rancho Bacanales era una fortaleza de las mejores que había visto, sobre todo, por su modernidad. Las cámaras infrarrojas que cubrían cada sector, respaldadas por sensores de movimiento (pequeñas bolas de cristal súper sensible, capaz de escuchar como cae la mierda de una mosca desde cinco metros de altura), constituían el verdadero problema.

A menos que entre al estilo Batman.

Si en ese instante alguien hubiese podido escuchar sus pensamientos, de la misma manera en que lo hacían sus profesores cuando estuvo en la academia de Fort Bragg y él les exponía sus planes estratégicos, ese alguien creería simplemente que aquella mole humana solo necesitaba de una habitación cinco estrellas, en cualquier hospital psiquiátrico de máxima seguridad.

El problema con Batman es que siempre entra a recolectar información, no en plan rescate, además, usa pistolas con cables y toda esa basura que no me da tiempo buscar. Eso solo me deja a la Black Widow, sí, Natasha Romanova sería perfecta en el caso de los sensores de movimiento y las cámaras infrarrojas... Umm, aunque es muy delgada y elástica, yo apenas me puedo tocar la punta del dedo gordo con las manos. ¡Naaa! Entrar sigiloso no es una opción.

No, no lo era.

Un portón capaz de detener un tanque de guerra, una pared de tres metros de altura por uno de ancho, cubierta con rollos de alambre de púas (electrizados, por supuesto), seis torres con nidos de ametralladoras y francotiradores en cada una. *Esto se pone cada vez mejor.* Guardias armados con MP5 y silenciadores incorporados formaban un perímetro en constante movimiento. Por sus maneras de andar, debían de tratarse de soldados profesionales, posiblemente guatemaltecos; los mejores mercenarios latinos. Y para concluir, un helicóptero al final del patio. Si Irina era tan importante, ante el menor peligro o riesgo de perderla, podrían sacarla en el helicóptero junto con

Josefina y su inseparable guardaespaldas. Esto lo llevaba a replantearse el plan de extracción.

Dos opciones, espero a que la saquen en un auto, cruzando los dedos para que no lo hagan en el helicóptero (de ser así la perdería), o entro a buscarla. Esto a su vez me conduce a dos preguntas: ¿cómo entro? y ¿cómo salgo?

Una vez dentro, necesitaría ayuda desde el exterior para crear una diversión, algo que mantuviera ocupados a los guardias y le diera tiempo para sacar a Irina junto con el chico. Para lograrlo iba a necesitar también que alguien le abriera el portón.

Hulk.

Sí, Hulk es perfecto.

Hulk destruiría el portón y varias torres de vigilancia, aun así, no sería suficiente, porque necesitaría más apoyo. Alguien capaz de eliminar a los francotiradores y los nidos de ametralladoras desde una distancia prudente. Alguien como Hawkeye (Ojo de Halcón, como diría la nueva ayudante latina de Jimmy), aunque este y sus flechas eran una mierda, pensándolo mejor, no... a quien necesitaba era a Deadshot... *sí, Deadshot es perfecto.*

—Disculpe —uno de los guardias se acercó a una distancia prudente—, Pedro Chiapas le manda sus saludos. ¡Dice que no dude en pedir lo que necesite!

Sodoma miró hacia una de las cámaras y envió un saludo con la mano, después se volvió hacia el guardia y le ordenó que lo llevara hacia la subasta. No tuvo que repetirlo dos veces.

CAPÍTULO 42

SIN ESCAPE

Rancho Bacanales, México

El trauma era irreversible.

Arqueada tras arqueada, Lety continuaba vomitando. Bien fuera por los nervios o porque realmente quería sacarse de sus entrañas hasta la última gota de semen que aquellos monstruos echaron en sus bocas. Irina lo soportaba un poco mejor. Su mente quedó en shock, quería dejarse llevar por el pánico, llorar y vomitar al igual que Lety, pero su lado pragmático la obligaba a tomar las riendas del asunto. Tenía que sobrevivir... *tengo que aguantar... tengo que escapar de esta pesadilla. Tengo un hijo por quien luchar. ¡Pragmatismo, Irina! Quita todo lo que no te sirva y dale paso a los pensamientos prácticos.*

—Lety, ¡aquí nos van a matar! —le murmuró al oído. Ambas continuaban abrazadas en el piso de la ducha. Al igual que ellas, el resto de las mujeres formaron sus propios grupos, ninguna estaba sola. Unas a otras se lavaban las espaldas o los cabellos, eran actos maternos que solo las mujeres son capaces de hacer después de sobrevivir a semejante pesadilla—. *¿Alguna vez has intentado escapar?*

Por fin Lety salió de su letargo. La miró como si acabara de mencionarle algo tan estúpido como peligroso.

—Claro que sí.

Al ver la mirada traumada de Lety, Irina sintió pánico de escuchar su respuesta.

—Logré salir del Rancho, incluso llegué a la embajada cubana en México DF. —Lety comenzó a llorar como si le recordaran el suceso más triste de su vida—. Me metieron en una sala y me interrogaron por horas. Les conté todo, todo. Dos horas después fui sacada de la embajada y me entregaron a una patrulla de la policía federal. *¡Entiendes lo que pasó!*

Esto es peor de lo que me imaginaba. Pero ahora escucha... ¡tú querías saber la respuesta!

—Mi propia embajada me entregó al cártel, y estos necesitaban darme un pequeño escarmiento. —Los temblores aumentaron junto con el llanto a medida que Lety continuó desgarrando su alma—. Me llevaron a una prisión

de hombres en Veracruz, me desnudaron y me inyectaron una sobredosis de benzodiazepina, a punto estuve de sufrir un shock psicótico. Pero el resultado fue el esperado, me pusieron como una zombi y me llevaron celda por celda. Cada preso podía violarme o hacer conmigo lo que le diera la gana, siempre que pagara sus diez dólares.

Irina recostó la cabeza de Lety contra su pecho, quería pedirle que se callara, que ya era suficiente, pero la doctora necesitaba contarle, decirle por qué sería una estupidez el intento de escaparse.

—Quinientos cincuenta dólares recaudó el guardia... —Irina visualizó con rapidez toda una fila de cincuenta y cinco hombres. Era un trauma del cual muy pocas podrían recuperarse—. Pero apenas había comenzado el castigo. Me trajeron de vuelta al Rancho. Nadie me golpeó ni me torturaron..., físicamente.

Lety comenzó a explicarle algunas de las cosas que tenía el rancho y que no alcanzaron a visitar ese día. A su regreso la encerraron en una perrera. De compañeros de celda tenía a dos enormes doberman, pero muy sumisos, eso sí. En horas de la tarde sacaban a los perros para comer y tomar agua, pero no a ella. Ni comida ni agua. Fue tanta su sed que en una ocasión llegó a tomarse su propio orine, aunque eso solo fue una vez, después la deshidratación fue tanta que empezó a delirar. Alcanzó un punto crítico en que rompieron su voluntad, haría lo que fuera por comida y agua... lo que fuera.

Lety estaba consciente de lo que querían de ella.

El Rancho contaba con un ala especial dedicada a los sádicos y a todo lo relacionado con perversiones. Mentes perturbadas que lograban sus orgasmos causándole dolor a sus parejas. Allí llevaban a las mujeres para recibir latigazos, esposarlas a las paredes, mientras enfermos mentales las mataban a golpes. También contaban con una sala dedicada a la pedofilia, a la necrofilia, a la zoofilia, y a todos las filias que el dinero podía comprar. Las peores fantasías podían satisfacerse en aquel lugar. Al igual que los shows sexuales con animales que se llevaban a cabo todas las noches en las calles de Bangkok, el Rancho también disponía de su propia variedad de espectáculos (no eran nada comparados con los de Tailandia, pero se hacía lo que se podía). Desde una mujer manteniendo relaciones sexuales con un perro, un caballo o un cerdo, hasta chicas que se introducían bombillas en sus vaginas, serpientes o anguilas.

A Lety le tocó con un perro.

La llevaron a la sala y la acostaron en una camilla preparada especialmente

para la ocasión. Lety había llegado a un punto crítico, tan deshidratado y desnutrido estaba su cuerpo, que su mente estaba consciente de que no resistiría un día más. Abrió las piernas y esperó... cualquier animal ya le daba lo mismo, sin embargo, lo que vio fue el rostro de Josefina, esta le sonrió y le dijo unas breves palabras que cambiaron su vida para siempre:

—No lo vuelvas a hacer.

—No Irina, no tenemos como escaparnos de este lugar.

El relato logró estremecer cada fibra de su cuerpo, de su alma, de sus instintos. No había escape. Si lograba salir de aquel manicomio sexual, ¿hacia dónde iría? Llegar a la frontera era toda una quimera. Aun así, algo en su interior se resistía a consentir la sumisión absoluta.

—Terminen la ducha —la voz del guardia las sacó a todas de sus estados hipotónicos—, la Patrona las quiere listas para esta noche.

El guardia entró en la ducha y fue directo hacia donde estaban Irina y Lety.

—Ustedes dos, dice Josefina que estén listas, las quiere esta noche en la subasta.

En cuanto el guardia se viró, Irina interrogó a Lety con la mirada.

—Hoy vienen a comprar mujeres. —Fue su respuesta—. Nosotras, “las prostitutas veteranas”, tenemos que vestir y maquillar a la mercancía, de paso servir de camareras y todo lo que nos pidan durante la subasta.

¡Cuándo acabará este día!

CAPÍTULO 43

PREPARATIVOS

Rancho Bacanales, México

Apenas pudo disfrutar un rato con Yotuel.

El niño no había probado bocado en todo el día y por lo visto, tenía miedo de comer cualquier cosa que su madre le diera. Lo peor de todo, comprendió Irina con cierto tormento, era ver como el niño le iba creando alguna clase de fobia a la comida. Sin dudas los regaños que le propinaron en el comedor, influyeron bastante en esa nueva conducta. En los pocos minutos que le permitieron estar con él, intentó convencerlo de que al menos probara algo, pero en cuanto comenzó a ganarse su confianza, volvieron a tocar a la puerta. Al abrirla, se encontró de frente con un guardia, este le ordenó que la siguiera de inmediato.

—Cariño, pórtate bien, ok, mami regresa dentro de un ratico.

Yotuel la despidió con un beso y una mirada de súplica; el niño quería a su madre, estaba asustado y ella no podía hacer nada para evitarlo.

En la sala, ya Lety la estaba esperando.

—¿Lista?

—Qué remedio nos queda.

La nueva habitación a la que fue conducida era una especie de vestidor repleto de espejos. Trajes eróticos de todos los diseños colgaban en una hilera infinita de percheros, montañas de maquillaje y pelucas estaban esparcidas por las mesas. Seis laboriosas chinas (de Lao, le especificaron después), iban como abejas de una mujer a otra, maquillándolas, peinándolas y escogiéndoles vestidos sexys acorde a su piel o sus ojos. A Irina le escogieron un negligé transparente con una tanga microscópica que no dejaba nada para la imaginación.

En cuanto estuvieron listas, fueron levantadas de sus asientos para darle paso a las jóvenes que serían subastadas. Cuando las niñas entraron, se hizo un silencio incomodo en la sala. Por mucho que intentó evitarlo, sus ojos volvieron a toparse con la mirada de la chica que vio en la Escuela. Ahora lucía mucho más hermosa, la habían bañado y llevaba puesta una de las batas chinas, la tela de seda ajustada a su cuerpo mostraba las curvas de una latina

en estado puro.

Es bella, pero es una niña... no es como las cubanas.

Irina conocía a chicas cubanas que mantenían relaciones sexuales desde los once años, de hecho, llegar virgen a los quince en Cuba era toda una proeza, por no decir un reto a lo imposible. Pero aquella criatura no tenía ninguna experiencia con los hombres. Estaba asustada y no paraba de sollozar. Las lágrimas le corrían por los cachetes y tenía roja la nariz de tanto soplársela.

—¡Que desperdicio, ¿verdad?! —dijo una voz conocida a su espalda.

Irina giró lentamente para quedar frente a Josefina.

—¿Sabes lo que le va a pasar?

Irina se esforzó por sonreír y negar con la cabeza.

—Los clientes que vienen hoy son finos, millonarios que van a pagar una fortuna por una chica así, pero en el estado que se encuentra nadie le va a prestar atención. —Ambas mujeres observaron a la joven, esta sintió el peso de sus miradas y aumentó el llanto—. ¡Por Dios! Lo que da es asco, la voy a tener que vender a los burdeles de Tijuana. ¿Tienes idea de cuántos viejos borrachos y gordos gringos le van a tocar en una noche?

Irina prefirió no responderle.

—Dale algunos consejos, cubana, ayúdala. Quién sabe, quizás la puedan dejar en el Rancho, pues potencial tiene. Además, con ese cuerpo y esa cara, eso sería lo mejor que le podría pasar.

Te creo...

Josefina le dio la espalda y se marchó sin hacer más comentarios.

—Que linda eres, ¿cómo te llamas?

La joven la miró por unos segundos sin atreverse a responder. Algo debió de ver en la mirada de Irina que la hizo relajarse. Entre susurros le dijo un nombre:

—Car... Lo... Lorena.

—¿Ese es tú verdadero nombre o el que te dieron aquí?

La joven hizo un gesto casi imperceptible de negación.

—Dime tu verdadero nombre.

—Carmen... Carme de la Rosa. —Algo debieron de hacerle en las horas que estuvo en cautiverio, ya que ni su nombre se atrevía a pronunciar—. Pero me dijeron que desde hoy me llamaré Lorena... ¡no me gusta!

Sí Carmen... desde hoy serás Lorena.

—Tú verdadero nombre es precioso, pero desde hoy tendrás que aprender

a sobrevivir, y eso va a depender de ti.

Por la mirada de conejo asustado que le dio por toda respuesta, Irina supo que la joven no tenía ni idea de lo que le estaba hablando.

Probemos otra táctica.

—¿De dónde eres?

—De Costa Rica.

—¿Y cómo llegaste aquí?

—Mis padres me vendieron a un señor que les prometió hacerme una modelo famosa. Yo no le creí, pero era eso, o trabajar en el hotel Del Rey.

—¿El hotel Del Rey?

—Sí, es el hotel más famoso de San José, es muy famoso en Costa Rica, todas las noches cientos de mujeres se prostituyen en el bar, lo llaman el “Blue Marlin”. —Carmen volvió a sus gemidos y sollozos—. ¡Yo no quería trabajar de puta!

Y, sin embargo, mira dónde estás.

—No puedes repetir tu nombre, Carmen ya no existe; te quedó claro —la joven la miró suplicándole con los ojos que la ayudara para, al menos, sobrevivir a aquella noche—. Tienes que adaptarte al nombre de Lorena si quieres perdurar en este lugar. Es cuestión de vida o muerte, ¿te quedó claro!

No eres su amiga, no le debes nada... ayúdala a sobrevivir, no a que se tenga lastima.

—Mírame a la cara. —La voz amigable de Irina, pero firme a la vez, hizo que Lorena la mirara—. Eres joven y hermosa, eres una reina, pero tienes que sobrevivir. Si haces lo que te dicen vas a ser una más del montón, por eso tienes que sobresalir, para eso usa tus atributos. Si quieren una puta, ¡sé la más puta!

La joven afirmó con la cabeza sin dejar de sollozar.

—Lorena, esta noche tienes una oportunidad, no la desperdicies, ríete, muéstrales que eres algo por lo que vale la pena pagar, de lo contrario te estás jugando la vida. Piensa que te pueden mandar para un burdel en Tijuana o cosas peores, créeme.

Irina tomó de una cajita un paño Clinique y comenzó a limpiarle el rostro.

—¿Qué hago entonces?

No puedo creer lo que le voy a decir...

—Necesitas vestirte sexy —Irina fue hasta los percheros y escogió todo un conjunto de lencería de la mejor calidad. Unas medias negras acompañadas por unos ligeros y un corsé fueron más que suficiente para convertir a aquella

belleza en un manjar para sus posibles compradores—, y recuerda, pase lo que pase no dejes de sonreír y mostrarte coqueta.

—Gracias.

Irina le esbozó a su vez una sonrisa, y la ayudó a vestirse.

La joven quedó perfecta, lista para ser vendida. Al voltearla, Irina tuvo que recostarse a la pared para resistir un repentino dolor en su pecho, sintió como algo en su interior terminaba de quebrarse (últimamente demasiadas cosas se estaban quebrando en su pecho), se sintió asqueada por lo que acababa de hacer, pero, ¿qué otra opción tenía?

—¡Prepárense! —Gritó un guardia—. Los clientes ya están llegando.

¿Cuándo acabará esta pesadilla?

CAPÍTULO 44

¿QUIÉN DA MÁS?

Rancho Bacanales, México

La puerta se abrió para darle paso al desfile de prostitutas.

El aplauso, las risas y las miradas la asaltaron desde cada rincón del salón. Un simple vistazo a su alrededor le hizo vislumbrar que la sala era mucho más grande de lo que se había imaginado. Unas doscientas personas se movían de un grupo a otro como viejos amigos reunidos tras una temporada en el extranjero. Las risas, las bromas y algún grito alegre de mujer resonaron dentro de las paredes. El centro del salón estaba dividido por una larga pasarela para que las modelos de la noche (en este caso las jóvenes que serían vendidas), fueran exhibidas ante sus futuros dueños. Para que todo luciera mucho más profesional, un conductor de shows guiaría los precios durante la subasta.

—¡Bienvenidos, caballeros! —Anunció desde el micrófono un anciano con voz de locutor y apariencia de juez de algún certamen—. Siempre es un placer tenerlos aquí, en el Rancho Bacanales, ¡donde todas las fantasías se hacen realidad!

Mientras una sarta de aplausos recibía las frases de bienvenida del locutor, Irina, junto con el resto de las chicas, siguió el guion que les habían preparado. Fueron directo a los carritos de bebidas ubicados en todas las esquinas y comenzaron a empujarlos por entre la multitud. Comenzó a abrirse paso por entre hombres de trajes de Armani que le iban pidiendo tragos a medida que avanzaba por entre las mesas. Algunos la detenían para valorarla como si fuera una obra de arte, la abrazaban o le tocaban una nalga sin muchos titubeos. Ella tenía que responderles siempre con una sonrisa. Las instrucciones fueron claras: servirles tragos o lo que les pidieran... *a fin de cuentas, el cliente siempre tiene la razón.*

Aunque con el paso de los minutos, Irina se sorprendió al adivinar que por primera vez, los hombres estaban más enfocados en las cortinas por donde saldrían de un momento a otro las modelos, que en el ejército de bellas prostitutas que se movían entre ellos. *Negocios primero, placeres después. Para celebrar ya tendrán tiempo.* A medida que fue moviéndose por entre los clientes, sirviéndoles tragos, riéndoles sus chistes y dejándose acariciar los

senos o las nalgas, algo comenzó a llamar su atención. Lety le comentó que vendrían muchos compradores, pero nunca le dijo de dónde... *entonces, ¿quiénes son todos estos tipos?*

—¡Que comience el show! —anunció el presentador. A su espalda se abrieron las cortinas y un grupo de jóvenes semidesnudas se adueñó de la pasarela. Una horda de aplausos y chiflidos les dio la bienvenida—. ¡Está será una noche especial, caballeros! ¡El Rancho Bacanales se complace en presentarles el desfile de las vírgenes!

Irina observó sobrecogida aquellas caras de niñas, que ni todo el maquillaje del mundo podrían disimular... *aunque esa es la intención, por más desgraciada que sea la verdad.* Máscaras de miedo cubrían sus rostros. Sus risas eran plásticas, trataban de adaptarse lo mejor posible a la realidad que las rodeaba... *¡pero es mucho para asimilar en tan poco tiempo!* Vio a Lorena, la joven se esforzaba por mantenerse erguida y sonriente, aunque era imposible ocultar la realidad, el hecho es que estaba a punto de llorar. Por un momento el labio inferior comenzó a temblarle y un sollozo se le escapó. Por suerte sus ojos se encontraron con los de Irina y esta le hizo un gesto afirmativo. Lorena se relajó un poco.

Tras la primera presentación, el grupo se retiró para luego comenzar la subasta por separado: la pesadilla había comenzado.

Lorena fue la última, Irina había ido dos veces al baño, a vomitar. Por mucho que se obligó a permanecer firme, en varias ocasiones los nervios la traicionaron.

—¡Madre mía, madre mía! ¡Qué pastel! —Anunció el presentador, tomó de la mano a la joven y le indicó que se diera vuelta al ritmo de los aplausos—. ¡Solo catorce años, señores! Virgen de cuerpo y alma. La hermosa Lorena me comentó que está lista para entregarse a un hombre que le enseñe, que le aclare sus dudas y la convierta en una verdadera mujer. —Haciéndole un guiño de complicidad al público, les preguntó—: ¿Algún caballero gustaría de enseñarle?

Al momento comenzaron a levantarse manos entre la multitud. Una vez más, la escena parecía irreal. *¡Nunca podré acostumbrarme a esto!*

—¡Cinco mil! —gritó uno de los compradores, con acento de Europa.

—¡Siete mil! —chilló un chino.

Los tragos pasaban de mano en mano, las botellas de vino, champan, tequila

y whisky no daban abasto mientras los hombres se iban excitando cada vez más con las prostitutas que los rodeaban. Irina podría imaginar el final de todo aquello como una gigantesca orgía, de no haber sido por las características tan desiguales de aquel grupo. Llevaba rato mirando los detalles de aquellos hombres, buscó a Lety con la mirada, pero la doctora estaba ocupada dejándose amasar las nalgas por un grupo de chinos. A su derecha seis gigantes de cabezas rapadas lo observaban todo con una mirada fría y distante. Aquellos ojos azules le recordaron a peces muertos, Irina conocía aquellas miradas. Eran de Rusia, Ucrania, Kosovo o cualquiera de las repúblicas de la antigua Unión Soviética. No importaba, todos hablaban como si estuvieran molestos por algo. Los antiguos generales de los partidos comunistas terminaron convirtiéndose en los señores de las mafias rusas, por eso Irina los conocía, ya que muchos de ellos visitaban la isla continuamente.

Por las apariencias de cada uno, más que por sus acentos, Irina fue definiendo los diferentes tipos de mafias que se habían reunido en aquella sala. Los italianos, con sus trajes carísimos hechos a la medida y sus pelos engominados, eran inconfundibles.

—¡Doce mil! —dijo en ese mismo momento uno de ellos.

—¡Quince! —la voz chillona de otro chino, con una camiseta blanca y tatuajes que cubrían sus brazos, recorrió toda la sala.

De repente algo pasó.

El ambiente cambió en solo segundos. Las voces se callaron para convertirse en susurros y las cabezas fueron girando disimuladamente hacia la puerta. Irina también miró, la escena que se desarrolló ante sus ojos parecía sacada de una película del oeste, en donde Wyatt Earp hacia su entrada triunfal en la taberna y hasta las moscas detenían su vuelo. Los clientes no llegaron al extremo de callarse, pero en el salón algo había cambiado de manera drástica y la tensión podía sentirse en el aire.

En esa ocasión, el *vaquero* media dos metros de estatura y miró a los presentes como si no estuviera asegurándose de a quien arrancarle primero la cabeza. Irina reconoció aquella mirada, no era la del tipo duro que por su tamaño y aspecto intimidaba a los demás.

No, es la misma mirada...

Irina recordó la mañana en que conoció al viejo Manuel, un experto asesino que entró al restaurante donde ella trabajaba. Lo que sucedió ese día generó los acontecimientos que la habían llevado a su situación actual. Aun así, no le

guardaba rencor. Sus ojos, aunque de diferente color, funcionaban de la misma manera que los del anciano. El recién llegado intentaba aparentar indiferencia a todo lo que le rodeaba, aunque en realidad, le prestaba atención hasta los mínimos detalles... Como funcionaban aquellos cerebros de asesinos expertos, era todo un misterio para Irina, pero un factor nunca cambiaba, las miradas siempre eran las mismas.

—Hagas lo que hagas trata de no cruzarte en su camino —le advirtió una de las prostitutas que pasó en ese momento por su lado—, ese es Sodoma, el hombre más peligroso de esta sala.

Antes de que pudiera hacerle una pregunta, la mujer ya había desaparecido entre la multitud. Si algo aprendió en Cuba, era a no ignorar las advertencias de una prostituta, así que no se atrevió a mirar de nuevo al tal *Sodoma*, prefirió buscar a Lety.

Lety había logrado desprenderse de los chinos con la justificación de ir a rellenar su carrito de botellas. Irina no perdió la oportunidad. Sin dejar de sonreír, guiñar ojos y lanzar besos, atravesó el salón hasta llegar a su lado.

—Lety, ¿quiénes son estas personas?

—¡Dieciocho mil! —gritó un ruso, su acento era inconfundible a pesar de que la subasta era conducida en español.

—Pues quienes van a ser, ¡compradores! —Lety la miró sin entender aún la pregunta.

—Eso ya lo sé, pero, ¿de dónde son?

Irina solo quería la confirmación de una respuesta que ya sabía.

—¡Treinta mil euros! —rugió una voz desde la multitud.

Las cabezas giraron hacia un hombre de aspecto refinado, traje Armani y un candado recién afeitado.

—Ese es Hamid —le susurró Lety contrariada.

Irina observó la tarima desde donde la hermosa Carme... *Lorena*, sonreía sin estar convencida de lo que acababa de ocurrir. Nadie hizo una contraoferta, por el contrario, muchos comenzaron a felicitar al comprador.

—Bueno, pues parece que tenemos una buena oferta... pero señores, miren esta belleza de mujer, ¿nadie va a dar más? Solo una oportunidad les daré, de lo contrario esta princesa tendrá un rey esta noche.

Muchos aplaudieron el tono cómplice del locutor.

—¿Quién es Hamid?

—Es el comprador que envían todos los meses los Emiratos Árabes.

Irina no pudo imaginar un peor destino para Lorena. Un país donde las mujeres son consideradas ciudadanos de segunda clase, un caballo o un perro tienen más derechos que ella. Entonces, qué podría esperarse para una prostituta.

¡Un momento...!

—¡Los Emiratos Árabes! —una pequeña esperanza alumbró en sus ojos—. En ese país está prohibida la prostitución.

—¡Psss! Solo en los periódicos y la televisión —*¡pum! bienvenida a la cruda y cínica realidad*—. ¡Despierta, Irina! Estás entre las grandes ligas. Esos árabes de mierda son los que más mujeres compran al año, y después culpan a los infieles por ponerlos en tentación.

Sí, Irina, despierta, mira a todos estos hijos de puta como lo que son, los dueños del mundo. Aprende a usarlos, es tu única posibilidad de escapar. Pero, ¿cómo?

—Pues sin más ofertas, ¡vendida!

Un cerrado aplauso estremeció la sala. Los hombres alrededor de Hamid le tendieron la mano y lo volvieron a felicitar. ¡Excelente negocio! ¡Una compra espectacular! ¡Esta noche si te la vas a pasar en grande! Eran elogios fingidos, todos a su alrededor sabían que Hamid no iba a tocar a la chica, ella estaba reservada para sus jefes.

—¿Qué le pasará a Lorena? —se le escapó le pregunta sin poderlo evitar.

Lety la miró con cierto reproche.

—Yo espero que no le hayas tomado mucho cariño, porque esta misma noche se la envían a su dueño —aquella palabra, *dueño*, era nueva para ella —, desde mañana tendrá que llamar Amo a quién sea que la haya comprado. —Lety le señaló al orgulloso comprador—. Pagó treinta mil euros por esa virgen, así que desde ahora Lorena va a formar parte del harén de algún Jeque. Su futuro está muy bien definido: su Amo la violará por los próximos años hasta que se aburra de ella (quizás meses, todo dependerá de cuan buena se vuelva en la cama) cuando esto suceda, porque va a suceder; siempre vendrán nuevas esclavas, entonces se la regalará a Hamid, quien a su vez la venderá a los burdeles de Israel, así las ganancias serán cuatro o cinco veces mayores que la primera inversión. ¡Sí, créeme cuando te lo digo! A los hombres de Israel le encantan las prostitutas extranjeras, y más si son forzadas. —La sonrisa cínica que siempre cubría el rostro de Lety no desapareció de sus labios mientras le contaba todos esos detalles—. Sabías que Israel, “el pueblo escogido por Dios”, tiene uno de los mercados más grandes del mundo de

esclavas sexuales. ¡No pongas esa cara! No es un secreto ni nada por el estilo. Los israelitas son clientes excelentes, sobre todo, los hombres más religiosos, ya sabes; por eso de que no pueden masturbarse porque es pecado... mejor echar su sagrado semen en la vagina de una pecadora que no ama al “Señor”.

Sus miradas volvieron a cruzarse.

Uno de los guardias tomó del brazo a la bella Lorena y la volvió a esconder tras las cortinas. *Carmen, se llama Carme...* Antes de salir Carmen la miró, una sonrisa se dibujó en su rostro, una sonrisa inocente, una sonrisa virgen y carente aún de maldad o cinismo. Una sonrisa que le dedicó por última vez, como agradeciéndole los consejos. Irina supo desde ese momento que nunca más la volvería a ver.

Miró a su alrededor sintiendo que todo comenzaba a darle vueltas. Conocía perfectamente aquella sensación, eran las campanas de su cuerpo anunciándole que estaba a punto de entrar en un ataque de pánico. *No es el mejor momento, y mucho menos el lugar. Tienes que controlarte, necesitas encontrar las fuerzas... ¡cálmate, mujer! ¡Cálmate y respira! Piensa en Yotuel, te necesita, eres su mami. ¡Eres su mamá! ¡Maldita sea, contrólate de una puta vez!*

Respiró profundo haciendo un último esfuerzo para no gritar, aunque, gritar ¿para qué? ¿Ayuda? Estaba sola y su cuerpo era la única herramienta que tenía para escapar de allí. *Siempre has estado sola. ¿Por qué esta vez iba a ser diferente? Solo de ti depende poder salir de este Rancho, de entre estos enfermos, de ponerle fin a esta maldita pesadilla.*

Volvió a mirar a los presentes.

¡Tú decides! ¿Eres una sardina que nada con tiburones dentro de una pecera... o te vas a convertir en una pequeña piraña?

En Cuba trabajó con las prostitutas más famosas, las VIP de la isla. Bellezas reclutadas por el gobierno para brindarles sus servicios a presidentes, gobernadores, empresarios, generales y figuras de fama internacional... ellas eran el regalo tras cerrar un negocio. Así fue como se codeó con las “Jinetas” del gobierno, las que lo hacían por cuenta propia o las que trabajaban para famosos proxenetas (su caso), pero todas siempre tuvieron algo en común, y ese algo era el precio. Podía variar, incluso en una ocasión llegaron a pagar miles de dólares por ella (ya no recordaba la cifra, de todas maneras, no vio ni un solo billete), por lo general los precios no sobrepasaban los mil dólares, y eso porque ellas trabajaban para el gobierno.

Rancho Bacanales estaba en otro nivel.

Hombres capaces de pagar treinta mil euros por una virgen Un lugar donde los que se reunían eran quienes dictaban las leyes de los países, donde se ponían de acuerdo para burlar esas mismas leyes, o en el mejor de los casos, usarlas para su propio beneficio. ¡Megacompañías especializadas en secuestrar “legalmente” a mujeres alrededor del mundo para luego venderlas como esclavas sexuales a burdeles y proxenetas! Policías y gobiernos controlados a sus antojos... *¿Cómo demonios te vas a convertir en una piraña?*

—Pareces preocupada, princesa, ¿te encuentras bien?

Irina escuchó una voz que provenía de atrás, prácticamente un susurro sobre su hombro. Fingió su mejor sonrisa y giró sobre sus tacones para quedar frente a Sodoma. Este la miró como quien lleva meses sin probar bocado y de repente lo sueltan en medio de un buffet: no sabría por dónde empezar, solo estaba consciente de que tenía mucha hambre, y ella era la comida.

Irina volvió a sonreírle.

Perfecto, solo esto me faltaba... ¿cuando naces para puta, hasta del cielo te caen las pingas!

CAPÍTULO 45

CAMBIO DE PLANES

Rancho Bacanales, México

La subasta había sido un éxito en todos los sentidos y Josefina no disimulaba su alegría. A pesar de la aparición del invitado no deseado, el espectáculo marchó sobre patines bien engrasados. Tanto ella como Pedro Chiapas sabían a la perfección que el propósito de esos eventos no era la venta de mujeres, sino el intercambio de favores. El show iba a pedir de boca hasta que vio a Sodoma acercarse a la cubana. Pedro Chiapas comprendió que ese acercamiento significa problemas, los vio venir desde el principio y se lo advirtió varias veces a Josefina, pero esta nunca le hacía caso a nadie.

Chiapas, como militar entrenado, de inmediato calculó las consecuencias de lo que podría ocurrir si intentaban retirar del salón a la cubana. En eso estaba pensando cuando entró la llamada, nada menos que del mismísimo Patrón.

—Hola, cariño —dijo Montero desde el teléfono satelital. A pesar de que la sala estaba repleta de personas los asistentes pudieron escuchar con claridad la voz del jefe, ya que Josefina ni se molestó en bajarle el volumen —, ¿qué tal esa subasta?

—Perfecta, mucho mejor de lo que esperábamos, el cargamento que nos enviaste es de excelente calidad —le respondió orgullosa; *y tiene que estarlo*, pensó Chiapas, recaudaron más de dos millones solo en venta de mujeres, después le tocaba el turno al siguiente entretenimiento; toda una noche de fiesta y shows donde también se recaudaría otra montaña de dinero—. Ahora pienso mandar a los clientes a las salas, ya va a empezar el show en la Crystal Room, ¡ya sabes! ¡Les encanta!

Al terminar ese show, los hombres quedaban tan excitados, que sus testículos parecían bombas de relojería a punto de explotar en sus pantalones; necesitaban metérsela cuanto antes a la primera prostituta que les cruzara por el lado. Aquel era el momento en que el dinero entraba con más presión que un chorro de agua disparado por una manguera de bombero.

—Muy bien, esa es mi chica. No me des tantos detalles, ya sabes que tengo poco tiempo y nunca se sabe quién pueda estar escuchando. —*Felipe Montero, paranoico como siempre*, gruñó Pedro; aunque por esta vez tuvo que

darle la razón, *ser precavido es lo que lo mantiene con vida*—. ¿Qué tal la cubana?

¡Allá vamos!

—Muy bien, ha recibido un tratamiento especial. Digamos que la he puesto al día de cómo funciona el Rancho. —Por su expresión, Chiapas supo que la Patrona estaba contenta consigo misma, *por fin logró domar a la cubana*, según su punto de vista. Para él no había mucho que someter; *esa puta habría hecho lo que le dijeran con tal de sobrevivir y alimentar a su crío*, pero, en fin, ¿quién era él para llevarle la contraria? —. Ahora mismo está sirviendo en la subasta, creo que esta noche le van a tocar unos cuantos clientes. Pero lo mejor de todo es...

—¡Cállate la boca! —gritó Montero desde el otro lado de la línea—. ¡Serás imbécil, mujer! ¿Qué has hecho? Si no fuera porque eres mi hija te juro que... ¡Estás loca! ¿Cómo vas a enseñársela a los invitados?

Tanto en la habitación como desde la línea, hubo un silencio incómodo. En ese momento todos fingieron prestar más atención que nunca a los monitores, e incluso buscaban manchas que pudieran limpiar en las pantallas. Pedro fue el primero en detectar los síntomas del ataque que se les venía encima. La Llorona estaba iniciando otra de sus crisis. Las manos le temblaban tanto, que el teléfono satelital estuvo a punto de escapársele de entre los dedos. Dos lágrimas de rímel surcaron su rostro, mientras tanto, se mordía su labio superior con tanta rabia, que Chiapas hizo ademán por intervenir antes de que se dañara ella misma.

—Te lo voy a decir una sola vez —volvió a rugir Montero—, pon ahora mismo a la cubana en una habitación incomunicada. Esa mujer sabe demasiado, los cubanos la quieren de vuelta y yo se los prometí. ¿Me estás entendiendo? ¿Estoy siendo lo suficientemente claro? Porque la última vez creo que lo fui...

—Sí padre, claro como el agua.

—Dos días, lo que queda de esta noche y mañana, ¡solo dos malditas noches y mando a mis hombres a recogerla! El general cubano la quiere de vuelta cuanto antes, así que, por favor, ¡no la cagues, hija, que hay mucho en juego!

Tras una breve pausa, Montero agregó:

—Sabes que te quiero.

La llamada se cortó.

Pedro Chiapas entendía perfectamente la causa por las que el Patrón

echaría chispas. Lo comprendía mucho mejor que su propia hija. Josefina era una excelente administradora, buena para los negocios y los shows sexuales, pero en cuanto a estrategias militares, sabía una mierda. En este negocio lo importante no era tener dinero y armas, sino aliados. Desde que Montero recibió un atentado en su propio territorio, le quedó bien claro que algunos de sus aliados se habían cambiado de bando. La guerra contra los Zetas por mantener el control de las plazas, se estaba tornando más sangrienta cada día. Ambas pandillas contaban con la misma cantidad de hombres, dinero y recursos; los únicos que harían inclinar la balanza, eran precisamente los aliados.

Josefina, herida en su orgullo propio, necesitaba demostrar que no aceptaría el regaño de su padre, así como si nada.

—Preparen a la cubana.

—¿La enviamos a su habitación? —se atrevió a preguntar uno de los guardias.

—¡No, imbécil! Prepárenla para el show. Quiero que esté dentro de veinte minutos lista para entrar a la Crystal Room.

¡Allá vamos!

—Josefina —comenzó a decirle Chiapas, él único de los presentes capaz de llevarle la contraria (hasta cierto punto), pero con solo mirarla supo que tendría que cambiar de táctica—, tú padre necesita a esa mujer, podrías...

—¡La quiero en la Crystal Room! —chilló como una demente. Esta vez nadie en la habitación se atrevió a contradecirla, incluso ni Chiapas—. ¡La quiero, ahora!

Sodoma observó cada gesto de Irina.

Me tiene miedo, bueno, ¿quién no en esta sala?

Irina, por su parte, a pesar de la incómoda situación en la que se encontraba, le sonrió coqueta, aunque, algo especial en la mirada de aquel vikingo latino captó su atención.

¡Interesante! Sabe que no puede irse a menos que se lo permita... ¿me estás estudiando, bonita? ¡Increíble! Valoras qué posibilidades tienes de reclutarme. ¡Cariño, tú sí que tienes bien puestos los ovarios!

Pocos en aquella sala conocían mejor que él esa mirada. La había visto cientos de veces, no, miles... es la mirada que lanzan las mujeres forzadas a prostituirse, pero que nunca pierden sus instintos de escapar, de sobrevivir; esperan una oportunidad y se agarran a ella con dientes y uñas.

—¿Cómo te llamas?

Comencemos el juego.

—Irina, ¿y tengo el placer de hablar con...?

La pregunta quedó en el aire por unos segundos.

—Sodoma.

—Ummm, original... —Irina usó una de las mejores sonrisas de su arsenal, una mezcla de nerviosismo y coquetería; la clásica adolescente atraída y asustadiza ante la severa mirada del profesor, nunca le fallaba—. ¿Lo usas porque te gusta sodomizar o que te sodomi...?

—Por la ciudad —le interrumpió—, Sodoma era una de las ciudades bíblicas...

—Sodoma y Gomorra, sí, las ciudades destruidas por la ira de Dios. Las vaporizó con fuego de los cielos por sus pecados, lujuria, corrupción, adoración a falsos dioses... ¡ya, lo de siempre! Aunque yo sigo creyendo que fue porque le intentaron violar a un ángel.

Sodoma no pudo evitar una carcajada y mucho menos se esforzó en fingirla.

O sea, no solo eres hermosa sino también inteligente. Bueno, has de serlo para haber sobrevivido tanto tiempo escuchando secretos de estado. Por primera vez, ahora que la tenía al alcance de la mano, comprendió que describir a Irina como una mujer simplemente hermosa, sería como llamar a la Gran Muralla China, “una gigantesca pared”.

El cuerpo de esta mujer es el resultado de más de quinientos años de mestizaje, pensó a la vez que intentaba relacionar esas mezclas.

Los ojos de Irina eran una combinación entre verde y azul oscuro, Sodoma no pudo definirlos. Solo que, en algún lugar, había leído que ese tipo de ojos eran capaces de cambiar de acuerdo con la luz y los estados de ánimo. *Ahora mismo los tiene azules, como un cielo de verano que empieza a cubrirse de nubes. Esos ojos han de venirle, quizás, de alguna rama irlandesa; quizás también su espíritu de vikinga.*

Las curvas que recorren su cuerpo son harina de otro costal, demasiado visibles bajo la fina tela que las cubre, Sodoma la estaba valorando como en esos castings que hacen para seleccionar a alguna actriz porno con una carrera excepcional. La cubana tenía nalgas rotundas y redondas; tetas firmes que desafían la gravedad y un embarazo. Un abdomen plano y sin vestigios de surcos. Otro vistazo y se convenció de que Irina debía su excepcional cuerpo a las negras esclavas que fueron traídas desde África durante la colonización,

violadas por sus nuevos amos blancos hasta embarazarlas, y cuando dieron a luz, el resultado fueron las famosas mestizas.

En Irina todo llamaba la atención, pero fue su rostro lo que terminó cautivándolo. Los ojos achinados, labios carnosos y ese abundante cabello que se despeñaba sobre sus finas caderas también eran la prueba de que sus descendientes españoles fueron en algún momento conquistados por los árabes. Si el maldito celular no le hubiese vibrado en ese instante, con mucho gusto habría seguido escrutando sus peculiaridades étnicas.

—Disculpa, tengo que tomar esta llamada.

Justo cuando le dio la espalda, un guardia se acercó a Irina. La tomó del brazo y la sacó de la sala.

—¿Tú dirás?

—Esta noche o mañana, ese es el plazo que tienes —a través de la línea pudo sentir la ansiedad en la voz del viejo Búho—, acabo de interceptar una llamada. Montero la entregará a los cubanos dentro de dos días, contando el de hoy, solo te queda esta noche y la de mañana.

Sodoma recorrió el salón de un vistazo, solo para sentir el peso de las miradas de los curiosos, pero, sobre todo para observar la precaución que mostraban los guardias cuando él se acercaba a alguien. No dejó de moverse durante la conversación, con el celular en una mano y una copa en la otra, durante esos instantes, tuvo que admitir que Scott no dejaba de sorprenderlo. Llamarlo justo cuando se encontraba dentro de la guarida del lobo, era una prueba más de su sistema internacional para interceptar, codificar o bloquear llamadas.

Y después no quieren que los ciudadanos se quejen de que les escuchan las llamadas y les revisan el Facebook, ¡si supieran!

—Oye, viejo, te agradezco el voto de confianza, de verdad que sí, pero me perdí el día que Tony Stark repartió sus trajes de Iron Man. Debí de estar en alguna fiesta con la Black Widow.

A Jimmy el chiste no le hizo ni pizca de gracia.

—Improvisa, ¿no es esa tú especialidad? Recuerda que tenemos un trato.

Jimmy le colgó sin esperar respuesta.

Sodoma miró a su alrededor y tuvo que contener una sonrisa. Ya de por sí, solo el rescate iba a resultar en extremo difícil, ahora con ese margen de tiempo se había convertido en imposible, y ese era precisamente el problema; Sodoma amaba lo imposible. *Ok, viejo, quieres que improvise... ¡vale!*

Empecemos por preparar al escuadrón de los T-800, pero sin Arnold, ¿ese tío está demasiado viejo!

—Josefina desea que te quedes con esa misma ropa; realmente te queda bien —una sonrisa impotente de quien ansía tocar y no puede, cruzó la cara del guardia. Sin darle muchas explicaciones, miró hacia Lety (otro de los guardias la había traído, o más bien arrastrado desde el salón), en pocas palabras le ordenó que le diera el resto de las instrucciones—. Explícale de que va la cosa. En diez minutos la Patrona la quiere adentro de la Crystal Room.

Ambas mujeres quedaron frente a una puerta, desde el interior se podían escuchar las vibraciones de la música. Irina lo intuyó al instante, el rostro pálido de Lety no dejaba margen a la duda: estaba a punto de conocer *la habitación del pánico*. En el poco tiempo que llevaba en el Rancho, le había tocado vivir en carne propia algunas de las pesadillas que atormentaban a sus mujeres, aunque hasta el momento, nada podía compararse con lo que estaba por venir.

Lety fue a decir algo, pero se le cerró la garganta y rompió a llorar.

Esto se pone cada vez mejor...

CAPÍTULO 46

LA CRYSTAL ROOM

Rancho Bacanales, México

—¿Qué es la Crystal Room? —volvió a preguntarle, esta vez con la esperanza de que Lety se tranquilizara un poco.

¡Por dios! ¡Que la que tiene que entrar soy yo!

La mirada de Lety se suavizó.

—Es un show. Una especie de habitación repleta de espejos —Lety no dejaba de temblar, cosa que no la tranquilizó para nada. Constantemente miraba hacia arriba, donde una cámara con bocina les daría la orden—. Cuando se abra la puerta, tú entras y sonríes. Solo verás tu propia imagen desde todos los ángulos. Pero los espejos son transparentes, como en las salas de interrogatorios.

¡Madre mía, sí que están enfermos estos tipos!

—Pero, ¿en qué consiste el show? —apenas soltó la pregunta y se arrepintió de querer saber la respuesta, algo que últimamente le ocurría con mucha frecuencia.

—La habitación está en medio de una sala repleta de clientes, ellos son los que pagarán porque te hagan cosas. —*¿Hacerme cosas? ¿Qué tipo de...?* — Eres de ellos, pueden hacer contigo lo que les dé la gana. Y esto es muy importante: no puedes dejar de sonreír.

—Pero, ¿qué mierda es lo que tengo que hacer?

—*Irina, cinco minutos, ¿estás lista?* —la voz de Josefina recorrió el pequeño pasillo. Irina miró desafiante a la cámara, aunque se sabía sin opciones—, *no te hagas la valiente. Cuando te lo ordene entra a esa habitación y da lo mejor de ti... o de lo contrario, tú hijo va a mudar los dientes antes de tiempo. Ahora te pregunto, ¿lo dudas?*

Irina se apresuró a negar con la cabeza.

—*Dos minutos...*

Lety la sujetó por los hombros y le dijo rápidamente las últimas instrucciones:

—Una voz te irá guiando, desde afuera los clientes pagan porque te hagan cosas y dentro de la habitación te dirán lo que tienes que hacer.

—*Ya puedes entrar...*

La puerta se abrió hacia adentro e Irina retrocedió por instinto al ver su propia imagen en uno de los espejos. La mujer que estaba reflejada no era ella, sino la prostituta que ocupaba su cuerpo, pero en esa ocasión todo iba a ser diferente, pues una vez que entrara, saldría luego convertida en otra persona, con un nuevo estigma lacerando su alma.

—*¡Maldita puta! ¡Qué acabes de entrar!*

Uno de los guardias la empujó hacia adelante, pero no muy fuerte. A nadie le convenía que se arruinara el show.

—*¡Si quieres volver ver a ver a tú hijo, mejor entra...!*

Irina obedeció.

Dos pasos, tres... podía escuchar los gemidos de Lety a su espalda. Tres pasos más y ya estaba dentro de la habitación de cristal.

CAPÍTULO 47

EL SHOW Y SUS INVITADOS

Rancho Bacanales, México

La puerta se cerró tras su espalda, *ya estoy dentro*; y se lamentó al instante, consciente de que, aunque lo intentara con todo su ser, ya no habría vuelta atrás.

Frente a ella, se reflejó la imagen semidesnuda de una desconocida, en espera de los acontecimientos que se iban a desarrollar. La combinación del vestido con las curvas de su cuerpo, creaba en efecto hermoso y provocativo; puede que una sombra de miedo cubriera su rostro, pero eso no iba a ser motivo suficiente para que se detuviera la diversión de quienes estaban al otro lado de los espejos, en todo caso los estimularía. Por un momento muy fugaz, llegó a preguntarse si tras aquellos cristales habría alguien que advirtiera sus miedos.

Pero al observar de nuevo la imagen reflejada, comprendió de golpe el verdadero significado de aquellos cristales: Una pared de vidrio diseñada con el único propósito de frenar las conciencias de quienes estuviesen mirando.

¿Y las fantasías? ¿Cuáles serán las fantasías de estos cerdos?

Era su más grande temor, al desenfreno de esas fantasías bajo los efectos de la bebida, las drogas, las bromas y a saber Dios que otras imbecilidades. Las consecuencias de todo eso combinado lo pagaría ella. Irina conocía lo peligroso que puede llegar a convertirse un hombre con poder cuando no es dueño de sí mismo. Su cuerpo se estremeció involuntariamente haciendo que sus dientes castañearan, cerró los puños e intentó comparar las sensaciones que recorrían cada pulgada de su alma... *arena sobre una playa*, fue esa la única imagen que quedó en su mente. Toneladas de granos de arena siendo arrastrados involuntariamente por un mar embravecido. Nada podían contra el golpear de las olas. Nada, no podía hacer nada, por eso se obligó a adaptarse a la situación, y lo primero sería echarle un vistazo a la pesadilla en la que se encontraba.

La Crystal Room tenía forma de triángulo; la puerta por donde ella entró estaba en una de las puntas. Sin saber muy bien qué esperar, prefirió quedarse quieta.

—“Camina hacia la cama”. —Ordenó la voz desde las bocinas ocultas en

el techo.

Ella obedeció. A fin de cuentas, de eso se trataba el show, de convertirse en una sumisa que nunca dijera no. Las palabras de Lety resonaron en su mente. Bajo ninguna circunstancia podía negarse a realizar lo que le pidieran, de eso dependía la salud de Yotuel. Mientras caminaba hacia la cama giratoria en forma circular, observó que en una de las paredes había una colección de artículos fetiches.

¡Mierda! Maldita sea, esto no va a acabar bien.

La pared estaba repleta de máscaras de cuero que cubrían los ojos y la nariz dejando solo un pequeño orificio para respirar..., si lo primero que vio le puso los pelos de punta, lo siguiente logró que sus piernas comenzaran a temblarle, solo que esta vez los temblores fueron más evidentes. Contó rápidamente seis tipos de látigos, incluyendo una soga con varios nudos, el látigo preferido por los monjes del Medioevo para autoflagelarse. *¡Oh dios! ¿Qué es toda esta mierda?*, al llegar a la cama prácticamente se obligó a respirar, ahora sí que sentía *miedo...*, *miedo no, pánico*. Consoladores de goma y penes inflables descansaban sobre una mesa, junto a los látigos reconoció también una cadena de bolas metálicas para uso anal.

El miedo a lo ignoto era en verdad lo que crispaba sus nervios, solo le faltaban segundos para lanzarse contra uno de los cristales y pedir ayuda y clemencia, y lo hubiera hecho, pero no podía sacarse de la mente a su hijo. Yotuel estaba pasando hambre por su culpa, y no solo eso, podrían hacerle cosas peores. De torturar a su hijo, pues que la torturaran a ella. *¿Por qué me pasa esto? ¡Dios, Yemayá, Ochun... lo que sea que esté allá arriba, dame fuerzas! Es solo un niño. Ayúdenme.*

Necesitaba creer que de alguna manera alguien podría ayudarla, pero estaba sola, como siempre había sido. Ahora solo dependía de ella. Todo su mundo se había detenido y se mente quedó en blanco al escuchar a su espalda el sonido de otra puerta que se abría.

Desde la habitación de Los Mirones, las cámaras siguieron a Sodoma justo en el momento en que hizo su entrada en el salón. Varias cabezas se voltearon hacia el gigante, pero solo una persona se apresuró a llegar a su lado.

—Ese es Germán Sacarías —le confirmó Josefina a Chiapas antes de que le preguntara. Pedro conocía demasiado bien a Sacarías, era uno de los clientes fijos del local, también uno de los hospederos más reconocidos en la zona hotelera de Islas Mujeres. En ese momento observó como el magnate

saludaba al asesino como si fueran viejos amigos y se dirigieron hacia una de las mesas— ¿Qué querrá con el Limpia Peceras?

Chiapas tuvo que sonreír al escuchar el apodo.

Limpia Peceras era el alias perfecto para Germán Sacarías, pues precisamente eso es lo que era. El pez encargado de comerse la mierda de los demás, pasarle la lengua a los cristales hasta que estos brillaran, lograr que el resto de la pecera fuera hermosa y cristalina. Sacarías era uno de los blanqueadores de dinero más importantes de Latinoamérica. Un tipo capaz de recibir veinte millones de dólares embarrados de corrupción, de sangre, de drogas y dejarlos limpios como si fuera dinero sacado de una parroquia... *tampoco es que las parroquias laven mal su dinero.*

—¿Crees que por eso este aquí? —le preguntó Josefina.

Chiapas no estaba seguro, con Sodoma nunca podías estar seguro.

—Pudiera ser, este es un lugar neutro, e incluso hasta Sodoma tiene sus límites, no creo que sea tan estúpido como para intentar cargarse a alguno de nuestros invitados. No saldría con vida y ese no es su estilo.

—¿Entonces?

—No le podemos quitar los ojos de encima, por lo pronto creo que solo persigue lavar algo de dinero.

Ambos observaron como se dirigían a un reservado.

Rancho Bacanales estaba dividido en secciones, cada una diseñada a gran escala para diferenciarse de las demás; el objetivo principal era crear salones únicos en su tipo. De esta manera los clientes podían encontrar el salón de juegos (un área repleta de mesas para los adictos al Póker y al BlackJack), algunas ruletas y máquinas tragamonedas creaban la ilusión, muy convincente, de estar dentro de un casino de Las Vegas. Mientras los magnates cerraban sus negocios, las prostitutas que hubiesen contratado para ese día podían entretenerse usando las máquinas. Estaba también el salón de deportes. Este contaba con un enorme ring donde hacían peleas mixtas de artes marciales o de boxeo. Como todos sabían, Bacanales era una mansión dedicada al juego y las apuestas, aunque ese solo era el segundo plato fuerte del menú, lo principal eran sus mujeres. Sus salas de masajes y baños eróticos eran los más famosos de Veracruz. Y la sala de “shows”, o como todos preferían llamarlo: La Crystal Room, era ya de fama internacional.

A Sodoma le bastó un simple vistazo al salón para familiarizarse con el local. Reconoció al instante cada rincón del Rancho, incluyendo los túneles de

escape en caso de una improbable redada. La noche anterior le hizo una visita muy personal al arquitecto principal del rancho. Diez mil dólares y la muestra del “álbum personal de Sodoma” bastaron para que saliera de su casa con una memoria Flash cargada con los planos de la mansión. Traicionar al cártel del Golfo era un acto inconcebible para sus miembros, ya que las represalias siempre las pagarían los familiares, e incluso hasta los vecinos, en caso de ser necesario plasmar un mensaje rotundo. En este caso, el “álbum” privado de Sodoma compró el silencio del arquitecto con más convicción que el dinero.

Cuatrocientas fotos originales, tiradas por él (a todo color), llenaban el famoso álbum. Las imágenes de cuerpos mutilados, despellejados, cocinados o taladrados, harían sentir a los torturadores de la Santa Inquisición junto con los de la Gestapo, como simples *boy scouts*. Por eso, convencido del silencio del arquitecto, Sodoma se paseaba por la sala observando cada detalle sin ningún temor.

Dos entradas, cuatro salidas, y cada salida comunica a su vez con otra sala, excepto por la que está junto a la fuente. Esa comunica a las habitaciones. Germán Sacarías llegó junto a Sodoma con la risa servicial de quien se sabe ganador; esa noche podría cerrar un negocio en el cual todo iba a ser ganancias. El Limpia Peceras daba la impresión de querérselo comer a besos, y no se preocupó mucho por parecer demasiado servicial. Unas cien personas en la sala... diez guardias... seis cámaras. Un trabajo perfecto para Deadpool, solo que en el momento que saque una pistola me ponen como un queso suizo. Sí, Deadpool es perfecto para esta misión, sobre todo porque puede regenerarse, los tiros lo atraviesan y ¡pum! ¡bang! Nada, nada de nada, vuelven a cerrarse las heridas...

—Quiero que sepa que es un honor para mí conocerlo —dijo Sacarías a modo de saludo—, ya verá lo bien que nos va a ir en los negocios.

Sí, ¡ya verás!

Sodoma tuvo que admitir que el Rancho había cambiado mucho desde su última visita.

—Le tengo excelentes ofertas... ah, ¿se encuentra bien?

Son demasiados, para ser sincero, ni a puros tiros, ¡incluso pudiendo regenerarme! no creo que pueda avanzar mucho. No, Deadpool no es una buena opción.

Sodoma solo le sonrió a Sacarías como queriéndole decir que se callara por unos segundos. Luego se dedicó a observar la excelente decoración del

local. Tuvo que admitir el talento de La Llorona. La joven diseñó un salón que superaba en mucho a las famosas salas exclusivas de Las Vegas. Había unas cincuenta mesas repartidas por privados, la mayoría con cortinas transparentes que permitían mirar hacia afuera, pero dificultaban echar un vistazo hacia adentro. En varias paredes pusieron jaulas con animales exóticos y sedados, *¡un puto tigre de Bengala! ¡Esta chica sí que sabe crear lujos!* En otra jaula observó una colección de jaguares que se movían intranquilos de un lado a otro. La verdad, tuvo que admitir una vez más que La Llorona había decorado un local que demostraba poderío, orgullo, un salón delineado para elevar más el orgullo masculino y el ego a los presentes.

¿Por qué yo no tengo un puto tigre de Bengala?

A pesar de tener reservada una mesa por una de las hermosas camareras (otro detalle muy original, se percató Sodoma al ver a la chica, es que todas las camareras iban totalmente desnudas, pero sus cuerpos fueron pintados por artistas gráficos dibujándoles pieles de tinta con formas de tigresas, panteras, leopardos, una colección infinita de felinas servían tequilas y cervezas por toda la sala), para desconcierto de su anfitrión, Sodoma se dirigió hacia la mesa que estaba al final del pasillo.

En cuanto Germán Sacarías reconoció a los miembros del grupo, comenzó a tartamudear sin poder determinar exactamente qué hacer, y no era para menos, ya que Sodoma se fue directo hacia el grupo más temido de aquella sala.

—¿Qué está haciendo? —preguntó La Llorona al operador de la cámara.

El joven se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió Chiapas a su pregunta. Josefina vio cómo su guardaespaldas acariciaba la culata de su pistola—, pero esto no va a acabar bien.

La mayoría de los técnicos encargados de seguir cada sombra que se moviera a través de las cámaras, miraron tensos los movimientos del asesino dentro del salón; este fue directo a la mesa de Los Yakuzas.

Los Yakuzas, los mafiosos japoneses más temidos de Asia, también formaban parte de la clientela del Rancho Bacanales. A diferencia del resto, los asiáticos (un grupo de seis), tomaban sake en vez de tequila o cervezas. Cada uno iba sin camisa, mostrando orgullosos sus *irezumi* (los característicos tatuajes de cuerpo completo que usan los miembros de esa mafia), sobre las mesas estaban sus armas, nada de pequeños calibres: Uzis y pistolas con

cargadores extendidos.

El gigante se paró frente al líder de Los Yakuzas.

No hubo un intercambio de palabras o saludos. Sin esperar una invitación se sentó a la manera tradicional japonesa junto a ellos. Podría resultar un poco grosero, pero Sodoma con simplicidad se llevó su mano izquierda al pecho mostrándole a los cuatro jóvenes Yakuzas (sin dudas los nuevos del grupo), su dedo meñique seccionado.

—*Yubitsume* —murmuró un gigantesco asiático con aspecto de luchador de sumo.

Cada uno se llevó la mano al pecho para mostrar su dedo seccionado, luego uno por uno fueron bajando la cabeza en señal de saludo. El líder del grupo llenó una pequeña tasa de sake y se la pasó a Sodoma, este la vació de un solo trago.

—¿Que chingada están haciendo? —quiso saber Josefina.

Pedro Chiapas negó con la cabeza y dejó escapar una sonrisa nerviosa.

—¡Cabrón! —Luego miró a La Llorona y comenzó a explicarle—: el *Yubitsume* es un ritual sagrado japonés, solo lo pueden efectuar miembros de las mafias Yakuzas. Consiste en pedirle disculpas a algún alto miembro de la mafia, aunque más bien es un acto de demostración de respeto y orgullo hacia esa persona. El ritual en sí consiste en cortarte el dedo meñique.

—¡Queeé! Y después dicen que los mexicanos somos fanáticos. —Josefina solo tardó un segundo en reconocer lo que podría significar aquello—. Un momento, entonces...

—Sodoma es miembro de Los Yakuzas.

Ya de regresó a su mesa, Sodoma observó con cierto agrado la frente de su anfitrión, perlada por gotas de sudor. Y no era para menos, la fama de Los Yakuzas intimidaba a cualquiera, aunque cada empresario dedicado al negocio de la prostitución forzada aceptaba con gusto las mujeres que esa mafia les proporcionaba. Para calmarlo, el sicario le hizo una pregunta:

—¿De qué va este show?

Germán Sacarías le señaló la jaula triangular de cristal que cubría el centro del salón.

—Una chica va a entrar a la habitación de cristal, ella no puede vernos, pero nosotros si —Sodoma sonrió ante la idea original del show, pudo imaginarse por donde iba la cosa—. Luego entrará alguien, otra chica, o chico,

o varios de cada tipo... el show es ilimitado. Todo depende de cuánto pagues por mirar.

—¿Pagar por mirar?

—Así es —la excitación ya se percibía en la voz gutural del empresario—, la chica es tuya hasta el momento en que alguien diga lo contrario. Pagas mil dólares porque comiencen a cogérsela por atrás, todos lo ven y lo disfrutan, así continuará hasta que alguien decida pagar más porque le hagan algo diferente. Pero no te hagas ilusiones, para eso tendrás que superar mi dinero. Oh, lo olvidaba, un detalle importante... todo debe hacerse rápido. Hay muchos clientes, si me entiendes, y nunca se sabe cuánto puedan aguantar los que están dentro de la Crystal Room, cuando el hombre..., o los hombres, se vienen, se acabó el show.

Esto se pone cada vez mejor.

Sodoma volvió a recorrer el salón con la vista y reconoció a la mayoría de los presentes. Había capos de la droga, empresarios famosos y figuras destacadas de la política. La crema y nata de los verdaderos dirigentes del país. De repente se hizo un silencio, las luces se apagaron y la Crystal Room se iluminó.

—Bienvenidos, damas y caballeros —dijo una voz pausada y exótica—, el Rancho Bacanales se complace esta noche en brindarles el mejor show sexual al que hayan podido asistir. Directamente desde Cuba nos hace la visita una deidad caribeña, amante de los hombres más influyentes de la isla, la bella, la sensual y caliente Irina.

Una de las puertas se abrió y transcurrieron diez segundos... quince, veinte... sin dudas un truco para excitar la mente de todos, pensaron los espectadores. Sodoma, sin embargo, apenas prestó atención a la habitación de cristal. Su mente estaba enfocada en las vías de escape de la mansión.

Por fin la mujer entró en escena.

Todos los presentes asintieron con la cabeza, contentos por el espectáculo que de seguro iban a presenciar. Por primera vez en muchos años, Sodoma tensó los hombros ante el aspecto de la mujer, nada que ver con la misma que había visto tan solo unos minutos durante la subasta. Era bella. La mujer más hermosa que hubiese contemplado, y conocía quizás a las mujeres más sensuales del planeta. Las estrellas porno más pagadas de todos los tiempos estaban en su lista de contactos, nada en cuanto a la belleza de las mujeres era capaz de sorprenderlo... hasta ese momento, y comprendió por qué. *Tiene miedo, está a punto de romper en llanto. Quiere actuar, pero no sabe*

hacerlo, no mirando su propio reflejo. Pero no le queda otra opción, o de lo contrario, su hijo...

—¡Uff! ¡Qué mujer! —Resopló Germán—. Espero que no la maltraten tanto, sería un desperdicio que tanta belleza se eche a perder.

Entonces fue que Sodoma divisó de qué se trataba la segunda parte del show.

Vio colgado de las paredes los látigos y máscaras; los consoladores y casquillos metálicos.

—Y para todos los presentes —continuó la voz—, la preferida de la casa, la bella Herma.

La misma puerta se abrió y dio paso a la segunda figura de la noche. La concurrencia hizo que la sala vibrara con el sonido de sus aplausos y chiflidos. El tigre de Bengala, a pesar de los sedantes, rugió desde su jaula, molesto por el bullicio.

Los temblores que recorrieron su cuerpo eran serios, el miedo era real. *¡Esta pesadilla es real!*

Cuando la puerta se abrió a su espalda, ya no sabía que esperar, aunque lo que se apareció ante sus ojos la conminó a retroceder varios pasos, hasta que terminó por chocar contra la cama. Ante ella había una mujer, también maquillada a la perfección y con un vestido erótico que dejaba muy poco a la imaginación. Si se tratara simplemente de una escena lésbica a Irina no le hubiera causado espanto (ya en más de una ocasión se había acostado con mujeres para ese tipo de shows), pero aquello era diferente y lo sabía. La mujer, una rubia que le sacaba dos palmos de altura, era el homenaje perfecto a cualquier cirujano plástico. Todo en ella era hermoso, aunque ficticio, y los expertos ojos de Irina lograron reconocer esos detalles al instante. Los labios rellenos de ácido hialurónico (no de Botox, como muchos ignorantes creían), le daban el aspecto de una Angelina Jolie, solo que con tetas rellenas de silicona. Su cintura y sus nalgas eran otro resultado de un profesional del bisturí.

¡Oh mierda!

Irina sintió su cuerpo estremecerse por las arqueadas, al distinguir el poderoso pene que se erguía por entre las piernas de la modelo. No se trataba de otro acto lésbico, común y corriente, no; lo que estaba por hacer, de hecho... no tenía ni la puta idea de cómo llamarlo. Ante ella había un transexual a medias, o un *shemale* (un hombre con tetas y pene).

CAPÍTULO 48

EL SHOW

Rancho Bacanales, México

—Herma, desnúdala y comienza a calentarla. —ordenó la voz desde una de las bocinas ocultas.

¿¡Cómo!?

La tal Herma caminó hacia ella contoneando sus caderas con los pasos erotizados de una experta. Irina no tuvo inconveniente alguno para imaginársela como un enorme felino que acecha a un ratón (para su desgracia, en este caso a ella le tocaba ser la rata de laboratorio). Cuando sus rostros estuvieron una frente a la otra, el transexual le sujetó la cara con ambas manos y sin previo aviso comenzó a besarla..., al principio suave, luego un poco más posesivo, aunque siempre con suma delicadeza, como solo son capaces de besarse dos mujeres. Al instante los besos pasaron al cuello, de repente la hizo girar y comenzó a besarle los hombros y la espalda. De esa manera Irina quedó frente a los enormes espejos viéndose a sí misma y sintiendo como las manos de su pareja asignada le acariciaban los senos y la punta de los pezones.

—¡Ssss! ¡Cálmate y déjame guiarte! —le susurró el transexual a su espalda—. Tras esos espejos hay una pila de cerdos que la tienen hinchada solo de vernos disfrutar. Son unos pervertidos voyeristas. Quieren un show y se lo vamos a dar, tú sígueme y vas a ver que hasta lo vas a disfrutar. Ahora sonríe y aparenta que te estás excitando.

Irina sonrió con otra de sus risitas sensuales, de esas que tantas veces tuvo que hacer gala para que algún gordo coronel acabara de venirse entre sus tetas. Las manos expertas de Herma acariciaron sus senos para luego bajar hasta su pelvis. Mientras lo hacía, obligó a Irina a arquear la cabeza creando una imagen de placer para los espectadores.

—Me llamo Rosalía —continuó susurrándole en el oído—, ya Lety me dijo que eres nueva y que te están obligando a hacer esto por tu hijo. ¡Hijos de puta! Esos pendejos nos tratan como si fuéramos carne de segunda mano.

Irina quedó sorprendida al ver cómo las caricias en su pelvis, y los apretujones en sus senos, no afectaban para nada la conversación de Herma. El transexual debía de tener mucha experiencia en aquel tipo de show.

—Quítale el vestido y chúpasela.

Irina sintió como la finísima tela se desprendió de sus hombros quedando totalmente desnuda. El transexual la llevó hasta la cama, y con suma delicadeza la empujó sobre el colchón. Acto seguido le abrió las piernas en una posición en que su vagina quedaba expuesta directamente hacia el espejo principal. Con la mirada fija en el techo (como si pudiera escapar de aquel lugar a través de su imaginación), sintió como la lengua experta del anfitrión del show separaba sus labios vaginales hasta tocar su clítoris con la punta de la lengua.

—¡Ah! —gimió involuntariamente. Por inconcebible que le pareciera, la delicadeza de las manos expertas de Rosalía la hicieron humedecerse.

—Así, buena chica —continuó murmurándole Herma—, tú relájate y disfruta. Ya verás que pronto vas a estar con tu hijo.

Irina no podía decir que lo estuviera disfrutado, aunque tampoco iba a negarle a su cuerpo el placer de un masaje erótico. Así que lo obligó a relajarse, dejando que fuera invadido por los leves espasmos de placer.

—Herma, haz que te la chupe.

El transexual se levantó y cambiaron de posición. Irina supo claramente lo que tenía que hacer, en eso era una experta después de todo.

—Mi nombre artístico es Herma —comenzó a decirle Rosalía, a la vez que se sentaba sobre el colchón acariciándose el pene—, es una abreviatura, ya que eso es lo que soy, un hermafrodita.

—¿¡Qué!?! —Irina apenas pudo escuchar el sonido de su propia voz, aunque ya había comprendido que podían hablar en susurros.

Rosalía abrió las piernas y se acomodó como si estuviera alistándose para una visita al ginecólogo. La impresión hizo que Irina (ya de rodillas), retrocediera involuntariamente la cabeza.

—Irina, chúpaselas.

¿¡Chúpaselas!?

Herma, Rosalía, o cómo demonios la nombraran, tenía dos sexos. Irina observó como el hermafrodita continuaba masturbándose, se acariciaba un pene carente de testículos con una mano mientras que con la otra se abrió los labios de una vagina que estaba a milímetros de su pene.

—Comienza a chupármela —le ordenó Herma, aunque la voz le temblaba al ver la reacción de su compañera de show—. ¡Por lo que más tú quieras! ¡Yo también tengo una familia!

Herma la miró suplicante y asustada, luego sonrió hacia los espejos y la

agarró por el pelo. Irina comprendió que no le quedaba otra salida, así que suavemente comenzó a acariciarle su *pene-vagina*. Solo se resistió un segundo, aunque ese instante bastó para ver a través del maquillaje de Herma: una fina lágrima se deslizaba por su rostro.

—A mí tampoco me gusta —le susurró mientras ella se introducía el pene en la boca. Herma sintió la primera arqueada al contraerse la boca de Irina, luego la cubana se relajó y comenzó a chupársela como a tantos otros— ¡Yo también soy una mujer! Al igual que tú, no me queda otra opción, así que no pares, no reacciones, actúa como si te gustara.

Y continuó, no se detuvo, continuó chupándosela, lamiéndosela y masturbándola con ambas manos y la boca, hasta que llegó la inevitable orden de la bocina, entonces comenzó a besarle y acariciarle con la lengua aquella flor repleta de labios carnosos que se abría entre las piernas de Herma.

La Llorona se sintió orgullosa por el resultado de la escena que había orquestado. Los hombres de la sala estaban fascinados por el espectáculo, incluyendo a Sodoma. Al principio aparentó que la escena no le llamaba mucho la atención, y luego, al igual que los demás, seguía cada movimiento de la cubana.

Germán Sacarías comprendió que los negocios no iban a continuar hasta que el show llegara a su fin. Y necesitaba la atención del asesino cuanto antes. Aunque exigirle a Sodoma que se enfocara en sus asuntos, era un riesgo que no estaba dispuesto a correr.

¡A saber cómo podría reaccionar!

El talento principal de Sodoma era conocido por todos los presentes, un asesino profesional que vendía sus servicios solo para contratos exclusivos. Aunque muchos conocían que Sodoma también era un suministrador de mujeres. Prostitutas VIP de las mejores, justo lo que Sacarías necesitaba. Él estaba desesperado por encontrar “güeras” (rubias americanas de ojos azules y grandes tetas), lo ideal para promocionar sus hoteles, y Sodoma se las podía suministrar. Irónicamente, los clientes latinoamericanos que se hospedaban allí siempre preferían a esas chicas, a diferencia de los europeos, que se volvían locos por las caderas de las latinas.

—He, gata— llamó Germán a una de las camareras felinas—, mil a que se la meta por el culo.

—Hecho —le respondió la chica mientras le guiñaba un ojo.

Sodoma miró a su anfitrión y le sonrió complacido al comprender que su futuro compañero de negocios quería regalarle un espectáculo visual. Por su parte, Sacarías no estuvo muy seguro de si aquella risa era un gesto bueno o malo para los negocios. Pero al ver que el gigante inclinaba el cuello hacia adelante supo que había dado en el clavo.

Sodoma, Sodoma, después de todo eres como el resto de los hombres. ¡Sí que te ha gustado mucho la cubana, cabrón!

—Herma, métesela por atrás. —ordenó implacable la voz.

Irina comenzó a relajarse para lo que se le venía encima.

—Herma, de cuclillas contra el cristal”

—Esos cabrones ven mucha porno —le susurró el hermafrodita a la cubana al tiempo que se acomodaba sobre la cama—, ya sabes, la de cuclillas, te apoyas con la planta de los pies sobre mis muslos y cuando te la meta das los gritos del universo. Haz que esos hijos de puta se vengan en las sillas.

Sin dejar de susurrarle palabras, hasta simpáticas dado el caso, Irina observó como con gestos rápidos y expertos, aprovechando que ella lo ocultaba del espejo principal, Rosalía tomó de una esquina de la cama un tubo de lubricante anal. Se embarró bien las manos y el pene; para luego ordenarle que se sentara. La frialdad del lubricante y la tibieza del pene se mezclaron cuando fue penetrada. Gracias al movimiento pausado de su compañero de show, Irina no sintió dolor alguno, y al cabo de unos segundos las manos de su pareja la ayudaban a cabalgarlo elevándola por las nalgas. Se sacudió el pelo y siguió al pie de la letra el consejo del hermafrodita. Cuanto antes terminara aquello, pues mejor. Así que acuclillada sobre él se meneó tan rápido como pudo, siguiendo el ritmo que las caderas de Rosalía le iban marcando. Entonces escuchó la voz:

—Herma, tírala sobre la cama y dale cuatro latigazos —ordenó la voz—, y usa primero el látigo de nudos.

Las manos de Herma la sujetaron por la cadera, penetrándola tan profundo como pudo.

—Lo siento —escuchó la voz de su compañera, algo cortada por la angustia.

Y usa primero el látigo de nudos... repitió Irina mentalmente; ¡o sea, que habrá más...!

Bien que sabía la respuesta.

Como para devolverla a la realidad (o a la pesadilla), Herma la acostó en

la cama.

—Cada vez que te dé, tú grita lo más fuerte que puedas, yo trataré de hacerlo suave.

Hasta el momento Irina había mantenido una coraza ante todas las situaciones, pero aquello era demasiado, le tenía miedo al dolor y no sabía cómo evitarlo. Comenzó a temblar incontrolablemente, como una niña que espera resignada a que un adulto baje la mano que sostiene el cinto. Pero no lloraría... no les daría ese gusto.

CAPÍTULO 49

EL NUEVO CLIENTE

Rancho Bacanales, México

Mateo Herreras, alias el “Baby”, era uno de los miembros más destacados del cártel de Los Junior’s en Tijuana. Herreras, con tan solo veintitrés años, era el hijo de uno de los tenientes más importantes del cártel de Sinaloa. Él, al igual que sus amigos (hijos todos de importantes políticos y millonarios de la zona), formaron el nuevo cártel bautizado como Los Junior’s, los que a su vez estaban bajo el ojo protector de los sinaloenses.

Los Junior’s pagaban un por ciento a los contactos de la Federación de Sinaloa. Por cada kilo de droga que lograran pasar por la frontera americana, recibían su parte. De igual manera repetían las ganancias si ese kilo llegaba de manera segura a las playas de San Diego. El cártel de Sinaloa no solo los protegía con sus contactos en la policía y las fronteras, sino que también les brindaba protección extra para toda clase de negocios en los que incursionaran, eso incluía las casas de prostitutas de lujo que se estaban poniendo de moda en Tijuana. A cambio, siempre debían pagar su piso.

El Baby, tras su tercera botella de Dom Pérignon, comenzó a jactarse de su dinero y su buen vestir ante las felinas del Rancho Bacanales. A la chica, sentada en sus piernas, le mostró orgulloso su pistola enchapada en oro de 24 quilates, rones exclusivos, tequilas de las mejores cosechas y chicas desnudas bailaban sobre la mesa del grupo de Los Junior’s. La fiesta iba en grande, hasta que comenzó el show.

—¡Dios mío! ¡Pero, qué pastel! —se saboreó uno de los guardaespaldas del Baby, sentado junto a él—. Mira como a la muy puta le gusta por atrás.

—¡Eso es fingido, pendejo! —Le recriminó a su guardia—. Quieres verla gozar de verdad. Gatica, ponle dos mil quinientos a que le den cuatro buenos latigazos en las nalgas —le ordenó a la gata que tenía en sus piernas. La chica se levantó a toda prisa llevando el dinero hacia el coordinador del show—, he, una cosita más, que sea con el látigo de nudos.

Los demás observaron complacidos como la cubana palidecía al escuchar la orden. Pero más de uno se molestó al ver como su mirada orgullosa no

mostraba lágrimas al ser preparada para recibir los azotes.

—No te dije —se jactó el Baby viendo el miedo pintado en la cara de Irina—, ahora si va a gozar la muy puta.

Cuando el hermafrodita tomó uno de los látigos y se acercó a Irina, el grupo de Los Junior's estalló en aplausos y chiflidos a la espera del primer latigazo. Herma levantó el brazo, hizo estallar el látigo contra el piso para que a todos les llegara el sonido y después acomodó las piernas para usar todo el peso de su cuerpo. A punto estaba de lanzar el primer fustazo cuando dejó caer el látigo y comenzó a acomodarse para volver a penetrar a la cubana en la posición en que se encontraba.

—Pero, ¿qué chingadas? —Gritó Mateo—. ¿Mi dinero no vale en esta casa? —le exigió una respuesta a la primera felina que pasó por su lado—. ¿Por qué el pinche maricón no le dio a la vieja?

—El caballero de aquella mesa le envía esta botella —le dijo a modo de respuesta.

Otro Dom Pérignon edición limitada, una botella de más de cuatrocientos dólares venía acompañada con una orden.

—Dice que agradecería que dejaras a la chica en paz, que realmente le interesa la cubana.

Los amigos y guardias del Baby comenzaron a burlarse mientras uno de ellos abría la botella. Antes de que cualquiera se diera el primer buche, Mateo tomó la botella y comenzó a vaciarla sobre la fuente que quedaba a su espalda. En ese momento, Ricardo (un gordo musculoso que hacía de guardaespaldas principal del Junior, cayó en cuenta de quién era el personaje que pagó por la botella), *oh, ¡a la chingada, Mateo! Acabas de ofender a un cabrón muy peligroso.*

—¡He tú, pendeja, ven acá! —gruñó el Baby. Tomando por el brazo a la primera chica que pasó por su lado y le entregó un paquete de dólares—. Aquí tienes cuatro mil dólares, ¡quiero que le arranquen las tiras del pellejo a esa puta, y rapidito!

En cuanto la joven desapareció, todos observaron como la mole de la mesa que estaba más apartada, se levantó con movimientos lentos y caminó directo hacia la mesa de Los Junior's (la tranquilidad de sus movimientos dependía de cómo se valorara la situación, pues hasta los elefantes caminan lento antes de lanzarse en estampida). Antes de llegar a la mesa, Ricardo y dos guardaespaldas se le interpusieron en su camino.

—¡Esto no pinta bien! —exclamó Pedro mientras agarraba el primer walkie talkie que tenía a mano—. ¡A los grupos de seguridad de las puertas! Todos, repito, todos trasládense hacia la Crystal Room.

La Llorona observó por las cámaras como ocho hombres corrían por los pasillos cargando sus rifles automáticos. Aquello no era nuevo para ella, en más de una ocasión a algún cliente se le habían ido los tragos para la cabeza y el “espíritu” de Pancho Villa se les metía en el cuerpo, por lo general comenzaban a disparar al techo, ¡cabrones! Bien caro les hacía pagar luego la factura.

También se daba el caso de alguna pelea por una prostituta (como parecía que iba a suceder de un momento a otro), la solución siempre era la misma, el salón era rodeado y los embriagados quedaban sobrios al instante, el resultado mágico de esa lucidez inmediata se debía a varios cañones de AK-47 apuntándoles a la cabeza.

—¿Qué chingada quiere este hijo de puta? —rugió el Baby desde su asiento.

Sodoma, a menos de un metro de su mesa, lo miraba con una sonrisa amplia y serena.

—Hola, Mateo —el joven se sorprendió al ser llamado por su nombre—. ¿Qué tal tu papá? Envíale mis saludos en cuanto lo veas.

—¿De parte? —preguntó haciéndose el indiferente mientras pinchaba un chorizo de la enorme parrillada que había sobre la mesa.

—De un amigo —Sodoma dio otro paso y quedó frente al Baby, para ese entonces ya la tensión había subido de niveles en el salón. Algunos de los clientes sacaron sus pistolas sabiendo que de un momento a otro podría armarse una buena. Los más cautos (los políticos), prefirieron salir a toda prisa, otro día pagarían la cuenta—. Un viejo amigo al que no quieres ofender, te lo aseguro. Creo que todos quedaríamos muy contentos si dejas tranquila a la mujer y que la fiesta continúe, ¡venga ya, yo invito la siguiente ronda! Putas es lo que se sobran aquí, pero esa de ahí dentro me gusta y no...

—¡Es parte del show, imbécil! Paga por ver, como lo hago yo. Sí tanto te gusta entra y cógele el culo, de lo contrario espera lo que quede de ella.

—Creo que no le tienes mucho amor a tus dientes... ¿o me equivoco?

El gordo Ricardo supo que había llegado el momento de intervenir, eso si quería sacar con vida al joven patrón. Por su parte, el rostro de Mateo estaba tan rojo como si hubiera comido chiles habaneros.

—Venga ya —quiso apaciguar Ricardo—, vamos a tomarnos unos tequilas y que le den por el culo a la puta.

—¡A la puta si le van a dar! —Gritó el Baby, esta vez levantándose de su silla con su pistola apuntando a Sodoma— ¡Le van a dar cuantos latigazos me dé la gana, hijo de puta! ¡Pendejo! ¿Tienes idea de quién soy yo, pinche cabrón?

—Claro que se quién eres, Mateo Herreras, alias el “Baby” —le respondió Sodoma, siempre con una amplia sonrisa a pesar de que una pistola le encañonaba la frente—, miembro de Los Junior’s, hijo de Antonio Herrera, uno de los tenientes del cártel de Sinaloa. —La sonrisa de Mateo no desapareció de su rostro, pero si el aplomo en su mano, quien pareció un poco confundido ante aquel extraño que tantos datos sabía de él. Y como si leyera sus pensamientos, el gigante prosiguió—: Tú padre me debe unos cuantos favores, ¿o cómo crees que desaparecieron los sicarios que lo estaban cazando en California?

Ahora el Baby lo comprendió todo, aquel gigante era el famoso Sodoma, el asesino al que más de la mitad de los narcotraficantes de México le debían favores, incluido su padre..., pero él no le debía nada. Viendo que todas las miradas estaban fijas en cada uno de sus movimientos, supo que bajar la pistola no era una opción. Podría ser el mismísimo Chapo Guzmán a quien tuviera enfrente, que nada lo haría cambiar de opinión. A ese cabrón alguien debía ponerlo en su lugar.

Opciones no tenía muchas. De no haber sido Mateo el que buscaba problemas, habría sido otro, pero el punto era que nadie iba a tocar a la cubana.

Pura lógica...

Si le propinaban una serie de latigazos, como los que el Baby tenía en mente, llegado el momento Irina no podría caminar, y mucho menos cargar a su hijo en medio de una balacera. Y el final más probable era ese, sacarla de aquel lugar a puro tiro... Miró de nuevo a la cubana tras el cristal, y después enfocó todos sus sentidos en Mateo... *ok, ¿quieres que saque mis garras!?*

Germán Sacarías, como todo buen hombre de negocios, supo que la mejor manera de acabar con un conflicto entre dos bandos era eliminando el problema de manera tal que ambas partes perdieran el origen de la querrela. Miró a la Crystal Room, en donde la cubana seguía siendo penetrada en

posiciones que solo había visto en el Kamasutra.

—He, ¡Tigresa! —llamó a una de las bellezas felinas que rondaba su mesa a la espera de alguna orden. La joven, sumisa y obediente se apresuró en llegar junto a él. Antes que dijera una palabra, la calló con un gesto y sacó su tarjeta de crédito, la mejor y más rápida opción (Rancho Bacanales, como cualquier prostíbulo que se respetara, aceptaba cualquier tipo de tarjetas de crédito), entregándole la tarjeta le ordenó—: ¡Que se venga rápido!

La chica miró hacia la habitación de cristal y luego hacia la mesa en donde aún le apuntaban al vikingo con una pistola. Salió a toda prisa y entregó la tarjeta junto con la orden. Al instante Sacarías vio como Herma arrodillaba a la cubana y comenzaba a masturbarse él mismo. La imagen era clásica, repetida millones de veces en las películas porno (la joven de rodillas con la boca abierta en espera del “milagroso chorro de semen”), y no por clásica dejaba de ser el clímax de cualquier *conflicto* sexual... era el momento que todos esperaban.

Los espectadores, al comprender lo que estaba por ocurrir, se enfocaron en la habitación.

De repente, asaltado por espasmos de placer, Herma comenzó a disparar semen como si fuera una regadera. Los chorros impactaron en la boca, la cara y los senos de la cubana, siendo recibidos por una ola de aplausos del público.

Los aplausos, en lugar de calmar la ira del Baby, provocaron un efecto contrario.

La multitud no perdía de vista el interior de la Crystal Room, en donde la cubana se lamía como una gata exótica sus propios senos cubiertos de semen.

—¿Ese era tú plan, hijo de puta? —le recriminó Mateo a Sodoma, pues intuía que de alguna manera se habían burlado de él—. Te mereces que te ponga un tiro entre ceja y ceja, ¡pendejo! ¡Ahora pídeme disculpas!

La pelea ya no tenía ni sentido ni lógica, comprendieron los amigos del Junior y, aun así, todos decidieron apoyarlo. Mateo Herrera inclinó la cabeza al igual que su pistola, como si ambos estuvieran conectados, y dio un paso al frente para dejar claro su mensaje.

De repente pasó...

Muy pocos de los allí presentes alcanzaron a seguir los movimientos en una secuencia lógica; e incluso, aún si les hubiesen repetido la escena en cámara lenta, les costaría mucho entender. Excepto por los ojos expertos de Pedro

Chiapas, quien desde la habitación de control quedó tan sorprendido como el resto.

El movimiento fue tan rápido como imposible de identificar a simple vista, *solo con años, muchos años de práctica, se puede lograr esa velocidad en técnicas de desarme*, pensó Chiapas. Sodoma desarmó al Baby en una milésima de segundo; un instante la pistola estaba en las manos de Mateo... y con un simple movimiento pasó a las del gigante.

Pero la lección no acabó ahí.

Pedro Chiapas, frente al monitor, observó la combinación de movimientos expertos lanzados por Sodoma.

—Pero, ¿qué cojones le hizo? —exclamó.

Un *neck chop* (un golpe cortante con la palma de la mano sobre la tráquea), hizo que el joven Mateo se llevara las manos a la garganta en busca del preciado oxígeno. Sin darle tiempo a los demás a reaccionar, Sodoma impactó su rodilla contra la pelvis del Junior, luego, usando su propio impulso atrapó la cabeza en el aire y la lanzó con una fuerza descomunal contra la mesa, partiéndole el tabique de la nariz y varios dientes.

El cuerpo del Baby, convertido en una masa sangrienta, se derribó sobre la mesa.

Sus amigos, tan sorprendidos como el propio Ricardo, quien no pudo reaccionar ante la velocidad de los acontecimientos, sacaron sus pistolas y en un instante siete cañones apuntaban a Sodoma. Este, por su parte, sostuvo el cuello de Mateo contra la mesa como si su mano fuera una especie de guillotina, con la otra apoyó el cañón contra su sien. El Baby solo podía manotear, escupir coágulos de sangre rellenos de astillas de dientes y llorar como un niño.

Josefina Montero, tan sorprendida como Chiapas, salió corriendo de la habitación.

—¡Josefina, espera! —gritó Pedro, lanzándose a su vez en una carrera tras la impredecible mujer.

Para cuando Josefina llegó al salón, no estaba pasando nada de lo que se hubo imaginado.

Efectivamente, aún siete pistolas continuaban apuntando a Sodoma, pero este ya no estaba solo. El grupo de Los Yakuzas se habían levantado y apuntaban a su vez hacia el grupo de Los Junior's. Un tercer grupo entró en

escena (los hombres de La Llorona), y les apuntaron a todos.

Josefina comprendió al instante que una sola palabra, un gesto mal hecho, o un maldito estornudo, podrían convertir aquel salón en una carnicería.

—¡Les juro que el que dispare un solo tiro —rugió con una potente voz a pesar de su pequeña estatura—, no solo lo voy a despellejar vivo, no, voy a arrancarle las bolas, se las voy a cocinar y después se las va a tener que tragar! ¿Quedó claro?

Los asistentes asintieron, pero nadie bajo las armas. No hasta que Pedro Chiapas hizo su entrada y se interpuso entre los dos bandos.

—Ricardo, llévate a tu muchacho —ordenó Chiapas. El gordo asintió y dio una segunda orden, dos de Los Junior's levantaron a su amigo; este seguía manoteando sin poder coordinar sus movimientos—. No olvides la pistola de Mateo, no vaya a ser que se despierte y se asuste si no ve su juguete de oro.

Chiapas le guiñó un ojo a Sodoma.

—Ha sido un mal entendido, Ricardo —se excusó Sodoma, como si aquello no hubiera sido más que un simple intercambio de palabras, ni por un instante la sonrisa abandonó sus labios—. No te preocupes, ahorita mismo llamo a Antonio y le pido disculpas, estoy seguro que entre caballeros podremos entendernos.

El primer grupo se retiró, Los Yakuzas miraron con desprecio las AK-47 que les apuntaban. Ninguno guardó sus armas hasta que Sodoma los miró, con un simple gesto les agradeció por cubrirle la espalda, solo así fue que regresaron a su mesa, pidieron más sake y continuaron en sus conversaciones ajenos a las miradas del resto de los clientes.

—Ahora mismo tú y yo vamos a tener una conversación, gigante hijo de puta —le susurró Josefina. Sodoma le sonrió y le hizo un gesto con la mano que significaba; “después de ti”.

Mientras el grupo de ocho hombres escoltaba a Sodoma hacia la oficina de Josefina, la música retornó y el show se reanudó. La Crystal Room quedó limpia para el próximo espectáculo y en pocos minutos todo regresó a la normalidad.

—¿Quién cojones te crees que eres? —chilló Josefina. Y aunque lo intentara, no podía dejar de admirar a aquel hombre. Poder regañarlo delante de sus hombres la excitaba más de lo que se atrevería a demostrar—. Vienes a mi casa, a mi negocio y...

—Mis más sinceras disculpas —la interrumpió Sodoma. Tanto los guardias

como Pedro conocían muy bien el carácter de la Patrona, y una de las causas de sus repentinos ataques, por lo general, se propiciaban cuando era interrumpida, pero aquella mole de músculos no solo la interrumpió, sino que con su mejor sonrisa a modo de armadura se acercó a ella y le habló con un tono tan seductor y provocativo que nadie supo cómo reaccionar—, tengo una deuda contigo. Soy un caballero y me gusta pagarle a una dama si la he ofendido.

¡No mames cabrón! ¿Tú de qué vas?

Chiapas simplemente no podía creerlo. Josefina se ruborizó e incluso se quedó sin palabras.

—¡Serás hijo de puta! —logró decir, no sin quitarse la sonrisa coqueta que se le instaló en el rostro—. Tú serás de todo menos un caballero.

—Puede que no tenga los modales, pero te aseguro que reconozco un insulto. —Sodoma miró fijamente a la joven—. Esta noche insulté tu casa y a tu padre. Quiero dejar claro que lo siento y que estoy dispuesto a corregir mi estupidez. En este tipo de negocios un insulto se paga con sangre.

Los presentes en la sala se pusieron tensos.

—Dame un nombre, o señálamelo, cualquier enemigo que tengas y te mandaré su cabeza por FedEx... ¿o prefieres UPS?

En esta ocasión nadie más en la sala sonrió, incluyendo a Josefina, quien experimentó una sensación de poder única al verse comparada con un dios; aquel ofrecimiento no era algo que se obtuviera todos los días. Podía significar la vida o la muerte de cualquiera, más si a ese alguien hipotético lo tuviese atorado en la garganta. Aun así, La Llorona supo que debía dejar pasar el ofrecimiento, al menos por el momento, pero no iba a cerrar del todo aquella puerta.

—Creo que por esta vez te lo voy a dejar pasar, pues...

—No, no la vas a dejar pasar. —Una vez más todos volvieron a sentirse tensos—. Me gustó la cubana, la chica del show, puedo obtener la mujer que me dé la gana, pero pocas me excitan.

La Llorona sintió una punzada de celos, un pensamiento que apartó al instante, ella era mucho mejor que una puta... *entonces ¿por qué quiero ir ahora mismo y arrancarle la cara?*

—¿Cuánto por la cubana?

—¿La puta del show?

—La quiero ahora mismo, ¿cuánto?

Josefina miró a Chiapas, este le devolvió una mirada fría, recordándole el

regaño de su padre. La cubana significaba mucho para los negocios de Montero, las órdenes fueron claras, no le podían tocar ni un pelo.

No te preocupes, papá. Nadie le va hacer daño, eso no significa que no pueda alquilarla por unas horas.

—Se llama Irina, como ya sabes, y no está en venta.

—Pensé que todas tus chicas tenían un precio. —Por primera vez la sonrisa desapareció de su rostro—. Una casa de putas donde no se alquilan sus putas, mmm, jeso es malo para el negocio!

La Llorona comprendió al instante la amenaza, no física, sino monetaria. Hombres como Sodoma visitaban a diario aquel negocio, un mal comentario de esa índole podría hacerles perder miles de dólares, y, además, al fin y al cabo, solo se trataba de una puta.

—Quince mil dólares y la tienes por toda la noche.

—Nunca duermo una noche completa en un mismo lugar —la sonrisa regresó a los labios de Sodoma—, que sean diez mil, ¡y no...! no trates de regatear, no voy a pagar un centavo más, pero sí que voy a dejar abierta mi oferta por el insulto a tu mansión.

Josefina se tragó su réplica, decidió que después de todo la situación salió mejor de lo esperado, además, se moría de curiosidad por ver a través de las cámaras ocultas en el cuarto que le iba a asignar al asesino.

—Muy bien, pero te enviaré el mejor champaña de la casa para que pagues la botella —la joven se levantó con una sonrisa coqueta y le guiñó un ojo mientras agregaba—; ahora mejor voy a prepararte a Irina, creo que debe estar dándose una ducha, cuando esté lista te la envío a tu habitación.

En cuanto Sodoma salió, Pedro tomó por el brazo a su jefa.

—¿Qué estás haciendo? Tú padre fue claro, no le puede pasar nada a la puta.

—Y no le va a pasar nada, ¡ya lo oíste! Quiere ganarse los favores de esta casa, además, tú mismo me dijiste que te intrigaba mucho lo que trae nuestro invitado bajo su chaqueta, ¿aún quieres averiguarlo? Te puedo conseguir asientos en primera fila.

CAPÍTULO 50

¿QUÉ NO HARÍA UNA MADRE?

Rancho Bacanales, México

Irina miró su propio reflejo y no dejaba de sentirse extraña consigo misma.

¿Quién eres? ¿En qué te han convertido?

El rímel se le había corrido, estaba despeinada y en su cuello, cara y pelo, aún quedaban gotas de semen. Primero se lavó suavemente su rostro, con agua fría, luego la boca... una, dos, tres veces... vomitó y volvió a lavarse la boca. Se restregó los dientes y la encía, tan fuerte, que cuando escupió, la pasta iba mezclada con sangre. Después se pasó por los senos y el cuello varias toallas de Kleenex. Por suerte estaba sola en el baño, eso le permitió llorar por primera vez.

¡Dios mío! ¡Esta vez sí que estuvo tan cerca!

La imagen de Herma levantando su mano para fustigarla no se le iba de la mente. Comprendió que alguien había apostado porque le despedazaran la espalda a latigazos, lo que no acababa de entender, fue cómo la orden fue anulada al instante. Sus manos y piernas no paraban de temblarle, y supo que atravesaba algún tipo de shock, pues nada de lo que intentara la ayudaba a tomar un control absoluto de su cuerpo. Por alguna razón (supuso que debía de tratarse por el estrés del momento, y el lugar), su psiquis le estaba jugando una mala pasada. Se imaginó como uno de los personajes de aquella horrorosa película... había olvidado el nombre...

La mansión de... no, ¡La casa de cera!

En esa película los protagonistas eran atrapados por un maniático que convertía a las personas en estatuas de cera... ¡vivos!

—Cálmate, ¡por lo más que tú quieras! —pensó en su hijo, o más bien lo utilizó como si su mente fuera una especie de barco a punto de naufragar. Su bebé era su faro. La única razón que la mantenía viva dentro de aquella pesadilla, de lo contrario, estaba convencida de que habría estallado su cabeza contra una de las paredes. *Yotuel es mi faro...*— él te necesita ahora más que nunca, así que deja de pensar estupideces.

Armándose de valor, se decidió a salir del baño.

Uno de los guardias que ya aguardaba por ella la llevó directo al comedor de los niños. Yotuel la estaba esperando. Ese había sido el trato, al niño lo

dejarían comer cuando ella finalizara el show. Antes de abrir la puerta del comedor, no pudo evitar la sensación de sentirse como uno de aquellos personajes de la película, a punto de ser atrapados para siempre dentro de un molde de cera.

Justo en el momento en que Irina entraba al comedor de niños, observó como Yotuel intentaba agarrar un dulce de chocolate recubierto de merengue.

¡Plass!

Una india enana con aspecto de maya... inca o azteca, *¡hija de puta!* acababa de pegarle a su hijo con una regla de medio metro.

—¡Qué haces, comemierda! —le gritó como una tigresa que defiende a su cachorro.

La india, indiferente al ataque colérico de la cubana, la miró con la seguridad de quien se siente protegida por los dos guardias que cuidaban el comedor.

—El güerito no puede comer hasta que la Patrona dé su consentimiento — fue lo único que dijo a modo de justificación.

Irina se sentó junto a Yotuel, quien lloraba de impotencia y hambre sin comprender por qué tenía chocolates y dulces al alcance de la mano y aquellos adultos no dejaban ni que los tocara. Para la mente de un niño de su edad, aquello no tenía lógica, no podía comprender por qué había adultos tan crueles.

En cuestión de minutos, su hijo acababa de perder otra parte de su infancia (comprendió con tristeza Irina), aquellos monstruos lo obligaron a crecer, a comprender de una manera brutal que, en la vida, aunque tengas hambre y los alimentos se estén mosqueando, debes de pedirlos o comprarlos... o robarlos. Como Yotuel no entendía el valor del dinero, pidió varias veces algo de comer... se lo negaron. Cuando el hambre fue insoportable, decidió tomarlo a la fuerza. Irina vio las marcas de la regla en sus manos. El niño la miró desafiante y hasta con cierta furia, sin dudas estaba esperando el regaño de su madre. *Lo estoy intentando, cariño, no te imaginas las cosas que estoy haciendo por ti. Le limpió la cara que le. Los niños no sienten pena por llorar, eso no les preocupa, lo que si les preocupa es pasar hambre.*

—Ya, vamos —lo consoló contra su pecho, luego agarró uno de los platos desechables y una Maruchan de pollo de la mesa buffet. La llenó de agua y la puso dentro de un microwave. Cinco minutos después la sopa estaba lista. Eso era justo lo que necesitaba, algo liviano para el estómago, hubiera preferido

hacérsela ella misma, *pero a falta de pan, casabe*—, ya vas a ver como un poquito de sopa te cae bien.

La mesa buffet estaba repleta de alimentos, desde carnes de varios tipos hasta una colección ilimitada de helados, gelatinas y dulces (todo para los niños), eso sí, nada de metal sobre la mesa. Platos, cucharas y tenedores eran desechables o plástico. Ese detalle a Irina no le pasó inadvertido. Tomó la primera cucharada de sopa y se la aproximó a los labios de Yotuel (el niño miró primero a la india antes de que a su propia madre... *los niños no mienten, le está pidiendo permiso*), aquello le removió el estómago al punto de hacerla estremecerse de odio hacia todos aquellos malditos que estaban traumatizando a su hijo.

—Ella... no me da... —sollozo Yotuel, intentándole dar las quejas a su madre— yo le... pedí permiso... pero...

—Sss, ya, tomate la sopita, ella no te va a decir nada.

La india miró a uno de los guardias y este asintió, entonces con un leve movimiento de cabeza le dio permiso para que el niño probara la sopa. Yotuel se abalanzó sobre la cuchara sin dejar de mirar a la india, como si esperara que de un momento a otro esta decidiera usar su regla.

Josefina entró al comedor seguida por Pedro Chiapas y otro guardia. Fue directo a la mesa, tomó una galleta de Oreo y la abrió para comerse la crema de vainilla.

—Ummm, me encantan —saboreó la galleta y tomó otra más—, lástima que tengan tantas calorías.

Irina la ignoró, relleno el plato de sopa y esta vez le echó unos pedazos de pollo hervido, no muchos, pues Yotuel llevaba muchas horas sin comer y no quería causarle una indigesta.

—Estuviste espectacular en el show... ¿no tienes ni idea de la que armaste! —varios guardias se rieron de un chiste que por lo visto solo ellos entendían —, te digo que levantas pasiones, mujer.

La Llorona se movió alrededor de la mesa y se sentó junto a Irina.

—Necesito que te alistes, ve al salón de belleza con las chicas —sin mirar a la cubana, Josefina atrapó otra galleta—, esta vez hay un cliente en específico que pide tus servicios.

Irina la ignoró, continuó dándole de comer a su hijo.

—Te dije que te alistes —murmuró La Llorona, como si tratara de evitar elevar la voz—, deja eso y sal del comedor...

—Hicimos un trato —como si madre e hijo pudieran entenderse telepáticamente, Yotuel comprendió que su mamá estaba ganando tiempo, dándole rápidas cucharadas porque no volvería a tener otra oportunidad para alimentarlo, por eso él se tragaba las cucharadas prácticamente sin masticar —, yo cumplí con mi parte. Ahora déjame alimentar...

—¡Pendeja de mierda! —gritó Josefina, los guardias se movieron inquietos y la india no supo exactamente qué hacer—. ¿Dónde crees que estás? ¡Esto es una casa de putas! ¡Tú eres una puta! Te quedó claro, aquí te coges a quien me dé la gana en el momento que me dé la gana. Así sean veinte clientes en la noche, eso si quieres que este cabroncito vuelva a comer algo en una semana.

También estas aprendiendo a mentir. Aunque sepas que vas a pasar hambre lo prefieres con tal de que no me regañen a mí.

CAPÍTULO 51

¿PEDÓFILO O PSICÓPATA?

Rancho Bacanales, México

Una vez más el ejercito de chinas laboriosas pusieron manos a la obra.

—¿Otro cliente? —preguntó sorprendida Chan, quien por la expresión de su rostro no podía creer que la joven cubana saliera de la habitación de cristal sin una sola marca en su cuerpo.

Sin perder un segundo la hicieron tomar un baño, varias chinas le restregaron con esponjas cada rincón de su cuerpo sin gotas de pudor. Por su parte, Irina se sintió como un bebe al que le están cambiando los pañales. Le secaron a toda prisa el cabello, se lo alisaron y peinaron con un estilo provocador. Sin darle tiempo a una protesta, dos chinas comenzaron a lubricar todo su cuerpo, sobre todo en su vagina y ano. La manera de actuar de aquellas asiáticas, quienes hablaban como en murmullos, en su lenguaje ininteligible, la molestó tanto como su fría indiferencia. Estaba claro que ella no era más que la próxima pieza a sacrificar. Otra oveja del vasto rebaño.

Ni tan siquiera en Cuba, donde de igual manera la obligaron a prostituirse, se sintió como un trozo de carne... eso, simplemente un pedazo de bistec, ¡un maldito filet mignon de excelente calidad! Cortado y preparado para ser saboreado por algún cabrón.

—Chan, ¡date prisa con la cubana! —Ordenó una voz desde una de las bocinas de la pared—. El cliente está apurado.

La china dio varias palmadas y la maquillista terminó los últimos retoques. Con una bata de seda (de la Victoria's Secret, ¡lo mejor de lo mejor!), terminaron los últimos retoques.

—Está preciosa —le dijo Chan a su ejército de colaboradoras, que asintieron orgullosas al finalizar su trabajo.

Irina tuvo que reconocer que tenían razón, para el poco tiempo con que contaron, el resultado era asombroso. El vestido también era parte del disfraz, un diseño único, creado para erotizar a cualquier hombre o mujer que tuviese la oportunidad de quitárselo. Para que su belleza resaltara aún más en el próximo *show sexual* al que iba a ser sometida, le entregaron unos tacones de punta fina, ¡preciosos! Admitió con desgano.

—Entra —le ordenó el guardia, quien la devoraba con la vista sin preocuparse por disimularlo—, ya te están esperando.

Irina suspiró frente a la puerta.

Se trataba de una habitación diferente, en otra sección de la casa. Avanzó por un largo pasillo con puertas a ambos lados. Debía de tratarse de reservados especiales para los mejores clientes. Al fin llegó a la última puerta. Antes de entrar, tuvo que calmar los temblores que volvieron a dominar su cuerpo.

¿Qué habrá ahora tras esta puerta? Esa era la pregunta que tanto temía. *¿De qué se trataría esta vez?* Un hombre... una mujer, ¡al menos que sea un cliente! No quería toparse con una orgía de dos, tres... o cuatro imbéciles. En Cuba le sucedió varias veces, una de ellas con tres europeos, tres hijos de puta que pensaron que la doble penetración era la fantasía soñada por todas las mujeres.

Cuando entró a la habitación, nada, absolutamente nada la había preparado para este nuevo cliente.

La habitación era enorme, la cama desproporcional, todo había sido diseñado a gran escala. Una ducha sin paredes y cubierta de mármol de Carrara; un yacusi con capacidad para ocho personas, eran parte de la decoración. En el centro de la habitación, estaba Sodoma.

—Acércate —le ordenó el gigante. Irina obedeció y se detuvo a solo centímetros de su pecho—. Mírame. —Lo hizo, vio como unos labios gruesos y crueles se saboreaban con las fantasías que no disimulaba en reprimir—. Eres preciosa y lo sabes, por eso me gustas.

Irina intentó sonreír.

—Desnúdate.

No había mucho que desnudarse, simplemente dejó caer los tirantes de su vestido. Sus curvas perfectas impidieron que la seda corriera libremente, por lo que hizo varios movimientos de cadera y la tela terminó por deslizarse hasta sus tobillos, quedando completamente desnuda, dio un paso con los finos tacones para quedar frente a él.

—Irina, ¿fue así como dijiste que te llamabas? —le preguntó con voz sensual, aunque en ese instante la cubana presintió que aquel hombre era más peligroso cuando hablaba de esa manera que si lo hacía a gritos.

—Sí.

—Es un bonito nombre; sabías que significa: *persona que trae la paz*.

—No, no lo sabía —mintió.

Irina observó la sonrisa que se dibujó en su boca. Aquel rostro le recordaba a varios artistas y modelos, pero no lograba definir a ninguno, terminó por compararlo con el cantante español Melendi. Sí, era a quien más se le parecía, un Melendi con un corte de cabello al estilo de los elfos, un Legolas trigueño.

Sodoma le dio la espalda para acercarse al equipo de estéreo que estaba instalado en la pared.

—Muy buena colección —dijo más para sí mismo, la opinión de Irina realmente no le importaba—. ¡Genial! Rammstein. Mi favorito, ¿te gusta el rock?

Ella se encogió de hombros, sabía que sus gustos le tenían sin cuidado. Era más bien una pregunta formal.

De repente, Irina presenció un espectáculo que escapaba a su comprensión, Sodoma, dándole la espalda, abrió los brazos y la música llenó la habitación, los silbidos del intro parecían fluir de su propio cuerpo. Al virarse de frente la expresión de su rostro había cambiado totalmente, como si se tratara de un caso extremo de bipolaridad.

—¡Engel! —gritó como si tuviera un público inmenso frente a él. Sosteniendo el control remoto, le subió al volumen hasta lograr que las paredes de la habitación vibraran con el poder de las guitarras y las baterías. Comenzó a cantar en varios idiomas, hasta que cayó en cuenta que Irina no entendía ninguno de ellos, entonces le tradujo al español—: ¡Dios sabe que no quiero ser un ángel!

Sin dejar de cantar comenzó a desnudarse.

Irina sintió esta vez más miedo de aquel monstruo que de la Crystal Room.

—¡Quiero escuchar lo que dicen en esa habitación! —gritó Josefina en la sala de controles.

Un ejército de especialistas intentaba ecualizar el sonido, separarlo y limpiarlo para que la voz fuera más clara, pero sencillamente no tenían esa tecnología. Intentaban hacer lo que estaba a su alcance sin éxito alguno.

—La verdad es que no hay mucho que escuchar —intentó calmarla Pedro, quien al igual que todos, miraba los tres monitores con ángulos diferentes que cubrían cada rincón de la habitación—. Lo que diga no nos interesa tanto como lo que haga.

En ese momento todos observaron cómo Sodoma se quitaba la chaqueta. Inconscientemente, Josefina se llevó los dedos a los labios, el gesto no pasó inadvertido para nadie.

—¡Qué pendejo este cabrón! —Exclamó Chiapas—. Dale un acercamiento a la espalda.

Todos vieron, oculta en el cinturón del asesino, una pequeña hacha, pero las sorpresas no acababan allí, todo lo contrario, apenas empezaban. Sodoma llevaba puesta una especie de arnés militar, de las usadas por los comandos; las correas, cruzadas entre sí, finalizaban con hebillas de acero sujetas a su cinturón.

Sodoma se soltó el arnés y lo puso cerca de la cama, al alcance de su mano.

—¿Qué era toda esa mierda? —preguntó Josefina, quien a pesar de estar rodeada de armas todo el día no era capaz de diferenciar una de otra.

—Ese hijo de puta va armado como para formar una pequeña guerra dentro de esta mansión —Chiapas indicó con el dedo a uno de los técnicos para que hiciera un zoom hasta el arnés—. ¿Ves eso?

—Sí, ¿qué es?

—Son granadas cilíndricas, lleva cuatro, dos a cada lado, estas dos son de fragmentación —con el dedo le indicó los *inofensivos* tubitos—, estás dos de acá son de humo y sonoras. —Josefina asintió sin apartar los ojos de Sodoma, quien había comenzado a desnudarse—. Las granadas son letales, pero esas dos pistolas que lleva lo son mucho más.

—No es para tanto —intentó restarle importancia La Llorona, aunque la verdad, y Chiapas lo sabía, Sodoma los intimidaba a todos (incluyéndolo a él) desde aquella habitación—. Mis chicos van armados con cuernos de chivo...

—Te equivocas, este cabrón tiene dos Berettas 92 FS, con mira láser y un compensador. Y por lo visto tiene unos ocho cargadores, ¡ocho cargadores extendidos! —Cada uno de aquellos cargadores podía tener hasta treinta balas—. ¿Quién demonios anda con tantos kilogramos encima?

Tanto peso es ridículo, reflexionó Chiapas, cuatro granadas, un hacha, dos pistolas y ocho cargadores, eso era demasiado para cualquier asesino. Aun así, Sodoma caminaba, sonreía y se paseaba como si aquel arsenal no fuera más que algunas monedas sobrantes en sus bolsillos. Otro factor que Chiapas tuvo que sumar a la ecuación, era a causa del tamaño y peso de aquel monstruo. Sodoma debía de medir unos siete pies de altura y pesar no menos de doscientas ochenta libras. Un hombre con ese peso y tamaño, que entrenara todos los días (el ejemplo para sacarlo de cualquier duda fue el show gratis

que les brindó en el salón), iba a representar un verdadero problema si por alguna razón se consideraba atrapado y decidía emprender una retirada de emergencia.

—¡Oh, Dios! Háganle un acercamiento —pidió Josefina sin preocuparse por disimular su libido—. ¡Madre mía! Tenemos un video de Sodoma desnudo.

Los allí presentes en la sala acercaron sus cabezas a los monitores, acto seguido volvieron a alejarlas para poder tener una mejor visión del cuerpo desnudo y cubierto de tatuajes del famoso asesino.

—Por alguna razón, pensé que su pene era lo que más me llamaría la atención —algunos sonrieron e hicieron chistes de lo que estaban viendo—, no es que esté mal dotado —aclaró Josefina—, pero... ¡esos tatuajes!

La música fue en aumento al igual que el miedo de Irina.

La cubana retrocedió al ver a aquella mole desnudo, y comprendió que el miedo no era tanto por su aspecto físico, como por los tatuajes. Irina tenía mucha experiencia con hombres de poder. Conocía muy bien la anatomía de estos, por lo general gordos o flacos (esa era la característica de menor importancia), en lo que todos coincidían era en su actitud arrogante y nerviosa, siempre aparentando una calma fría y calculadora mientras tuvieran a una docena de guardaespaldas a menos de un metro. Nunca titubeaban a la hora de dar órdenes que involucraran una matanza, siempre y cuando ellos no estuvieran cerca (y de estarlo) pues iba a ser desde algún palco de ópera. Hombres de manos blandas y miradas calculadoras.

Por otro lado, estaban los encargados de llevar a cabo esas misiones, los verdaderos asesinos.

Irina estaba frente a uno de ellos.

Debía de tratarse de algún exmilitar, un soldado entrenado en el arte de la guerra.

Irina recorrió cada detalle de aquel cuerpo, no se trataba de uno de esos modelos clásicos de revistas deportivas... aunque al igual que estos, Sodoma llevaba una armadura de músculos encima, pero era una musculatura diferente. Si lo pudiera comparar con alguien, por su estructura física, sería una copia latina de Dwayne Johnson. Su cuerpo parecía estar atravesado por cables tensados de acero que hacían las funciones de venas. Los músculos de su abdomen, hombros y espalda se veían ridículamente desproporcionados

debido a algún entrenamiento especializado en cargar peso, supuso que las mochilas que cargaban los comandos con todo un arsenal dentro eran la causa de aquellos trapecios.

Del cuerpo de Sodoma todo llamaba su atención, aun así, fueron los muslos y bíceps lo que sin dudas la dejaron sin palabras. Sus piernas se parecían a las de un futbolista profesional, poderosas pantorrillas capaces de resistir horas de intensas carreras. Sus brazos, por otro lado, eran armas mortales. Debía de practicar algún tipo de arte marcial (no boxeo), Irina conocía de sobra la anatomía de los boxeadores. Lo que fuera que este hombre practicara era algo mucho más letal, por los callos de sus nudillos y codos debía de tratarse de un arte marcial especializada en destruir cabezas y cuellos a base de puñetazos y codazos.

A medida que Sodoma se le fue aproximando, ella iba retrocediendo, hasta quedar contra la cama. A menos de un metro pudo observar con lujo de detalles las cicatrices que recorrían aquel cuerpo (como aclarándole todas sus sospechas), se trataba de un mapa, pero de puntadas, y no había que ser experto para deducir a simple vista las características de su oficio.

A Irina se le escapó el aire de sus pulmones y tuvo que obligarse a respirar una vez más, para poder controlar sus nervios. Por fin comprendió qué era lo que tanto la asustaba de aquel hombre... ¡sus tatuajes! Eran los tatuajes que solo un pedófilo o un psicópata podrían llevar encima.

CAPÍTULO 52

TATUAJES

Rancho Bacanales, México

Desde la sala de controles, La Llorona y sus guardias observaron a través de las cámaras la escena que se estaba desarrollando entre Irina y Sodoma. Tanto ella como Chiapas, habían quedado estupefactos al ver los tatuajes. Algunos de los técnicos reían nerviosos sin descifrar cabalmente lo que estaban viendo.

—Háganle un acercamiento a la espalda y al pecho —ordenó La Llorona, al instante el zoom de las cámaras mostró las figuras coloridas que se dispersaban por el cuerpo de Sodoma—. ¿Son... pitufos?

—Sí, son pitufos ¿¡qué pendejada es esta!?! —exclamó Chiapas.

Las cámaras hicieron un paneo completo del cuerpo de Sodoma, y en efecto, estaba totalmente cubierto por tatuajes de pitufos.

Son los detalles... ¡el maldito acabado es lo que me asusta!

Irina había visto millones de tatuajes, pero aquellos eran únicos.

Sodoma tenía tatuado en su tetilla izquierda una luna, sobre ella, sentada e indiferente, estaba la coqueta Pitufina. Los brazos, los hombros, el abdomen, los muslos y la espalda, también estaban cubiertos de figuras. Papá pitufo estaba regañando a los más traviesos, pintado sobre un tronco, justo en su abdomen (los detalles y colores eran exquisitos), pitufo Goloso se estaba dando un banquete. Vanidoso, Fortachón, Gruñón, todos ocupaban un espacio en el gigantesco cuerpo de Sodoma, incluso Gargamel y su gato Azrael, quienes, con miradas furiosas, parecían querer arrancar de la piel a los pitufos más cercanos.

—Tus... tus tatuajes son her... hermosos... —tartamudeó Irina.

—¿Esos crees?

Ella iba a asentir cuando vio la risa en los labios de Sodoma, entonces supo que algo terrible iba a pasar.

La cachetada salió de la nada, tan rápida como dolorosa.

Irina cayó sobre la cama y de inmediato se llevó las manos al rostro, se tocó la cara esperando, quizás, no encontrar sus dientes. Al momento sintió

una punzada en un lado y supo que su ojo derecho estaba a punto de salirse de la órbita. Apenas llegaban las primeras olas de dolor cuando otra cachetada le partió el labio inferior y la hizo girar sobre la cama. Todo le dio vueltas, y se sorprendió de no haber perdido el conocimiento, casi de inmediato sintió el peso de Sodoma sobre ella. Su boca comenzó a lamerle las nalgas y la vagina, la volvió a girar como si ella fuera una muñeca inflable y comenzó a chuparle los senos. Le besó el labio partido y sangrante y continuó hasta detenerse en sus hombros, donde la mordió tan fuerte que le arrancó un grito.

¡Me va a matar!

—¡Ayúdenmeeee! —gritó, aún consciente de que la música no permitiría que sus gritos escaparan más allá de las paredes. Otra cachetada la hizo callar.

—¡No manches, pinche güey! —dijo uno de los guardias, y se arrepintió al instante de no contener su boca, aunque demasiado tarde, varias cabezas en la sala ya habían girado para mirarlo. El guardia se apresuró a agregar—: creo que ese cabrón la va a matar.

Las mismas cabezas miraron a Josefina, esperando su orden antes de que fuera demasiado tarde.

—Tu padre fue claro, dijo que nada le...

—¡A la chingada mi padre! ¿La ves muerta? No, verdad, está viva, ¡deja que la goce! Él pagó por esa puta, si le gusta golpear a las mujeres, yo no soy nadie para impedirselo, mientras no la mate...

No era la primera vez que algún sádico trituraba a golpes a una chica hasta provocarle la muerte o desfigurarla por completo. Cuando algo así sucedía, Rancho Bacanales se limitaba a cobrar con creces al bestial cliente el valor de la puta, luego desaparecían el cuerpo.

—Además, esa cubana necesita unas clases de modales.

El ruido de las bofetadas, vistas a través de las cámaras, quedó opacado por el sonido de la música. Todos volvieron a su trabajo, vigilando el resto de las cámaras, excepto por Josefina y Chiapas, quienes continuaron disfrutando cómo la cubana era violada de todas las formas posibles.

Irina, impotente, se balanceaba con las acometidas de aquel psicópata. Sintió el sabor de sus propias lágrimas mezcladas con la sangre que manaba de sus labios. Boca abajo e inmovilizada, pudo sentir como los dedos de

Sodoma entraban en su cabello y lo sujetaban como si fuera una garra.

—¡Así te gusta, puta! —le gritó en el oído— ¡Te gusta que te den por el culo!

El peso de aquel monstruo la tenía asfixiada. Por momentos, Sodoma la sujetaba con ambas manos por las caderas y la penetraba como si ella fuera algún tipo de juguete sexual, la cambiaba de posiciones, la volvía a penetrar por cuanto agujero encontrara en su cuerpo, la abofeteaba para luego volver a ponerla boca abajo.

—¡Ahhhhh! —gritó como si fuera un vikingo que estuviera en un campo de batalla—, ¡ya voy a correrme, puta!

Irina se sintió aliviada. Su cuerpo y su mente estaban agotados, molida a golpes y sin fuerzas para decir una sola palabra, esperó los temblores del orgasmo de su violador, sin embargo, otra cosa sucedió.

Sintió los temblores del pene entre sus nalgas y el chorro que le llegaba a sus entrañas. Al mismo tiempo Sodoma se dejó caer sobre ella y le susurró al oído:

—No hagas nada estúpido en las próximas cuarenta y ocho horas —las palabras eran un murmullo imperceptible (opacadas totalmente por los sonidos del rock), pero claras en su oído como el agua más cristalina—, te sacaré a ti y a tu hijo Yotuel de este lugar. Un amigo común te manda saludos, ¡Mata Hari!

Sintió como el pene salía de su interior, acto seguido una fuerte nalgada le dejó los cinco dedos prácticamente tatuados en su delicada piel.

Por primera vez, desde que comenzara la paliza, no sintió dolor.

CAPÍTULO 53

MQ-9 REAPER

Veracruz, zona rural

Conocido como Reaper, el MQ-9 era el drone militar más famoso del mundo. Basado en el diseño de su primo hermano el Predator, superaba a este por su capacidad de carga (nada menos que dos bombas Paveway y cuatro Hellfire, unas 3800 libras de explosivos). Con un potente lente capaz de visualizar cualquier objetivo a más de 5000 pies de altura, y con un margen de disparo y error de centímetros, el precio de estos halcones metálicos supera los 16 millones de dólares por unidad. El gobierno de los Estados Unidos contaba con nada menos que 120 Reapers (según datos liberados al público, la realidad andaba muy lejos), distribuidos entre su ejército y sus diferentes organizaciones de espionaje y seguridad nacional. Pocas personas tenían acceso directo a estas súper poderosas máquinas aladas sin su debida autorización.

Jimmy Scott era uno de ellos.

El jeep se detuvo literalmente en medio de la nada. Más de cien kilómetros cuadrados de vegetación rala y campos sin cultivar.

Sodoma tomó su Iridium modificado y efectuó la llamada. Al tercer timbre, Jimmy respondió. Por lo visto el viejo Búho nunca dormía.

—¿Tú dirás?

—Necesito que me envíes al SR-77 con Hulk y Deadshot.

Colgó sin despedirse.

Del otro lado de la línea Jimmy Scott se puso a trabajar.

Buscó su lista de códigos diseñada exclusivamente para los “nombres únicos de Sodoma”. De momento recordaba que el SR-77 Blackbird, era la nave supersónica usada por los X Men, *la que sale en vuelo vertical desde el fondo de la cancha de la mansión del profesor X...* la explicación que Sodoma le dio en una ocasión hizo eco en su memoria. Jimmy le insistió en que llamara por su nombre al drone, simplemente un MQ-9 y punto, pero según Sodoma, eso le quitaba estilo.

Comenzó a ojear su libreta buscando las letras de los nombres en orden

alfabético. Unos segundos antes había llamado al hangar para que fueran preparando el dron. *Aquí esta... quieres a Deadshot... ¿pero qué cojones estás pensando?* Scott ojeó rápidamente la agenda hasta llegar a la H, *Hulk... Hulk, Hulk, ¡no me jodas! Hulk es... ¿Qué piensas hacer, Sodoma?*

Tres horas después, un Reaper cruzaba el espacio aéreo mexicano a más de 200 millas por hora con su preciada carga. El lente localizó la posición enviada a su GPS y dejó caer la caja diseñada para cargamentos especiales. Un paracaídas creado para ese tipo de misiones se abrió a menos de cien metros depositando suavemente su carga.

Sodoma se acercó, sobre la caja había un pequeño panel digital repleto de números. Puso el código y la caja se abrió con un chasquido metálico.

Muy bien, todo en orden.

Luego abrió el maletero de su jeep y subió la caja.

CAPÍTULO 54

PIEZAS SOBRE EL TABLERO

Rancho Bacanales, México

Irina se despertó desorientada, le dolía todo su cuerpo como si le hubieran propinado... sus pensamientos se detuvieron durante unos segundos a recopilar todas las imágenes de la noche anterior. Efectivamente, le dieron una paliza.

¡Madre mía! Me duelen hasta los pensamientos.

A su lado, Yotuel dormía ajeno a los dolores de su madre. Cuando Irina intentó levantarse, una mano se apoyó sobre su hombro.

—Descansa —Lety le extendió un vaso con una pastilla—, es un fuerte relajante muscular. No como para drogarte, pero si para calmarte el dolor.

—¿Qué hora es? —Irina aceptó la pastilla.

—Apenas las once de la mañana.

—¡Qué noche!

—Mírale el lado positivo —Lety le acomodó un mechón de cabello—, gracias a la paliza que te dio ese salvaje, no podrás trabajar por lo menos en una semana.

Sodoma...

La revelación hizo que todo su cuerpo fuera sacudido por un latigazo de adrenalina. Comprendió entonces el plan de Sodoma, necesitaba que no la siguieran prostituyendo. Con la golpiza arreglaba ese detalle. *¡Vaya con ese cabrón!*

Dallas, Texas

Neo se aseguró de que nadie lo hubiera seguido. No obstante, toda precaución era poca. Lo menos que se estaba jugando era su trabajo y veinte años en una prisión federal, su vida y la de su hermano eran lo único que le importaba.

—Espero que tanto apuro para efectuar esta reunión haya valido la pena —le dijo el abogado—, de más está decirte que si alguien nos viera juntos, ambos tendríamos mucho que perder.

Carlos Smith, apodado *el Abogado del Diablo*, era famoso a ambos lados de la frontera. Ganaba millones cada vez que algún peje gordo de los cárteles

caía en desgracia y era extraditado hacia los Estados Unidos. Su trabajo se basaba en reducirles condenas (incluso conseguir traslados hacia el otro lado mexicano), y de no poderse, pues, que el prisionero fuera tratado con las mejores condiciones posibles. Entre otras cosas, también servía como recadero de los jefes de uno y otro bando.

—Algo grande están preparando —comenzó a explicarle el hacker—, van a por todas contra el cártel del Golfo.

Smith lanzó una sonrisa de desprecio mientras sacaba un cigarrillo.

—Llevo años escuchando lo mismo. Un poco más de detalles, por favor, no pensarás que con eso bastará.

Smith miró fijamente los gestos compulsivos del hacker, tras una larga pausa tuvo que admitir para sí mismo que sentía lástima por aquel pobre *nerd*. Su único don era ser un genio de las computadoras, algo que lo convertía en un blanco perfecto de los cárteles. El pobre llevaba más de seis meses trabajando para el Golfo desde que estos le secuestraron a su hermano y le mandaron tres dedos y una oreja. El resultado fue mejor de lo esperado. El chico haría lo que fuera por tal de recuperar lo que quedara de su hermano.

—No tengo los detalles aún, pero se trata de una operación a gran escala contra el Rancho Bacanales.

Esta vez el abogado puso sus sentidos en guardia. Bacanales era propiedad de Montero y había demasiado dinero involucrado en ese rancho.

—¿Cuándo podré ver a mí...?

—...por lo visto nunca. —Smith era un especializado en apretar las tuercas cuando necesitaba más información; no por gusto lo nombraron el Abogado del Diablo—. Creo que no has entendido claramente con quiénes te estás acostando ¿Crees que tres dedos y una oreja es lo único que le cortaran a tu hermano? No puedes traer un rumor así, sin confirmar, y con tan pocos detalles. Ahora has creado un efecto dominó que también me afectará a mí si no le respondo claro a mis jefes. ¿Estás entendiendo? Ahora mismo regresas a tus computadoras y averigua exactamente qué cojones están llevando a cabo si no quieres que te envíen a tu hermano en unas seis bolsas de basura.

En cuanto Neo desapareció de su vista, Smith supo que una vez que hiciera la llamada no habría vuelta atrás. Pero, aun así, no tenía mucho que informar. Decidió que esperaría a la noche, con la esperanza de que el hacker le consiguiera mejores datos.

Veracruz

Los tres autos fueron detenidos en una zona rural apartada de cualquier presencia humana.

El Turco y Colombia fueron los primeros en bajarse y caminar directo hasta el jeep de Sodoma. Este le entregó un sobre con diez mil dólares a cada uno, el resto se les pagaría después de terminar la misión... si sobrevivían. Un breve saludo orbitó entre los tres hombres y al instante comenzaron a trabajar.

—¿Qué se supone que me toca? —preguntó Colombia.

—Apoyo constante y cuidarme el culo.

—Siempre la parte más difícil —protestó el colombiano.

Sodoma le dio una suave cachetada y le sonrió, dejándole claro que más le valía cuidarle el culo si quería cobrar el resto. Luego sacó del cofre militar que había guardado en su maletero, una caja con un diseño especial para ser transportada. Tomó una segunda caja y se la entregó al Turco.

—Lo tuyo será hacer mucho ruido.

Por la expresión de Sodoma, los dos mercenarios comprendieron que se había terminado el tiempo para los chistes. El Turco tomó su caja, coordinaron sus relojes y sobre un mapa del objetivo volvieron a repasar los últimos detalles. Nadie hizo preguntas innecesarias, los tres eran soldados profesionales y sabían perfectamente cómo llevar a cabo una misión de extracción y apoyo. Aunque en esta ocasión, iban bien cortos de personal. Para los dos mercenarios eso solo significaba un cheque mayor que incluía un bono. Unos últimos detalles con referencia al punto de extracción, y el plan B... porque siempre necesitarían un plan B. Después cada uno tomó una ruta diferente.

CAPÍTULO 55 EN POSICIÓN

Rancho Bacanales, México

Cada ATV tomó un rumbo diferente.

Las gigantescas motos de 4 llantas desaparecieron en la noche. No llevaban sus luces prendidas (no las necesitaban), tanto Colombia como el Turco usaban sus NVG (gafas de visión nocturna de alta definición), un regalo de Sodoma, incluido en las cajas que recibieron.

Y ese es el problema, pensó Colombia, los regalos de Sodoma son demasiado exclusivos... Demasiado caros, para ser exacto.

A más de un kilómetro de la mansión Bacanales el excomando colombiano detuvo el ATV, sacó de la caja un rifle de francotirador y lo montó sobre un trípode especial, luego abrió el canal del radiotransmisor e hizo las primeras pruebas de audio.

—Colombia en posición, todo despejado; cambio.

¡Maldito Sodoma y sus regalos!

El colombiano pegó el ojo a la mira telescópica de visión nocturna incorporada al rifle que tenía entre sus manos y comenzó a hacer los primeros ajustes. Aquella mira infrarroja, estaba valorada en el mercado negro en más de 50 mil dólares, y del rifle ni hablar. Un Barrett M107 con un sistema semiautomático, un cargador extraíble de diez rondas calibre .50 y una precisión milimétrica a dos kilómetros de distancia. Aquella arma era usada por los marines y la guardia costera americana para detener vehículos en movimiento (incluidos los de blindaje ligero), ya que sus proyectiles eran capaces de atravesarlo casi todo, quizás no un tanque de guerra, pero Colombia no creyó que tuvieran uno de esos dentro de la mansión... ¡aunque en México nunca digas *no creo!*

Colombia empezó a realizar varios ejercicios de respiración hasta que su ritmo cardiaco se estabilizó, con aquella arma entre sus manos sentía la sensación de tener una bazuca apuntando hacia una casa de muñecas. La mira fue pasando de torre en torre, eligiendo con calma su primera víctima.

—Voy a entrar, cambio —confirmó Sodoma.

Desde su posición, Colombia observó como el portón de seguridad se abría para darle paso al jeep.

Tres guardias se apresuraron a echarle un vistazo a los costados y a la parte inferior, usando espejos antibombas y perros entrenados, pero nadie se atrevió a mirar en el interior. Uno de ellos dio la orden de que todo estaba en orden, era un cliente de la casa. En cuanto el jeep atravesó la reja de seguridad, los guardias se apresuraron a cerrarla. Esa fue la parte fácil, ahora todo dependía del Turco y sus juguetes... y ese era otro problema, pues aquellos juguetes que Sodoma les dio esa mañana no eran nada típicos.

En ese momento, el Turco relacionó la felicidad que estaba sintiendo con un recuerdo cuando aún no era más que un niño: la mañana de navidad en que su padre le regaló su primer helicóptero de control remoto. Sin dudas era la misma sensación la que estaba experimentando. Solo que esta vez el control remoto que tenía entre sus manos era un diseño militar exclusivo, y el helicóptero era un Quadcopter (un mini drone con una carga explosiva capaz de desintegrar un autobús).

Los cuatro rotores rediseñados para hacer menos ruido que el aleteo de una mosca, no tuvieron problemas en pasar por encima de las torres de seguridad. El vuelo finalizó con un perfecto aterrizaje sobre la pequeña fortaleza de hormigón que protegía los dos generadores de la casa. Sin perder un segundo, el Turco abrió la caja que le entregó Sodoma.

—¡Tiene que ser navidad! —dijo al ver su contenido.

Pedro Chiapas miró detenidamente a la cámara, la cubana acababa de entrar a la habitación y se sentó sobre la cama. Desde el otro ángulo Sodoma la miró como una pitón a punto de lanzarse sobre un conejo.

—¿Qué crees? —le preguntó a Josefina, quien no perdía de vista los movimientos del sicario.

—¡Que la cubana debe de echarse miel con azúcar en su panocha!

Chiapas contuvo la risa.

No, aquí está pasando algo más.

Sodoma no era hombre de repetir mujeres, no es que conociera sus gustos sexuales al dedillo, pero después de la paliza del día anterior, solicitar a la misma mujer era demasiado extraño, por otro lado, quizás no era más que el producto de su imaginación, y al hombre si le iba con el sadismo de golpear a las mujeres para lograr sus erecciones (no era el primero que veía con esos gustos). Por su parte, Josefina seguía creyéndolo y así se lo explicó a Chiapas. A Sodoma le excitaba golpear a las mujeres, y, sobre todo, ver el resultado de

su obra. Pidió a la cubana solo para gozarla y verle sus moretones.

Desde Dallas entró la llamada a su número privado, aquello no le gustó para nada.

—¿Qué pasa? —el abogado de Dallas era un parásito que solo ansiaba cobrar su cheque semanal, por eso no se merecía ni el saludo.

—¡Qué onda Pedrito!

—¿Qué chingada quieres mamón? Estoy trabajando.

—¡Ya! Mirando como otros les cogen el culo a esas viejas.

—Para ser un abogado gringo hablas mucha mierda, pero eso ya te lo he dicho, ¿verdad?

—Hombre, tú y ese mal genio. Pero, en fin, al grano: el *dedo* dice que están preparando algo.

—Poquito más específico.

—No sabe nada más, es una operación bien secreta, pero algo grande están preparando. Algo quieren hacer en Bacanales...

Pedro Chiapas colgó al instante. Aquel imbécil de abogado le hizo creer que estaban hablando de algo relacionado con el tráfico, cuando mencionó Bacanales supo que se trataba de Sodoma. Demasiadas coincidencias, él estaba en lo cierto desde el principio y ahora el rompecabezas tomaba sentido.

—Envíen a dos hombres a la habitación 8, ¡pero corriendo! —gritó por una de las radios—. ¡A las torres, abran los ojos y enciendan los focos!

—¿Qué está pasando? —quiso saber Josefina

—Uno de nuestros contactos en Dallas dice que está montando una operación en Bacanales ¡Tiene que ser Sodoma!

Como para confirmar sus sospechas, la habitación se estremeció, afuera se escuchó una enorme explosión y segundos después todos quedaron a oscuras.

—¡Los cables principales fueron cortados! —gritó una voz desde la oscuridad.

—¡Enciendan el maldito generador! —exigió Chiapas, tratando de poner un poco de orden a las voces que bullían dentro de la habitación.

—¡Explotaron el generador! —dijo una voz desde una de las radios—. ¡Nos están atacando!

En el patio se escucharon estallidos de granadas de flash, las usadas por las tropas de asalto para aturdir a sus enemigos antes de entrar en cualquier recinto. Desde uno de los pasillos llegó el ruido inconfundible de varias ráfagas de ametralladoras.

¡El caos había comenzado!

CAPÍTULO 56

HACIA LA SALIDA

Rancho Bacanales, México

Irina vio que Sodoma caminaba directo hacia ella, un segundo después, las luces se apagaron y el desconcierto comenzó. En ese instante la puerta se abrió y el haz de luz de una linterna recorrió las paredes.

¡Sup! ¡Sup! ¡Sup! ¡Sup!

Cuatro veces escuchó el mismo sonido, como si alguien estuviera usando una cerbatana gigante dentro de la habitación. El reflejo de los disparos iluminó el rostro y la enorme figura de Sodoma. Una de las linternas rodó por el piso y terminó alumbrando el rostro de su antiguo dueño. Todo sucedió en fracciones de segundo, sumiéndolos de nuevo en las tinieblas. Desde el pasillo se escucharon los pasos de varios guardias que corrían hacia la habitación.

Una mano firme le sujeto el rostro.

—¿Estás bien? —le susurró Sodoma.

—Sí... sí... ¿qué pasó?

—Escúchame atentamente, no tenemos mucho tiempo —Irina sintió que le instalaba algo en su cabeza, después vio perfectamente la habitación con un efecto fosforescente, comprendió que le había puesto unas gafas de visión nocturna, él también llevaba unas puestas. Era un casco que le sujetaba cuatro tubos con forma de ojos arácnidos—. No preguntes, no grites, no hagas nada, solo tienes que recordar una sola cosa: ¡Soy tu escudo! Soy un gigantesco escudo humano que te va a proteger de las balas, repítelo.

—¡Eres mi escudo! —mientras decía aquella frase vio cómo su *escudo humano* sacaba de su maleta un chaleco antibalas, se lo puso encima y le apretó las peguetas. Ella no se atrevió a protestar, siempre creyó que los chalecos antibalas pesaban menos, pero aquel debía de estar relleno de barras de plomo. Sin perder un segundo, Sodoma le quitó los tacones y le puso unas zapatillas también con peguetas—, eres mi escudo, eres mi escudo. ¡Y me vas a sacar de aquí, cabrón!

—Perfecto, ahora viene la parte más divertida —volvió a sacar de su maleta un modelo de ametralladora que Irina no supo identificar. Tomó sus manos y le ubicó una a su espalda, junto a su cuello, y la otra en su cadera—. Piensa que soy una pared, pero recuerda que si haces lo que te digo saldremos

con vida de este lugar, así que no se te ocurra llevarme la contraria. —Irina tenía demasiadas preguntas que hacer, pero se limitó a dejarlo trabajar—. Tu mano en mi cadera te indicará hacia donde me moveré, la otra en el cuello es tú guía; así sabrás cuando me voy a agachar o avanzar.

Desde afuera comenzaron a llegar ruidos de toda clase. Irina pudo identificar algunos. Explosiones, gritos, estallidos de las armas automáticas y muchas personas corriendo.

—Tenemos que ir por...

—...Yotuel —finalizó Sodoma—, pues claro, sin el niño no nos vamos. ¿Lista?

—Me das una pistola.

Sodoma la miró por un segundo y después dejó escapar una sonrisa.

—Estás bien buena, pero no para tanto.

Dio varios pasos al frente y ella sintió el tirón, una técnica básica pero muy efectiva.

Desde su nido, a más de 900 metros de la mansión, Colombia controló su respiración hasta lograr un ritmo perfecto entre inhalar y exhalar, fue entonces cuando entre latido y latido de su corazón efectuó el primer disparo. El eco debió de escucharse a kilómetros de distancia, cosa que no le preocupaba mucho. El proyectil calibre .50 impactó contra uno de los guardias de la torre lanzándolo unos cinco metros hacia atrás. El segundo disparo fue contra un centinela que sostenía una ametralladora sobre un trípode. Colombia dejó escapar el aire de sus pulmones suavemente, siempre controlando la respiración... *Ok muchachos, ¿quién es el siguiente?*

A través de la poderosa mira telescópica observó como otro cuerpo (literalmente) se pulverizaba con el impacto del proyectil lanzando pedazos de huesos, sangre, órganos y pulpa de carne contra las paredes. El cuarto disparo fue contra un objetivo que no acababa de comprender cabalmente qué demonios estaba pasando. El disparo penetró su pecho haciendo desaparecer toda su caja torácica.

Cuatro muertos en menos de un minuto... ¡bum! Nada mal.

En ese entonces, ya todos los guardias estaban en pie de combate, muchos comenzaron a disparar a ciegas hacia la colina, logrando en ocasiones que alguna bala pasara cerca de su nido. Aunque de momento no era algo que realmente le preocupara. Otra cosa muy diferente eran los tres todoterrenos que patrullaban la zona. Estos debían de ser soldados profesionales, pues

lograron ubicar los disparos a los pocos segundos, aunque cometieron un error imperdonable. Sin analizar mucho la situación, uno de ellos se lanzó hacia la colina.

Chicos, no han notado que tengo un rifle semiautomático calibre .50 y que ustedes están a más de 500 metros de mí. ¿Qué creen que va a pasar?

El todoterreno aceleró hacia la colina y al instante recibió cinco disparos en menos de un minuto, los proyectiles lo atravesaron de lado a lado haciéndolo volar por los aires; primero, por la fuerza del impacto, luego por la explosión del tanque de gasolina. El segundo todoterreno, un Toyota 4x4 cargado con seis tripulantes debió de pensárselo mejor. Estos prefirieron bajarse del vehículo y avanzar en formación de abanico (una técnica universal para cazar francotiradores), lo malo de esta técnica es que, si la tratas de poner en práctica durante la noche, sin contar con equipos de visión nocturna para enfrentarte a un francotirador que tiene una mira infrarroja... pues mal, muy mal ha de terminar para los primeros.

Colombia introdujo un nuevo cargador y comenzó a cazar a sus presas como a peces en un barril.

Sodoma activó la pantalla táctil que tenía en su mano.

El GPS le iba mostrando su ubicación con un punto parpadeante, las entradas, salidas, y el objetivo, en este caso el niño (el pequeño dispositivo no reflejaba luz propia para no delatar la posición de su portador, solo podía verse al usar las gafas de visión nocturna). Comenzaron a avanzar pegados a los pasillos y tan agazapados como les fue posible. Para un combate en espacios cerrados, Sodoma le había pedido a Jimmy nada menos que una Kriss Vector V con un silenciador incorporado (el subfusil más moderno del mundo), contaba con un mecanismo único llamado Súper V que le permitía usar balas del calibre .45 sin perder el objetivo debido al retroceso. Un guardia salió de la nada y corrió directo hacia ellos.

¡Tum! ¡Tum! ¡Tum! Tres disparos al pecho, ¡tum!, un último a la cabeza. El cuerpo aún no se había desplomado por completo cuando un segundo guardia salió por una de las puertas del pasillo, este no tuvo tiempo ni de reaccionar debido a la oscuridad. Sodoma le pegó un solo disparo atravesándole el cuello. El hombre calló de rodillas llevándose las manos a la garganta en un intento desesperado por taparse los orificios de entrada y salida de la bala. Sin perder un segundo más, guiándose por el GPS, recorrieron el pasillo hasta llegar a una de las salas. El desbarajuste que se había armado era total, las

mujeres tiradas en el piso, o arrodilladas, gritaban sin saber qué hacer; por su parte, los hombres se habían atrincherado contra las paredes usando las mesas como escudos. De momento usaban únicamente linternas y teléfonos celulares para poder ver entre la multitud. Para crear más confusión, Sodoma escogió varios objetivos, la Kriss efectuó seis disparos en ráfagas matando a varios de Los Yakuzas, estos al ver caer a sus amigos comenzaron a dispararle a todo lo que se moviera, alumbrara, o dijera una sola palabra que no fuera en japonés...

Si el caos aún era poco, la granada de humo que lanzó fue el detonante perfecto.

La multitud, a gritos, empujones o tiros comenzó a salir de la sala. Y precisamente esa estampida era lo que necesitaba. Tomando la dirección contraria recorrieron otro pasillo hasta llegar a la puerta que daba al comedor de los niños. Durante el recorrido, Irina buscó entre las caras que pasaban por su lado la de su amiga Lety. Pero la doctora había desaparecido.

De repente, en medio del desconcierto que había a su alrededor, un simple grito hizo que a Irina se le paralizara el corazón, era Yotuel. Sin pensar en las consecuencias se desprendió de la espalda de Sodoma y corrió hacia la puerta del comedor abriéndola de par en par. Solo cuando estuvo dentro comprendió el error que había cometido al separarse de su escudo humano sin darle tiempo a que este reaccionara.

—¡Espera! —fue lo único que pudo gritar a Sodoma, aunque demasiado tarde.

Al entrar al comedor, Irina quedó frente a uno de los guardias que, para su propia sorpresa, también llevaba unas gafas de visión nocturna. Al igual que ella, el hombre quedó sorprendido al ver a una de las putas con un chaleco antibalas y gafas especiales. El aturdimiento le duró poco, pues levantó su pistola dispuesto a eliminarla. Varios disparos dieron contra el pecho de Sodoma, quien con la rapidez de un soldado conectado a un litro de adrenalina la empujó hacia un lado recibiendo todos los impactos.

Irina fue lanzada contra una de las mesas sin comprender lo que acababa de ocurrir. Vio como el guardia intentaba volarle la tapa de los sesos a Sodoma, cosa que no le resultaría muy fácil. Los segundos que el gigante tardó en reponerse de los impactos del revolver no fueron suficientes para que el guardia pudiera terminar de rematarlo. Sodoma se abalanzó sobre él y ambos cayeron al piso enfrascados en un combate de vida o muerte. Irina tampoco perdió un segundo, recorriendo de un rápido vistazo todo el comedor localizó

a su hijo bajo una de las mesas. El niño estaba fuertemente sujetado por la india que lo había torturado la noche anterior.

—Yotuel, es mami —el niño estiró los bracitos hacia la oscuridad, reconociendo la voz de su madre a pesar del estruendo y los gritos que llegaban desde los pasillos. La enana india lo sujetó más fuerte temiendo que tratara de escapar—. ¡Ah, no! Suelta a mi hijo, ¡hija de puta!

Irina le dio dos, tres, cuatro cachetadas y una patada a la india lanzándola contra la pared. Esta, al no poder ver de dónde venían los golpes prefirió soltar al niño y acurrucarse en el piso en posición fetal para evitar la golpiza que se le vino encima. Irina apretó a su hijo contra el pecho, cubriéndolo de besos y prometiéndole que todo iría bien. Con Yotuel en sus brazos giró para ver el final del combate, si es que podía llamársele un combate. Durante el tiempo en que ella tardó en recuperar a su hijo, Sodoma había desarmado al guardia, durante el proceso le reventó la cabeza contra el borde de una silla. Por todo el piso corría una mancha oscura, salpicada de lo que Irina supuso serían los trozos de cráneo de la víctima. El asesino la miró durante unos instantes, y ella esperó que la regañara por la estupidez de salir corriendo sin su protección, pero en cambio, Sodoma simplemente abrió su maleta, la cual había estado usando como escudo y de ella sacó una especie de manta.

—Cúbrelo con esto —le ordenó—, es a prueba de balas y fuego. Y una cosa más, ¡vuelves a separarte de mí sin que te lo ordene y te juro que es a ti a quien voy a reventar la cabeza!

Irina ni protestó.

Desde su posición, el Turco seguía lanzando granadas de flash y humo, el mortero que estaba usando contaba con un sistema digital que coordinaba cada disparo de manera automática para que cayeran a varios metros de diferencia. Pero la munición se estaba acabando y los guardias ya se habían organizado.

—Turco a Colombia, esto se está poniendo caliente, cambio.

—Colombia a Turco, dos disparos más y muévete de posición, cambio.

—Sodoma a Turco, estate listo, ya tengo el paquete, ábreme la puerta, cambio.

El Turco hizo dos disparos más, recogió el mortero y se montó en su ATV.

...

Sodoma llegó al borde del pasillo, desde allí pudo ver su jeep. Estaba junto al resto de los autos de lujo, pero llegar hasta él iba a ser más difícil de lo que tenía planeado, por no decir imposible. De haber estado solo, lo habría

logrado sin problemas. *Ningún plan es perfecto cuando lo ejecutas... tiempo de improvisar. ¡Mierda, que falta me haría Iron Man para que me cubriera la espalda!*

CAPÍTULO 57

EXTRACCIÓN

Rancho Bacanales, México

—No lo voy a lograr —Irina sintió aquellas palabras ajenas en la boca de Sodoma, *¡No, por favor! ¡No ahora! Ya casi lo logramos*—. No puedo hacerlo contigo, necesito que te separes de mí.

Estaban contra una pared a unos veinte metros de los autos. Pero la mansión total se había convertido en un campo de batalla. Desde las torres, los guardias disparaban hacia algún enemigo que no acababa de aparecer, mientras que, en el interior, brigadas completas de centinelas corrían de un lado a otro; muchos de ellos protegían los autos por si alguien intentaba usarlos para escapar. Y, de hecho, cada persona que intentó alcanzar su propio coche para huir de allí, recibió sin miramientos una lluvia de plomo.

—¿Qué quieres decir? —Irina no reconoció su propia voz.

Una ráfaga de balas pasó por encima de sus cabezas, alguien los había visto. Varios hombres echaron a correr rumbo a su posición.

—Vez ese jeep de allí —ella asintió—, bien, es mi acorazado y está abierto. Quiero que cuentes hasta diez, cuando termines, corre y móntate en él.

—Pero las...

—Es blindado, por ningún motivo te bajas. ¿Comprendido?

Irina no supo que decir, se quedó paralizada, y Sodoma le dio una suave cachetada para sacarla del shock. Lo consiguió... y más, pues inconscientemente ella le devolvió la cachetada, solo que el doble de fuerte. Él sonrió satisfecho.

—Cuenta hasta diez.

Irina lo vio partir y al instante comenzó a contar.

Sodoma salió al pasillo y se arrodilló para analizar la situación, o parte de ella.

Era evidente que los guardias de la mansión ya comenzaban a reorganizarse. El factor sorpresa se estaba perdiendo con cada segundo que transcurría. Antes de llevar a cabo la misión, Sodoma estudió la formación militar del Rancho, todo su equipo de seguridad fue entrenado para contener un ataque frontal (con potentes ametralladoras posicionadas en sus nidos sobre

las torres y un portón capaz de retener la marcha de vehículos blindados), con lo que nunca contaron, o fueron capaces de predecir, era con un ataque que viniera desde adentro.

—Sodoma a Colombia, has ruido, cambio.

—Colombia a Sodoma, recibido, cambio.

Hasta el momento, Colombia había seleccionado sus blancos con la intención de crear confusión entre las filas de guardias. Escogió sus víctimas en extremos diferentes de la mansión, precisamente para despistar y así creyeran que varios francotiradores los atacaban a la vez. Cuando recibió la confirmación de que podía iniciar la caza de todo lo que se moviera, el francotirador comenzó un ataque diferente. Un calibre .50 semiautomático es un arma de temer, cuando a su dueño le dan autorización para que la use a su antojo.

Sodoma empezó a moverse.

Escuchó al instante el retumbar del M107 y vio a las personas salir volando desde las torres. Avanzó pegado a la pared, eliminando a todo lo que se ponía en su mira con un solo objetivo. La Kriss Vector en espacios cerrados era una maravilla moderna; precisión y muerte en el mismo diseño. Gracias a las linternas y algunos faros, varios guardias comenzaron a seguirle el rastro, y estaba bien, esa era su intención. Alejarlos de la pared para que Irina pudiera llegar al jeep.

—¡Esta detrás de la pared! —gritó alguien.

Una lluvia de balas atravesó el yeso obligándolo a rodar por el piso. El delator se ganó seis disparos en el pecho. Pero ya varios guardias le seguían el rastro a corta distancia. Miró hacia atrás y vio a Irina corriendo hacia el jeep. Eran tan solo veinte metros..., los habría alcanzado de no ser por la bala que impactó en su espalda.

Sodoma le metió dos disparos en la frente al tirador.

—¡Vamos, Black Widow! —Irina solo tardó unos segundos en recuperar el aire, al instante estaba otra vez de pie y corriendo hacia el vehículo—. ¡That's my girl!

Dos guardias vieron a Irina cuando se montaba en el jeep y corrieron hacia ella. Desde su posición, Sodoma no los tenía a tiro. Irina abrió la puerta y acurrucó a Yotuel bajo el asiento del pasajero, luego se montó ella, iba ya a cerrar la puerta, pero el pie del niño se trabó.

—¡Oh no, cariño!

El niño recogió el pie tan rápido como pudo, y cuando estaba a punto de completar la operación, unos poderosos dedos le atenazaron el cabello tirándola hacia atrás.

El guardia nunca esperó una reacción como aquella de una puta, pues se suponía que todas fueron entrenadas para ser sumisas. Con la rapidez de un felino (en este caso una madre defendiendo a su hijo), Irina giró y hundió sus garras en el rostro de su captor; el acrílico se clavó tan profundo que cuando aló hacia abajo sintió como sus uñas se partían dentro de la piel dejando varios surcos separados por tiras de pellejo.

—¡Chinga tu madre puta de mierda! —gritó el guardia mientras se llevaba las manos al rostro para cubrirse los chorros de sangre.

Irina le dio un empujón y montó en el Jjep, cerró la puerta y pasó el seguro antes de que el segundo guardia reaccionara. Cuando lo hizo, levantó su metralleta y descargó medio cargador contra el cristal de la ventana. Las balas rebotaron hacia todos lados obligándolos a retroceder.

—Pero, ¿qué cojones pasa?

—¡Es blindado idiota, no lo ves!

Sodoma había completado la primera parte de su objetivo, atraer el fuego hacia él.

—Muy bien, muchachos, se acabó el juego —introdujo un nuevo cargador y salió de su escondite—, ¡tiempo de llamar al Punisher!

Usando la ventaja que le daban las gafas de visión nocturna, volvió a recorrer el pasillo, esta vez hacia los autos. Tres guardias avanzaron directo hacia él desde una de las escaleras, el primero recibió cuatro disparos en el pecho que lo lanzaron por encima de un muro, y antes de estrellarse contra el piso sus dos compañeros ya habían ocupado su puesto, cerrándole su avance con ráfagas de AK-47. Astillas de madera y trozos de yeso llovían por todas partes seguidas de balas del calibre 7.62, nada simple de ignorar. Con aquella pared de fuego no podría avanzar, lo cual lo obligó a tomar medidas más radicales. Lanzó una granada atronadora contra la pared, que rebotó en los pies de sus enemigos. El estallido los desorientó. Sodoma les pasó por el lado, puso el Kriss en modo automático y los roció de balas.

Apenas había avanzado unos diez pasos cuando uno de los Kaibiles salió desde un rincón llevando también unas gafas de visión nocturna, antes de que

Sodoma pudiera reaccionar, el comando le dio cinco disparos prácticamente a boca de jarro (uno de ellos le atravesó limpiamente el hombro y otro le hizo un surco en una pierna), el resto le arrancaron de las manos el Kriss. El comando intentó dispararle a la cabeza, pero Sodoma fue mucho más rápido, atrapándole la muñeca, le aplicó una llave de desarme: la pistola rodó por el piso.

—Sí que eres rápido —le dijo el Kaibil al sacar su cuchillo táctico.

—Ya vez, tomé clases con Flash.

—Y gracioso también.

Con la rapidez de un experto en combate cuerpo a cuerpo con cuchillos, el comando se lanzó contra Sodoma, encontrando en este un enemigo que lo superaba en rapidez, fuerza y alcance. Sodoma se limitó a sacar su tomahawk; esquivó el mandoble y le arrancó parte de la cara de un tajo.

Escuchando a su espalda los lamentos del comando, Sodoma recogió su Kriss, vació todo el cargador sobre los soldados que llegaban en ese momento por una de las esquinas y continuó su avance mortal. Para cubrir su retirada, dejó caer en el piso dos granadas cilíndricas de fragmentación. Corrió hacia el jeep escuchando el estallido que lanzó por los aires brazos, piernas y cuerpos. Aún estaban frente a su auto aquellos dos imbéciles que le dispararon a Irina, estos escucharon que se aproximaba y abrieron fuego contra él. Sodoma rodó por el piso al tiempo que sacaba una de sus Berettas. Escogió su blanco y del primer disparo le arrancó parte de la mandíbula, el segundo fue de gracia. De por sí Irina lo había dejado bien magullado. Su compañero no pudo distinguir bien de dónde provenían los disparos, por lo que corrió alrededor del jeep quedando frente a la punta de un silenciador.

¡Sup!

Sodoma apretó el control remoto para quitarle el seguro al auto y se montó, luego volvió a asegurar la puerta. Al instante, ráfagas provenientes de todas direcciones cubrieron al Wrangler.

—Y ahora, ¿qué? —le preguntó Irina.

—Ahora llamamos a Hulk.

El Jeep se estremecía de lado a lado recibiendo un tac, tac, tac, constante como si una banda de pájaros carpinteros quisiera atravesar el techo y los costados. Irina estaba consciente de que eran cientos de balas, y en ese momento lo único que le preocupaba era cuánto tiempo más podría resistir el auto. Tanto las ventanas como el parabrisas estaban tan astillados que era

imposible ver hacia afuera, pero su pregunta obtuvo una respuesta al momento. Sodoma encendió el jeep, donde se suponía debía ir la radio, una consola repleta de minipantallas cobró vida. Un sistema de navegación GPS les mostró su posición actual, mientras una serie de cámaras externas les mostraba una vista perfecta desde todos los ángulos. Era como manejar un auto de control remoto solo que mirándolo desde arriba.

—Sodoma a Turco, ábreme la puerta con Hulk, cambio.

El Turco sonrió al recibir la orden.

Desde el momento que Sodoma repartió sus regalos, tanto Colombia como él comprendieron que acababan de entrar a un juego de las grandes ligas. No se trataba de otra misión como las que habían llevado a cabo para los cárteles, este trabajo iba a ser demasiado grande, y la prueba de ello fueron las armas con que los surtieron.

Sobre su hombro tenía un Javelin (*una bazuca usada en la Guerra de las Galaxias, palabras textuales de Sodoma*). Aquel tubo es considerado el arma portátil anti tanques más peligrosa del mundo. Con un alcance de 2,5 kilómetros y un sensor infrarrojos controlado por un buscador que enviaba señales al software sobre el objetivo seleccionado, su operador solamente necesitaba apretar el gatillo y el misil garantizaba su blanco sin que el tirador tuviera que corregir el disparo. El impacto de aquel misil podía ser tan potente, que es capaz de atravesar el blindaje radiactivo de los tanques, así que un portón era cosa de niños. Una vez que la punta chocara contra la lámina de acero, un chorro de plasma lo atravesaría creando una explosión capaz de alcanzar, en cuestiones de segundos, temperaturas a más de 4,400 grados.

En fin, es como decirle a Hulk: “¿podrías abrirme esa puerta, compañero?”

—Pues probemos este juguete.

Desde una distancia segura, el Turco seleccionó su objetivo y apretó el gatillo. El misil salió disparado hacia arriba, tardó un segundo en corregir la dirección y al instante se dirigió directo al portón.

—Turco a Sodoma, preparado para el impacto. Hulk va en camino, cambio.

Sodoma pisó el acelerador.

La explosión fue colosal, no solo el portón fue atravesado, sino que hasta una de las torres fue arrancada por la fuerza del impacto. Hombres, autos, cristales, cajas, trozos irreconocibles de metal volaron por los aires. El

estruendo hizo que la tierra temblara como si un terremoto acabara de separar dos capas tectónicas.

El jeep salió de la mansión dejando atrás un mundo de pesadillas. Irina supo al instante que, si regresaba, le costaría la muerte; y de sobrevivir a Josefina le iba a ocurrir lo mismo si Montero la entregaba a los cubanos. Ahora todo se resumía a dos preguntas: *¿Quién era Sodoma? Y ¿qué quería de ella?*

Colombia observó desde su nido como el jeep avanzaba en la oscuridad, con las luces apagadas, usando solo su sistema de cámaras infrarrojas. Sodoma pisó el acelerador hasta el fondo, llevando los amortiguadores hasta el extremo. En pocos minutos se alejaron lo suficiente de la mansión, tanto como para creer que iban a estar seguros.

—¡Increíble! —murmuró Colombia. A pesar de la titánica explosión que arrancó todo el frente de la mansión, sus soldados (Kaibiles de seguro), lograron montar una pequeña expedición de búsqueda y captura. Cuatro motos y un todoterreno salieron en su persecución—. ¡Oh, muchachos! Les tengo malas noticias...

Que lo persiguieran, era parte del plan de Sodoma. Para eso Colombia estaba allí, para cubrirle la espalda. *¡Mmm! Muy mal para su salud, chicos.*

La primera bala del M107 lanzó por los aires a uno de los motoristas, logrando que el segundo chocara con la moto de su compañero. Era la técnica más antigua y efectiva de los francotiradores encargados de cubrir una retirada, crear un cuello de botella; *no los mates, solo demóralos...* Esas fueron las palabras de Sodoma, algo muy diferente era intentar no matar a alguien usando un calibre .50, *no es cosa fácil, Sodoma, para nada lo es.*

El segundo disparo arrancó la goma del todoterreno, incluyendo partes del motor. Los otros dos motoristas entendieron clarísimo el mensaje. Se detuvieron y se bajaron del auto, se escondieron tras este y le disparaban a cualquier sombra que se moviera en la noche.

—Colombia a Sodoma, tienes unos veinte minutos, me retiro... gracias por el regalo, cambio.

—Sodoma a Colombia, mientras no lo uses contra mí, estamos a mano, cambio y fuera.

Quince minutos después, Sodoma detuvo el jeep.

—Fin del primer trayecto.

Irina cargó a Yotuel y se bajó a toda prisa. Frente a ellos había otro hombre, un nuevo auto y una moto de cuatro ruedas. No hubo palabras ni saludos, el recién llegado puso una carga explosiva dentro del jeep, se montó en su moto y salió de allí a toda velocidad. Lo mismo hicieron ellos, en esta ocasión dentro de un Nissan Xterra.

—Estas sangrando —fue lo único que se le ocurrió decir al ver el pantano de sangre que se iba creando en el piso del auto—, ¿qué puedo hacer?

—Vigilar que nadie nos siga, ese será tu trabajo.

Al mirar por el espejo retrovisor vio como el jeep que acababa de salvarles la vida volaba por los aires. También sabía que eso de mirar hacia atrás para cuidar sus espaldas, de momento no era más que una táctica de Sodoma para mantener su mente ocupada. Decidió seguirle el juego, al menos por un rato; luego se puso a cantarle en susurros a Yotuel.

El niño dejó de llorar para quedarse semidormido, como solo puede hacerlo una mente que aún no comprende la magnitud del peligro que había dejado atrás.

CAPÍTULO 58

¿ESTAMOS A SALVO?

Veracruz

Irina perdió la noción del tiempo. Dos horas, tres... no podía estar segura. Luego Sodoma le contó que fueron exactamente cuatro horas las que estuvieron dentro del auto, recorriendo calles, parándose en semáforos, conduciendo al límite prudente de velocidad para no llamar la atención. Realmente no le importaba. Durante todo el trayecto, Sodoma no dijo una sola palabra, solo en una ocasión le pidió que abriera la guantera donde tenía una especie de minibotiquín, sacó unas pastillas y se las tragó sin agua.

Por fin, entraron en una zona de casas residenciales que, a juzgar por el aspecto de los autos y los portones de seguridad frente a las pequeñas mansiones, Irina supuso que debía de tratarse de un área de clase media a punto de subir en la escala social. Se detuvieron frente a una de ellas y Sodoma apretó un control remoto. El portón dejó escapar un chirrido metálico y comenzó a correrse. Sodoma también abrió el garaje. Hasta que el portón no regresó a su sitio, y la puerta del garaje se cerró, no le dio permiso a Irina para que se bajara del auto.

Una vez dentro de la pequeña mansión, Sodoma le dio un tour por toda la casa. Le mostró la cocina, su habitación, la pequeña sala, el comedor y una salita de juego que contaba con una pantalla plasma conectada a un PlayStation. Sin dudas una trampa para mantener tranquilo a Yotuel, lo que significaba que estarían allí por algunos días.

—¿Dónde estamos? —le preguntó. Aunque daba igual lo que respondiera, lo mismo podía decirle que estaban en los Estados Unidos como que acababan de llegar a Guatemala, pues ella no tenía ni la más remota idea de su ubicación geográfica.

—Todavía en Veracruz, ahora mismo es imposible tratar de salir de la ciudad. El cártel del Golfo controla a la policía y la guardia costera. Ya deben de haber bloqueado las carreteras en un intento por cerrarnos el paso.

Irina intentó respirar profundo ante la sensación de miedo que la asaltó. El poder de sus enemigos escapaba a todo su alcance y entendimiento.

—¿Por cuánto tiempo vamos a estar aquí?

—El que sea necesario, hasta que mis contactos me den luz verde. —

Sodoma intentaba parecer amable, modales que le estaba resultando en extremo difícil. Ella lo comprendió al ver el hilo de sangre que le corría por su mano. Solo podía imaginarse el dolor que estaría soportando para no darle una mala respuesta. Decidió que mejor no seguía forzando las cosas—. Ahora date una ducha y baña al niño. En la nevera hay comida, solo tienes que calentarla. Pueden dormir un rato si eso es lo que quieres, o ver televisión. También traje libros y algunas películas.

Vaya contigo, lo tenías todo planeado... o tienes varias de estas casas preparadas de antemano para este tipo de situaciones.

—Necesitas atenderte las heridas. Si quieres te...

—Tranquila, yo me ocupo.

Irina se quitó las zapatillas, el pesado chaleco antibalas y los restos del vestido de puta que le obligaron a ponerse en el rancho. Lo tiró hacia el cesto de basura como quien bota la comida podrida de un refrigerador. Luego se metió a la ducha con su hijo. Yotuel estaba agotado y aún permanecía en estado de shock. Su cerebro de niño no estaba apto para asimilar los acontecimientos de las últimas horas. La ducha de agua caliente ayudó a relajarle sus músculos de niño, que de por sí ya estaban bien tensos. En cuanto lo secó con la toalla y lo acostó en la cama, quedó rendido de puro agotamiento. Ella regresó a la ducha.

Veinte minutos después, salió, aun chorreando agua de su cabello. Prefirió que se le secara de manera natural, fue hasta el cuarto para escoger alguna ropa y al abrir la puerta quedó frente a Sodoma, que se volteó con rapidez, acto clásico de quien entra sin avisar en el cuarto de una chica y la ve de manera inapropiada.

¡A estas alturas ya no te va el hacerte el caballero!

—Ya me has visto desnuda e hiciste de mi lo que te dio la gana, ¿para qué voltearte?

Pero ni en un millón de años se habría esperado aquella respuesta.

—Lo que vi fue a una mujer forzada a prostituirse —le respondió sin mirarla de frente—, y lo que te hice... lo siento, estaba forzado por las circunstancias, era la única manera de que no volvieran a... obligarte a... En fin, la realidad es que a ti nunca te he visto desnuda. —Hizo una pausa para escoger sus palabras como si realmente le importara mucho el no ofenderla—. No he visto desnuda a la verdadera Irina.

Sodoma se viró y la miró a la cara, no a sus senos como ella esperaba.

—No tienes que pagarme con regalos sexuales, Irina, ya no tienes que volver a hacerlo. Hay personas importantes que necesitan de tu información, no de tu cuerpo.

—Y ¿quiénes son esas personas?

—Una cosa a la vez, de momento, aquí tienes más ropa —le señaló varios Levi's y blusas, ropa interior y un par de tenis Converse, todo a su medida—, ya te dije que en el refrigerador hay comida para los dos. Leche y cereales, de necesitar algo más, saldré a buscarlo, pero...

—Estamos bien —se apresuró a decirle—, por favor, no salgas.

—No tienes que tener miedo, yo...

—Tampoco me tomes por imbécil. Claro que tengo miedo. Vamos a dejar algo claro, te doy las gracias, te doy mil gracias por sacarme de aquel lugar, sé que de alguna manera tengo que pagarte ese favor, comprendo que nada es gratis, ¡pero gracias! Ahora, no trates de mentirme o de hacerme creer que estamos en una “situación” favorable. Sé que aún corremos peligro.

Sodoma asintió y decidió dar por terminada la conversación. Sin más palabra salió del cuarto.

CAPÍTULO 59

COMIENZA LA TORMENTA

Veracruz

El primer día transcurrió en una calma absoluta.

Ni la lectura, ni la televisión ni la posibilidad ver dos películas pudieron evitarle esa incertidumbre, esa sensación de miedo. El que mejor la estaba pasando era Yotuel, el niño no se desprendió de la consola de juegos durante todo el día. Ella nunca le había permitido que abusara tanto de esos aparatos, pero dadas las circunstancias, prefería que su mente se mantuviera ocupada. Era lo mejor para todos.

Durante la noche conciliar el sueño, pero le resultó imposible.

Se despertaba al escuchar el menor ruido. Se hallaba en un estado de vigilia, esperaba que de un momento a otro la puerta se vendría abajo y los sicarios de La Llorona iban a entrar para llevársela, separarla de su hijo (como castigo) y quién sabe a qué otras atrocidades la sometería. El miedo la mantenía en un estrés de incalculables consecuencias. Recordó a la pobre Lety, *¿qué será de ti, amiga?*, ¿qué le habrían hecho a la doctora? ¿Cuáles castigos iban a sufrir el resto de las muchachas?

Se levantó sigilosa y fue hacia la sala. Allí estaba Sodoma.

Su gigantesco guardián estaba reclinado en un sofá, observando varias pantallas de monitores empotradas en la pared. Hasta el momento ella no había notado esos monitores; estaban ocultos por una falsa pared. Irina comprendió que, por lo caprichoso de los ángulos, las cámaras del exterior debían de estar muy bien camufladas. Sodoma era un profesional, eso ya estaba más que claro, y no iba a perder su tiempo mirando por una de las ventanas en espera de que llegaran los enemigos. Por supuesto que la casa era de máxima seguridad, diseñada en especial para ese tipo de misiones.

—¿Quién eres? —le preguntó desde su rincón en la semipenumbra.

Sodoma no se sorprendió de escuchar su voz, por lo visto, ya sabía que estaba allí; a Irina le pasó por la mente que también debía tener cámaras instaladas en la casa, *de seguro que sí*.

—¿Qué quieres saber de mí?

—¿Por qué me estás ayudando? ¿Qué ganas tú?

—Pues, digamos que cobraré un buen cheque.

—Oh, es eso... eres un mercenario —Irina hasta se sorprendió del tono despectivo en su propia voz. Por alguna razón estaba esperando que Sodoma fuera algo más especial. *Ilusa*.

Del modo que Sodoma le devolvió la mirada, tal parecía que acabase de leerle la mente.

—No, no lo soy. Los mercenarios solo se venden al mejor postor, no es mi caso. Yo no traiciono mis contratos, aunque la competencia pague mejor... estúpido de mi parte, lo sé.

—¿Entonces quién te está pagando? ¿Quién quiere rescatarme?

Sodoma se tomó unos segundos antes de reaccionar, aunque al final terminó encogiéndose de hombros, esa conversación era inevitable, a fin de cuentas, desde el principio mismo toda la misión había sido diferente a lo que él acostumbraba. Nada le impedía no decirle la verdad.

—El gobierno americano te quiere, o más bien, quiere saber cosas de ti.

—No, ¡de mí no quieren saber nada! —Una sombra de odio contenido se dibujó en su rostro—. Solo quieren saber con quiénes me he acostado y las cosas que escuché.

—Algo por el estilo.

—Si querían toda esa información, ¿por qué demonios esperaron tanto?

En esa ocasión Sodoma dejó de mirar las cámaras para observarla de frente, ambos querían cortar el aire con sus miradas. No iba a dar más rodeos, al menos con ella.

—¿Acaso no te rescatamos?

—¡Me rescataron! —Irina no pudo contenerse y casi estalla cuando le gritó —: ¿No tienes ni la puta idea de lo que mi hijo y yo tuvimos que pasar en esa mansión?

Sodoma iba a responderle sin medir sus palabras, cosa que Irina pudo intuir al ver como el asesino se contuvo en última instancia. Luego dejó escapar varias bocanadas de aire, como quien pretende ganar tiempo, segundos en los que decidió ponerse en la piel de la prostituta para tratar de comprenderla: el resultado no le gustó.

—Realmente lo siento —*lo sientes, jeso es todo!* —, pero hay algo que tienes que comprender. El gobierno americano no sabe nada de esta operación, la realidad es que no existe ninguna organización que esté intentando rescatarte, al menos no en papeles, lo cual significa que debes tener amigos muy poderosos para que me autorizaran a sacarte de la mansión; pero, sobre

todo, cuentas con una información que más de una persona quiere. Personas con mucho poder, de lo contrario, no me habrían enviado a esta misión.

Irina se dio cuenta de que aquello cambiaba toda la situación. Sin dudas Manuel Mendoza estaba de alguna manera vinculado a su rescate.

—¿Qué quieres decir con que nadie sabe de esta misión?

—Ninguna de las organizaciones de inteligencia de los Estados Unidos puede estar vinculada a esta operación, así de sencillo. No podemos realizar operativos dentro de territorio mexicano sin su debida cooperación, de lo contrario, eso generaría un conflicto internacional y toda esa mierda. Rancho Bacanales está protegido por Los Pinos (la Casa Blanca mexicana, por si no lo sabías), lo que hice esta noche va en contra de todas las reglas diplomáticas...

—¡De qué mierdas me estás hablando! ¿El gobierno americano sabe lo que sucede dentro de esa mansión y no hacen nada?

—No es territorio americano —fue su simple respuesta—, aunque quisiéramos, no podemos hacer nada. Además, nosotros también tenemos nuestros propios Ranchos Bacanales al otro lado de la frontera. Sí, lo sé, no me mires así, es un mundo cruel, pero es en el que vivimos.

La ironía de sus palabras la hicieron sentirse asqueada; *nosotros, ellos... ustedes.*

Irina negó con la cabeza, vislumbrando lo asqueroso que eran las “altas políticas”. Quienes se suponían que debían proteger al pueblo, no eran más que sus propios carniceros. Cuba, México, Estados Unidos... nada cambiaba, todos eran iguales, la misma mierda, las mismas políticas disfrazadas de una manera o de otra. Al final todo se resumía en tres palabras: *dinero-control-poder.*

—Vete a la cama, trata de descansar algo. Ha sido un largo día.

Irina le dio la espalda sin despedirse.

Rancho Bacanales, México

Josefina estaba en shock, pálida, asustada y con la mirada agitada, en espera de que alguien la consolara o pudiera explicarle, al menos, qué demonios había pasado. Pedro nunca antes la había visto así. Sus guardias esperaban que de un momento a otro la abordara otro de sus famosos ataques de histeria, pero sus movimientos eran tan erráticos, que ni siquiera atinó a enfocarse en sus arrebatos. Para dondequiera que mirara, se encontraba con muertos, amontonados unos sobre otros... Brazos, piernas y troncos

desmembrados los iban apilando en el centro del patio. Una de las torres fue arrancada junto con el portón. La fuerza del estallido destruyó una veintena de autos y su querida fuente, que tanto trabajo le había costado traer de Francia. Negó con la cabeza la imagen y los sonidos que le aturdían la memoria. La detonación fue el ruido más aterrador que jamás hubiera escuchado en su vida. Le dio miedo, un miedo que a su vez le provoca espanto recordarlo.

—¿Qué acaba de pasar?

Los hombres continuaban corriendo de un lado a otro, y no paraban de darle reportes a Chiapas, ninguno se dirigía directamente a Josefina.

—Ya las mujeres fueron encerradas en sus habitaciones.

—Te pregunté qué es lo que acaba de pasar, ¡las mujeres me importan una mierda!

—Sodoma.

Su respuesta conminó a Josefina a recorrer toda la mansión con su mirada histérica, desde la terraza donde se encontraban, hasta los escombros de lo que una vez fue la entrada del Rancho.

—¿Él solito hizo todo esto?

—Por supuesto que no, debe de haber tenido tres o cuatro hombres ayudándolo desde fuera.

Tres o cuatro hombres desde fuera... y uno desde adentro hicieron todo esto. ¡Uno solo desde dentro acabó con una veintena de mis mejores soldados!

—¿Cómo es posible? ¿Cómo lo logró? —Con su mano señaló todo el desmadre que recorría la mansión—. ¿Qué quería?

Chiapas guardó la peor noticia para el final.

—Lo logró con mucha tecnología. Primero cortaron el fluido eléctrico del Rancho, después hizo saltar por los aires los generadores, eso solo pudo hacerse con un drone o algo por el estilo —Chiapas tampoco descartaría que alguien desde el interior hubiera puesto una carga explosiva, a estas alturas cualquier cosa era posible—, llevaba puesto un chaleco antibalas y gafas de visión nocturna, técnicas clásicas de comando, a esto súmale el apoyo de un calibre .50 desde la colina y granadas de humo cayendo desde todos lados.

—Pero, ¿qué quería?

—A la cubana.

Josefina tuvo que recostarse al muro para no desplomarse... *¡de esta mi padre me despelleja!*

—¿Todo esto por una puta?

—No, Josefina, desde el principio Sodoma vino con una misión al Rancho, rescatar a la cubana.

Ahora todo comenzaba a tener sentido, *¡hijo de su puta madre!*

—Esto no puede quedarse así...

—Ya hablé con nuestros contactos en la policía y el gobierno, cerraron las calles y autopistas, la orden de búsqueda y captura acaba de ser aprobada y está circulando por todo México, no creo que puedan llegar a la frontera. También los están buscando en hoteles y casas de hospedaje; una mujer y un niño no pueden esconderse fácilmente.

¡Cabrón! También se robó el niño.

—¿Falta algo que no me hayas dicho?

Pedro asintió, era verdad, faltaba algo más. Lo peor de todo.

—Dos cosas, la primera es que no creo que los encontremos —Josefina lo podía comprender, el cártel del Golfo tenía ojos y oídos en todas partes, pero Sodoma también. El asesino no era *famoso* simplemente por sus muertos, nadie jamás lo había podido ubicar después de asestar sus golpes, esfumarse sin dejar siquiera una sombra es su especialidad—, la segunda es que tu padre te quiere fuera.

—¿De qué estás hablando? —por primera vez Josefina sintió un miedo real. Observó cómo tres nuevos guardias se posicionaban a su alrededor. Su mirada implorante chocó con la de Chiapas, comenzó a susurrarle como si temiera que los guardias la pudiesen escuchar—. Pedro, por favor, no me hagas esto. ¡No dejes que me pongan un dedo encima!

—¡Por Dios, Josefina! Eres la hija del Patrón, nadie te va a tocar. Tu padre solo quiere llevarte a un lugar seguro.

—Su concepto de “un lugar seguro” es meterme en una clínica, no dejes que lo hagan.

—Lo estamos haciendo por tú propio bien.

—¡Bien una mierda! —Gritó, miró a todos lados como si quisiera poder escapar, pero los guardias ya se habían lanzado sobre ella. Entre los tres la inmovilizaron mientras Pedro buscaba una jeringuilla y la inyectaba en un brazo. El efecto de la droga obró rápido: sedada y con la lengua retorcida como si de repente se le hubiera agrandado tanto que no le cupiese en la boca—. ¿Por qué me haces esto? Pero si tú... tú eres el único que siempre... me quieres...

Chiapas se arrodilló y empujó a uno de los guardias para que la soltara. Comenzó a besarle la frente y los labios como si se tratara del ser más bello e

inocente que hubiera sobre la faz de la tierra. Los guardias se apartaron para proporcionarle unos minutos de intimidación a su jefe.

—Por eso, porque te quiero es que estoy haciendo esto. —La besó varias veces más y después dio la orden de que se la llevaran, luego tomó el teléfono satelital e hizo una llamada a la sanguijuela de Dallas, era tiempo de que el abogado se ganara su dinero.

Mientras el teléfono quebraba el silencio con el incesante timbre, Chiapas miró una vez más a su alrededor, después hacia Josefina. La Patrona iba a estar por algunos días a base de sedantes, recluida en una habitación hasta que se confirmara el día de trasladarla a la clínica. *Es por su propio bien*, tuvo que repetírselo a sí mismo una y otra vez.

—¡Qué onda güey! —respondió el abogado con su acento americano que intentaba en balde imitar las frases de los mexicanos—. Un poquito tarde para...

—Pedazo de imbécil, escúchame atentamente —por su tono de voz, el abogado supo que no era momento para chistes—, acaban de asaltar el Rancho, nos robaron una mercancía muy preciada.

—¿Qué?, si se puede saber.

—Una mujer y un niño. —Chiapas no dudó un segundo en facilitarle aquella información, de todas maneras, se iba a enterar—. Mueve a todos tus contactos, sobre todo al hacker. Tienen menos de cuarenta y ocho horas para buscarme su ubicación. Sé que aún están en Veracruz y tu gobierno los está ayudando a escapar.

—El hacker sabe mucho, es una de las mejores fuentes que tenemos. Pero si lo siguen presionando... pues ya sabes, él va a querer al menos que su hermano...

—Dile que si no me encuentra la información que necesito, lo que comenzará a recibir serán partes de su hermano por FedEx cada cuatro horas.

Chiapas no dijo una palabra más, pero no colgó, así pudo escuchar a través de la línea la respiración asustada del abogado.

Langley, Virginia (Cuarteles Generales de la CIA)

Neo no podía apartar los ojos de la pantalla.

A su lado, Rosa observaba una y otra vez el video de la mansión Bacanales, el Rancho, la Hacienda, o como demonios lo llamaran; todo se

veía perfectamente a través de uno de los satélites de seguridad. Fue desviado con el único propósito de tener imágenes exclusivas durante la media hora del escape. *Sin dudas el video valió la pena.* El Búho, Rosa y él, admiraron con lujo de detalles como Sodoma hizo que un francotirador le arrancara la cabeza a cuanto centinela tuvo en la mira, mientras que otro de sus hombres, usando un dron, hacia volar por los aires los generadores de la mansión. Oscuridad y caos, justo lo que necesitó el asesino para salir artillado hasta los dientes y disparando tal si fuera un diablo pistolero, mientras en otras imágenes observaron como, a puros hachazos, se fue abriendo paso hasta su jeep. Por unos segundos, pensaron que iban a perder la conexión cuando la pantalla quedó en blanco. Jimmy se apresuró en decir que solo había sido la explosión de un misil antitanques...

¡Un maldito misil antitanques! ¿Quién demonios le había dado a un hombre buscado por cuanta agencia de seguridad existe, un misil antitanque? La CIA, por supuesto, quién si no.

Ahora Neo lo comprendía sin necesidad de confirmación. Sodoma era un instrumento más del gobierno, un arma humana contratada para este tipo de misiones. Aunque cada acción sobrellevaba una reacción, y en ese momento a él le importaba una mierda lo que hicieran la CIA, el FBI o el resto de la pandilla, todos eran parte de lo mismo. Su hermano era lo único que le importaba, y el mensaje recibido fue claro; *dónde está Sodoma y la mujer o recibirás a tu hermano en cajas de FedEx.*

Ya había recibido los dedos del pie derecho junto con un video que mostraba como se los fueron amputando.

—El show estuvo muy bueno, ¿pero ahora qué? —se atrevió a preguntar.

El Búho lo miró como si pudiera instalarle un polígrafo en su cerebro. Pero fue Rosa quien le respondió.

—Perdimos todo contacto con Sodoma —ya eso lo sabía, él vio cuando cambiaron de auto, desde entonces el asesino no volvió a llamarlos—, ahora todo depende de Jimmy.

—Nada depende de mí —aclaró Jimmy, dirigiéndose a los dos—, de hecho, ahora todo depende de Sodoma. El traerá a la mujer por sus vías. Quedamos en que solo haríamos contacto si se trataba de una emergencia, llegado el caso, será él quien rompa el silencio.

A menos que seamos nosotros.

Un detalle que no le pasó inadvertido a Neo: el auto de la fuga, *esa será mi carta de triunfo.* Un Nissan Xterra. El hacker lo estuvo siguiendo hasta el

momento, prestando especial atención a todas las calles por donde cruzó, muchas contaban con cámaras de seguridad que debieron de tomarles imágenes perfectas. Ahora todo era cuestión de comunicárselo al abogado. El plan empezaba a cobrar sentido. Con la ruta que tomó el auto tendrían una idea de por dónde comenzar la cacería, aunque lo más importante era crearse una justificación para llamar a Sodoma. Una vez que Jimmy lo hiciera, el sistema de seguimiento que Neo había instalado horas antes, haría el resto del trabajo.

CAPÍTULO 60

LA PESADILLA SE HACE REALIDAD

Veracruz

Los siguientes tres días pasaron de igual manera, sumidos en una monotonía asfixiante.

Irina podía sentir la tensión en cada fibra de su cuerpo, pero disimulaba sus malas vibras lo mejor que podía, y se repetía una y mil veces que nada grave iba a suceder, o al menos intentó creérselo. Lo que fuera con tal de no volverse loca entre aquellas paredes. Por su parte, Sodoma no dejaba de mirar los monitores, y Yotuel se había vuelto un adicto a los animados de superhéroes y a la consola de juegos. Cada uno creó su propia rutina para sobrellevar el tiempo, aunque a ella la sobrecogía, además, un problema gigantesco: Yotuel se negaba a comer.

Incluso Sodoma, se percató de que el niño estaba en una especie de shock postraumático. Solo probaba bocados muy pequeños y la mayoría de las veces terminaba vomitándolos. En cada ocasión que veía a su madre preparándole algo de comer, un tic nervioso delataba su estado mental. Miraba de un lado a otro, con el rostro tenso, como si esperara que de un momento a otro se apareciera alguien con una regla de madera en la mano, para castigarlo por comer sin permiso. De todos los peligros que acechaban, el estado mental de su hijo era lo que más preocupaba a Irina.

Esa noche, mientras ella preparaba un puré de papas con jamón y huevos troceados en la pequeña cocina, escuchó una conversación entre su hijo y Sodoma. Al principio imaginó que el niño quizás podría estarlo molestando, a juzgar por el tono grave del adulto. Quizás era momento de intervenir, o al menos husmear sobre qué podrían estar conversando aquellos dos.

—No tienes idea de lo que estás hablando —le respondió Sodoma al niño con una voz fuerte, y esto la obligó a salir en defensa de su hijo... pero lo que escuchó a continuación la detuvo al instante—, Superman jamás podría ganarle a Batman.

Yotuel levantó los brazos como si acabara de escuchar la estupidez más grande del mundo. Miró a Sodoma con esa lástima que solo los niños pueden tener hacia una persona que no comprende la verdad más elemental.

—Superman vuela, sopla tan frío que puede congelarte —mientras nombraba los poderes del superhéroe, los iba numerando con sus deditos—, tira rayos láseres por los ojos y da unas trompadas que le arrancaría la cabeza a Batman.

—Batman es un estratega, estudia las debilidades de sus enemigos para luego atacarlos por donde más les duele. Es demasiado inteligente, en cuanto Superman se le aproxime, usará unos guantes de kryptonita y le dará tal paliza que ni su madre podría reconocerlo.

¡Dios! Tengo a dos niños en la sala.

Yotuel pareció quedarse sin argumentos por un momento, pero no muy convencido de que acabara de perder la discusión, volvió a la carga.

—Pues si Hulk coge a Batman no hace el cuento.

Sodoma iba a decir algo, pero se detuvo para valorar las posibilidades de un combate entre la mole verde y el caballero de la noche..., tras analizarlo varios segundos, terminó dando por perdida esa pelea.

—Sí, ese Hulk es un tipo problemático.

Irina tuvo que contener la risa, solo eso le faltaba.

—La comida esta lista, vamos a comer.

—No tengo hambre —se apresuró a decir Yotuel.

La mirada de Irina chocó con la de Sodoma, este volvió a mirar las cámaras.

Al quinto día supo que algo había cambiado.

La noche anterior estuvo sentada junto a Sodoma durante horas. Conversaron de todo, los temas los cuales podrían tener dos personas comunes que recién empiezan a conocerse. Descubrió que Sodoma no era más que una portada, un personaje que había creado para vender esa imagen. No le dijo su nombre verdadero, pero supo muchos detalles de su vida. Era un adicto a la lectura (al igual que ella), le encantaba el cine y portaba tres cinturones negros (uno de Judo, otro de Jiu Jitsu y un tercero de un nombre que le fue imposible recordar), estaba a cargo de dos escuelas de artes marciales en las que entrenaba a futuros agentes de seguridad destinados a proteger personalidades de la política o los medios.

—O sea, guardaespaldas con recomendaciones.

—Algo así.

También descubrió que le gustaban toda clase de deportes, pero su favorito era la UFC.

—No creo que sea un deporte —se le escapó sin medir las consecuencias.

Sodoma se sorprendió al escucharla, no pareció ofendido, pero se dispuso a defender su criterio.

—¿Es el boxeo un deporte?

—Pues claro, tiene reglas.

—En la UFC también hay reglas.

—No creo que haya muchas reglas cuando vale todo —*que estás haciendo Irina, llevándole la contraria, acaso quieres verlo cabreado*, para su propio asombro descubrió que sí, en verdad quería verlo defender algo, quitarse esa imagen de tipo duro, cosa que le salía sin ninguna dificultad—, además, ¿cuál es el punto? Que alguien le muela la cabeza a otro contra la lona para demostrar que puede dejarlo noqueado tan solo con los codos.

Sodoma dejó escapar una sonrisa de satisfacción al ver que Irina conocía bastante de ese deporte.

—Pues no, se trata de demostrar, entre muchas cosas, cuál es la mejor de las artes marciales —Irina se encogió de hombros, no muy convencida con la respuesta—; verás, los boxeadores dicen que ellos son los mejores, los que practican Kickboxing dicen lo mismo, la realidad es que el mejor arte de defensa personal es el de la UFC, bueno, en sí la UFC es el nombre del show; me refiero al MMA (Artes Marciales Mixtas).

—Y entonces, ¿tú punto es...?

—Si realmente uno tuviera que verse involucrado en una pelea callejera, el MMA sería la mejor opción, de ahí que hayan creado un deporte en donde se combinen las mejores artes marciales que se podrían usar en una pelea real.

—Lo que tú digas —terminó dando por perdida la conversación—, sigo creyendo que es un deporte de animales.

—Al menos lo llamas deporte.

Irina sonrió.

Esa noche pudo dormir unas cuantas horas. Se sorprendió, justo antes de caer en el sueño, que ya miraba a Sodoma de una manera distinta, no era deslumbramiento o simple atracción, simplemente lo estaba considerando como un ser más cercano.

A la siguiente noche le tocó su propio turno.

Le contó cosas de su vida, de cómo era el complicado mundo de la orfebrería en el cual ella era considerada un cinturón negro. Aquel detalle sorprendió mucho a Sodoma, quien realmente pareció fascinado por ese arte, a

la par que le hacía innumerables preguntas. Realmente le gustó el tema. Luego hablaron de comidas y de lo bien que a él se le daban las pastas, ella le explicó que un congri, yuca con mojo y un cerdo asado era un plato sin igual en el mundo. La plática continuó así durante horas. Hablar de libros, comida y películas, la ayudaron a entender que no necesitaba de sus curvas para captar la atención de Sodoma, él solo deseaba charlar con ella.

Todo marchaba perfecto, y justo cuando los nervios de Irina empezaron a relajarse un poco, al día siguiente ese castillo de naipes se le vino abajo.

Estaba tomando una ducha mientras Yotuel permanecía en la sala, viendo sus dibujos animados de superhéroes, cuando de repente escuchó su risa. Hacía días que no lo escuchaba reír de aquel modo. Salió sigilosamente del baño, solo llevaba puesto un jeans y su sujetador, no estaba bien que saliera de esa forma, pero la risa reiterada del niño la conminó a no perder tiempo, así que se asomó sigilosa.

Lo que vio casi la hizo vomitar.

Sodoma estaba sin camisa y tenía sentado a Yotuel en sus piernas. Le daba besos en la frente y le olía el cabello mientras le indicaba que siguiera comiendo. El niño no paraba de reír y de comer de un plato de espaguetis desbordado. El primer instinto fue alegrarse por el milagro, pero la imagen que se le presentaba ante sus ojos no estaba bien, y aquello le disparó el botón de alarma.

Sodoma le contaba una historia de los pitufos, donde eran perseguidos por Gargamel y su gato, para hacer más divertida la historia, le mostraba los tatuajes e imitaba las voces de los personajes. A cambio de que la historia continuara, debía comerse una cucharada. De vez en vez también le pedía un beso. Yotuel se lo daba gustoso en un cachete. Sodoma le dijo que la Pitufina se pondría celosa. En este punto, los nervios de Irina terminaron crispándose, más cuando Sodoma lo cambió de piernas, lo acomodó en uno de sus muslos y él mismo comenzó a darle la comida. Por cada cucharada le daba un beso en la frente o le acariciaba el cabello.

Irina estalló.

A ella lo que fuera, podían montar una puta orgía con su cuerpo, pero a su hijo nadie lo iba a tocar.

—¡Aléjate de él, maldito monstruo!

Sodoma se quedó de una pieza ante los gritos de Irina. El niño intuyó rápidamente que algo grave ocurría, aunque él no lo comprendiera, pero como

niño al fin, presintió que una pelea gigantesca se avecinaba.

—Irina, yo no... ¡no es lo que...!

La turbación en Sodoma parecía genuina, de un salto se separó de Yotuel, intentó buscar las palabras para explicarle, pero ninguna acudía a su boca. Irina cargó a Yotuel y le dio un fuerte empujón a Sodoma, que trastabilló hacia atrás. Sin saber exactamente qué hacer, Irina apretó a su hijo contra el pecho y se alejó hacia la otra habitación, apenas llegó a la puerta cuando escuchó las palabras de Sodoma:

—¡No te la lleves! —la voz del gigante casi era una amenaza.

¿No te la lleves?

—¡Por favor! —gimió luego mientras se derrumbaba sobre el piso—. ¡No se la lleven!

Volvió a gemir, y en esa ocasión su voz se torció en un llanto descontrolado.

Irina miró hacia atrás y vio a un hombre destruido, de rodillas, pero luego fue peor. De pronto cayó hacia atrás presa de convulsiones que estremecieron todo su cuerpo. *¡Por Dios! ¿Qué le está pasando? ¿Está teniendo algún tipo de ataque?*

—¡Ve hacia el cuarto y no salgas —le ordenó a Yotuel, el niño asintió y miró por última vez a su amigo de juegos, la preocupación se dibujó en su rostro—, no te preocupes, se pondrá bien, ahora ve para tu cuarto!

En cuanto el niño cerró la puerta, Irina corrió hacia Sodoma. *Pero, ¿qué cojones le pasa?*

Sodoma no podía coordinar sus movimientos y estaba entrando en shock, talmente parecía un ataque severo de epilepsia. Las convulsiones y la espuma en su boca no tardaron en aparecer. Irina se arrodilló junto a él y le sostuvo la cabeza, intentó abrirle la boca con la esperanza de que no se fuera a morder la lengua, pero todo fue en vano.

—¡No se la lleven, por favor! —suplicó entre los temblores—, ¡she is my girl, do not take her!

Ella es mi chica, no se la lleven ¿De qué estás hablando?

—No se lleven ¿a quién? —se atrevió a preguntarle.

—A Luna —respondió Sodoma, sin apenas despegar los labios.

Después volvió a estallar en llanto; temblores y convulsiones recorrían su cuerpo sin que pudiese controlarlo. En un momento de lucidez tomó la mano de Irina y se la apretó tan fuerte que ella pensó que le partiría los huesos. Con mirada febril, le señaló su bolsa.

—¡Give me a shot!

¿Qué te de un disparo?

Irina no estaba segura de haber comprendido bien. Lo que fuera que le ocurría, no lo dejaba coordinar bien las palabras. En ocasiones le habló en español, chino e inglés. A pesar de su confusión, ella corrió hacia la bolsa y la abrió. Dentro había cargadores, un GPS, dos pistolas y una jeringuilla de disparo.

¡Un shot! Claro... un shot de lo que sea que tenga esto adentro.

El inglés de Irina era bastante aceptable, pero aún mezclaba palabras y olvidaba que estas también tenían varios significados. Sodoma se refería a un disparo con la jeringuilla, no con una pistola. La jeringuilla que sostenía entre sus manos era similar a esas que usan los diabéticos, que ya traen dentro la dosis exacta para disparárselas en un brazo o muslo, y esto fue exactamente lo que hizo. El efecto fue instantáneo. Los temblores se detuvieron, solo que Sodoma quedó en un estado de amodorramiento, como un junkie que recibiera su añorada dosis de crack.

—No se... la lleven. —Continuó suplicándole a algún fantasma, preso aún de sus alucinaciones—. Luna, por favor, no me dejes.

Irina miró el tatuaje del pecho, el que tenía en su lado izquierdo. Una luna con la Pitufina sentada encima. Algo no estaba bien. Quizás lo interpretó todo mal desde un principio. Sodoma no dejó de llorar y acurrucó su cabeza sobre las piernas de Irina; ella comprendió que necesitaba aclarar todas sus preguntas, pero ya habría tiempo para eso. De momento solo comenzó a acariciarle el pelo mientras le susurraba palabras al oído. La escena era terrible. Entre sus muslos tenía a un hombre con la apariencia de un guerrero vikingo, que se comportaba como un niño pequeño que hubiese perdido a sus padres.

—¿Quién era Luna?

Sodoma la miró. Estaba relajado, el efecto sedante de la inyección lo había devuelto a la realidad y comenzó a controlarse. Pero estaba tan débil que apenas podía levantar un brazo; *cosa terrible; se supone que nos proteja*, aun así, ella decidió apostar por él.

—¿Quién era Luna? —insistió.

—Mi hija —murmuró mientras un gemido se le escapaba—, tenía siete años.

CAPÍTULO 61

LUNA

Veracruz

—Su madre huyó, la dejó con solo dos años en la casa de unos vecinos, y con una nota. ¡Una maldita nota! —Sodoma la miró directamente a los ojos, como si temiese que al perder el contacto visual no pudiera seguir hablando; Irina le retuvo la mirada—. Unas pocas palabras garabateadas con prisa. Al final las excusas no importan... que, si nunca estaba en casa; que el ejército era lo más importante en mi vida; que... en fin, lo que cuenta es que se fue, ¿entiendes?, nos abandonó.

Irina tragó en seco, estaba consciente de que la historia apenas comenzaba.

—Desde entonces la crie yo solo; bueno, varios chicos de mi comando y yo. Era lo único, lo más importante en mi vida. Me compré una casa en las montañas de Gatlinburg, en Tennessee. A ella le encantaba la vista.

Irina sintió que el silencio en la habitación comenzaba a pesar. Era una sensación terrible, el aire estaba tan cargado de dolor que, aún sin conocer el resto, las lágrimas corrieron por su nariz hasta caer en el rostro de Sodoma, pero él ni las sintió.

—¿De qué enfermó? —pudo intuir, con ese raro sentido que tienen las mujeres, el dolor que emanaba del gigante. Su mirada era un espejo directo a su alma, un espejo en el cual las madres pueden mirar y ver perfectamente a otras personas que han sufrido la pérdida de un ser querido..., para una madre no existe un dolor más terrible que imaginarse la muerte de un hijo.

—Cáncer. —Al decir aquella palabra, Irina sintió como su cuerpo se estremecía—. Cáncer de hipofaringe. Se lo diagnosticaron con solo seis años.

Irina fue a decir algo, pero las palabras no acudieron a su boca. Tampoco sabía exactamente qué podría decir. Solo comprendió que ahora muchas más cosas comenzaban a tener sentido.

—Le gustaban mucho los pitufos, verdad.

—Le encantaban —Sodoma sonrió, quizás al recordar algún momento alegre—, su favorita era la Pitufina.

Sodoma se señaló los tatuajes que recorrían su cuerpo. Irina se estremeció al comprender lo que aquel padre había hecho para comunicarse con su hija. La realidad siempre termina superando a la ficción.

—El cáncer no la dejaba hablar. Por eso...

—... los tatuajes. No podía hablar. Cuando comenzaron los tratamientos con quimioterapia perdió la voz. Los médicos le buscaron hojas, diferentes equipos que produjeran sonidos, tabletas, de todo lo que se les ocurría para que ella pudiera comunicarles los síntomas, cómo se sentía, si tenía hambre, dolor, sueño —mientras hablaba se fue señalando los pitufos, cada uno significaba uno de aquellos síntomas—, solo yo pude establecer un código con ella.

—Mediante los tatuajes te decía como se sentía o lo que quería.

—¡Exacto! Era común que las enfermeras entraran a la habitación y me vieran sin camisa, a Luna le encantaba ver la mirada de las enfermeras cuando me tocaban el cuerpo para luego yo traducirles sus estados de ánimo —Irina visualizó la imagen. Todas las chicas somos iguales, aunque seamos niñas. Somos celosas con nuestros padres, y nos gusta mostrárselo a las demás, para restregarles en la cara que nos pertenece—. A las enfermeras les encantaba el juego.

Así que de eso se trataba. Enviaron por ella al mejor asesino, un tipo que podría matar a una docena de hombres mientras se preparaba un sándwich, pero el simple contacto con un niño lo había desequilibrado de todas las maneras posibles.

De repente, Sodoma volvió a estremecerse y a llorar.

—Solo tenía siete años. —Los temblores estaban comenzando de nuevo y ella temió que fuera a sufrir otro ataque—. Los médicos vinieron a llevársela. Dijeron que había que desconectarla, pero yo les pedí que no se la llevaran, que no le pusieran un dedo encima. Todavía estaba moviendo los deditos. No me hicieron caso y comenzaron a desconectar... y les dije... se los dije, ¡no se la lleven!

—¡Ssss! ¡Ya pasó! —intentó consolarlo, pero él no dejaba de llorar.

Pasaron horas o minutos, Irina no estaba segura, pero le daba igual, entre gemidos y susurros se fue quedando dormido, a veces murmuraba el nombre de su hija.

—Yo jamás le haría daño...

—Ahora lo sé.

—Yo lo quiero, no lo apartes de mí. No dejes que se lo lleven.

—Ya, duerme, no lo voy a apartar de ti.

Sodoma se quedó completamente dormido entre sus piernas, con la cabeza apoyada sobre sus muslos y en un estado de relajación absoluta. Sentir aquel

cuerpo cubierto de músculos, derrumbado sobre ella, tan frágil, le infligió un miedo terrible. En esa ocasión fue ella quien comenzó a llorar. Aquel hombre la iba a proteger, estaba segura, lo haría por su hijo... *¡Madre mía! Pobre del que intente ponerle un dedo encima a Yotuel...* Era perfecto, justo lo que necesitaba, un guardaespaldas privado bajo el código de honor de un caballero medieval, salvo por aquellos ataques de ansiedad y pánico. Luego se sintió hastiada consigo misma, al convencerse de que iba a usar la debilidad de Sodoma a su favor, pero con tal de proteger a Yotuel todos los medios eran válidos.

Lo irónico de la situación es que lo contrataron para que me protegiera, y soy yo quien va a tener que protegerlo a él.

Sodoma era una sofisticada máquina asesina, pero a quienes lo contrataron se les pasó un simple detalle: la máquina estaba rota. El sicario, de un momento a otro, podría caer en uno de esos estados de shock. Si en aquel mismo instante alguien irrumpiera en la casa, no podrían huir. Llegar y pegarle un tiro en la cabeza sería así de fácil. Ahora de ella dependía ayudarlo a enfocarse, y tenía justo lo que necesitaba, un niño.

Sodoma abrió los ojos y tropezó con la mirada fija de Irina. Esta le sujetó el rostro con ambas manos.

—Prométeme que si algo me pasara te vas a hacer cargo de Yotuel.

Sodoma intentó incorporarse, pero ella no se lo permitió. Sujetándole el rostro con más fuerza lo obligó a mirarla.

—Prométemelo.

—Te prometo que no le pasara nada a tu hijo..., ni a ti. Eres la misión, ¿recuerdas?

—Nunca prometas cosas que no puedas cumplir, eso está fuera de tu alcance. Pero cuidar al niño, sí está en tus manos.

—La misión es...

—A la mierda la misión, ¿vas a proteger a mi hijo como si fuera tuyo?

Irina estaba consciente de que lo estaba manipulando, como miles de hombres la habían usado a ella. Ser prostituta le había enseñado con creces cómo utilizar a los hombres. Hacerles creer que la estaban complaciendo realmente; pero, a fin de cuentas, solo le estaba dando a Sodoma algo que él mismo quería, una razón.

—Te prometo que voy a proteger a Yotuel como si fuera mi propio hijo.

Ella acercó su rostro y lo besó suavemente en los labios. No fue para nada

erótico, solo una sencilla manera de sellar aquel extraño pacto.

CAPÍTULO 62

LA TRAICIÓN

Langley, Virginia (Cuarteles Generales de la CIA)

Neo tecleó en su pantalla los datos del Xterra en el que huyó Sodoma. El programa que estaba usando (creado por él mismo), haría imposible que rastrearan el origen del mensaje. En Veracruz otro grupo de hackers, bajo las órdenes del cártel del Golfo, recibieron el mensaje y a su vez lo reenviaron hacia una telaraña virtual diseñada específicamente para este tipo de casos. Taxistas, hoteleros, terminales de ómnibus, policías, rastrosos... la red era enorme, todos iban recibiendo el mensaje y a la vez pasándolo a sus siguientes canales. Nadie podía escapar de Veracruz una vez que tuvieran esa pista para seguir. El sistema de cámaras de tráfico (dirigido prácticamente por el Golfo), tardó apenas unos minutos en ubicar el Xterra. Volvieron a perderle la pista cuando el auto desapareció en una comunidad que no contaba con cámaras de seguridad. Se trataba de un barrio de residentes ricos, donde los dueños de sus viviendas tenían sus propios sistemas de alarmas con sensores de movimiento.

Una vez que la búsqueda comenzó, dirigida por la policía de Veracruz, los espías de Jimmy le pasaron el informe. Los datos no eran muy claros, pero de alguna manera, el cártel había encontrado la manera de seguir la pista de Sodoma, se estaban acercando prácticamente en cuestión de minutos. *Alguno de sus hombres debió de traicionarlo*, pensó Jimmy. Aunque ese no era el verdadero problema por el momento, lo que urgía de verdad era ponerlo sobre aviso, y la única manera era rompiendo el protocolo de silencio.

Jimmy tomó su teléfono e hizo la llamada satelital.

En teoría la llamada era imposible de descifrar, y mucho menos de localizar, pero Jimmy no contaba con que uno de los mejores hackers del mundo, “su” hacker, quien estaba a menos de diez metros de su escritorio, estuviese aguardando precisamente por aquella llamada.

Neo no solo logró localizar el destino de la llamada, sino que pudo grabar la conversación.

Las instrucciones que Jimmy le dio a Sodoma fueron claras, ahora Neo

tenía en su haber lo que más necesitaba. Envió otro mensaje. Ya conocía la localización de la mujer y el niño, pero lo más importante de todo, era saber dónde Sodoma iba a reunirse con los agentes de la CIA para recibir las nuevas instrucciones.

¿En qué monstruo me están convirtiendo esos cabrones?

Neo fue al baño y vomitó todo su almuerzo. Tirado en el piso, escondido en uno de los excusados, lloró hasta sentirse liberado... en parte. Estaba asqueado consigo mismo, pero no le quedó otro remedio, era la única manera de rescatar a su hermano. No era ingenuo, sabía que confiar en la palabra de aquellos carniceros era una estupidez, pero, lo dejaron sin opciones. Alertar a la CIA solo iba a servir para que estos crearan nuevas estrategias, con la única intención de confundir a los cárteles mediante información tergiversada, y de paso, puede que le prometieran el rescate de su hermano. Cosa que nunca sería una prioridad para ellos.

Veracruz

En el justo momento en que Sodoma escuchó el teléfono satelital, supo que acababan de delatarlo.

Ahora todo era cuestión de tiempo para que ubicaran su piso franco. Sonrió para sus adentros al comprender lo que estaba ocurriendo. Los recursos de su organización eran ilimitados y tenía todo un ejército de agentes en su nómina, por tal motivo, la traición por parte de sus contratistas era una de las muchas cosas que no perdonaba; aunque tampoco iba a descartar la posibilidad de haber sido traicionado por uno de los suyos. *En este negocio siempre puede pasar.* El nuevo dilema lo conminó a plantearse la pregunta más importante: ¿quién lo hizo?

Solo una persona alcanzó a ver el auto en el que huyeron: *el Turco.*

Una vez más, el tiempo representaba la vida o la muerte; Sodoma le explicó a Irina en pocas palabras que necesitaba salir con urgencia, no pensaba mentirle. La cubana sabía demasiado como para intentar no espantarla ocultándole la verdad, así que le habló claro.

—Alguien nos delató. Ahora mismo tengo que ir a recibir el nuevo paquete de instrucciones; en este caso, hacia dónde tengo que moverte. Ten todo listo para cuando regrese, algunos pomos de agua, galletas... ¡ya sabes! Lo básico, pero que sea imprescindible.

Se despidió de Yotuel, y se agachó para darle un beso en la frente. Ya en la

puerta se detuvo, se sorprendió a sí mismo al girar sobre sus pasos, pero más cuando se encontró con los labios de Irina... No se trataba del clásico beso de despedida de dos enamorados, sino más bien un roce de labios. Lo extraño en aquel roce, fue que ambos estaban más que conscientes que no se trataba del deseo, tampoco existía ninguna relación entre ellos, era más bien una confirmación, la manera más simple de ratificar esa complicidad que había nacido entre ellos desde los acontecimientos de la noche anterior.

CAPÍTULO 63

LA CITA

Veracruz

De todos los restaurantes en la zona Don Huerta era el ideal para que le tendieran una emboscada. Dos pisos con sus respectivas terrazas, comida tradicional mexicana y un grupo de mariachis tocando de fondo, lo convertían en un sitio con las características ideales para pasar inadvertido. Una paja más del montón. Repleto de turistas y de mexicanos de clase media, constituía uno de esos lugares que los cárteles “respetaban”. Aparentemente todo estaba en orden. Los dos agentes de la CIA esperaban a Sodoma sentados en la terraza, exactamente donde dijeron que iban a estar, en una mesa con vista al edificio de enfrente (justo el lugar donde Sodoma pondría un francotirador de ser él quien estuviese a cargo del show), lo más irónico en esa ocasión era que la fiesta bien que podría terminar con una bala en su cabeza.

Sodoma tomó asiento sin decir palabras.

Un servicial camarero se acercó a toda prisa para tomar sus órdenes.

—Una cerveza Corona para mí —ordenó el agente que parecía estar al mando—, a este tráele una Modelo. ¿Qué quieres tomar tú?

Sodoma miró a los dos agentes como a potenciales enemigos, o más bien, calculando la rapidez con que estos podrían moverse. Uno de ellos cometió el error de posicionar sus pies muy adentro de la mesa, de tener que levantarse con urgencia, tardaría una milésima de segundo más que su compañero, cosa que le podría costar la vida. Si el escrutinio por parte de Sodoma llegó a molestarlos, ninguno de los dos agentes se mostró incomodo por la situación. En ese tipo de negocios todos eran enemigos y lo sabían.

—Un café está bien.

—¿Cómo lo quiere?

—Solo tres cremas, nada de azúcar.

El camarero asintió y se volteó a toda prisa. No necesitaba ser muy perspicaz para estar al tanto de que aquellos “caballeros” tenían negocios que atender.

Desde una de las ventanas del edificio de enfrente, un francotirador abrió un trípode y montó su rifle. En la mira apareció el rostro de Sodoma. La orden

fue clara: *capturarlo con vida solo de ser posible*. El francotirador movió el cerrojo e introdujo una bala en la recámara.

A los hombres como Sodoma no hay manera de capturarlos vivos, le susurró una voz en su mente.

La cruz de la mira le recorrió el pecho y el cuello hasta detenerse justo en su ojo derecho. El sicario llenó de aire sus pulmones, varias veces, hasta que logró controlar su respiración; era un disparo que no podía errar. Ya con el control sobre los latidos de su corazón, presionó suavemente el gatillo.

CAPÍTULO 64

CÓDIGO ROJO

Veracruz

La precisión del rifle CheyTac M200 no solo era milimétrica, sino que contaba con un récord mundial como el rifle de francotirador de mayor precisión del mundo. Tres disparos registrados sobre un blanco de tamaño humano a 2,12 kilómetros de distancia. Sin dudas, uno de los inventos más letales sumado a esa larga lista de armas para francotiradores.

Solo unas libras de presión sobre el gatillo, y la cabeza del otro francotirador se desintegró.

En las operaciones militares encubiertas donde se requiere del apoyo de un francotirador, por lo general estos pueden tener varias misiones a la vez, aunque las dos principales están basadas en un objetivo: brindarle apoyo y protección a un equipo. En el primer caso, el trabajo siempre es más “simple”. Montar el rifle y esperar a que el objetivo esté en la mira.

El segundo caso, por lo general, siempre es más difícil. Una vez que se supo el lugar de la cita, Colombia llegó dos horas antes y comenzó a escanear el edificio que tenía en frente (único lugar desde donde se podría efectuar un disparo a la terraza), y no se equivocó... de haberlo hecho, en ese momento la cabeza de Sodoma no seguiría sobre sus hombros.

En cuanto la bala abandonó la recámara, Colombia alertó a Sodoma. Una sola palabra a través del radiotransmisor... una palabra con un único significado: *¡corre que estás muerto! ¡Es una trampa! ¡Estás rodeado! ¡Acaban de joderte!* O simplemente:

—¡Rojo!

CAPÍTULO 65

LA TRAMPA

Veracruz

—¡Rojo! —Una descarga de adrenalina viajó a través del radiotransmisor.

La velocidad con que Sodoma reaccionó fue sorprendente. Sobre todo, tratándose de un hombre que pesaba unas 260 libras. Los agentes de la CIA esperaban una reacción como aquella, aunque nada los preparó para esa rapidez. El que parecía ser el jefe, recibió tres balas en la cara sin tener la más mínima oportunidad de reaccionar. Todo se transformó en un caos en fracciones de segundos, acuciado por los gritos de los clientes.

El segundo de los agentes pudo sacar su pistola, incluso logró pegarle dos disparos en el pecho; había apuntado a la cabeza de Sodoma, consciente de que este siempre llevaba un poderoso chaleco antibalas, pero una cosa es apuntar y otra disparar, en especial, cuando vio a quemarropa como la cabeza de su compañero reventaba como si fuera un simple melón. El breve instante que le tomó corregir su puntería le costó la vida.

Sodoma saltó por encima de la mesa, esquivó el tercer disparo, atrapó su mano y usando su propia pistola le aplicó una técnica de palanca que le quebró el codo. La pistola de su atacante rodó por el piso. No conforme, prefirió continuar aplicando más presión hasta ver como el hueso se abría paso desgarrándole la piel. Los gritos del agente quedaron opacados por el estallido a quemarropa de la pistola, el disparo le extirpó parte de la cara.

Sodoma estaba bien entrenado y llevaba un chaleco antibalas. Aun así, no tenía ojos en la nuca.

De entre los “supuestos clientes”, cuatro de ellos se levantaron y acudieron en ayuda de los agentes. Aunque no llegaron a tiempo para socorrerlos, uno de ellos sacó un Taser M-26 (el mismo modelo que usan los policías americanos), y se lo pegó al cuello. Los músculos de Sodoma se tensaron al recibir 50,000 voltios, provocándole una parálisis instantánea. Cayó al piso, impotente, recibiendo descargas que le provocaron el agarrotamiento de los dedos y la boca. Sin perder un momento, uno de los cuatro sicarios sacó su pistola dispuesto a rematarlo allí mismo. Ellos no iban a correr más riesgos. Intentar salir del local llevando a rastras a aquella mole de músculos, era más

que una utopía, en especial a sabiendas de que un francotirador podía estarlos esperando.

Para su desgracia, el sicario no tuvo ni la oportunidad de apuntarle.

Seis puntos oscuros aparecieron sin previo aviso en su pecho, que se expandieron como si unas rosas gigantescas comenzaran a florecer, abriéndose paso a través de su camisa. El camarero que les había servido un momento antes, ahora los encañonaba con una potente H&K MP5 con silenciador incorporado. Sin reponerse aún de la sorpresa, pero seguros de que les iban a volar la cabeza de no reaccionar a tiempo, los tres asesinos sacaron sus armas y abrieron fuego.

El Turco rodó por el piso mientras vació su cargador e introdujo uno nuevo. Uno de los tres sicarios cayó al piso con un enorme agujero en lugar de su ojo izquierdo. Los últimos dos asesinos quedaron desconcertados al no distinguir de donde había venido ese disparo. Cuando reaccionaron, una vez más, ya era demasiado tarde.

De entre la multitud que corría y gritaba —intentando salir del local, o buscando un lugar donde protegerse—, salieron seis hombres portando Uzis con silenciadores incorporados. Cuatro de los nuevos sicarios avanzaron hacia los últimos dos enemigos, que ya se habían protegido tras unas mesas y sillas; acto que no les sirvió de mucho, pues una lluvia de proyectiles de 9 milímetros los acribilló contra la pared.

El Turco y los otros dos sicarios crearon un perímetro de seguridad alrededor de Sodoma. Entre los tres hombres lo ayudaron a levantarse y lo arrastraron hacia el Suburban blindado que los esperaba afuera. El resto continuó creando una cortina alrededor de sus compañeros, en caso de que apareciera un nuevo enemigo.

En cuanto Sodoma pudo hablar, les dio la dirección de su piso franco.

—Es... es una trampa.

—¡No me jodas! —murmuró el Turco, consciente de que todo fue una trampa desde el mismo principio.

El cártel del Golfo fue bien claro cuando dio sus órdenes a los agentes locales. Ninguna patrulla debía acercarse a la zona hasta pasados unos veinte minutos. Fue por eso que media hora después del tiroteo (cuando ya los heridos se habían desangrado), la policía les permitió la entrada a las

primeras ambulancias. Doce muertos y más de cuarenta heridos. Nada trascendental como para sacarlo en las noticias, quizás una breve nota en algún diario de la prensa amarilla. Simplemente otro día más en México.

CAPÍTULO 66

EL OBJETIVO ES LA MUJER

Veracruz

A solo una cuadra del piso franco, los hombres de Ordoñez bajaron del vehículo (incluyendo al Turco), las órdenes del Patrón de las Apuestas fueron claras; *proteger a Sodoma con uñas y dientes*, pero hasta ahí llegaban los favores. Ulises Ordoñez no pensaba declararle una guerra a su propio cártel, y mucho menos intentar hacerse con el mando justo cuando los del Golfo mantenían una guerra abierta contra los Zetas... no, aún no era el momento.

Desde una distancia segura, Sodoma observó cómo Irina fue sacada de la casa a la fuerza. La mujer se defendió como toda una gata a la cual acaban de quitarle su cachorro. A pesar de que tres hombres la tenían más o menos inmovilizada, necesitaron otros dos para meterla en el auto. Desde su escondite pudo escuchar sus gritos, los cuales se convirtieron en alaridos de terror al advertir como su hijo era llevado a otro auto.

En ese justo momento, el Iridium que tenía a su costado comenzó a vibrar.

Sodoma miró la pantalla durante unos segundos. Su mente estaba en estado de ebullición que no le permitía activar su parte sentimental. Se había desconectado de la realidad para darle paso al asesino que llevaba dentro, al soldado entrenado por los mejores del mundo en el arte de matar. Analista y estratega, una mezcla de técnica y práctica... sus ojos se movían de un lado a otro evaluando situaciones, descartándolas para darle paso a nuevas estrategias. Veinte hombres protegían el perímetro. Cuatro camionetas y dos sedan cubrían el frente de la casa. Y por si fuera poco, iban apoyados por dos autos patrullas. Cada uno de los hombres portaba un rifle automático. Nada de AK-47 (los cuernos de chivos preferidos por los sicarios de los cárteles no eran parte de las armas en esa operación), llevaban M4 y H&K plegables. Armas tácticas usadas por soldados profesionales. No, aquellos chicos no eran sicarios comunes, sin dudas trabajaban para los cárteles como mercenarios élites.

Como todo especialista en técnicas de ataque e infiltración, Sodoma tenía tatuada en su cerebro la frase que resumía un ataque sorpresa: *Nunca te enfrentes a un enemigo que te supere en número, a menos que los superes tú*

en potencia de fuego... y este no es el caso.

Se llevó el teléfono satelital al oído, consciente de lo que iba a escuchar.

—No tuvimos nada que ver con esto —fue la primera frase—, a los dos agentes que te envié acaban de encontrarlos en seis bolsas de plástico.

Sodoma no respondió.

El primer auto, en el que estaba Irina, derrapó las gomas al salir a toda velocidad. El segundo, un GMC en el que llevaban al niño, tomó la dirección contraria. A diferencia de la caravana donde montaron a Irina, el auto donde iba el niño se fue sin escoltas. Sodoma comenzó a seguirlos desde una distancia más que prudente, siempre alerta de que nadie lo siguiera a él.

—¿Qué estás haciendo? —gritó el Búho. *Así que lo estás viendo todo desde tus drones—*. ¡Maldita sea! Regresa a tú posición, sigue a la mujer. ¡Hicimos un trato! Yo cumplí mi parte, cumple la tuya. ¡Regresa por la puta!

—El trato cambió desde el momento en que me traicionaste.

Un largo silencio inundó la línea.

—¿De qué estás hablando? —el Búho era un excelente actor, todo viejo espía que haya sobrevivido tantos años ha de serlo. Pero en esa ocasión su voz sonó genuina—. Ya te dije...

—Tienes un topo, Jimmy... tienes un maldito topo en tu querida agencia. —A pesar de que su voz se escuchó calmada, su tono era frío y neutral, no dejaba dudas—. Querían que saliera de mi escondite solo para localizar mi ubicación, tú se la diste. Nadie sabía de mi piso franco, excepto tú, que lo rastreaste al llamarme, por eso ahora me sigues con un drone... continúas dándoles mi ubicación. Casualmente salgo a una cita y me tienden una trampa, regreso a mi piso y...

—...se llevan a la mujer—finalizó Jimmy.

Desde el otro lado de la línea Sodoma escuchó el suspiro de un viejo. Un hombre cansado, un anciano agotado por la presión de los juegos mentales de espías.

La camioneta en la que llevaban a Irina pasó a centímetros de Sodoma. Durante unos segundos el rostro de Irina, pegado al cristal de la ventanilla, quedó frente a Sodoma. Ambas miradas se cruzaron. No había un reproche en su rostro, solo unos ojos suplicantes, la mirada de una madre que le pedía que cumpliera con su promesa. Sodoma asintió sin apartar la vista, justo al pasar de largo, pero su vista periférica le permitió entrever la sonrisa que cruzó los

labios de Irina.

CAPÍTULO 67

CONSECUENCIAS

Langley, Virginia (Cuarteles Generales de la CIA)

La expresión de Jimmy no cambió. Tanto Rosa como Neo lo miraron expectantes, atentos a cada palabra o gesto que decía. Durante unos segundos hizo una breve pausa, los miró a ambos y continuó con la charla. *Demasiados años mintiéndole a presidentes, senadores y figuras públicas... demasiados años te enseñan a no dejar escapar una sola expresión en el rostro...*

Los tres miraban la gigantesca pantalla LED colgada de la pared, que mostraba en tiempo real como Sodoma se desviaba para seguir el auto en el que se llevaban al niño, dejando escapar el objetivo principal.

Rosa no se pudo contener más y fue la primera en hablar.

—¿Qué demonios cree que está haciendo? —Rugió la analista—. Se supone que hicimos un trato. ¿Por qué no está siguiendo a la mujer?

Neo miró a la pantalla y luego a Jimmy. Por lo visto el hacker prefirió no opinar.

El Búho los miró a ambos, otra vez, y asintió con un gesto imperceptible. Años y años de entrenamiento lo habían preparado para momentos como este. Tenía en frente a él a dos agentes estrellas, tristemente uno de ellos —o los dos— trabajaba para el enemigo. Cualquier palabra que dijera los pondría en alerta, y a la vez peligraría la vida de su mejor agente de campo. Por eso su primer objetivo era unir a Rosa y Neo, instigarlos a que se espieran el uno al otro, una de las técnicas más antiguas y efectivas para atrapar a un espía. Aunque para ello necesitaba esperar, de momento lo importante era ganarse de nuevo la confianza de su mejor agente.

—Dobla en la siguiente izquierda —la voz del Búho volvió a tomar el control—. Es mejor que te separes de ellos, yo te guiaré.

Desde el otro lado de la línea el silencio fue absoluto, pero en la pantalla todos vieron como la Suburban dobló hacia la izquierda. Rosa iba a decir algo, pero la mirada que le lanzó Jimmy la obligó a reconsiderarlo. El juego del gato y el ratón continuó durante media hora. Desde el poderoso lente del drone, Jimmy guio a Sodoma por calles alternas hasta una clínica privada de cirugías plásticas. Fue el lugar escogido por los mercenarios para dejar al

chico. Tres hombres entraron a la clínica, uno de ellos iba cargando al niño como si fuera su propio hijo. El Búho vio a la Suburban detenerse a pocos metros del edificio. Sodoma se bajó y fue directo hacia la puerta de entrada, en cada una de sus manos llevaba una pistola. Ni siquiera disimuló su entrada, lo cual solo significaba una cosa: acababan de liberar a un monstruo. Una criatura entrenada para descuartizar hombres. Peor aún, Sodoma contaba con el entrenamiento, los soldados y los recursos para declararle una guerra abierta a un cártel entero. Jimmy comprendió que la situación realmente se le había ido de las manos y las consecuencias serían inimaginables. De momento, lo que pasara en México dependía solo de Sodoma, él mismo tenía su propia guerra que librar...

Necesitaba localizar a un topo.

NOTA DEL AUTOR

Primeramente, gracias... mil gracias a todos esos lectores que me escriben diariamente preguntándome sobre la continuación de la saga del Shadowboy, El rescate de Irina es solo la segunda parte de una serie de cinco novelas que tengo en proceso. A la captura del Shadowboy; la primera novela de esta saga, fue escrita con la intención de presentar a una serie de personajes que irán revelando su participación en las historias siguientes.

En la tercera parte (la que debe estar concluida antes de que finalice el primer trimestre de 2018), conocerán el futuro de Irina y los sucesos que quedaron inconclusos en la primera novela ¿Cuáles son los planes de Nikita Sokolov? ¿Qué pasará con la relación de Lucia y el Nava? Y, sobre todo, ¿qué proyecta Manuel Mendoza para continuar protegiendo a su familia? A todas estas interrogantes, hay que sumarle la siguiente: ¿qué hará Sodoma para rescatar a Yotuel y a Irina?

La triste realidad de esta novela es que los datos que en ella se presentan no son producto de mi imaginación. Ficción y realidad van tomadas de la mano, pues, aunque los personajes y algunas situaciones son pura invención, las cifras que reportan las ganancias del mercado mundial de sexo y la droga son reales. Los burdeles de lujo con esclavas sexuales, crecen cada día ante la vista de las autoridades, quienes conocen perfectamente la ubicación de estos lugares y quiénes se dedican a este horrible y lucrativo negocio, pero no hacen nada porque son parte del juego.

Anualmente, más de 175,000 mujeres son traficadas desde las antiguas repúblicas soviéticas. Desde Moldova, Rusia, Republica Checa, Ucrania, Rumania... (la lista se extiende). Mujeres muy jóvenes son secuestradas diariamente y llevadas a otros destinos, donde son torturadas sistemáticamente hasta romperles la voluntad, convirtiéndolas en esclavas sexuales sumisas, que luego serán vendidas a los miles de burdeles alrededor del mundo que esperan ansiosos cada nuevo envío.

Es por esto que no asombra que en los Países Bajos, desde el 2000, se legalizara la prostitución. En la actualidad las ganancias generadas por el “mercado del placer” superan el billón de dólares anuales, lo que representa el cinco por ciento de la economía nacional. Solo que no son las mujeres de los Países Bajos quienes optan por esta profesión, sino extranjeras traídas de más de 32 países.

La sociedad prefiere mirar hacia un lado y no comprender que estamos ante una variante de la esclavitud moderna. Diariamente vemos comerciales donde se repiten constantemente frases como: “por solo un dólar, esta noche este cachorrito no dormirá en la calle...” Jamás han visto un comercial anunciando: “por solo un dólar evitarán que una niña de seis años sea violada esta misma noche en Indonesia...”

Para la creación de este libro realicé una amplia investigación, en ocasiones, reforzada con imágenes y audiovisuales que me parecieron sorprendentes por su carga de crueldad humana. Recomiendo la lectura de las dos magistrales de Victor Malarek: *The Johns: Sex for Sale and the Men Who Buy It*, y *The Natashas: Inside the Global Sex Trade*.

Ambas obras me abrieron a un mundo, en el que en ocasiones tuve que detener la lectura para poder asimilar el dolor de sus testimonios. Victor no solo usa testimonios reales, sino que da nombres, lugares, fechas e incluso deja los sitios webs donde se pueden encontrar muestras de ese monstruoso mercado sexual.

También la periodista Lydia Cacho y su obra *Esclavas del poder*, me ayudaron a comprender una pequeña parte de la pesadilla que viven diariamente estas mujeres alrededor del mundo.

El negocio sexual es tan inmenso y escapa a la comprensión de la sociedad debido a las gigantescas ramificaciones que tiene. Si no hablamos del tema diariamente, lo mostramos en todos los sitios que estén a nuestro alcance, y ayudamos a combatir a quienes hacen uso de estas mujeres y niños, no somos más que una parte de ese mismo negocio. Mirar a un lado no nos convertirá en mejores personas...

AGRADECIMIENTOS:

Esta novela no podría haber sido posible sin la ayuda de varias personas que no aparecen en la portada. Al equipo Shadowboy, compuesto por amigos que son hermanos. Alden, por la maquetación y esa hermosa portada. Por esos cientos de banners y videos promocionales. Al profesor Amado (sin palabras), la revisión de hormiga que llevó a cabo en tan poco tiempo no tengo como agradecerse. Por último, al escritor y amigo Maykel Casabuena, por los meses y meses de trabajo, por las tantas horas dedicadas al montaje de mi rompecabezas, sin él, la novela que ahora sostienen en sus manos no habría sido posible.

A toda esta lista de amigos, ¡gracias de corazón!

Este libro como el anterior lo dedico a mi esposa Leanys (Lea). Una vez más por creer en mí, por obligarme a escribir... Gracias por enviarme para el cuarto, prepararme el termo de café y exigirme que superara las mil palabras...

Gracias, mi Chiquitica.

Ya usted, amigo lector ¡gracias! Lo espero en la siguiente aventura...

SÍNTESIS BIOGRÁFICA

Adrián Henríquez (Villa Clara, Cuba, 1987) graduado de la escuela de arte Manuel Ascunce Domenech en la especialidad de teatro, dedicó sus primeros años de graduado a desempeñarse como actor, director y guionista de diferentes proyectos y obras teatrales. En el 2009 ante la irresistible situación económica y política de su país, escapa de Cuba por México, pidiendo asilo político en los Estados Unidos. Como todo nuevo emigrante ha trabajado en múltiples oficios, desde cocinero en una Mcdonald's, cargador de maletas, vendedor de pasajes en una compañía de ómnibus, limpiador de cine o estibador de computadoras Dell, nada de los cual lo ha alejado de su pasión, los libros y escribir. Aficionado a todo tipo de Artes Marciales, y adicto a las peleas de la UFC, reside con su esposa en Nashville, Tennessee. En el 2015 finaliza su primera novela, A la captura del Shadowboy, un relato que sumerge a los lectores en una aventura de espías, acción, sexo y un trasfondo histórico que ha cautivado a todos sus lectores...

En el 2018 lanza la segunda parte de su saga de espías basada en la vida del mítico Shadowboy.

Al rescate de Irina, en esta nueva entrega traslada al lector hacia el intrincado mundo de las esclavas sexuales bajo el control de los cárteles mexicanos.